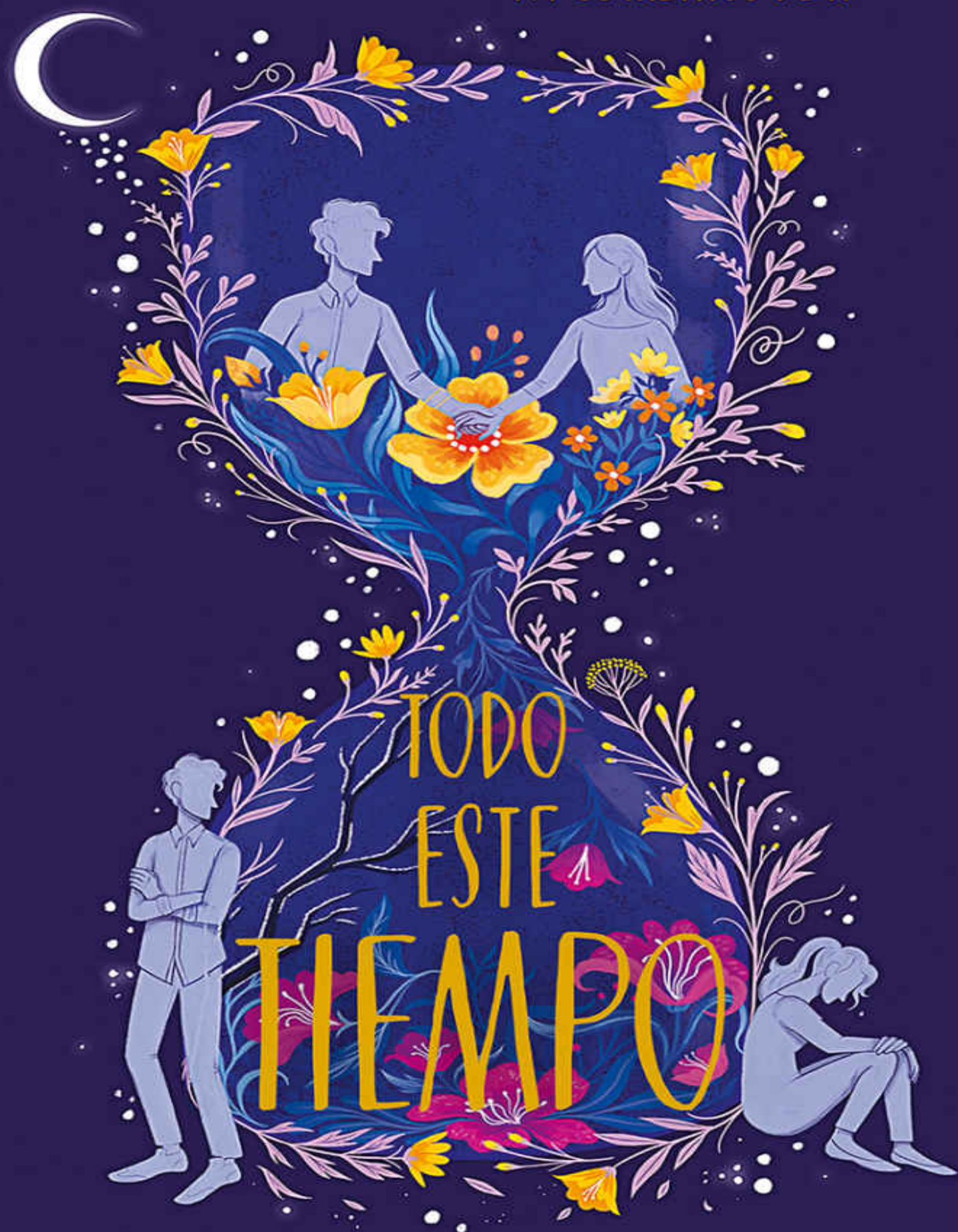


Mikki Daughtry y Rachael Lippincott  
Autores del bestseller mundial A DOS METROS DE TI



MIKKI DAUGHTRY y RACHAEL LIPPINCOTT

# Todo este tiempo

Traducción de **Ricard Gil Giner**

NUBE **DE TINTA**

*Para todos los que habéis tenido una Marley.*

*No la dejéis escapar*

M. D.

*Para Mikki*

R. L.

# 1

La pulsera de dijes me pesa en la palma de la mano. La habré mirado mil veces, pero vuelvo a echarle un vistazo porque necesito que sea perfecta, necesito que arregle todo lo que haya que arreglar. Estuve contemplando la posibilidad de comprar una pulsera más elegante y delicada, más al estilo de Kimberly, pero esta tenía algo que me atraía, esos eslabones tan sólidos y fuertes, como nuestra relación... la mayor parte del tiempo.

Hace unos meses, cuando la encargué, la pulsera iba a ser un regalo para celebrar nuestra graduación, no una excusa para pedir disculpas y hacer las paces, pero últimamente Kimberly se ha mostrado muy callada. Distante. Como pasa cada vez que nos peleamos.

Y, sin embargo, que yo sepa, no nos hemos peleado, de modo que no sé de qué tengo que disculparme.

Suspiro con fuerza y miro mi reflejo en el espejo del lavabo del hotel, comprobando que los estantes estén vacíos. Con las cejas fruncidas, me paso los dedos por el pelo despeinado, intentando alisarlo como le gusta a Kim. Tras un par de intentos fallidos, mi pelo y yo nos rendimos y dirijo mi atención por última vez a la pulsera.

Los dijes de plata, relucientes, repiquetea al inspeccionarla, y el tintineo

se entremezcla con los sonidos amortiguados de mi fiesta de graduación de secundaria que llegan desde el otro lado de la puerta. Tal vez, cuando vea a Kim, me explicará por fin lo que le pasa.

O tal vez no, quién sabe. Tal vez se limite a darme un beso y me diga que me quiere, y al final resultará que el problema no tenía nada que ver conmigo.

Me inclino un poco más para examinar los seis pequeños dijes, uno por cada año que llevamos juntos. Tuve una suerte increíble al encontrar a una persona en Etsy que me ayudó a diseñarlos, pues no tengo ninguna clase de talento artístico. El resultado final es algo más que una pulsera. Es la vida que Kim y yo hemos pasado juntos.

Recorro suavemente con el pulgar cada fragmento de nuestra historia, y algunos de los dijes me hacen un guiño al reflejarse en ellos los focos del lavabo.

Un conjunto de pompones de animadora de esmalte blanco y verde turquesa, casi idénticos a los que utilizó Kimberly como jefa de animadoras la noche en que le pedí oficialmente que fuera mi novia.

Una pequeña copa de champán dorado, con burbujitas diamantadas resiguiendo el borde, recordatorio de mi elaborada declaración de amor, hace pocos meses. Antes de hacerla había robado con disimulo una botella de champán del armario de mi madre para darle una sorpresa a Kim. Mi madre me castigó para toda la eternidad, pero mereció la pena ver cómo se le iluminaban los ojos a Kimberly cuando la descorché.

Hago una pausa para examinar el dije más importante, el que descansa en el centro exacto de la pulsera. Es una agenda de plata, con un cierre de verdad.

En cierta ocasión, estábamos estudiando en la cocina de su casa después de clase cuando ella corrió al piso de arriba para ir al lavabo. Yo saqué disimuladamente su diario de color rosa de la mochila y escribí «Te quiero» en las tres primeras páginas en blanco.

Ella se echó a llorar de emoción nada más leerlo, pero pronto las lágrimas se convirtieron en acusaciones.

—¿Has leído todos mis secretos? —gritó, señalándome con el dedo de una mano mientras con la otra apretaba con fuerza el diario contra su pecho.

—Claro que no —respondí, girando el taburete hacia ella—. Pero he pensado que sería... No lo sé. Romántico.

Y entonces se abalanzó sobre mí. Yo dejé que me tirara al suelo, porque era electrizante tener aquella cara tan bonita tan cerca de la mía, y su enojo se desvaneció por fin en cuanto nos miramos a los ojos.

—Lo ha sido —dijo, y sus labios indecisos se encontraron con los míos.

Fue nuestro primer beso. Mi primer beso.

Con sumo cuidado, abro el pequeño dije y paso las delicadas páginas de plata, tres en total, donde se lee «Te quiero». Es probable que siempre tengamos pequeñas discusiones, pero siempre nos querremos.

Sonrío al ver los eslabones vacíos de la pulsera, los que esperan a ser llenados con la vida y los recuerdos que vayamos construyendo. Un eslabón por cada año que pasaremos en la Universidad de Los Ángeles. Y después, le regalaré una pulsera nueva para llenarla también de recuerdos.

La puerta del lavabo se abre de par en par y golpea con fuerza contra el tope de la pared. Guardo rápidamente la pulsera en el estuche de terciopelo y los dijes entorchocan justo en el momento en que un grupo de chicos del equipo de baloncesto irrumpe en el espacio. Se oye un coro de «¡Kyle! ¿Qué pasa, colega?» y «¡Somos la promoción del 2020, tío!». Les sonrío y me guardo el estuche en el bolsillo de la americana. Al hacerlo, mis dedos rozan la petaca de Jack Daniel's que llevo remetida en la cintura, parte importantísima de mi plan para convencer a mis dos mejores amigos de que pasemos del baile de graduación organizado por el instituto y nos larguemos a nuestro sitio preferido, junto al estanque, para celebrarlo a nuestra manera.

Pero antes... tengo que entregarle la pulsera a Kimberly. Salgo del

lavabo y recorro el corto pasillo que conduce a la abarrotada sala de baile de este hotel superelegante.

Entro en la gran sala y paso por debajo de un mar de globos con los colores blanco y verde turquesa de Ambrose High, varios de los cuales se han soltado y ruedan por los techos altos y abovedados. En el centro de la sala, centenares de serpentinas cuelgan de un enorme estandarte con las palabras ¡FELICIDADES, GRADUADOS!

El ruido es como una gran ola que todo lo inunda. Por todos los rincones, rezuma la energía de ¡LO HEMOS CONSEGUIDO! Y lo entiendo perfectamente. Después de cómo ha ido este último año, me muero de ganas de salir de aquí.

Me abro paso entre grupitos de gente de lo más heterogéneo. El simple hecho de haber subido al estrado a recoger el título parece haber derrumbado todo lo que esta mañana parecía importar tanto. A qué deporte juegas. Qué notas has sacado. Quién te pidió o no te pidió para ir juntos a la fiesta de graduación. La duda de por qué el señor Louis te ha hecho la murga durante todo el semestre.

Aunque parezca increíble, Lucy Williams, la presidenta de la clase, flirtea con Mike Dillon, el fumeta que tuvo que repetir dos veces décimo curso, mientras los capitanes del decatlón de Matemáticas colaboran con dos delanteros de mi equipo de fútbol americano para pillar cervezas de detrás de la barra.

Esta noche, todos somos iguales.

—Hola, Kyle.

Alguien ha plantado la mano con demasiada fuerza sobre mi hombro lesionado. Intentando disimular una mueca de dolor, me giro y veo a Matt Paulson, que es el chico más simpático de todo el planeta y yo me siento como un capullo porque me cae fatal.

—Vaya, lo siento —dice, al darse cuenta del hombro en el que su mano acaba de aterrizar. La retira rápidamente—: ¿Te han dicho ya que en otoño

voy a ir al Boston College a jugar al fútbol?

—Bueno..., sí —digo, tratando de tragarme la oleada de celos que hierve en mi interior. «Él no tuvo la culpa», me recuerdo—. Felicidades, tío.

—Escucha, si no hubieras liderado al equipo tal como lo hiciste al principio de la temporada, yo nunca habría salido en su radar. Fuiste un *quarterback* increíble. No creo que me hubieran dado la beca si no llega a ser por todo lo que me enseñaste —continúa, añadiendo sal, involuntariamente, a una herida que todavía supura—. Aunque lamento que haya sido...

—No tiene importancia —le interrumpo, y enseguida le tiendo la mano para no parecer un idiota—. Buena suerte el año que viene.

Me deshago del apretón de manos y giro sobre mí mismo para reanudar la búsqueda. Me muevo con rapidez, intentando poner tierra de por medio entre Matt y yo. En estos momentos, solo hay una persona a la que quiero ver.

Me detengo junto al bar y estiro el cuello para localizar a Kim entre la gente, pero mis ojos saltan de persona en persona sin ningún éxito.

—¿Entremeses? —pregunta una voz a mi lado.

Me giro y veo a un chico que sujeta una bandeja de canapés ante mis narices, pequeños bultos informes en un plato blanco e inmaculado. Su sonrisa artificial significa «A ver si pasan rápido las dos horas que me quedan».

Me fijo en que luce el logotipo del Owl Creek en la solapa, el único restaurante de la zona que ha obtenido una reseña en Food Network por su «cocina moderna y enrollada».

Al parecer, hasta Gordon Ramsay fue a comer allí y no encontró motivo alguno para quejarse.

—No te diré que no —digo, dirigiéndole una rápida sonrisa. Elijo un canapé y me lo meto entero en la boca mientras el camarero se aleja arrastrando los pies para seguir con su ronda.



Me arrepiento en el acto.

¿Es una gamba? ¿Es de goma? ¿Por qué demonios es tan grumoso? ¿Y por qué sabe a jamón pasado?

Está claro que Gordon no llegó a probar esta carne tan gomosa.

Miro a ambos lados y me agacho disimuladamente para escupir el canapé en la servilleta de papel negra que me ha dado el camarero, pero un destello inesperado me sobresalta.

Levanto la mano ya sin gamba, cegado, y los puntos negros que llenan mi visión se van desvaneciendo lentamente para dar forma a unos acogedores ojos castaños y a unos pómulos marcados idénticos a los míos. Lleva su vestido de flores favorito, y veo su enorme sonrisa que asoma tras el teléfono móvil.

—No, mamá... —intento decir, pero ella vuelve a pulsar el botón y un nuevo rayo de luz me hiere los globos oculares—. Escucha, si vas a hacerme fotos embarazosas, por lo menos podrías apagar el flash. No es necesario que dejes ciego al personal.

—Oh, a las chicas del Insta les va a encantar —dice maliciosamente, riéndose entre dientes, y acto seguido estrecha los ojos para toquetear la pantalla.

—Mamá. No cuelgues esa foto —le digo, abalanzándome sobre ella. La distraigo con un medio abrazo mientras trato de arrebatarse el móvil de las manos. Veo la foto y compruebo que salgo con una expresión de terror en el rostro, los ojos medio cerrados y una gamba de goma colgando de la lengua camino de la servilleta de papel.

Ni loco voy a dejar que «las chicas del Insta» vean esto. Ni ellas ni nadie.

Kim nunca me dejaría superar la vergüenza.

Me suelta ligeramente para dejarse llevar por el abrazo, y yo aprovecho la ocasión para quitarle el móvil y borrar la foto.

—Olvidelo, señora.

—Muy bien —dice, fingiendo una expresión enfurruñada, con el rosa

suave de su lápiz de labios enfatizando los pucheros—. Rómpele el corazón a tu vieja madre. No se puede tener todo.

Me echo a reír, le doy un beso en la mejilla y un abrazo de verdad, vigilando de colocar el cuerpo de tal manera que no note la petaca que llevo remetida en la cintura.

—Me tienes a mí, ¿no?

Suspira de manera teatral.

—Supongo que sí. —Su voz queda amortiguada contra la tela gruesa de mi americana—. Por cierto —dice, separándose y sonriendo—. ¿Qué haces aquí solo? ¿Le has dado ya la pulsera?

Me retumba el corazón tal como solía hacerlo al inicio de los partidos.

—Estoy esperando el momento adecuado —digo, echando un rápido vistazo a la sala—. ¿La has visto?

—Estaba con Sam, en la terraza, hace unos minutos —dice, y ladea la cabeza hacia la derecha, en dirección a los altos ventanales que nos separan de la terraza de piedra que da al jardín del hotel.

Mi madre alarga el brazo para ajustarme con suavidad el nudo de la corbata, y una pequeña sonrisa se forma en la comisura de sus labios. Es un nudo Windsor. No soy lo bastante pretencioso como para saber anudar la corbata de ninguna otra manera, pero recuerdo que ella se pasó toda la mañana del baile de séptimo aprendiendo a hacer el nudo para poder enseñarme después. Fue el primer baile al que fui con Kim.

Mi madre ha estado a mi lado a lo largo de todo el camino.

—¿De veras crees que le gustará? —pregunto.

El día que la encargué me sentía muy seguro, pero ahora...

—Absolutamente. —Me da un golpecito en la cara.

Más tranquilo, le devuelvo el móvil. Gran error.

En cuanto lo tiene en las manos dispara dos fotos más, y como todavía no ha quitado el flash, el destello me deja ciego de nuevo. Intento lanzarle una mirada de odio, pero las patas de gallo que rodean sus ojos se arrugan

cuando sonrío con inocencia, y no voy más allá de un ceño a medio fruncir. Esta noche no voy a permitir que nada me afecte, ni siquiera la incesante documentación de mi vida que lleva a cabo mi madre.

De modo que pongo mi mejor sonrisa, poso para una última foto, y cuando por fin se queda satisfecha, emprendo de nuevo la búsqueda de Kim. Tiro la servilleta de papel hecha un gurrño a un cubo de basura camino de la terraza, donde, a través del cristal, se ve que el cielo oscuro amenaza con descargar una tormenta.

Nunca tardo demasiado en encontrarla.

Ella siempre ha poseído una intensidad, un magnetismo que atraen a la gente hacia su órbita. En la escuela siempre tenía que abrirme paso entre la multitud para llegar hasta ella, de modo que abro bien los ojos para localizar el grupo más numeroso y esa tonalidad rubia de pelo que siempre consigue que brille, sea cual sea la iluminación de la sala.

Siempre ha tenido ese color de pelo, desde que tengo uso de razón, desde que nos peleábamos por el último columpio que quedaba libre en el patio de tercero.

Me abro camino entre un montón de personas que se apartan para dejarme pasar. Me llegan sonrisas y «choca esos cinco» desde todas direcciones.

—El año próximo echaré de menos tus artículos en la sección de deportes, Lafferty —me asegura el señor Butler, mi profesor de periodismo, dándome una palmada en la espalda cuando paso junto a él. Es otro recordatorio del tiempo que he pasado sentado en el banquillo, escribiendo sobre los partidos en vez de jugarlos.

¿Dónde está Kim?

La bola de discoteca del techo proyecta destellos de luz centelleante, cosa que dificulta bastante la visión. Estoy a punto de sacar el móvil y enviarle un mensaje cuando...

Ahí está.

Su rubia melena asoma por detrás de los anchos hombros de Sam al inclinar ligeramente el peso de su cuerpo hacia la cadera izquierda, con el vestido de seda ciñéndosele en los costados. Esta noche está guapísima; con el pelo largo que le cae sobre los hombros, los grandes ojos azules y los labios brillantes.

Pero al acercarme me doy cuenta de que tiene una expresión seria, y luce esa arruga tan característica que siempre se le forma en la frente cuando habla de algo que le preocupa. Es la misma expresión que percibí la semana pasada en el baile de graduación y también esta tarde durante la sesión de fotos, pero cada vez que le pregunto qué le ocurre, ella quita importancia al asunto con un gesto.

Miro a Sam, y veo que se pasa nerviosamente los dedos por el pelo oscuro.

Entonces caigo en la cuenta de que deben de estar hablando de la universidad, y la tensión de mis hombros se desvanece.

A Kim y a mí nos han admitido en la UCLA, pero Sam está en lista de espera. Él y yo siempre habíamos soñado con jugar juntos al fútbol en la universidad, pero a media temporada el sueño se fue a pique, por culpa mía y de mi lesión. Lo tiré todo por la borda, para los dos. Cuando me sustituyeron, él empezó a fallar tantas recepciones y a perder tantos bloqueos que al final pasaba en el banquillo casi tanto tiempo como yo. Y al desaparecer sus perspectivas futbolísticas, las notas académicas se fueron al garete, junto con su carrera deportiva. Ahora Kim le está ayudando a enviar trabajos y expedientes académicos actualizados a la universidad, con la esperanza de que inclinen la balanza a su favor.

A juzgar por lo de estas últimas semanas, no hay duda de que vamos a necesitar a Sam. No solo ha sido el amigo que ha permanecido a mi lado durante este curso tan desastroso, sino que es el pegamento que mantiene unido a nuestro trío. Sam es la voz de la razón, especialmente cuando Kim y yo nos peleamos. Es él quien nos ayuda a hacer las paces cuando las cosas

se ponen feas.

Si finalmente lo admiten en la UCLA, por lo menos estaremos juntos. Aunque no podamos saltar al campo.

Pero, por la expresión de Kim, me temo que esto no va a suceder.

Me acerco a ellos, rodeo con el brazo la cintura de Kimberly y me inclino para darle un beso. Ella me lo devuelve con la mente ausente y los labios distraídos.

—¿Qué pasa? ¿Algún problema? —pregunto, mirándola a ella, luego a Sam y luego a ella otra vez.

Kim se inclina para darme otro beso, y esta vez sus labios se posan firmemente sobre los míos y me reconfortan, pero sigue sin responderme.

Podría volvérselo a preguntar, pero prefiero quitarme de encima esta sensación tan incómoda. Esta es una noche para relajarse y para pasarlo bien, y nosotros también nos lo merecemos. Dejemos a un lado, de momento, lo que haya sucedido. Al fin y al cabo, se trata de una celebración. Miro a ambos lados para asegurarme de que nadie nos mira, me desabrocho la americana y les enseño la petaca que he pasado de contrabando.

—¿Qué os parece si vamos al estanque y...?

Sin darme tiempo a terminar la frase, un relámpago estalla al otro lado del ventanal e ilumina el cielo entero con su electricidad. El cristal tiembla ligeramente con el trueno posterior, y mi reflejo se tambalea y me devuelve la mirada, mientras Sam y Kimberly se miran entre ellos.

—No, tío —dice él, señalando al cielo—. No estoy de humor para freírme vivo esta noche.

—Venga, hombre —insisto yo, mientras unas gruesas gotas de lluvia empiezan a repicar con fuerza contra la ventana—. ¿Qué te pasa, Sam? El mal tiempo nunca ha sido un impedimento para ti. —Le golpeo el hombro con el dorso de la mano—. ¿Recuerdas aquella tempestad la noche en que ganamos la liga estatal, hace dos años? Fuiste tú quien insistió en ir.

Todavía tengo secuelas de congelación.

Siguen sin decir nada. Su silencio me produce un picor incómodo en la piel.

—¿Qué os pasa? —pregunto, intentando que Kimberly me mire a los ojos. Pero ella opta por desviar la mirada hacia las serpentinas del techo. Empiezo a pensar que esto no tiene nada que ver con el ingreso de Sam en la universidad.

Separo la mano de la cadera de Kim.

—¿Por qué no me lo decís?

—Yo... —empieza a decir ella, pero no termina la frase.

Al otro lado del cristal, llueve cada vez más.

—Cuéntamelo —repito, dándole la mano para reconfortarla, como he hecho tantas otras veces. Observo su muñeca y pienso en la pulsera que llevo en el bolsillo de la americana, en las páginas de la pequeña agenda de plata con las palabras «Te quiero».

Pero ella ya está haciendo ese gesto nervioso que no puede controlar cuando está a punto de decirme algo que no me va a gustar. Me preparo para lo que tenga que llegar mientras ella se endereza por fin y me mira directamente a los ojos. El diluvio oculta todas las voces de la sala menos la suya. La verdad sale por fin al descubierto.

—¡Kyle!

La voz de Kim resuena a mis espaldas mientras la lluvia repica con violencia sobre el tejado metálico del pórtico frontal.

¿Cómo ha sido capaz?

La pregunta se repite una y otra vez en mi cabeza a medida que bajo las escaleras. Ya estoy entregando el tíquet al aparcacoches cuando Kimberly llega corriendo. La ignoro.

—Espera un momento, Kyle, por favor —dice, agarrándome del brazo.

En cuanto sus dedos me tocan, siento el instinto de abrazarla, pero me

aparto para coger las llaves que me entrega el aparcacoches y salgo al exterior, bajo la lluvia.

—No te molestes. Ya lo he entendido.

Ella me sigue, intentando darme una explicación que no tengo puñeteras ganas de oír. Si de veras hubiera querido explicármelo, podría haberlo hecho mucho tiempo atrás, en vez de pillarme por sorpresa el día de la graduación.

—Ya sé que tendría que habértelo dicho, pero no quería herirte...

Otro relámpago resquebraja el cielo y una estruendosa ráfaga de truenos acalla las palabras de Kim antes de que yo tenga ocasión de decir nada. Me doy la vuelta para mirarla. Lleva el vestido completamente empapado y el pelo le cuelga flácido y opaco alrededor del rostro.

—¿No querías herirme? —me echo a reír—. ¿Actuando a mis espaldas? Compartiendo secretos con mi mejor amigo...

—Sam también es mi mejor amigo.

—Me has mentido a la cara, Kimberly. Durante meses. —Desbloqueo la puerta del coche y la abro con tanta fuerza que casi vuelve a cerrarse del impulso—. Considérame herido.

Subo al coche y cierro de un portazo.

Berkeley. La palabra me resuena en la cabeza, cada sílaba es como una puñalada.

Berkeley. Berkeley.

Kim envió una solicitud para ingresar en Berkeley y no me dijo nada. Envío trabajos suplementarios y expedientes académicos actualizados, la aceptaron hace meses y siguió fingiendo. Siguió fingiendo mientras elegíamos los cursos y las residencias donde nos alojaríamos y mientras planeábamos volver a casa en coche para las vacaciones, sabiendo, desde el principio, que no iba a ir a la UCLA.

Se lo dijo a Sam.

¿Por qué no me lo dijo a mí?

En el momento en que estoy a punto de arrancar el coche, ella se desliza en el asiento del copiloto antes de que pueda poner la marcha. Hago una pausa, deseando decirle que se baje, pero no consigo reunir las fuerzas.

Tenemos que arreglarlo. Aún llevo la pulsera en el bolsillo.

Piso el acelerador y cruzamos el aparcamiento hasta salir a la carretera principal. Las ruedas derrapan sobre el terreno mojado al girar.

—¡Kyle! —dice Kimberly, abrochándose el cinturón—. No vayas tan deprisa.

Acciono los limpiaparabrisas en modo rápido, pero no es lo suficientemente rápido para la tromba de lluvia que impacta contra el cristal, cada vez más empañado.

—Esto no tiene sentido. Llevamos todo el año haciendo planes. Tú, Sam y yo. Nuestros planes.

Alargo la mano para limpiar la condensación del vidrio y tener algo de visibilidad. Mis dedos tocan sin querer la pequeña bola de discoteca que cuelga del espejo retrovisor, y esta empieza a balancearse. En realidad, no es cierto que esto no tenga sentido, teniendo en cuenta la manera de ser de Kimberly. Pienso en todas las veces en que ha cambiado de opinión en el último minuto, dejándonos colgados a Sam y a mí. Como cuando abandonó el baile de segundo curso para irse con las animadoras del equipo universitario, o cuando nos dejó en plena preparación de un trabajo en grupo de final de curso para irse con el empollón de la clase. Son momentos que mantengo enterrados hasta que se produce una nueva discusión, como la de ahora.

—Tú eres la que decide, «¡A la mierda! Haré lo que yo quiera». Como siempre.

Se oye un trueno, y el rayo posterior proyecta su reflejo en el brillo plateado de la bola de discoteca. El reflejo se esparce por todo el coche.

—¿Lo que yo quiero? Nunca hago lo que yo quiero. Si me escuchas durante cinco puñeteros segundos... —Enmudece un momento al ver que



pasamos a toda velocidad por el cruce de mi calle, y gira la cabeza al ver cómo lo dejamos atrás—. ¡Te has pasado de largo!

—Voy al estanque —respondo. Tengo esperanzas de que, si llegamos al estanque, todavía haya posibilidades de salvar la noche. De salvar todo esto.

—Para el coche. No vamos a ir al estanque. A estas alturas, ya se habrá convertido en un océano. Da media vuelta.

—Llevabas tiempo meditándolo, ¿verdad? —le pregunto, sin hacerle ningún caso. Un tráiler pasa a toda velocidad en dirección contraria y arroja una tromba de agua contra el parabrisas de mi coche. Me agarro con fuerza el volante y ralentizo la marcha para enderezar el vehículo—. Claro que sí, Kim. Me podrías haber dicho que querías ir a Berkeley, no a la UCLA. Total, yo ya he perdido la beca para jugar al fútbol. Me da igual adónde vayamos, mientras estemos jun...

—¡No quiero que estemos juntos!

Sus palabras me azotan como una bofetada en toda la cara. Aparto los ojos de la calzada para mirarla, para mirar a la chica a la que he amado desde tercero. La chica a la que ahora ya no reconozco.

Hemos «roto» un montón de veces anteriormente, pero nunca de esta manera. Disputas pequeñas y dramáticas que se desvanecen al día siguiente como un virus estomacal. Nunca me había dicho algo semejante.

—Quiero decir... —Se interrumpe y desvía los ojos, abiertos como platos—. ¡Kyle!

Giro la cabeza hacia el parabrisas justo a tiempo para ver un par de luces amarillas de emergencia que centellean a poca distancia. Piso el freno con violencia y el coche patina bajo nuestros pies sin ralentizarse.

He perdido el control del coche.

Forcejeo con la dirección e intento esquivar un coche parado en medio de nuestro carril agarrando el volante con todas mis fuerzas para tratar de controlar el derrape. Milagrosamente, el vehículo recupera justo a tiempo la tracción, y viramos con brusquedad para evitar el coche atascado.

Me desvío hacia el arcén y voy frenando hasta conseguir detenernos. Me cuesta respirar.

Ha ido de un pelo.

—Lo siento.

Respiro hondo para tranquilizarme, miro a Kimberly y la veo muy pálida, muy alterada, con la curva afilada de la clavícula subiendo y bajando para recuperar el aliento.

Está bien.

Pero nosotros no lo estamos.

«No quiero que estemos juntos.»

—¿Estamos...? —empiezo la frase, pero no es nada fácil. Las palabras luchan por salir de mi boca—. ¿Estamos rompiendo?

Ella vuelve los ojos hacia mí y veo las lágrimas que aclaran el azul de sus iris. En una situación normal, ahora le secaría las lágrimas y le diría que todo va a salir bien.

Pero esta vez tendrá que ser ella quien me lo diga a mí.

—Tienes que escucharme —dice con la voz temblorosa.

Asiento. El conato de accidente me ha borrado la ira y la ha sustituido por algo todavía más intenso.

Miedo.

—Te escucho.

Tenso la mandíbula mientras ella ordena los pensamientos, y yo meto la mano en el bolsillo de la americana para palpar la pulsera de dijes mientras me retumba el corazón en el interior del pecho, junto al estuche.

—Siempre he sido «la novia de Kyle». No me conozco de ningún otro modo —dice por fin.

Me la quedo mirando, atónito. ¿Se puede saber qué significa eso?

Kim suspira, asimila mi expresión de incredulidad. Busca las palabras adecuadas.

—Cuando te rompiste el hombro...

—Esto no va de mi maldito hombro —digo, golpeando el volante con la palma de la mano. Esto va de nosotros.

—Claro que va de tu hombro —responde Kimberly, tan frustrada como yo—. Claro que sí, hostia. Tenías un montón de sueños, e ibas a por ellos.

Sus palabras me pillan con la guardia baja y dan en la diana. Un dolor fantasma me recorre inesperadamente el hombro y hago una mueca. Veo al defensa gigantesco que se abalanza sobre mí. Veo el número 9 de su camiseta y las manos que me agarran el brazo y me tiran al suelo. Y entonces... siento el crujido repulsivo de mis huesos al romperse y los ligamentos haciéndose trizas en cuanto su cuerpo impacta contra el mío. Lanzamientos decisivos y becas universitarias y una camiseta azul y amarilla con mi nombre en la espalda; todas las cosas que ya tocaba con la yema de los dedos perdidas por una sola jugada.

—Lo siento —se apresura a decir, como si ella también lo estuviera viendo—. Me cuesta imaginar cómo debe de ser que todo eso desaparezca, que los ojeadores dejen de seguirte, que te anulen las becas...

Aprieto la mandíbula y me concentro en la lluvia que sigue cayendo. ¿Intenta herirme todavía más?

—¿Por qué estamos hablando de esto? No tiene nada que ver contigo y conmigo...

—Kyle. Un momento. Escúchame bien —La firmeza de su voz me silencia en el acto—. Yo te quería.

Mi interior se convierte en hielo sólido. «Quería.» En pasado.

Joder.

—Pero cuando te viste obligado a dejar el fútbol, cambiaste. Te volviste..., no lo sé... —Se detiene, buscando la palabra adecuada—. Te asustaste. Te asustaba tomar decisiones, te asustaba probar cosas nuevas. Y yo me convertí en tu asistente. En tu muleta. Siempre me necesitabas a tu lado.

Tiene que ser una broma.

¿Esto es lo que piensa de mí? ¿En serio? ¿Que tengo miedo y que soy patético? ¿Que no soy capaz de hacer nada solo?

Durante todos estos meses, ¿seguía conmigo porque le daba lástima?

—Lamento haber sido una carga para ti —respondo, obligándome a mirarla de nuevo mientras coloco la mano de manera instintiva sobre mi hombro—. Lamento que te perdieras un par de fiestas. Lamento que Janna y Carly se fueran a las Bahamas mientras tú te sentías obligada a sentarte junto a mi cama y a ponerme la cuchara en la boca porque yo no podía ni levantar el brazo. Pero yo no te obligué a hacerlo. Podrías haberte ido en cualquier momento...

—¿En serio? ¿Me lo habrías permitido? —me pregunta, sacudiendo la cabeza—. ¿Vernos cada día en el instituto, ir a las mismas clases, hacer las mismas rutinas, pero sin estar juntos? Cada vez que rompíamos, no llegábamos a estar ni un solo día separados.

¿Se lo habría permitido? ¿Qué significa eso? Si volvíamos era porque ambos lo queríamos. Y ahora... ¿me dice esto?

—¿Entonces? ¿Estabas... fingiendo?

—No fingía. Aguantaba, porque...

Su voz se diluye, pero sé perfectamente lo que iba a decir.

—Porque sabías que no iríamos a la misma universidad —termino la frase, y siento náuseas al decirlo—. Que te desharías de mí.

—No —dice, cerrando los ojos mientras intenta articular las palabras—. No intento deshacerme de ti. Pero quiero saber qué se siente al darme la vuelta y no verte ahí. —Se le rompe la voz, pero endereza la espalda. Está hablando en serio. Está hablando totalmente en serio. Me mira a los ojos. Ahora se siente más segura—. Quiero ser yo misma; yo sola, sin ti.

Aunque estoy desconcertado por lo que ha dicho, le sostengo la mirada. Nos miramos fijamente mientras sigue lloviendo con fuerza sobre el techo del coche. ¿Cuánto hace que se siente así? ¿Cuándo dejó de quererme?

—Por favor, Kyle —continúa con la voz suave—. Piénsalo. ¿Acaso no

quieres saber quién eres sin mí?

Miro al exterior, a los faros intermitentes entre la tormenta. ¿Sin ella?

Somos Kimberly y Kyle. Ella forma parte de mí, y por lo tanto no puedo estar sin ella.

Desliza la mano dentro de la mía, y con los dedos me presiona suavemente la piel, para que la mire.

Pero yo no tengo suficiente coraje para hacerlo. Miro al volante, a los limpiaparabrisas y al espejo retrovisor, hasta que mis ojos se centran finalmente en la pequeña bola de discoteca.

Tengo la sensación inequívoca de que esta va a ser mi última oportunidad para hacérselo comprender. Para demostrarle que lo que más me importaba de mi futuro no era el fútbol.

Éramos nosotros.

—Sé quién soy cuando estoy contigo, Kim —digo, metiendo la mano en el bolsillo de la americana. Me dispongo a enseñarle la pulsera de dijes, el símbolo de todo lo que hay entre nosotros. Los eslabones vacíos le recordarán lo que está por venir—. Antes de tomar una decisión, por favor, piensa en todo lo que...

De pronto, la bola de discoteca se ilumina y los pequeños espejos disparan fotones de luz en el interior del coche.

Y entonces, el impacto.

Mi cuerpo sale lanzado hacia delante. Noto la quemazón del cinturón de seguridad que se tensa contra mi pecho, con tanta fuerza que me expulsa todo el aire de los pulmones.

Todo queda registrado lentamente, pero al unísono.

El coche que da vueltas sobre sí mismo.

El estruendo de la bocina de un camión.

Faros que inundan de luz el parabrisas mientras nos escoramos hacia el camión que se acerca, un sólido muro de metal que corre hacia nosotros.

El tiempo se detiene lo suficiente para que pueda mirar a Kimberly, que

tiene las mejillas salpicadas de pequeñas motas de luz refractada, los ojos abiertos y llenos de terror. Abre la boca para gritar, pero solo oigo el aullido zigzagueante del metal.

Y luego, la oscuridad.

## 2

Me duele al respirar.

Lo veo todo brillante y desenfocado, las voces y los rostros aparecen en ráfagas de color y de sonido. Quiero cerrar los ojos, dormir. Pero me encuentro en una especie de movimiento constante.

—Traumatismo craneoencefálico grave.

—Fractura y hundimiento del cráneo.

Los azulejos blancos del techo se difuminan. Las máquinas pitan. Unas manos enguantadas me tocan.

—¿Kyle? Kyle. Mírame.

Me concentro en la voz y veo que procede de una mujer. Lleva el pelo rojo recogido en una coleta hecha con prisa, con unos mechones que caen a ambos lados de un par de ojos azules y profundos que mi visión va enfocando rápidamente.

—Bien. Muy bien. Soy la doctora Benefield. Soy neurocirujana —dice su boca, y yo me concentro en el movimiento de sus labios para tratar de captar el significado de lo que está diciendo—. Voy a cuidar de ti, ¿de acuerdo?

Un halo de luz le rodea la cabeza, tiene el pelo rojo como en llamas. Me

la quedo mirando. Suena otra voz.

—Fractura de fémur y laceraciones interescapulares...

—Habla mucho, ¿verdad? —dice ella, guiñándome el ojo de manera rápida y confiada.

Mientras me estudia la frente con sus ojos azules, me pregunta qué tipo de música me gusta. Un agotamiento abrumador tira de mí al explicarle lo genial que es Childish Gambino. Cada vez me cuesta más pronunciar las palabras.

Hago un esfuerzo por acallararlo todo menos la voz de la doctora. En medio de tanto caos, su tranquilidad me reconforta. La voz chillona, los pitidos, el sonido de rasgadura cuando me arrancan la ropa, todo desaparece. Solo queda el anillo de luz flameante que le rodea el pelo. La sonrisa de su cara.

Me gustaría devolverle la sonrisa, pero entonces veo...

Dios mío.

Me veo en el reflejo de sus gafas.

Tengo la nariz llena de sangre. Veo un cacho de frente abierto como si fuera un sobre, que deja al descubierto el hueso blanco de debajo. Hueso blanco resquebrajado. Es mi cráneo. Está roto.

Siento pánico, todos los sonidos regresan de golpe y una oleada de miedo me invade...

—¿Es eso...? ¿Es... mi...?

—Estás bien —me sonrío.

No comprendo cómo puedo estar bien con un hueso saliendo de mi cara, pero su expresión sigue siendo tan tranquila como antes. ¿Cómo es posible que no esté aterrorizada? Acerca la mano hacia mí y tardo un minuto en darme cuenta de que me está tocando la frente, la mandíbula, los pómulos.

—No puedo... No noto nada. ¿Debería notar algo?

Creo ver que su sonrisa flaquea durante una fracción de segundo, pero me convengo de que son imaginaciones mías, porque ella continúa a lo



suyo, sin dejar de mover las manos.

Aún estoy intentando no volverme majara cuando las puertas correderas de la sala de Urgencias se abren de par en par, a espaldas de la doctora Benefield. Están entrando otra camilla.

Se me cierran los ojos, la última pizca de energía se está evaporando, hasta que de pronto la veo. Una mata de pelo rubio cubierta de una capa de sangre.

No.

No, no, no. Ahora lo recuerdo todo. La lluvia cayendo. La discusión. El cinturón de seguridad que se me clava en el pecho.

—Kimberly —intento gritar, pero la voz sale débil, me pesan los párpados. Todo pesa horrores.

—No te duermas, Kyle —dice la voz de la doctora—. Quirófano tres. Deprisa —llama a las otras voces de la sala.

Hago todo lo posible por mantener los ojos abiertos, trato de no apartar la mirada de donde está Kimberly, pero ya estoy en movimiento, y ahora me ciegan unas luces fluorescentes que brillan sobre mi cabeza, una tras otra, una tras otra, cada vez más y más deprisa. Flash, flash, flash, flashflashflash...

«¡No!», querría gritar. «¡Atrás!» Pero no tengo fuerzas para dar forma a las palabras. Todo se tambalea a mi alrededor.

Veo a un médico con un niño en los brazos.

*Flash.*

Una mujer mayor a quien le están suministrando oxígeno.

*Flash.*

Una chica leyendo un libro. Levanta la mirada cuando doblamos la esquina.

*Flash.*

Y por fin, la doctora Benefield frente a mí, con la bata blanca aleteando, difuminándose y ensanchándose hasta convertirse en un resplandor que

invade el pasillo entero, hasta que solo queda una luz blanca y cegadora.

### 3

—Kyle.

Las imágenes nadan ante mí.

Una bola de discoteca hecha añicos.

La lluvia que cae.

El pelo rubio de Kim, apelmazado y ensangrentado.

Luego, el dolor. Se esparce por mi cabeza, recorre todo mi cuerpo. Me agarro a las sábanas hasta que el dolor cede lo suficiente para distinguir una voz que repite mi nombre, ahora más clara.

—¿Kyle?

Mamá.

Intento abrir los ojos, centrarme en el rostro que tengo delante. Veo su nariz y su boca, pero la imagen es demasiado brillante. Borrosa. Distorsionada. Como una foto sobreexpuesta.

—Mamá —grazno, con la garganta seca como el papel de lija.

Me toma la mano y me la aprieta.

Estoy cansado. Muy cansado.

La doctora se introduce en mi campo de visión. Me enfoca los ojos con una luz brillante, me pregunta si siento esto o aquello, y luego me pide que

siga su dedo.

No puedo... No lo siento. ¿Debería sentirlo?

Y es entonces cuando el pánico regresa. El pelo ensangrentado, apelmazado. La camilla. Kimberly.

—¿Qué ha pasado...? ¿Kim... está...?

Ella no dice nada, está concentrada en algo que sostiene en las manos. Un portapapeles. Un bolígrafo que hace clic. Una anotación en la historia médica.

—Kyle, ¿te acuerdas de mí? Soy la doctora Benefield. Has sufrido un traumatismo grave...

Su voz queda cortada por el estruendo de una bocina, un ruido tan fuerte que me obliga a cerrar los ojos con fuerza, desesperado por silenciarlo.

Al tratar de abrirlos, solo siento dolor. Un dolor penetrante que intenta tragarme entero. Y yo me dejo.

Cuando vuelvo a despertarme, no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado, pero todo parece más claro. Las placas blancas del techo, las paredes verde azuladas del hospital, un televisor en una esquina, la pantalla plana y negra.

Siento un pinchazo en la cabeza y recuerdo las palabras de la doctora Benefield. Levanto la mano para tocarme la venda de la frente, y este movimiento provoca el estirón inesperado de una vía conectada a mi brazo. Muevo los ojos hacia el embrollo de máquinas que tengo a mi lado y después a la figura que está sentada al pie de la cama.

—Sam —alcanzo a decir, y él vuelve la cabeza como un rayo hacia mí. Tiene los ojos rojos e inyectados en sangre y las mejillas húmedas.

Al instante, me recorre una oleada de terror.

En toda nuestra vida, solo he visto llorar dos veces a Sam. La primera, cuando teníamos diez años y se rompió el brazo al caer de la bici; la segunda, hace tres veranos, cuando el golden retriever de su familia, Otto, murió. Pero esta vez noto que es diferente.

Noto que es peor.

—¿Sam?

Soy incapaz de formular la pregunta, y él no responde. Se limita a girar los ojos inyectados en sangre en dirección a la ventana, y me doy cuenta de que las lágrimas le caen todavía más rápido.

—Sam —repito, luchando desesperadamente por incorporar un cuerpo que está demasiado débil para obedecer, pero me ceden los brazos y caigo de nuevo sobre la cama—. ¿Sam?

Pero él sigue sin responder.

El rostro sonriente de Kim danza ante mis ojos. Hago un esfuerzo por respirar, pero el horror y la pena envuelven con fuerza mis pulmones al tiempo que un aguijonazo de dolor rebota dentro de mi cabeza.

No puede ser que...

Lo revivo todo. Empezando por Berkeley, la pelea, y terminando por sus ojos grandes y llenos de pánico a la luz de los faros.

Y cuando el camión impacta contra nosotros, siento que todo mi mundo se hace añicos, el dolor de la cabeza aumenta y aumenta hasta que mi cuerpo entero explota en un millón de pedazos, pedazos que nunca volverán a recomponerse.

## 4

Apoyo la cabeza, vendada, contra el cristal fresco de la ventanilla del coche y observo las gotas de lluvia que se tiñen de rojo con las luces de freno del coche de delante, mientras mi madre conduce. Han pasado dos semanas enteras y sigo sin dar crédito a lo que ha pasado.

Había pensado que romper con ella sería el peor dolor que iba a sentir nunca, pero esto... Es imposible de arreglar. No puedo sacar una pulsera y hacer las paces.

Se ha ido para siempre. La enterraron en el cementerio local hace cinco días, en una ceremonia a la que no pude asistir porque todavía me estaba recomponiendo.

Al llegar a casa, me quedo plantado bajo la lluvia, apretando contra mi pecho la caja de cartón que me han dado en el hospital. En el interior están los zapatos de vestir, los restos del traje, hechos jirones, y la pulsera de dijes perdida entre el desorden, con los eslabones vacíos que nunca serán llenados.

De pronto deja de llover. Alzo la vista y veo un paraguas negro que se cierne sobre mí. Mi madre alarga la mano hacia la venda empapada de mi cabeza, pero se la retiro con suavidad. No quiero que me consuele ni que

me cuide. No serviría de nada.

—Necesito que estés bien —me susurra, sin apenas mover la boca.

Bien.

Como si fuera posible hallar el modo de volver a estar bien. Me dirige una mirada de preocupación, perforándome los ojos con los suyos mientras me quita la caja de las manos y se la mete debajo del brazo.

Necesito estar solo.

Me equilibrio con las muletas, avanzo renqueante hacia la casa y subo el escalón del porche, un poco mareado, tratando de no poner demasiado peso en mi fémur roto, que actualmente está sujetado por una vara de metal. Mi madre me ayuda a cruzar la puerta y avanzo en línea recta, a paso de tortuga, hacia la puerta del sótano, ansiando una dosis de lo que me dieron en el hospital para poder difuminarme en el vacío. Las muletas repiquetean ruidosamente el suelo a medida que voy avanzando, con un golpeteo firme y fuerte como el latido de un corazón.

—He pensado que quizá querías quedarte arriba —dice mi madre a mis espaldas—. Te he preparado el sofá. Así no tendrás que preocuparte por subir y bajar a...

—Quiero estar en mi propio espacio —respondo de manera tajante. Abro la puerta del sótano, la planta que ha sido mi refugio desde segundo año, y empiezo a bajar ruidosamente las escaleras, decidido.

Oigo a mi madre que viene tras de mí. Me agarra el brazo con firmeza hasta que mi pie pisa el último escalón.

—Espera, cariño... —intenta decir, pero es demasiado tarde.

Enciendo la luz e inmediatamente veo los pequeños huecos en los lugares donde ella solía estar. Libros que faltan en la estantería, su manta favorita que ha desaparecido del sofá, fotos que han quitado incluso de las paredes.

—¿Dónde...? —empiezo a decir mientras empujo la puerta del dormitorio y entro tambaleándome. Toco un clavo vacío en el lugar donde solía estar colgada la foto de Kimberly en el último año de instituto.

—Sus padres vinieron a buscar todas sus cosas. No esperaba que...

—Se lo han llevado todo —digo, sintiendo un ataque de náuseas. Ya me perdí el funeral. Y ahora esto.

Miro a un lado y a otro en busca de algo que hayan olvidado. Hasta el cargador rosa que Kim siempre solía dejar aquí ha desaparecido. Lo han arrancado de la pared como si fuera un enchufe de soporte vital.

La ira me invade, crece y crece cada vez más, hasta que me desinflo de golpe. No han sido ellos los que se lo han llevado todo.

He sido yo. Yo me he llevado a Kim.

Fui yo quien condujo hasta aquel lugar de la carretera. Fui yo quien le hizo sentir que debía ocultarse a sí misma aquello que deseaba en realidad y que ahora ya nunca tendrá.

—Lo siento, cariño —dice mi madre, tendiéndome el brazo.

—¿Puedo estar solo, mamá? —consigo decir, alejándome de ella.

Mi madre está a punto de decir algo, pero luego duda y por fin se va. Oigo sus pasos que se apagan en lo alto de las escaleras, y la puerta que se cierra con un clic.

Cruzo penosamente la habitación hasta el estante del rincón, donde reposan los trofeos dorados y las medallas relucientes junto a una fotografía enmarcada, de las pocas que no se han llevado. Salimos los dos en el partido de vuelta a casa, ella con los pompones al aire, mi número pintado en la mejilla, y yo rodeándole la cintura con los brazos.

Veinte minutos más tarde, mi carrera futbolística se había terminado. Dos semanas más tarde me convertía oficialmente en Kyle Lafferty, el tipo que escribía crónicas para el periódico de la escuela sobre el jugador que lo había sustituido.

Durante muchos meses, lo único que quise fue regresar a ese momento. Volver a lo que era antes. Ahora, en cambio, repetiría mil veces esa lesión si con ello pudiera hacer volver a Kim.

¡¡¡BIP, BIP, BIP...!!!



Doy un bote y una de mis muletas cae estrepitosamente al suelo. Con el ceño fruncido, me vuelvo hacia el lugar de donde procede el sonido y descubro el despertador pitando como un loco sobre la mesita de noche.

Cojeando, cruzo la habitación y veo los números rojos que se encienden y se apagan una y otra vez, siguiendo el compás del pitido.

Un recuerdo repentino hace que la mano se me quede helada sobre el botón. Mi madre estaba fuera de la ciudad y Kim se despertó con la cara adormilada y apretujada contra la mía.

—¿Se puede saber quién utiliza todavía despertador? —gruñó, tapándose el pelo rubio con las sábanas y enroscándose entre mis brazos mientras yo apagaba el aparato y me olvidaba al instante de mi cita matinal con Sam para ir a correr.

Pero había pulsado el botón equivocado sin querer, y quince minutos más tarde la alarma volvió a sonar, ruidosa y desagradable. Kimberly se despertó de un salto, se incorporó del todo y tiró el despertador a la otra punta de la habitación. Recuerdo cómo nos reímos mientras el sol de la mañana salía lentamente al otro lado de la ventana y proyectaba en su rostro un cálido resplandor.

Nunca había visto nada tan bello. Casi puedo verla...

¡¡¡BIP, BIP, BIIIP!!!

Me agacho y desconecto el enchufe de la toma de corriente. El pitido cesa de manera abrupta y el rostro de Kimberly se desvanece como un sueño cuando despiertas. Se me tensa el pecho al intentar quitarme la sudadera, y me hago un lío con los brazos mientras forcejeo. Tiro y tiro, hasta que por fin la tela cede, y un bufido se me escapa de los labios cuando me la quito del todo y la lanzo al respaldo de la silla del escritorio.

Paseo la mirada por la habitación, por los rincones que Kim solía llenar, y me doy cuenta de que no me he preparado para esta parte. He estado centrado en volver a casa. En el hecho de haberme perdido el funeral. En poder estar lo bastante fuerte para salir del hospital en el que murió mi

novia.

En ningún momento había pensado en el después.

Una semana más tarde, abro la puerta de casa y la luz de la mañana impacta con demasiada fuerza contra las escaleras de madera del porche. En realidad, no ha cambiado nada desde que volví a casa. El camino de entrada sigue flanqueado por las flores olorosas que plantó mi madre, el del garaje sigue lleno de grietas, la valla blanca sigue pidiendo a gritos una mano de pintura.

Todo está igual. Soy yo quien ha cambiado.

Me ajusto las muletas bajo los brazos y salgo a caminar, avanzando renqueante hasta la calle para completar la vuelta a la manzana diaria que me ha prescrito la doctora. Dice que esto me ayudará a aclararme la cabeza, me ayudará a volver a salir al mundo. Me ayudará a curar el cerebro. Por desgracia, se trata de un mundo en el cual ya no hay lugar para mí.

Sin darme cuenta, la manzana de casas se convierte en dos. Y luego en tres.

No tardo en llegar con mis muletas al centro de la ciudad, pero las calles que me rodean están extrañamente vacías para ser un día cálido de verano. Estoy agotado. Al meter la mano en el bolsillo, me doy cuenta de que me he dejado el móvil. Seguramente sea mejor así. Está lleno de llamadas de Sam sin contestar. Mensajes de voz en los que me suplica que hable con él, que dé señales de vida, que le haga saber si estoy bien.

Pero no lo estoy. Entonces, ¿qué se supone que debo decir?

Miro los escaparates de las tiendas de Main Street. Camisetas de rayas, libros troquelados y ramos de flores. Cada vez que alargo el cuello para mirar al interior de una tienda, me descubro inspeccionando. Buscando algo. Pero sé que no voy a encontrarlo en un estante polvoriento ni escondido en un rincón. Ni siquiera sé por qué he llegado hasta aquí.

Me seco una gota de sudor de la frente y me encuentro frente a la

heladería Ed's Ice Cream, con el letrero rojo y blanco de época columpiándose en sus chirriantes ganchos de metal, empujado por la brisa de verano. Débilmente, me derrumbo en una de las sillas metálicas de la terraza, con el cuerpo agotado tras la corta caminata y las axilas irritadas por culpa de las muletas.

Contemplo con anhelo la puerta del local y el frescor del aire acondicionado que me espera al otro lado del cristal. Parece muy cerca, pero a la vez demasiado lejos para que mi cuerpo destrozado la alcance ahora mismo. Dudo que pudiera dar un paso más por mucho que lo intentara.

Titular: ESTRELLA DE FÚTBOL UNIVESRSITARIO ELIMINADA APENAS CONSIGUE CAMINAR UN KILÓMETRO.

Me quema la piel debajo del brazo, me ha empezado a salir una dolorosa ampolla a causa de la irritación.

Estupendo. Como si no hubiera suficiente con una lesión en la cabeza y una pierna jodida.

Tras unos minutos escaldándome en la silla negra de metal, me incorporo y me dirijo al interior. Las campanitas de la puerta tintinean sobre mi cabeza cuando me golpea una ráfaga de aire acondicionado, que hace que haya merecido la pena el esfuerzo extra.

Pido un cucurucho de helado con dos bolas de chocolate y me coloco automáticamente en el asiento junto a la ventana. El helado se funde en mi boca mientras miro el asiento vacío que tengo delante. Aunque Sam, Kim y yo siempre estábamos juntos, ir a tomar un helado a Ed's solía ser solo cosa de nosotros dos. En los días calurosos de otoño, después del entrenamiento o en un día cualquiera entre semana, me inventaba alguna excusa para ir al centro y sorprendía a Kim con una terrina de menta cubierta de pepitas de chocolate. Ella siempre le hacía una foto antes del primer mordisco y la subía a Instagram.

Ahora me doy cuenta de que hace una eternidad de la última vez que

vinimos. Me pregunto qué vería si abriera su Insta. ¿Cuándo subió el último helado de menta?

No recuerdo haber venido después de la lesión. Ni una sola vez. Y no existe una sola buena razón que pueda justificarlo.

Miro fijamente la silla vacía que tengo delante y siento una punzada de culpa. Las palabras que me dijo aquella noche me provocan una mueca de dolor.

Desvío la mirada y me quedo sin aliento al ver a la chica que trabaja tras el mostrador. Se inclina sobre el congelador gigante para servir a un cliente una bola de helado de nuez, con el pelo rubio recogido en un moño descuidado. Noto un dolor punzante en la cabeza, como la quemazón de una congelación cerebral.

Kimberly.

Contengo la respiración, esperando ver aquellos pómulos marcados, aquella sonrisa de megavatios que hace que parezca que todo va bien, aquellos ojos azules que se entrecierran mientras me pregunta qué demonios estoy mirando.

La chica levanta la cabeza para sonreír al cliente y... no es ella. Claro que no es ella.

Me pongo rápidamente en pie y me coloco las muletas bajo los brazos. Los ojos castaños de la dependienta me observan tras los cristales de unas gafas con montura metálica mientras me dirijo a la puerta tan deprisa como puedo.

—¡Que tengas un gran día! —me grita, simpática y chispeante.

Consigo dibujar una leve sonrisa, pero las comisuras de los labios se resienten por el esfuerzo. Hasta la más sencilla interacción humana me resulta más difícil que dar vueltas a la pista durante los entrenos. La realidad de que Kim ya no esté aquí se ha convertido en un continuo de dolores cotidianos. Momentos y recordatorios que me van socavando hasta que ya no queda nada.

Necesito distraerme.

Salgo al exterior y echo a andar, inquieto, calle abajo.

Ahora no puedo volver a casa. A la habitación con el espacio vacío en el que antes estaba su foto. Al sofá donde nos quedábamos despiertos hasta tarde los viernes por la noche, mirando películas de terror hasta que salía el sol. Al armario donde todavía aguardan dos bolsas sin abrir de las patatas Lay con sabor a barbacoa que tanto le gustaban.

Las puertas doradas de la histórica sala de cine de la esquina se abren de par en par porque está entrando un hombre mayor. Las letras negras y gruesas de la marquesina me llaman.

Me acerco a la taquilla y compro una entrada para la próxima sesión, sin molestarme siquiera en preguntar qué película dan. Me da igual.

Hay una docena aproximada de personas dentro de la sala, esparcidas aquí y allá, intentando combatir el calor del mediodía, pero no reconozco a nadie. Vislumbro a una pareja joven que se ríe en la parte de atrás, con las manos entrelazadas, y me siento tan lejos de ellos como puedo.

Apenas un minuto más tarde, las luces se atenúan y fijo la mirada en la pantalla, viendo cómo los personajes entran y salen flotando de cada escena mientras mi mente hace exactamente lo contrario. Se centra de manera tozuda en el dolor palpitante de la pierna, en la piel llagada de la axila, en el hecho de que Kimberly no esté sentada a mi lado intentando adivinar la trama y estropeando de paso el desenlace.

Una carcajada del tipo que está sentado a la mitad de mi fila me despierta de mi intento fallido de estirar la pierna, y me doy cuenta de que esto es una enorme pérdida de tiempo.

De que todo es una enorme pérdida de tiempo.

Agarro las muletas, despego el peso de mi cuerpo de la butaca roja y chirriante, y al salir tiro el cartón de palomitas, prácticamente lleno, a la basura.

Cuando llego a casa, me duele hasta la última parte del cuerpo, y tengo la camiseta completamente empapada de sudor.

Permanezco en el porche, con la mano en el pomo de la puerta, y noto la respiración agitada de los pulmones mientras me recompongo para entrar en casa.

Desde el recibidor, veo la sala de estar y a mi madre que se levanta del sofá, con la preocupación tirando de las comisuras de los labios y del ceño fruncido.

—Estaba muy preocupada...

—Estoy bien —la corto, intentando que mi voz suene segura, pero sale al revés, cruda y quejosa.

El suelo de madera cruje cuando se acerca a mí y me enseña mi teléfono móvil. La pantalla se ilumina y me muestra una serie de llamadas y mensajes perdidos.

—Has salido sin el móvil. No podía llamarte para saber si te había pasado algo.

Se lo quito de la mano e intento pasar de largo hacia la puerta que lleva al sótano, pero al dar un paso a un lado me doy de bruces con una foto colgada en la pared. Somos nosotros dos el verano después de que muriera mi padre. Mi madre me rodea con los brazos mientras yo sonrío desdentado a la cámara. Pero esta vez veo algo detrás de su sonrisa. Algo que ahora reconozco. La pérdida.

Retrocedo un paso y le doy un abrazo, aspiro el perfume que siempre suele llevar.

Cuando ella me abraza, con los mismos brazos que me sujetaron aquel verano, parpadeo frenéticamente para mantener la compostura.

Me separo y corro a mi habitación, con el aliento intermitente e irregular, las imágenes de la heladería y del cine y del momento anterior al accidente que se entremezclan mientras la habitación da vueltas y yo me meto en la cama y me tapo la cabeza con la manta.

Todo es igual, excepto en lo único que importa.  
El mundo puede seguir girando, si quiere.  
Pero yo no lo haré.

## 5

—Kyle, despierta.

Es la voz de Kimberly. Un dolor penetrante me recorre la frente y el sudor se me pega a los brazos y las piernas. Alargo rápidamente el brazo hacia la lámpara y enciendo la luz. Oteo la habitación y veo una sombra que desaparece por las escaleras.

Frenéticamente, me quito las sábanas de encima y subo las escaleras cojeando a toda prisa para abrir la puerta.

—¡Kimberly! —la llamo—. Kim.

Miro alrededor, pero el silencio es la única respuesta. La oscuridad resuena con fuerza en mis oídos.

La he oído. He notado el peso de su mano sobre mi brazo. Ha estado aquí. Estoy seguro.

Tan seguro como que sé que esto no tiene ningún sentido. Avanzo renqueante por el pasillo, agarrándome a la pared para no perder el equilibrio hasta llegar a la sala de estar, donde enciendo la luz y me encuentro con...

Nada. El sofá está vacío. No hay nadie.

Como un idiota, intento abrir la puerta principal, girando el pomo a



derecha e izquierda, pero el pestillo está echado. Solo entonces recuerdo que Kim nunca ha tenido la llave.

Dejo escapar un suspiro tembloroso y reposo la cabeza contra la madera gastada, con la sien retumbando tras haber saltado tan repentinamente de la cama, y la adrenalina va descendiendo, reconociendo la derrota. Me obligo a respirar más despacio, pero al girarme para regresar a la cama, el aliento que he acumulado con tanto esfuerzo se escapa de mi interior con un ruidoso silbido.

Kimberly.

Está sentada en el sofá, con una manta blanca y peluda pasada por los hombros. Se ajusta un poco más la manta y el dibujo de mariposas azules se mueve como si los pequeños insectos estuvieran vivos. Kimberly. La tengo delante.

«No puede ser real.» Sé que no puede ser. Sé que todo esto significa, simplemente, que mi cabeza está mucho peor de lo que creían los médicos.

Pero necesito que sea real.

Corro hacia ella con tal rapidez que tropiezo con la alfombra del vestíbulo, pero alargo el brazo para apoyarme en la pared antes de caer al suelo.

Cuando consigo enderezarme, ha desaparecido, y en el sofá, desnudo y desocupado, solo quedan los cojines.

Me siento en la butaca, sin apartar la mirada del sofá. Vigilo el espacio vacío durante el resto de la noche, esperando a que vuelva, con los dedos enroscados en los reposabrazos. Cada vez que estoy a punto de quedarme dormido, el recuerdo de haberla visto me vuelve a despertar, como una lata entera de Red Bull.

Ni siquiera me doy cuenta de que el sol ha salido hasta que oigo los pasos de mi madre bajando las escaleras.

—Buenos días —dice.

Parpadeo y la miro. Lleva unos pantalones negros y una blusa de vestir, y

el pelo perfectamente cepillado. Me obligo a levantarme, me duele la pierna mala de haber pasado la noche en la silla, la tengo tensa e inmóvil.

Se apoya contra la baranda y arquea las cejas.

—¿Quieres explicármelo?

—Esto, yo... —empiezo a decir, intentando ganar tiempo para pensar alguna excusa—. No podía dormir.

Veo que no se lo traga, pero paso por su lado, vuelvo renqueante hacia la puerta del sótano y me escabullo antes de que ella pueda seguir fisgoneando.

Con la espalda apoyada contra la puerta cerrada, respiro hondo. Por primera vez desde la muerte de Kim, tengo algo a lo que agarrarme.

Tengo que volverla a ver.

Durante las tres noches siguientes, después de que mi madre suba las escaleras para acostarse, hago guardia sentado en la silla de la sala de estar, atento a cualquier parpadeo de luz y a cualquier crujido de la casa. Pero no hay noticias de Kim. Ni de las mantas blancas y peludas ni de las mariposas azules.

Cada mañana, cuando suena el despertador de mi madre, los ojos prácticamente se me cierran y tengo que escabullirme con rapidez al sótano antes de que me obsequie con una edición matutina de sus veinte preguntas.

A la cuarta noche, mi cabeza me está matando y cada vez me resulta más difícil mantenerme despierto. Entorno los ojos hacia el sofá vacío, intentando combatir el agotamiento. Es cierto que a Kim le gustaba hacerme esperar. Es lo único a lo que me aferro. Lo único que me hace seguir adelante.

El reloj de la entrada apenas ha tocado la medianoche, de modo que coloco la pierna rota sobre la mesita en un intento de estar mínimamente más cómodo.

Me quedo dormido durante lo que parece una fracción de segundo, y

cuando abro los ojos, el lugar vacío está ocupado otra vez.

Por mi madre.

—¿Quieres explicármelo *ahora*? —me pregunta, con los brazos cruzados sobre el camisón de color azul marino.

Sé que no debería ser así, pero la pregunta me toca las narices.

¿Quiero explicarle que creo haber visto el fantasma de mi novia muerta? La verdad es que no. Empiezo a sentirme algo ridículo solo de pensar en vocalizarlo.

Trago saliva para deshacerme de estos pensamientos absurdos y niego con la cabeza. Antes de darle ocasión de seguir fisgoneando, me levanto y me alejo cojeando por el pasillo, hacia el sótano.

—Kyle.

El ruido de sus pasos me sigue suavemente, pero yo cierro la puerta antes de que ella llegue. No estoy de humor para que me pregunten por algo que ni siquiera puedo explicarme a mí mismo. Solo sé lo que he visto. O al menos creo que lo sé.

Me deslizo hasta sentarme en el primer escalón, esperando a que se vaya. Descanso la cabeza contra la madera y mis ojos se cierran lentamente, pero un susurro me devuelve a la consciencia, una voz que llega desde el otro lado de la puerta.

Mamá.

—Así perdí a tu padre —dice con suavidad, y yo la escucho—. Vi cómo se echaba a perder.

Me levanto lentamente y coloco la mano plana contra la puerta mientras ella sigue hablando. La luz tenue del pasillo se cuela bajo la puerta.

—Oh, Kyle. —Suenas muy triste.

Con un suspiro, giro el pomo. Está sentada en el suelo con la espalda contra la pared, los ojos cerrados. Parece muy triste. De inmediato, me siento fatal.

—¿Ya están bien tus viejos huesos estando ahí sentada en el suelo? —

pregunto, con una leve sonrisa.

Ella alza la vista y pone los ojos en blanco. La broma no le ha hecho demasiada gracia.

—Ja, ja.

Lo ofrezco la mano y tiro de ella, que se ha agarrado suavemente de mi antebrazo.

—Muy bien, tú ganas. Me voy a la cama... —digo, empujándola hacia las escaleras—. Si tú también te vas.

—Te quiero. Estarás bien —dice mientras me estudia la cara, indecisa, antes de apretarme un poco el brazo y alejarse en dirección a las escaleras.

Cierro la puerta a mis espaldas y me siento en silencio en el primer peldaño, conteniendo la respiración, esperando tanto que parece que ha pasado una hora, hasta que estoy seguro de que no estará esforzándose por oír el crujido de la puerta abriéndose o de mis pies pisando el suelo de madera. Consulto el teléfono móvil y la pantalla se ilumina para informarme de que son las tres y media de la madrugada, por lo que quedan pocas horas para que salga el sol.

Entro en silencio en la sala, listo para ocupar mi lugar en la butaca, pero una forma en el sofá me deja helado.

Es mi madre, hecha un ovillo, completamente dormida. Sus leves ronquidos son lo único que suena en la habitación. Recojo la colcha del respaldo del sofá y la tapo, y de alguna manera esta imagen empeora todavía más las cosas.

«Estarás bien.»

Pensar en esas palabras me acelera el ritmo cardíaco. Al girarme para volver a mi habitación, consciente de mi derrota, me toco la venda de la frente, pensando, con preocupación, que lo que tengo debajo está más roto de lo que pensaban los médicos al principio. Pensando que no voy a estar bien.

Pensando que podría haber pasado cien noches despierto sentado en el

mismo sitio y que el sofá habría seguido estando vacío todas esas noches.  
Porque, en realidad, ella nunca estuvo ahí.

## 6

Los días se confunden entre sí. Los mensajes de texto permanecen sin ser leídos; los envoltorios de comida llenan el suelo. Una semana se convierte en dos, luego en un mes, y de pronto se ha evaporado el verano; el sol cada vez se pone más temprano al otro lado de la pequeña ventana del sótano.

No me levanto de la cama por las mañanas. No hago nada.

Me quedo tumbado, rechazando todos los intentos de mi madre para sacarme de mi habitación. No me interesa torturarme. Sé lo que me espera ahí fuera.

En el sótano, frente a la puerta del dormitorio, están las contraventanas que llevan al patio, las mismas que Kimberly utilizaba para colarse cuando mi madre ya se había acostado. Podría ir arriba, pero eso significaría ver el césped donde ella solía dar volteretas en secundaria o la cocina en la que preparamos aquel pastel de chocolate, de aspecto monstruoso pero delicioso, para el cumpleaños de Sam.

Pero, sobre todo, no quiero dar a mi cerebro ninguna ocasión para engañarme. No quiero creer que la he visto.

Las llamadas de mi madre a la puerta se hacen más y más frecuentes, como el crujido bajo sus pies deambulando al otro lado mientras suplica.

—Estás ahí. Sé que estás ahí.

Hoy intenta girar el pomo. Una vez. Dos veces. Pero la puerta no se abre porque he pasado el pestillo.

La oigo insistiéndome que la deje entrar. Yo, en cambio, dejo que la luz del día vuelva a fundirse con el crepúsculo. Me esfuerzo por mantener los ojos abiertos el máximo de tiempo posible, porque cuando finalmente me quedo dormido, mis sueños están llenos de imágenes de bolas de discoteca brillantes, fluorescentes de hospital y faros de camión acercándose cada vez más.

Por lo menos, cuando estoy despierto, puedo quedarme colgado de la nada.

No estoy seguro de cuánto tiempo ha pasado, pero tampoco me importa.

—Levántate ahora mismo.

Abro los ojos con gran esfuerzo y veo a mi madre inclinada sobre mí, sacudiéndome para despertarme. Tras ella, la puerta de mi dormitorio está apoyada contra la pared; alguien la ha sacado de las bisagras y ahora es un enorme agujero que conduce al resto del sótano. ¿Cómo es posible que no me haya despertado?

—Sal de la cama y arréglate —dice, quitándome las mantas de encima—. Tenemos que hablar.

Gruño y recupero las mantas, estirándolas para esconderme debajo.

—¿Hablar de qué? —refunfuño mientras ella se sienta al pie de la cama, dibujando una uve con las cejas.

Vaya.

Mi madre está muy seria.

La espío por encima de la manta, preocupado por lo que vaya a decir.

—Kyle, estamos casi en septiembre. Todos tus amigos están empezando a irse a la universidad. Sam se ha inscrito en unas clases en el centro formativo superior —dice, y suelta un suspiro—. Quiero saber qué pasa con la UCLA.

Me incorporo y me aparto el pelo despeinado de los ojos, rozando con la yema de los dedos la cicatriz hinchada de la frente. ¿De veras piensa que voy a ir? No me lo puedo creer.

—¿Qué pasa con la UCLA?

—Sé que Kimberly y tú ibais a ir juntos. Sé lo mucho que esa idea significaba para ti —dice, cogiéndome la mano—. Pero tienes que aceptar que el futuro que habías planeado ya no va a ser posible.

Mis ojos encuentran, en la pared, el banderín de la UCLA que Kimberly me regaló. El azul y el amarillo se burlan de mí. El futuro que había planeado habría sido igualmente imposible. Ahora Kimberly estaría haciendo las maletas para empezar una nueva aventura en Berkeley.

Sin mí.

Siento un pellizco de rabia seguido por la oleada de culpabilidad habitual. Kim daría cualquier cosa por poder ir a cualquier parte. Por estar aquí.

—Pero eso no quiere decir que no tengas un futuro —continúa—. Tenías previsto salir dentro de una semana y media, y tal vez eso sería...

—Voy a posponerlo —digo, tomando una decisión. La única decisión que me quitará a mi madre de encima, por lo menos durante unos meses—. Los dos primeros trimestres. Es demasiado pronto.

No tiene por qué saber todavía que no tengo la menor intención de pisar ese campus.

Ella parpadea. Esto no es lo que esperaba. Percibo en la postura de sus hombros que llegaba preparada para la pelea, pero lo que acabo de decir es de lógica aplastante, y yo contaba con ello. De modo que asiente, satisfecha de que haya tomado algún tipo de decisión en relación con mi vida.

—Muy bien. Pero si haces eso, debes idear un nuevo plan. Si pospones la UCLA, no puedes seguir... —Se le apaga la voz y hace un gesto con la mano hacia el montón de ropa sucia, los platos sucios, el cubo de la basura que rebosa—: Así. Tienes que hacer algo.



Miro a mi alrededor. No he salido de la habitación en todo el verano y se nota, pero no soy capaz de reunir la energía suficiente para que me importe.

—Estás vivo —dice ella, apretándome la mano—. Y no puedes parar solo porque ella no lo esté. Tienes que seguir viviendo.

Respiro con fuerza y me paso los dedos por el pelo apelmazado. El simple hecho de tener esta conversación me está agotando. No tengo ni idea de en qué consiste seguir viviendo.

—No sé ni por dónde empezar —digo con sinceridad. Tal vez, si me dice lo que quiere, le baste.

—Sam quiere verte —me propone, enseñándome el móvil. No sé de dónde lo ha sacado—. Hace meses que no hablas con él, y sé que también lo está pasando mal. Podrías probar haciendo esto primero.

Me tira el móvil, que me da directo en el pecho, pues mis manos fallan al intentar cogerlo. Ando muy mal de reflejos. La pantalla se ilumina y revela docenas de mensajes y llamadas perdidas, la mayoría de Sam, más algunas de los compañeros con los que he jugado al fútbol a lo largo de los años, aunque esas han ido disminuyendo hace siglos.

Sam es el único que sigue intentándolo.

Desplazo hacia abajo sus mensajes, y veo cómo han evolucionado del «Eh, tío, ¿cómo estás?» al «Tío, hace casi dos meses que no sé nada de ti. Llámame. Estoy preocupado».

No sé cómo podré mirarlo a la cara después de todo lo que pasó. ¿Cómo es posible que todavía quiera verme? Estar juntos no será más que otro penoso recordatorio de que nuestro trío ha dejado de ser un trío.

—No puedes ignorarle eternamente —dice mi madre, leyéndome la mente. Me da un golpecito en la pierna y se pone de pie—. Ahora llámalo y levántate. Ve al supermercado. No pienso seguir haciéndote la compra ni preparándote la comida —dice mientras se dirige a la puerta—. Así, tal vez, cuando tengas suficiente hambre, saldrás y te unirás al mundo de los vivos —añade.

Mi estómago gruñe como respuesta.  
Traidor.

Al llegar al Stop and Shop, estoy chorreando de sudor. Los vaqueros se me pegan a las piernas, pues mi piel se ha acostumbrado al interior suave de los pantalones de chándal. He tardado cerca de una hora en llegar, cojeando a lo largo del tortuoso camino de asfalto que pasa junto al instituto y la biblioteca, y la pierna sufre por todas las sesiones de terapia física y recuperación que me he saltado.

Mi madre ha dejado sutilmente la llave del coche sobre el mostrador, pero en ningún caso voy a ponerme nunca más detrás del volante.

Intento evitar mirar todas las fachadas y escaparates que me recuerdan a Kim. El restaurante chino donde siempre encargábamos comida para llevar la semana de los exámenes finales, y Sam acaparaba todos los *lo mein*. La cafetería en la que Kim pedía su café con leche de avena de siete dólares, insistiendo en que era «más buena que la de verdad». La peluquería de la esquina donde se hacía las mechas mientras Sam y yo mirábamos partidos de fútbol en nuestros respectivos móviles en la zona de espera.

Mantengo los ojos fijos en mis pies hasta que las puertas automáticas del Stop and Shop se abren con una ráfaga de aire frío. Cojo un carrito para quitarme un poco la presión sobre la pierna y recorro los pasillos para elegir los ingredientes básicos, mientras saboreo el contenido de la enorme bolsa de Funyuns que he cogido del estante nada más entrar.

Leche, huevos, pan. Añado unas cuantas bolsas de minipizzas porque mi madre no ha especificado exactamente lo que contaba como comida, y si tengo un microondas en el sótano, es por una razón.

Y esa razón son las minipizzas.

El sol ya se está poniendo cuando vuelvo a casa con las dos bolsas de la compra, el cielo se vuelve de color naranja y rosa y deja paso lentamente a un azul oscuro. Debo de haber tardado mucho más tiempo del que pensaba.

El sonido de un trueno me llena los oídos, fuerte, firme y vibrante. Me estremezco por un segundo, y de pronto regreso a la tormenta de aquella noche, pero enseguida miro hacia un lado y veo el estadio de fútbol de Ambrose High a rebosar de público y el aparcamiento lleno de coches.

Son tambores. No truenos.

Los vítores se derraman desde las gradas, ahogando casi totalmente el repicar continuo de la banda. Es viernes por la noche, y se está jugando uno de los primeros partidos de fútbol de la temporada. Sin pensar, agarro las bolsas de la compra y me desvío del camino. Las luces y el griterío me atraen hacia la gente, y acabo sentado en uno de los frescos bancos de metal.

Respiro hondo. Siento que todo encaja por primera vez en mucho tiempo. La gente que me rodea. Los uniformes de color blanco y verde turquesa sobre el campo. El entrenador que toca el silbato que le cuelga alrededor del cuello.

Algunos jugadores nuevos de Ambrose High se ríen en el banquillo, empujándose sin malicia entre ellos. Uno se levanta y realiza el baile de los espíritus que Sam empezó a incorporar en todas las piñas en el penúltimo año, mientras otro saca unas Pringles de la bolsa con cordón que tiene a sus pies, aprovechando que los demás están distraídos. Todo ello me recuerda poderosamente a Sam.

Cuando éramos jugadores de primer año y jugábamos de suplentes, metíamos comida en el campo escondida dentro de los cascos, y comíamos mientras el entrenador explicaba la jugada. En cierto partido, convencí a Sam de que probáramos algo más saludable y lleváramos cacahuetes en vez de galletas Famous Amos. Por descontado, ese fue el día en que Lucas McDowell, un veterano que solía calentar mucho banquillo, decidió delatarnos al final del tercer cuarto.

El entrenador nos castigó a dar una vuelta al campo corriendo por cada cacahuete que quedaba en la bolsa.

Aquel día, estuve a punto de perder un pulmón. Y luego tuve que soportar a Sam quejándose de que habríamos terminado el castigo veinte vueltas antes de habernos mantenido fieles a las galletas, pues era imposible que hubieran quedado galletas en la bolsa al final del tercer cuarto.

Sonrío por dentro mientras el partido avanza. Sin darme cuenta, me dejo llevar por la gente que me rodea, de un modo positivo, y grito de alegría cuando nuestro equipo consigue el primer *down* gracias a una buena recepción del *running back* y cuando el equipo contrario falla un sencillo lanzamiento de campo desde las trece yardas.

Los uniformes relucientes de las animadoras me llaman la atención. Situadas en formación en el campo, justo delante de las gradas, mueven con precisión los pompones verdes turquesa y blancos. Cuando lanzan al aire a una chica rubia, aparto la mirada antes de que mi mente intente jugarme una mala pasada.

Me concentro de nuevo en el *quarterback*, que ya está anunciando la próxima jugada sobre el campo. Mis ojos siguen a los jugadores, que se ponen en posición. Uno de los *fullbacks* está descolocado y deja un gran hueco por el cual el defensa puede internarse perfectamente. «Oh, no.» Siento el impulso de gritar para avisar al *quarterback*, pero no me sale la voz.

El central eleva la bola. Me agarro al banco en el que estoy sentado al ver que toda la línea ofensiva se rompe para lanzar la jugada. El *quarterback* ladea el brazo para hacer el pase justo en el momento en que la defensa arremete. Las camisetas rojas aceleran el ataque, y el corpulento Número 9 encuentra el hueco.

Parece que todo se ralentiza. Tengo tanto miedo que me pesa el pecho, pero no consigo apartar la mirada. Todo esto me suena mucho. Me suena demasiado.

Sobre el campo, el *fullback* se ha quedado helado, consciente de su error. Salta para proteger a su *quarterback*, pero ya es demasiado tarde. Número 9

ya está ahí, y solo el aire lo separa de su objetivo.

Me inclino con torpeza para tocarme los pies mientras la bola se desprende de la mano del *quarterback* y todo su cuerpo sucumbe bajo el peso de Número 9.

El grito resuena por todo el estadio.

Noto un pinchazo de solidaridad en el hombro al ver al *fullback* pidiendo ayuda mientras el *quarterback* se retuerce en el suelo, con el brazo detrás de la espalda en un ángulo nauseabundo. El entrenador salta corriendo al campo, le arranca el casco al *quarterback* y una mata de pelo castaño queda al descubierto...

Oh, Dios mío.

Me estoy viendo a mí mismo. Soy yo quien está ahí abajo, con el brazo doblado hacia atrás.

Estoy a punto de vomitar, a duras penas consigo tragar la bilis amarga. «Esto no está pasando.»

El *fullback* cae sobre el césped. Se arranca el casco. Es Sam. Fue Sam quien falló el bloqueo.

Desde aquí, veo perfectamente el pánico en el rostro de mi mejor amigo.

Mi pierna mala tiembla y cede, incapaz de contener mi peso un segundo más. Me derrumbo sobre el banco, mientras uno de los peores momentos de mi vida se repite ante mis propios ojos. ¿Cómo es posible que esté sucediendo? Mi cerebro ha vuelto a jugarme una mala pasada. Tiene que ser eso. La simple idea sirve para tranquilizarme.

«No es real. Es una alucinación. Eso es todo.»

—Eres más fuerte de lo que crees, Kyle —dice una voz a mi lado.

Me quedo helado y luego vuelvo lentamente la cabeza.

«Dios mío, es Kimberly.» Está sentada en el banco a mi lado, mirando hacia delante, con la vista fija en el campo, la piel suave como la porcelana bajo los focos brillantes del estadio. Parpadeo de forma frenética, esperando que desaparezca, pero no lo hace.

—No estás aquí —susurro.

—No me he ido —dice, volviéndose hacia mí, y las luces del estadio iluminan el resto de su cara. Toda la parte derecha de su cabeza está llena de cortes y de sangre, y tiene pelo amazacotado y rojo. Alarga la mano para tocar la mía. Nada la detiene. La siento. Pero nadie más reacciona.

—No estás aquí. —Me separo de ella y me levanto, intentando poner la máxima distancia física entre los dos—. ¡No estás aquí! No estás aquí, hostia.

—¿Qué coño te pasa? —me dice alguien, devolviéndome de golpe a la realidad.

En un instante, Kim es sustituida por un tío de pelo rizado unos años más joven que yo, con la cara pintada de turquesa y blanco.

—Claro que estoy aquí, tío —dice, separándose de mí al tiempo que me mira de arriba abajo—. Eres tú quien tal vez debería estar en otro sitio.

Mierda.

¿Qué está pasando? ¿Qué me pasa?

Recojo las bolsas de comestibles, que ya se están descongelando, y me alejo del lugar lo más rápido que puedo, teniendo en cuenta el estado lamentable de mi pierna.

Cuando por fin abro la puerta de casa, tengo la cabeza ardiendo. Dejo la compra en el recibidor y echo a correr hacia el baño.

Agarrado al borde del lavabo, respiro hondo, notando el mármol fresco en las palmas de las manos.

—No te está persiguiendo. Solo son imaginaciones tuyas, idiota —le digo a mi reflejo en el espejo.

Me inclino hacia delante para estudiarme la cicatriz, la línea larga, torcida y roja, todavía inflamada e irritada. Alzo la mano, tocándola apenas, deseando sentir la piel que sana bajo la mano, preguntándome qué es lo que sigue roto por debajo.

Que podría ser todo.

Dejo caer la mano, y cuando mis dedos vuelven a encontrar el lavabo, me agarro con más fuerza todavía. Mi mirada desciende de la cicatriz al reflejo de mis propios ojos, a las pupilas grandes y vacilantes.

—¿Kyle? —dice una voz a mis espaldas, y estoy a punto de pegar un bote de un kilómetro de alto.

Me echo a un lado y, más allá de mi reflejo en el espejo, veo a mi madre, todavía con la ropa del trabajo, con los ojos cansados, pero alarmados.

—¿Estás bien?

Al ver que no la rehúyo de entrada, me toma de la mano y me guía por el pasillo hasta la sala de estar. Me hace sentar en el sofá, y por fin le explico lo que me pasa.

—Veo a Kimberly todo el rato —digo, preparado para la expresión de lástima que sin duda aparecerá en su rostro—. En este sofá, y en la heladería, y esta tarde en el estadio. Sé que no es real, no hace falta que me lo digas. Pero, mamá, parece muy real. Y no puedo evitar pensar que todo ha sido culpa mía...

Mi madre me aprieta la mano para que deje de divagar, y mis palabras quedan colgadas en el aire.

—Kyle, nada de esto es culpa tuya —me asegura con la voz tranquila—. Nada. Te pondrás mejor.

No la creo, pero por lo menos no me mira como si estuviera loco o como si fuera patético, cosa que es un alivio. El hecho de habérselo confesado me ayuda a calmar un poco la respiración.

—Pero ¿tú crees que merezco estar mejor? —pregunto. Mi voz se quiebra en la última sílaba y trago saliva, esforzándome por recomponerme.

Me toma la cara entre sus manos, y con los pulgares resigue suavemente mis mejillas.

—Te pondrás bien. Necesitas tiempo para curarte. Para seguir adelante. Y no solo físicamente —dice, respirando hondo—. Cuando murió tu padre,

necesité todo lo que tenía dentro para recuperarme y poder estar contigo y ser la mejor madre posible para ti.

Mis recuerdos de aquella época son borrosos e incompletos porque por entonces debía de ir a párvulos. Yo ahora me siento incapaz de hacer nada, y ella tuvo que salir adelante mientras cuidaba a un niño pequeño.

—¿Cómo lo hiciste, mamá? —le pregunto—. Kim me dijo aquella noche que no sabía ser yo mismo sin ella, y estoy empezando a creer que tenía razón.

—Todavía sigo en ello. Paso a paso —responde—. Siempre hacia delante. Nunca hacia atrás. Como lo harás tú. —Sus ojos se ponen más serios. Nunca los había visto tan serios. Alarga el brazo y me atrae hacia ella para abrazarme. Con su cara enterrada en mi cuello, apenas soy capaz de escuchar lo que me susurra—: Lucharás por volver.

«Siempre hacia delante. Nunca hacia atrás.»

Pienso en todo lo que me ha dicho mientras saco la comida de las bolsas y meto disimuladamente las minipizzas en la pequeña nevera del sótano. Dice que lucharé por volver. Pero nunca he tenido que luchar solo. Cuando tuve la lesión en el hombro, en los ataques de pánico antes de los partidos, durante las clases más difíciles en el instituto, siempre conté con el apoyo de Kim.

Kim me dijo aquella noche que sería capaz de salir adelante sin ella.

Pero no me dijo cómo.

Cojo la foto en la que estamos los dos antes de aquel partido y me siento sobre la cama. Su sonrisa centellea.

Siempre que di un paso adelante, la tenía a ella. Nos habíamos inscrito ya en las clases de la UCLA y mi horario era el mismo que el suyo, aunque ella era la única que tenía clara la especialización que quería elegir. Yo pensaba que tenía tiempo de sobra para decidirme. Para dilucidar lo que yo quería, con Kim siempre a mi lado.

Ahora que lo pienso, supongo que no tenía ningún plan para mí mismo.



Era más bien un plan para los dos.

Y aunque entonces lo hubiera podido imaginar, ahora es imposible que pueda ir hacia delante, perseguido por el fantasma de mi novia.

Exnovia, me corrijo. Y eso empeora todavía más las cosas. Como si no tuviera derecho al dolor que siento en mi interior. Solo a la culpa. La simple idea de que la imagen de Kim me persiga me hace sentir como un capullo. Si ella no quería compartir su vida conmigo, ¿por qué iba a querer seguirme ahora? Tiro la foto sobre la cama y me doy cuenta de que solo hay otra respuesta posible para lo que ha ocurrido esta noche.

Una que tiene sentido.

Tal vez me esté volviendo loco.

Tal vez sea lo que merezco.

## 7

—¿Y bien? —pregunto a la doctora Benefield el lunes a primera hora de la mañana—. ¿Estoy chalado?

Mi madre ha concertado la cita para demostrarme que no me he vuelto loco.

La doctora apaga la luz de la linterna y se la mete en el bolsillo de la bata blanca mientras niega con la cabeza y me obsequia con una sonrisa divertida.

—No. Has sufrido una pérdida significativa, y eso se puede estar manifestando de maneras inesperadas.

—¿Como que me persiga el fantasma de Kimberly?

—No. Como... que veas lo que quieres ver —me corrige, sosteniendo en alto su iPad para enseñarme el escáner del cerebro que me han hecho esta mañana—. Mira.

Va pasando de la imagen de un cerebro sano a la imagen del mío para demostrarme que estoy «perfecto». Mi madre alarga el cuello para ver las imágenes, pero yo no me molesto siquiera en mirar.

—Nuestros cerebros son unas máquinas magníficas —añade la doctora Benefield, cerrando el iPad—. Son capaces de hacer todo lo necesario para

protegernos del dolor, sea físico o emocional. Tu cerebro no tiene nada que el tiempo no pueda curar. ¿Entendido?

¿Protegernos del dolor? ¿Desde cuándo ver a mi novia muerta me protege del dolor?

Se me queda mirando hasta que yo me rindo con un gesto, y enseguida saca una libreta de recetas y un bolígrafo y garabatea en una de las páginas antes de arrancarla y entregármela.

Yo la tomo y leo lo que ha puesto. Esperaba encontrar el nombre de algún medicamento escrito en letra incomprensible, pero pone lo siguiente: «Cálmate. No está sucediendo».

Genial.

—Kyle —dice, y yo vuelvo a alzar la vista y la miro a los ojos serios—, las visiones que estás teniendo no son reales, ¿de acuerdo? Desaparecerán en cuanto estés preparado. Te lo prometo. Por el momento, lleva contigo esta receta para cuando vuelvas a tenerlas. Léela, recuérdala, créetela.

Asiento, pero sus palabras no me tranquilizan. ¿Desaparecer? ¿Qué pasará cuando incluso ese último rastro de Kim desaparezca? Ahora, cuando la veo, creo que me he vuelto loco y es una mierda, pero por lo menos la veo. Y no estoy preparado para perder eso.

Tras volver a casa, mi madre sale a trabajar. Me sirvo un cuenco de Lucky Charms y me siento en la mesa de la cocina. Durante un rato solo se oye el sonido de mi ruidoso masticar, pero luego juraría haber oído una voz amortiguada, unas palabras indistinguibles. Detengo la cuchara a medio camino de la boca y agudizo el oído.

—¿Mamá? —grito, y mi voz resuena por la casa vacía. ¿Tal vez haya olvidado algo? Escucho con mayor atención y me doy cuenta de que el sonido viene de abajo. De mi bolsillo.

Saco el teléfono y compruebo que el ruido sale del altavoz. Vaya, hombre. ¿A quién habré llamado con el culo, sin querer?

«... Sam», dice la voz en el momento en que me llevo el móvil al oído, y ahora las palabras sí que suenan claras. Abro la boca para responder, pero él continúa. Es un mensaje de voz. «No sé si vas a escuchar esto, pero tengo que decírtelo. Estoy asustado. Y antes de que te echas a reír, mamón, te lo digo en serio. Nos estás asustando.»

El mensaje de voz se corta y la pantalla se ilumina, revelando una larga ristra de mensajes sin responder.

Me quedo mirando el teléfono que descansa en la palma de mi mano. El pulgar se alarga tanto tiempo sobre el botón verde de llamada que la pantalla vuelve a oscurecerse. Trago saliva y vuelvo a meter el móvil en el bolsillo.

Hasta que no termino los cereales, limpio el sofá del sótano, lleno una bolsa de basura entera con envoltorios de comida, recojo los platos y los vasos de las inmediaciones de la cama y hago todas las tareas concebibles, no tengo huevos para devolver la llamada a Sam.

El tono de llamada suena tanto rato que deduzco que no va a responder, por lo cabreado que debe de estar, con toda la razón, después de tantos meses ignorándolo.

Pero se trata de Sam y, aunque no me lo merezca, responde.

Sam echa un trago de *bourbon* y luego levanta la petaca para mirarla con curiosidad. Yo lo observo, consciente de la expresión cansada de sus ojos oscuros, de la sombra de la barba de dos días que jamás había visto en su cara.

Normalmente, me burlaría de él por su aspecto descuidado, pero él no ha hecho más que responder con monosílabos desde que ha llegado, hace quince minutos, a pesar de todos mis esfuerzos.

Mis habilidades conversadoras están claramente en baja forma después de un verano entero sin hablar con nadie.

—¿Por qué...? Esto... ¿Por qué decidiste quedarte en la ciudad? —

pregunto, señalando con la cabeza la camiseta azul y gris que lleva puesta, que pertenece al centro de formación profesional comunitario. Sé que lo habían admitido en varias universidades del estado, de modo que no sé exactamente qué le hizo cambiar de opinión.

Él arquea una ceja y yo percibo algo que he visto muy raras veces en toda la vida que llevamos siendo amigos.

Sam el Loco.

—Esta temporada tampoco ha sido precisamente sencilla para mí, tío. Una de mis mejores amigas murió y el otro desapareció de la faz de la tierra —puntualiza. Enseguida se le suaviza la expresión—. No tenía ni idea de lo que te estaba pasando. Se lo iba preguntando a tu madre.

Doy un largo trago de *bourbon* que me quema la garganta, pero a la vez me ayuda a que las palabras salgan con más facilidad.

—Lo siento, Sam —digo.

Y es verdad. Tengo que ser sincero con él.

—Sé que he sido un amigo de mierda, pero... no podía. No podía estar contigo. No podía estar con nadie. A veces pienso que sigo sin poder.

Noto que sus ojos me evalúan.

—Estás hecho una mierda —dice por fin, señalando con un gesto mi camisa arrugada, mi pelo sin cortar y mi barba descuidada y rizada.

Me encojo de hombros, pues me importa muy poco el aspecto que tenga. Kimberly no está aquí para verme. Era ella quien me decía que parecía un animal cuando iba al instituto con chándal. Quien me decía que tal vez había otra ropa aparte de los pantalones cortos de deporte. ¿Qué importancia tiene ahora afeitarse, peinarse o llevar una camisa limpia? ¿Qué importaba entonces si mi destino era terminar como estoy ahora?

—Bueno —suspira Sam, y el último vestigio de rabia le resbala por los hombros—. Me alegro de que no te hayamos perdido también a ti, aunque la verdad es que estás hecho una mierda —dice, inclinando la petaca con la mano y vertiendo más *bourbon* en su vaso.

Sonríe y hace un gesto hacia la petaca.

—¿Cómo has conseguido pasar esto por la aduana?

—La encontré en una de las bolsas del hospital —digo, señalando el armario donde mi madre y yo lo metimos todo después de deshacernos del traje ensangrentado y hecho trizas—. Mi madre debe de haberla pasado por alto.

Sé que podría dejarlo así. Seguir hablando sobre el *bourbon* y esas mierdas. Pero sus palabras siguen resonando en mis oídos. Hay algo en ellas que no me gusta.

—Dices que te alegras de no haberme perdido a mí también —repito, sacudiendo la cabeza—. A veces desearía haber sido yo. A veces tengo la sensación de estar esperando a que ella aparezca por la puerta. —Miro hacia el pasillo, al sofá, al cojín gris y solitario—. Esperando a que las cosas vuelvan a la normalidad.

El semblante de Sam se ensombrece, como pasaba siempre que iniciábamos el cántico en la piña de jugadores antes de empezar un partido importante.

—Yo también —dice con voz firme—. Por eso no podemos olvidarla. Tenemos que permanecer juntos, porque somos los únicos que mantendrán su recuerdo con vida. Es lo que Kim hubiera querido.

«Lo que Kim hubiera querido.» Antes pensaba que era yo quien sabía lo que era mejor para nosotros. Pero ahora veo que no. Era Sam.

Pienso en todas las conversaciones que debieron de tener lugar a mis espaldas. Comprendo que era él quien sabía cómo se sentía ella en realidad. Lo que ella quería.

—¿Cuánto hacía que sabías lo de Berkeley? —le pregunto.

Hace una pausa, pero en vez de responder, agacha la cabeza.

—Lo siento. Debería habértelo dicho.

—Sí —me limito a decir. Pero pienso en lo que Kim dijo en el coche sobre el hecho de romper. Sobre lo de ir a Berkeley. «¿Me hubieras dejado

marchar?»

¿Él también pensaba lo mismo?

Me observa durante un buen rato, y tras asegurarse de que no voy a montar en cólera, continúa.

—Sé que aquella noche fue horrible, pero ella te quería. Debes recordarlo.

Me imbuyo de estas palabras, que me marean más que el licor. Ese «te quería», en pasado, es tan desgarrador como lo fue aquella noche. Y en este momento es más de lo que puedo soportar.

Sam no se queda mucho tiempo más. Pasamos a un territorio más seguro, hablamos sobre sus planes para el semestre, sobre los inminentes partidos de fútbol de la UCLA, aunque yo no he tenido ánimos para leer nada sobre la pretemporada.

Por fin, cuando se va, le prometo que no seré tan capullo y le escribiré.

Pero cuando la puerta se cierra a sus espaldas, me encuentro a mí mismo abriéndola de nuevo al cabo de unos minutos y saliendo al exterior, y noto una ligera nota de frío en el aire de finales de verano. Tardo un segundo en darme cuenta de que estoy caminando hacia el estanque, en compañía de la petaca de *bourbon* medio vacía, cojeando por el camino del parque. Me siento en la orilla, a la sombra de uno de los enormes sauces, y observo cómo el sol de la tarde se refleja en la superficie del agua y proyecta una luz centelleante.

El viento sopla con suavidad, echando mi pelo hacia atrás y transportando una voz. Un susurro. Las palabras son tan débiles que apenas se distinguen.

Miro a mi alrededor, intentando buscar el origen de la voz, pero en esta ocasión no me sorprende no encontrar nada, apenas la hierba verde que rodea el estanque, los árboles alineados a lo largo de la orilla y una sensación de la que no consigo desprenderme. Las palabras de Sam siguen girando en círculos dentro de mi mente, como cuando das vueltas al campo

después de que te confisquen una bolsa de cacahuetes.

No me preocupa olvidarla. Nunca podría hacerlo. Pero ¿cómo diablos voy a saber lo que ella hubiera querido que yo hiciera? ¿Cómo sabré lo que hubiera querido que fuera sin ella?

La voz se desvanece con la brisa y yo me paso las manos por el pelo, preguntándome cómo voy a poder defenderme yo solo si me siento tan inseguro.



## 8

Miro mi reflejo en el espejo del cuarto de baño y me remeto los bajos de la camisa blanca en los pantalones mientras doy un último repaso a mi aspecto general.

Sigo llevando el pelo hecho un desastre, largo y descuidado, pero la barba moteada de los tres últimos meses ha desaparecido, y el nuevo *aftershave* que compré antes de la graduación ha servido por fin para algo. La cicatriz de la cabeza se ha desdibujado, la inflamación tiene ahora un leve tono rosado, mucho menos llamativo.

No me atrevo a decir que tengo buen aspecto, pero por lo menos parece que lo estoy intentando.

Además, no quiero ir a ver Kimberly con pinta de «no haber oído hablar nunca de algo que se llama ducha».

Me sonrío a mí mismo, recordando el banquete de los deportistas a finales del penúltimo año. Me presenté con Sam directamente después de haber jugado un partido de fútbol americano. Kim me lanzó la caballería con la frase anterior antes incluso de que pusiéramos el pie en la sala, y luego se sacó un peine del bolso para alisarme el pelo de un modo en el que solo ella era capaz.

Siempre sucede así, un recuerdo que paraliza, que me hace detenerme en seco.

Pero Sam, la semana pasada, tenía razón. Tengo que ir a verla. No quiero que piense que la he olvidado.

Suspirando, salgo del cuarto de baño y entro en mi habitación, y enseguida la determinación se convierte en inseguridad cuando mi mano vacila al coger el ramo de lirios, con los pétalos púrpura sorprendentemente brillantes para el día tan gris que hace.

«Realmente, ¿estoy listo para esto?»

Pienso en las semanas que han pasado desde que mi madre decidió sacar la puerta de las bisagras. Supongo que en ciertos aspectos me siento más fuerte, de hecho, para eso estoy asistiendo a las sesiones de rehabilitación. También respondo a los mensajes de Sam, en vez de ignorarlos. No me coge un patatús cada vez que veo a Kim sentada en las sillas vacías, en la otra punta de la sala o en lugares en los que es imposible que esté.

Pero hoy sí que la veré. Iré al cementerio y me plantaré ante una lápida que lleva su nombre e intentaré adivinar qué era exactamente lo que ella hubiera querido que hiciera.

Y ahora que ha llegado el momento, tengo mucho miedo. Es la misma sensación de ansiedad que tuve cuando a la Kim imaginaria se le ocurrió aparecer a mi lado durante el partido de fútbol, hace dos semanas. ¿Qué va a pasar cuando esté de verdad cerca de ella?

Claro que... también podría ir mañana. O incluso la semana próxima. Cuando mi madre vuelva a casa una vez que termine los recados, podría llamar a Sam para... posponerlo. Solo lo estaría posponiendo.

—No seas tan perro, Kyle —murmuro, y subo las escaleras y salgo por la puerta, con la esperanza de que la larga caminata hasta el cementerio me sirva para recomponerme.

Con la diferencia de que hoy, como no podía ser de otra manera, da la sensación de que es solo una manzana.

Demasiado pronto, las puertas de hierro del cementerio aparecen a la vista, con los grandes árboles proyectando su sombra sobre un mar de tumbas y una gran tristeza en las ramas caídas. Ralentizo el paso al recorrer el camino, estudiando cada lápida para aplazar mi destino. Madres, padres, hijos, abuelos. Incluso niños.

Mierda, no quiero estar aquí.

Algunas parcelas están cuidadosamente arregladas, tienen flores frescas que rodean la lápida y recuerdos de amigos y seres queridos al pie de la tumba.

Otras están cubiertas de vegetación, no queda nadie para cuidarlas.

¿Estará bien la tumba de Kim? Espero que sí. Aunque a mí me dé igual tener un aspecto descuidado, creo que no soportaría ver nada suyo que lo tuviera.

No me gustaría que estuviera..., bueno, como esta de aquí.

Me detengo a contemplar una pequeña lápida con yedra muerta que trepa por las esquinas, y una sola palabra como inscripción: ADIÓS. Sin nombre, sin fecha, sin nada.

Maldita sea, qué triste. Me arde la cabeza de dolor y me fuerzo a recobrar la compostura, entrecerrando los ojos para leer cada una de las letras, la a, la i, la o, hasta que la quemazón empieza a pasar lentamente.

Me pregunto a qué clase de persona pertenece esa lápida. Si alguien se acuerda de ella.

Cuando el dolor se disipa, arranco una flor púrpura del ramo que sujeto en mis manos y la coloco suavemente sobre la lápida solitaria. No sé por qué lo hago, pero tengo la sensación de que es necesario. Sobre todo teniendo en cuenta que la tumba de al lado está rodeada por un mar de flores rosas que crecen hasta el límite de la parcela. Los grandes pétalos triangulares son brillantes y llamativos. No sé cómo no lo he visto antes.

Toco ligeramente una de las flores. Creo reconocerla del jardín de mi madre. Intentó cultivarlas unos años atrás, y su aroma era tan fuerte que

penetraba por la ventana de la cocina las mañanas de verano.

Pero ¿cómo se llaman?

Cuando ya voy por la mitad del alfabeto de la docena escasa de flores que conozco, me doy cuenta de que no hago más que aplazar el momento.

Me fuerzo a seguir adelante. «Vamos, Kyle.»

Sigo el camino unos pasos más y en mi mente se entremezclan las flores rosas y la lápida con el ADIÓS Es todo muy raro. ¿Por qué exactamente? Estoy tan ensimismado que casi paso de largo.

KIMBERLY NICOLE BROOKS. Descansa en paz.

Me quedo sin respiración.

Su parcela no está descuidada ni desatendida. De hecho, hay un enorme ramo de tulipanes azules, de un color muy vivo, con una pincelada de lila en la base de los pétalos uniformes.

Tulipanes azules.

Miro los lirios que sostengo en la mano. Mierda. Los tulipanes azules eran, sin duda, sus flores favoritas. Parece que la esté oyendo, diciéndome cómo le gustaban porque hacían juego con sus ojos.

Los lirios fueron las primeras flores que le regalé. Si Kim estuviera aquí, no me dirigiría la palabra durante el resto del día. O de la semana, si se sintiera lo suficientemente molesta por esto.

Dios mío, yo la quería, pero odiaba que hiciera eso.

La quiero, me corrijo. Siempre la querré. ¿Qué coño me pasa? ¿Por qué tengo que pensar en estas cosas justo en este momento?

Dejo mi triste ramo de lirios al lado de los tulipanes, y mi mano encuentra la áspera piedra gris. Repaso su nombre con los dedos, y este es el momento al que conducen todos los meses pasados.

—Kim...

Me detengo, colocando la mano entera sobre la lápida, y todos los sentimientos que he reprimido hasta ahora me golpean a la vez. No puedo hacerlo. No puedo estar aquí. Todavía no.

Aun así, respiro con fuerza y lo vuelvo a intentar.

—No... no me lo creo. —Niego con la cabeza, me arde la garganta—. No puedo creerlo. Pero lo afronto todos los días al despertarme y ver que tú no estás.

Noto una puñalada de dolor en la sien, irradiando de un solo punto, casi crepitante. Me la froto con las yemas de los dedos y lucho por continuar.

—Si pudiera volver atrás, no me habría enfadado tanto en la fiesta —digo por fin—. No habría forzado la conversación en el coche. Te habría escuchado cuando dijiste que querías...

«Darte la vuelta y no verme ahí.» Trago saliva, y sus palabras resuenan en mi cabeza. Siguen haciéndome daño, pero es un dolor más suave.

Y esta vez no se trata de mi dolor.

—Te habría dado el tiempo que deseabas para estar sin mí. Te habría... Te habría dejado conducir —digo con un chillido—. Seguro que te hubieras reído con eso —añado, y casi oigo su risa desde algún lugar que queda fuera de mi vista.

Casi.

Vuelvo a abrir la boca, ansioso por decir muchas cosas, pero los pensamientos degeneran en un embrollo de palabras y tristeza, demasiado desordenados para ensartarlos. Aprieto la lápida todavía con más fuerza y la sensación va en aumento hasta que por fin mi cerebro dañado estalla. Un dolor agudo y punzante me recorre las sienes y unos pequeños flashes de luz irradian hacia dentro desde el rabillo del ojo.

La hostia.

—Había una vez un chico... —dice una voz a mis espaldas, con un tono suave y amable que me pone la carne de gallina.

Al principio, nublado por el dolor, creo que se trata de Kim. Otra alucinación. Pero la voz no es la suya.

Me giro muy deprisa, esperando ver a alguien, pero solo veo los árboles que crujen. Se me enturbia la visión, luego se aclara. El dolor me palpita

detrás de los ojos, de modo que los cierro y me froto las sienes hasta que el dolor se apacigua lo suficiente como para meter la mano en el bolsillo y sacar un frasco de Tylenol.

Forcejeo con el tapón a prueba de niños hasta que por fin consigo echarme dos pastillas en la palma de la mano y me las trago a palo seco.

Pero la voz no ha desaparecido.

—Estaba triste y solo —resuena a mis espaldas.

Esta vez, al girarme, ya tengo la cabeza más clara y veo a una chica con un jersey amarillo, plantada a unos pasos de distancia, junto al mar de flores rosas. Tiene un pelo largo, castaño y ondulado que parece mecerse con suavidad al compás de los árboles de detrás.

Me estudia con tanta incertidumbre que me pregunto si la voz procede de algún otro sitio. Pero somos las dos únicas personas que hay aquí.

Me froto los ojos para intentar enfocarlos. Esta chica me suena... de algo. ¿Iba a Ambrose? Creo que no. Yo conocía prácticamente a todos los alumnos, y seguro que la recordaría.

—Hola —digo, alzando la mano para hacer el saludo más torpe del mundo.

Ella se gira para mirar por encima de su hombro, como si buscara a la persona a la que estoy saludando.

—¿Nos conocemos? —pregunto cuando se vuelve hacia mí. Sigo intentando situar su cara, y mi cerebro repasa campos de deporte, partidos de fútbol y pasillos de instituto. Ella niega con la cabeza, y aunque juraría que la he visto antes, no insisto—. ¿Has dicho algo? ¿Ahora mismo?

La chica vacila, con los ojos color avellana abiertos por la curiosidad. O tal vez por la sorpresa. O tal vez por la confusión al ver que he tardado un minuto y medio en abrir un tapón a prueba de niños.

—Yo... no sabía que me ibas a oír —responde.

Me acerco un poco más a ella, y veo que tiene unas pecas en el puente de la nariz.

—He oído hablar a alguien. ¿Eras tú?

Actúa con precaución, como si dudara entre responder o no. Sus ojos buscan los míos.

Debería devolver la atención a la tumba de Kim; es la razón por la que estoy aquí, pero no puedo evitar seguir hablando.

—Había una vez..., ¿verdad?

Se me queda mirando a los ojos, y las cuatro palabras se quedan colgando entre los dos.

Se mete el pelo por detrás de las orejas, sonrojándose.

—Yo... cuento cuentos —dice tocando ligeramente una de las flores rosas.

—¿Cuentos? Como... ¿cuentos de hadas?

—Sí —responde, mirándome con una leve sonrisa satisfecha—. Exactamente como cuentos de hadas.

—Eso está muy bien —digo, plantado frente a ella, separados por el lecho de flores rosas. La punta de una de sus Converse amarillas traza un pequeño círculo sobre la tierra. Al ver que no añade nada más, sigo hablando.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, pero su voz se solapa con la mía, preguntando:

—¿Te duele la cabeza?

¿La cabeza? Me toco la cicatriz. Creía que el pelo largo la tapaba.

La resigo con los dedos. El dolor sigue presente, pero ahora es mucho más lejano.

—¿Cómo has...?

—Marley —dice, solapándose otra vez con mis palabras—. Me llamo Marley.

Marley. El nombre no me suena, pero la cara sí.

—Yo soy Kyle —digo, intentando que la conversación se ciña a un solo tema, y no a dos—. Kyle Lafferty.

Ella asiente y me estudia el rostro durante largo rato, hasta que dice:

—La comida ayuda a combatir el dolor de cabeza. —Mi mirada se detiene de manera inconsciente en su boca, en sus labios delicados y rosados, curvados en las comisuras como dos pétalos de rosa—. Tal vez deberías comer. Es la hora del almuerzo —continúa.

Un dolor rápido y agudo me atraviesa las sienes, y desaparece antes de poder levantar la mano para tocármelas.

—¿Quieres... ir a comer? —pregunta.

—Ah —digo, comprendiéndolo por fin. Se me cae el alma a los pies. No he venido para hacer amigos. He venido por Kim. Niego con la cabeza y empiezo a girarme—. No. Esto... Debería irme...

—Pero tienes hambre —contrataca.

Abro la boca para protestar y, como si estuviera esperando el momento justo, mi estómago emite un gruñido largo y grave. Perfecto. Marley esconde otra sonrisa. Me obligo a reprimir el deseo de devolvérsela, y estoy a punto de soltar una carcajada. Reír es una reacción tan ajena a mí en estos momentos... Pero es... agradable.

Y tiene razón. Tengo hambre. Pero... ir a comer con ella significaría marcharme antes de haber terminado de hablar con Kim. Aunque no tenga ni idea de lo que voy a decir, no me parece correcto hacer cualquier otra cosa.

Entonces, si no puedo seguir hablando, seguramente lo mejor será que me vaya a casa.

—Gracias, pero de verdad que no puedo —digo, y paso por delante de la chica cojeando por el camino, derrotado.

—Ah. Te vas —dice. Hay algo en su voz que me hace girarme.

Estoy totalmente convencido de iniciar el largo trayecto a casa, pero Marley se pasa el pelo por detrás de la oreja, con los ojos de color avellana expectantes.

«Sigue andando.»



Es lo que quiero hacer, pero permanezco ahí plantado. Mis pies desobedecen totalmente a mi mente.

Marley da un paso hacia mí, pero como yo no digo nada, se mete las manos en los bolsillos y aparta la mirada.

¿Tal vez se siente sola? Un cementerio no es precisamente el lugar más divertido donde estar a la hora del almuerzo.

Supongo que me siento identificado con ella. Mi vida social en los últimos tres meses se reduce a estar con mi madre. A veces también con Sam, últimamente, pero sobre todo con mi madre. Seguro que no es la cosa más normal para un chico de dieciocho años, pero ya ni siquiera sé lo que es ser normal.

Vuelvo a mirarla. Total, mi intención era ir a casa a comer unos cereales o algo así.

Ella me sonrío ligeramente, como si me leyera el pensamiento.

—Entonces... —sugiere.

—¿Vamos a comer? —pregunto.

La potencia de su sonrisa podría alimentar nueve soles. Sus ojos parecen más brillantes, el color avellana parece más atrevido. Más vibrante. Más verde.

Es una sonrisa contagiosa. De pronto, yo también sonrío. Por primera vez en meses, sonrío de verdad. Es agradable hacer feliz a alguien, para variar.

—Encantada —responde, y ambos emprendemos juntos el camino, hacia las grandes puertas de hierro. Dudo por un instante y vuelvo la cabeza hacia la tumba de Kimberly mientras nos vamos. No sé qué esperaba que iba a suceder, pero esto seguro que no. Le prometo que volveré, que la próxima vez sabré qué decir, pero su voz permanece en silencio.

## 9

Pocos minutos más tarde, me detengo en seco al darme cuenta de dónde estamos.

¿Aquí? ¿En serio? De entre todos los lugares adonde podrían habernos llevado, mis pies me han conducido automáticamente a este, a los caminos sinuosos que conducen a...

—Oh, me encanta este estanque —dice Marley.

La miro de reojo.

—¿Has estado antes aquí?

Ella asiente, y una pieza del rompecabezas se pone en su sitio. Tal vez me suene de eso. Seguramente debí de verla cuando venía aquí con Sam y con Kim.

El estanque era uno de nuestros lugares favoritos, sobre todo porque solía estar bastante vacío al atardecer, y vacío del todo por la noche. Como no había luces en el perímetro, toda la superficie de agua oscura y los árboles que la rodeaban solían ser nuestros y solo nuestros. Aquí bebimos champán del malo con unas tazas rojas del Solo cuando Kim se ganó el puesto como capitana de las animadoras, y Sam se subió a la roca del medio a alzar el puño cuando lo eligieron para la liga interestatal tras una temporada

buenísima como júnior.

A veces, Sam y yo veníamos solos cuando necesitábamos matar el tiempo después del entreno, y otras veces Kim y yo quedábamos aquí para solucionar la discusión que nos ocupara en aquellos momentos.

Ahora me pregunto si alguna vez vinieron ellos dos solos. Si fue este el lugar donde Kim le contó a Sam lo de Berkeley.

—Pero yo voy siempre a esa otra parte —dice Marley, recuperando mi atención mientras señala un ejército de patos al otro lado del estanque, con las patas naranjas resaltando sobre el manto verde de hierba—. Ahí están mis patos.

No sé si mis ojos me están gastando una broma, pero juraría por mi pierna buena que en aquella zona la hierba está más verde. Sé que es una metáfora estúpida, pero necesito una excusa para que nos alejemos de nuestro banco y de la sensación desgarradora que siento en el pecho.

—Vayamos a tu parte, pues.

Emprendo el camino y mis ojos se encuentran con los de Marley en el mismo momento en que señalo con un gesto el otro lado del estanque.

Me detengo para ajustarme la muleta, y cuando alzo la vista, veo que Marley ya casi ha dado toda la vuelta, dejándome completamente atrás.

—¡Eh! —la llamo—. ¡No sabía que era una carrera!

Ella se da la vuelta para mirarme, con su pelo largo volando al viento y el sol perfilando su cara. Es como una foto retocada de Instagram hecha realidad. Una instantánea perfecta para la cual se necesitarían como poco cien intentos.

Aparto los ojos y le indico un pequeño puesto de comida a pocos metros del camino, con un letrero rojo y amarillo enganchado a un lateral.

—Vamos a comer —digo, repitiendo la frase de antes.

Ella sonríe. Nos dirigimos, ahora con más lentitud, al puesto de comida, donde cada uno compramos un perrito caliente con patatas fritas. Yo pido una Coca-Cola, pero Marley opta por el té helado con menta, recién

cultivado en el pequeño huerto regentado por la comunidad del parque.

—El té helado con menta es mi favorito. Sobre todo en verano —dice mientras mira a un punto a mis espaldas, a los árboles amarillentos alineados a lo largo del camino. Los primeros signos del otoño empiezan a aparecer por todas partes—. Solo me quedan unas semanas para disfrutarlo.

Hago equilibrios con mi plato y observo cómo ella coge otro platito para colocar sus condimentos. Meticulosamente, divide el ketchup, la mostaza y la mayonesa con una patata frita ejerciendo de barrera. Frunce el ceño, concentrada.

—¿A qué viene la división? ¿Piensas que la mostaza y el ketchup no se llevan bien? —pregunto mientras nos sentamos sobre la hierba, tan verde y centelleante en aquella parte del estanque.

—Me gusta pensar que... cada uno merece su propio espacio —dice, colocando el pie bajo la pierna mientras coge una patata.

Y como soy un verdadero capullo, baño una de las mías en el ketchup de mi plato y la arrastro por toda la mayonesa. Ella hace un gesto de asco al ver que me lo meto todo en la boca.

—Vale, pero ¿has notado el gusto de la patata frita?

Mastico, frunciendo el ceño al tragar. Noto mucho el gusto a mayoketchup, pero poco el de patata. De hecho, ni siquiera podría distinguir si es realmente una patata.

Observo cómo Marley sumerge con mucho cuidado la punta de una patata frita en su ketchup, antes de dar un mordisquito.

—A veces... menos es más.

Me encojo de hombros y me obligo a desviar la mirada en dirección al cementerio. Me recuerdo que solo estoy siendo educado. Haciendo una buena acción. Lo más probable es que no vuelva a ver a Marley más.

Pero la culpa va en aumento con cada segundo que pasa, y la comida pierde todo su sabor.

Esta no es la razón por la que he venido. He venido a despedirme de

Kim, no a aprender el protocolo adecuado de los condimentos de una chica a la que acabo de conocer a centímetros de distancia de la tumba de mi novia.

Exnovia, me corrijo por millonésima vez, cada vez más frustrado.

¿Qué estoy haciendo?

Termino muy deprisa mi perrito caliente, me levanto abruptamente y le acerco el plato de patatas fritas.

—Mira, puedes acabártelas tú —digo, evitando sus ojos, porque sé que, si nuestras miradas se cruzan, lo más probable es que me quede—. Tengo que irme. Tengo que ayudar a mi madre con...

—Tal vez nos volvamos a ver —dice, interrumpiendo la mentira que estaba en proceso de inventarme. Como si supiera que le estaba mintiendo, pero no le importara. Me sonrío con timidez.

—Tal vez —respondo, aunque estoy casi seguro de que no va a ser así.

Doy media vuelta y me alejo cojeando por el camino.

Todavía sigo pensando en la división de los condimentos, en las pecas de su nariz y en la hierba verde del estanque cuando entro por la puerta de mi casa casi media hora más tarde. En ese preciso instante, mi madre asoma la cabeza para saludarme cuando apenas se ha cerrado la puerta a mis espaldas. Observa mi camisa y mis pantalones planchados.

—¿Por fin has ido hoy al cementerio? —pregunta con una espátula en la mano. Cuando Sam se fue, le conté que estaba pensando en ir, y desde entonces me ha estado preguntando a diario si ya lo había hecho.

—Sí —digo cortante, sin alargarme más. No ha sido precisamente un éxito arrollador.

—Estoy preparando la comida. Luego me lo cuentas.

—Ya he comido —digo, y sigo avanzando hacia mi habitación. Antes preferiría volverme a romper el fémur que hablar del día que llevo.

Renqueante, bajo las escaleras del sótano y me detengo ante el armario

para colgar la chaqueta. Al abrir la puerta, mis ojos aterrizan en una caja metida en un rincón.

La caja que contiene todo lo que pudieron salvar de mi coche después del accidente.

La saco y la coloco en el suelo de la habitación. Me siento ante ella durante un tiempo que se me hace larguísimo, intentando reunir el coraje necesario para abrirla. Si hoy en el cementerio no he llegado a ninguna parte, por lo menos podría intentar hacer esto.

Me encuentro mirando un pedazo de tela blanca y vaporosa que asoma por debajo de una esquina de la tapa. No sé por qué, pero hay algo en esa tela que no me deja abrir la caja. No me atrevo a ver lo que hay en el interior.

Me decido por fin a levantar la tapa. Desdoblo muy despacio el pedazo de tela y descubro que era un pañuelo. Bajo el pañuelo, un bolso. Un solo zapato.

Pequeñas piezas tuyas, que nunca volverá a llevar. Que nunca envolverán suavemente su cuello, ni le rodearán los hombros, ni quedarán abandonadas en el suelo después de una noche de juerga.

Sigo mirando y encuentro la pequeña bola de discoteca, intacta.

La alzo de manera que la lámpara de la mesita de noche se refleja en ella y proyecta pequeños haces de luz por toda la habitación. Una sacudida de dolor me acuchilla la cicatriz, y veo la pequeña bola de discoteca en llamas mientras los faros del camión se abalanzan sobre nosotros y las puntas de luz motean la cara aterrorizada de Kimberly. Se me acelera el corazón y se me empaña la visión.

Suelto la bola, cierro los ojos y el dolor va cediendo a medida que el recuerdo se desvanece.

Al abrir los ojos, mi mirada aterriza sobre una pequeña caja de terciopelo que hay al fondo de todo. Con mucho cuidado, lentamente, la cojo, la abro y saco la pulsera de dijes. La rodeo con los dedos y el fresco metal descansa

suavemente en la palma de mi mano.

Repaso los dijes con el dedo, toco los eslabones vacíos, el lugar que reservé para futuros recuerdos. Recuerdos que ella habría construido sola, en Berkeley.

Ahora soy yo quien está construyendo recuerdos sin ella.

Pienso en las palabras de Sam, la otra noche en mi casa. «Lo que Kim hubiera querido.» En mi madre y en su «Siempre adelante. Nunca hacia atrás». En Marley, de pie junto al estanque. Nuestro estanque.

Coloco la pulsera cuidadosamente dentro de la caja y la guardo. Es demasiado pronto. Hoy he ido al cementerio porque pensaba que eso era lo que Kim hubiera querido.

Entonces, ¿por qué cada nuevo minuto se revela como una traición a los anteriores?

## 10

Unos días más tarde me encuentro de nuevo en el cementerio, frente a la tumba de Kim, ansioso por estar a su lado. No al modo de las visiones escalofriantes, sino al modo de no-sé-qué-otra-cosa-puedo-hacer.

Deposito un ramo de tulipanes frescos al lado de mis lirios marchitos, y veo que hay un ramo todavía más grande que descansa ya sobre la lápida. Me pregunto cuántos ramos debieron de dejar los padres de Kim antes de que yo viniera por primera vez.

Por lo menos, esta vez he traído las flores adecuadas.

Saco la bufanda sedosa del bolsillo y envuelvo con ella el sepulcro, devolviéndosela así a su propietaria.

—Bueno, Kim —digo al retirarme—. Como de costumbre, me cuesta adivinar qué es lo que quieres exactamente. Siempre pienso que lo sé, pero...

Hago una pausa, casi esperando que me responda, pero apenas se oye el sonido del viento entre los árboles, las hojas que susurran por encima de mi cabeza.

Me siento y me recuesto contra la lápida, esperando en silencio un momento de claridad. Pasan cinco minutos. Luego quince. Pero no ocurre



nada. Las mismas preguntas se despliegan dentro de mi cabeza como un teletipo que no se puede desenredar.

Miro a mi alrededor y espío el mar de flores rosas, dos parcelas más allá. Vencido por la curiosidad, me doy impulso para levantarme.

Alargo el brazo para tocar una de las flores. Siento el tacto suave de los pétalos en las yemas de los dedos.

—Azucenas —dice una voz detrás de mí.

Por Dios. Pego un bote, y casi me da un ataque al corazón al ver a Marley plantada junto a mí, con el pelo largo recogido con una cinta amarilla. Arranca la azucena que yo estaba tocando y la estudia con sus ojos de color avellana.

Mis ojos observan la lápida medio oculta por las flores rosas.

—Mi hermana. Laura —dice Marley en voz baja, antes de que yo pueda preguntar nada—. Era mi ídolo. Me quería tal como soy —continúa, como si estuviéramos retomando una conversación que hubiéramos dejado a la mitad. Coloca la flor en la parte superior de la lápida—. No le importaba que fuera diferente. Ni sensible. Ni callada.

Me mira, y por fin comprendo de dónde viene esa intensidad que transmiten sus ojos. Es la pérdida, enterrada en el color avellana, un dolor familiar alrededor del iris de los ojos. Conozco ese dolor. Es como mirarme en el espejo.

—Yo quería ser igual que ella —añade, volviendo la cara hacia las flores.

—¿Cuántos años tenías cuando...?

—Acabábamos de cumplir catorce.

¿Acabábamos? Pero sin darme tiempo a preguntar en voz alta, ella me responde.

—Éramos gemelas —dice.

Mierda.

—¿Qué pasó?

—Bueno, no me gusta explicar historias tristes —dice. Luego sonrío con

pena, y es como si un telón se hubiera cerrado tras sus ojos.

Muy bien. Está claro que este es un tema delicado. Permanecemos un buen rato en silencio.

—¡Ah!

Se quita del hombro la mochila amarilla que lleva y me sorprende sacando una flor solitaria de un bolsillo lateral. Se le aclaran los ojos y me la ofrece como si yo le hubiera pedido que la trajera.

Con cuidado, alargo la mano para aceptarla e inspecciono el círculo amarillo del centro y los pétalos que lo rodean, perfectamente uniformes y blancos. Esta sí que la conozco.

—¿Una margarita?

—Las flores tienen distintos significados —dice, consciente de mi confusión. Hace un gesto hacia la margarita que sostengo en la mano—. Esta me ha hecho pensar en ti.

—¿Por qué? ¿Qué significa? —pregunto, y sinceramente me sorprende que las flores puedan tener significado. Creía que solo eran algo bonito que mirar.

—Esperanza —se limita a decir.

Esperanza. ¿Acaso piensa que tengo esperanza? La verdad es que ya no espero demasiadas cosas.

—Me alegro de volverte a ver —añade de pronto, sin mirarme—. No estaba segura de que pasara.

Decido no confesar que mi intención era no volver a verla. Me limito a sonreír, y entonces, casi como si lo hubiéramos planeado, nos encontramos bajando juntos por el camino hacia el estanque. Compramos unas palomitas a un vendedor ambulante y luego seguimos hacia su parte del estanque, donde están los patos. Se congregan a sus pies para mirarla con reverencia, graznando con tanta fuerza que juraría que llevan minialtavoces incorporados.

Observo cómo mete la mano en el cartón rojiblanco y les tira algunas

palomitas, con el pelo caído sobre la cara. Yo la imito, cojo un puñado de palomitas y las esparzo frente a mí. Los patos se lanzan como si no hubieran comido en toda su vida.

—¿Vienes mucho por aquí a dar de comer a los patos?

Ella duda, con un puñado de palomitas en la mano.

—No tanto como me gustaría.

Asiento, pero no le pregunto por qué. Conozco la sensación de verte obligado a dejar de hacer cosas que te gustan.

Un pato picotea una palomita entre sus dedos, y ella suelta un grito, rompiendo la tensión con una carcajada. Luego salta hacia atrás y suelta la palomita antes de que el pato le arranque el meñique. Su hombro me roza ligeramente el brazo y noto que se me pone la carne de gallina.

Me aclaro la garganta y doy un paso atrás.

Seguimos a los patos hasta el agua, con los graznidos marcando el camino. A pocos pasos de la orilla, Marley se detiene para alzar la vista, con la mano congelada sobre las palomitas.

—Va a llover —dice, pensativa, e inclina la cabeza hacia atrás para ver las nubes oscuras y pesadas que se acumulan en el cielo.

Sigo la dirección de su mirada y asiento. Hay algo que me recuerda al cielo de aquel atardecer, el de la fiesta de graduación. El mismo gris amenazador, las mismas nubes densas cargadas de lluvia.

Vuelvo a tener la sensación de que no debería estar aquí.

—A Kim le gustaba que lloviera —digo, negando con la cabeza ante la pura ironía de esta frase.

Al retirar la mirada, veo una mariposa azul que aletea sobre el estanque oscuro, agitando trabajosamente las alas.

No hay duda de que algo le pasa. Está volando, pero con mucha dificultad. Se acerca dolorosamente a nosotros, cada vez más cerca del agua.

—Kim —dice Marley. Oírla pronunciar su nombre hace que mi cicatriz

palpite de manera incómoda—. La tumba que siempre visitas —continúa—. Era algo más que una amiga, ¿verdad?

—Sí —digo, y una avalancha de recuerdos se abalanza sobre mí. Siento mi mano sobre la suya cuando me llevó por los pasillos vacíos del instituto durante el baile de primer año. La veo corriendo junto al campo de fútbol después de que yo lanzara el pase con el que ganamos un partido. Siento sus labios sobre los míos aquella primera vez, cuando encontró mi mensaje en su diario—. Era algo más.

Recuerdo el dolor que antes he vislumbrado en los ojos de Marley. Algo me dice que puedo hablar con ella de esto, que ella me entenderá de un modo del que ni mi madre ni siquiera Sam son capaces. Pero no sé por dónde empezar.

Así que me giro de nuevo hacia la mariposa y observo cómo se acerca más y más a la orilla. Casi... casi...

—Kimberly no sobrevivió —digo, forzándome a hablar del tema, pero sigo con los ojos clavados en las alas azules de la mariposa. Al final ceden, y la mariposa cae sobre la superficie del agua, cerca de la orilla, pero no lo suficiente. Se retuerce, luchando contra la corriente. Me acerco rápidamente al borde del agua y la recojo con cuidado.

Bajo la mirada a la superficie del agua. Pasa algo raro. Me acerco un poco más y me doy cuenta de que... no me veo a mí mismo. Solo percibo las ramas de los árboles sobre mi cabeza, el contorno de las hojas. El gris tormentoso de las nubes que avanzan por el cielo.

Frunzo el ceño y me inclino un poco más.

Veo incluso la mariposa, pero... no me veo a mí.

Como si no tuviera reflejo.

Trago saliva e intento serenarme mientras ese dolor que ya me es tan familiar me estalla en la cabeza. Me esfuerzo por aguantar y no dejar que mi cerebro estropeado tome el control, y las palabras de la doctora Benefield hacen acto de presencia en mi cabeza.

«Tranquilo. No está sucediendo.»

Me concentro en el corazón que late en el pecho, en la caja torácica que sube y baja, en la mariposa que revolotea sobre la palma de mi mano.

Otro reflejo aparece en el agua. Es Marley, con rostro de preocupación. La miro con rapidez, y la mariposa echa a volar, aun con dificultad, pero por lo menos vuela.

—Pobrecita —dice Marley, viendo cómo se aleja.

Vuelvo a mirar el agua, aguanto la respiración, y esta vez mis ojos me devuelven la mirada, oscuros y aterrorizados. Enseguida me siento como un idiota. Habrá pensado que he perdido los papeles por lo de la mariposa.

Estos espasmos en el cerebro son cada vez más extraños y no están mejorando. Me toco la cicatriz, pero disimulo pasándome los dedos por el pelo. La doctora Benefield me dijo que esto sucede porque me estoy protegiendo. Tal vez haya pasado porque estaba hablando del accidente.

Marley se inclina por detrás de mi hombro para mirar mi reflejo en el agua. Como es natural, ahí está, mirándonos, como debe ser.

Su pelo cae sobre mi brazo al inclinarse todavía más, y me hace cosquillas en la piel.

—Con esa cicatriz te pareces a Harry Potter. Sin ella, casi serías el Príncipe Azul o algo parecido.

La preocupación por la herida en la cabeza desaparece, porque... ¿ha dicho Príncipe Azul?

—No puede ser —me río—. ¿Es ese el tipo de cuentos de hadas que escribes? ¿Llenas la cabeza de los niños con esas tonterías?

Si algo he aprendido de lo que le pasó a Kim, es que no soy ningún príncipe. Y que el amor no es un cuento de hadas, por muy perfecta que parezca una historia. He dejado de creer en eso.

Nuestras imágenes se desdibujan porque ha empezado a llover. Unas gotas gruesas forman ondas en la superficie del estanque.

—Espero que no sean tonterías —responde en voz baja—. Espero que en

el futuro haya algo mejor en lo que creer.

Alza la cabeza hacia el cielo. Me empapo del tono rosado de sus labios, de la franqueza de su rostro bajo la lluvia. En ese momento siento el deseo de contárselo todo, porque aunque parezca imposible después de todo lo que ha pasado, yo también quiero creer que hay algo mejor en el futuro.

Pero está lloviendo demasiado fuerte, y antes de poder decidirme, tenemos que irnos.

Esa misma noche me siento a la mesa de la cocina, enrollando y desenrollando espaguetis en el tenedor, con el pelo todavía mojado tras haber caminado hasta casa bajo la lluvia.

—Bueno —dice mi madre, escaneándome con esa visión de rayos X que tienen todas las madres—. Parece una buena chica. —Da un sonoro y crujiente mordisco a un trozo de pan de ajo.

Como un estúpido, le he hablado de Marley nada más cruzar la puerta, totalmente empapado y con una margarita en la mano. Me ha preguntado de dónde la había sacado, y a mi cerebro dañado no se le ha ocurrido ninguna otra razón para estar sosteniendo una margarita.

Ahora me doy cuenta de que cualquier excusa habría sido mejor que decirle la verdad.

Aprieto con fuerza el tenedor mientras ella me pide más detalles.

—Apenas la conozco —digo, apuñalando más espaguetis—. No lo conviertas en una gran cosa, ¿vale? Solo es que... es fácil estar con ella... Comprende lo que estoy pasando. —Sacudo la cabeza. Pero es que no la he conocido en el parque ni en el centro comercial. La he conocido en un cementerio. Y no en un cementerio cualquiera. En el cementerio donde Kim está enterrada—. Pero... mierda.

Nos quedamos mirando, y ella me lee la mente con una nueva muestra de mítico poder maternal.

—Kim querría que fueras feliz.

—Mamá, ya te he dicho que la querré para siempre. El simple hecho de hacerme amigo de alguien me hace sentir mal.

—Eso no es muy justo para ti, ¿no crees? —pregunta.

Dejo caer el tenedor contra el plato.

—¿Cómo puedes decir esto?

¿No es muy justo? Lo que no es justo es que a Kim le arrebataran la vida por una pelea y una tormenta monstruosa. Lo mínimo que puedo hacer es mantener la promesa que le hice.

—Kyle —dice con calma, ignorando mi arrebató, como suele hacer últimamente—, me refería a que te queda mucha vida por vivir. Nunca se sabe...

—No —respondo, haciendo chirriar las patas de la silla contra el suelo al echarla hacia atrás para levantarme de la mesa—. Yo sí que lo sé. Kim era la única para mí. Y soy yo quien no está siendo justo con ella.

Dicho esto, bajo hecho una furia a mi habitación y de pronto lo veo claro. Si no puedo ir al cementerio solo por Kim, tendré que dejar de ir.

Tengo que dejar de ver a Marley.

# 11

Una semana más tarde, me dirijo al cementerio para decirle a Marley que no puedo seguir viéndola, y el cálido día de otoño me conduce por los tortuosos caminos del parque mientras la busco en cada rincón, entre cada grupo de árboles.

Seguro que pensará que soy una especie de friki, por lo de buscarla solo para decirle que a partir de ahora voy a ignorarla. La verdad es que no sé muy bien lo que le voy a decir.

«Oye, que si por casualidad me ves junto a la tumba de mi novia, no esperes que te diga hola.»

Pongo los ojos en blanco, aunque eso es exactamente lo que me dispongo a hacer. Porque tengo la sensación de que eso es lo que debo hacer para no fallar a Kim.

Mi mente viaja a la discusión que tuve la semana pasada con mi madre, y el sentimiento de frustración y culpa me pesa como una losa en el estómago.

Últimamente parece un disco rayado. «Tienes que seguir adelante. Deja de regodearte en el pasado.»

He intentado hablar con Sam sobre este tema durante las quedadas para



correr o caminar que hemos empezado a hacer todos los viernes, pero es inútil. Dice que no se trata de regodearse en el pasado; solo de mantener viva su memoria. Todos se empeñan en decirme lo que debo hacer y cómo tengo que curarme, pero nadie se molesta en darme alguna instrucción específica y útil.

Respiro con fuerza, intentando deshacerme de esta sensación en la que estoy atrapado. Me he quedado encallado en un punto intermedio entre Kim, Sam y mi madre, incapaz de atravesar la línea de meta.

Una camiseta de rayas amarillas y blancas capta mi atención, y las líneas son tan finas que parece que los dos colores se entremezclen.

Marley.

Está plantada junto a un cerezo enorme, con el pelo largo, que le llega a la cintura, ondeando al viento y bailando sobre sus hombros.

Observo cómo alarga la mano para arrancar un tallo del árbol, y el movimiento me resulta extrañamente familiar, aunque apenas la conozca. Husmea el puñado de flores rosas que salen de la rama, con una expresión de total concentración en el rostro.

Me descubro preguntándome qué debe de estar haciendo, pero no tardo en recordarme cuál es el objeto de mi visita. Tal vez debería dejarlo al azar. Ella todavía no me ha visto. Me giro y me dispongo a marcharme.

—Has decidido no volverme a ver —dice una voz, robándome las palabras de la cabeza. Miro atrás y veo a Marley observándome. Su expresión serena ha desaparecido.

Me detengo. «¿Cómo ha...?» Da igual.

Miro la ramita de cerezo que sostiene en la mano y esquivo la pregunta.

—¿Qué significa esta flor?

—¿Tú qué quieres que signifique? —pregunta, girando la rama hacia mí. Me ha pillado con la guardia baja. Es la primera persona que me pregunta una cosa semejante en mucho tiempo.

«Un nuevo comienzo.» Retengo las palabras antes de que salgan de mi

boca, pero la respuesta ha aparecido de pronto frente a mí: un camino hacia delante que no sienta que sea equivocado.

—No... no lo sé —respondo, sin embargo. Ahora debería terminar la conversación, decirle adiós.

Pero no puedo. Sus ojos no se lo tragan. Me mantienen plantado en mi sitio, sobre la hierba verde y vibrante bajo el sol de la mañana, del mismo color que el césped del estanque. La parte de Marley del estanque.

—Yo quiero... —empiezo a decir, observando cómo las flores del cerezo comienzan a temblar ligeramente. Algunos pétalos caen al suelo en forma de ducha.

«Dilo ya.»

Lo intento, pero no puedo. Porque he visto algo ahí mismo, en su rostro. Es justo lo que he estado buscando. Ese algo sin nombre que ambos comprendemos.

—Quiero... un amigo —continúo, y mis propias palabras me toman por sorpresa—. Alguien que no me conociera antes de que pasara lo que pasó. Alguien con quien pueda ser yo mismo, la persona en la que me estoy convirtiendo. No la que era antes, sino la que quiero ser.

—Eso es lo que queremos todos, ¿no es así? —dice ella, asintiendo como lo hacemos cuando alguien ha dicho justo lo que estábamos pensando.

Debo trazar una línea. Por mí mismo. Por Kim.

—Pero no puedo ser nada más. Solo amigos.

Ella se muerde el labio y asiente. Algo parecido al alivio se acomoda sobre sus hombros. Como si también para ella fuera un compromiso prudente.

—Por supuesto. Solo amigos. Nada más.

Y entonces se anima y me ofrece la ramita de cerezo. La acepto con una risita.

—Entonces... En serio, ¿qué significan? —le pregunto.

—¿Las flores de cerezo? Significan renovación, un nuevo principio —

responde.

Sus palabras me ponen la carne de gallina. Una nueva ráfaga de viento arranca flores de cerezo del árbol que queda a nuestra espalda, y tira también de la rama que sostengo. Marley tiene los ojos brillantes y me sonrío en medio del remolino de pétalos rosas y blancos, mientras la luz del sol penetra entre los árboles a su alrededor.

Más tarde, al llegar a casa, me quito la chaqueta y encuentro un pétalo de flor de cerezo colgando de la manga. Lo cojo y me lo coloco en la palma de la mano. Este color siempre me recuerda a Kim en la fiesta de fin de curso de último año, en la que llevaba un vestido del mismo tono rosa suave. Antes se lo he contado a Marley, cuando estábamos sentados bajo el cerezo, y ella ha asentido, pensativa.

A su hermana también le gustaba el color rosa. Por eso antes se había detenido junto a los cerezos.

Hasta ahora me he estado reservando todos los recuerdos de Kim, pero, de algún modo, hablar con Marley ha hecho que esos recuerdos parezcan menos dolorosos. Hacía meses que no me sentía tan cómodo con nadie.

No pensaba en absoluto que las cosas con Marley fueran a ir así.

Me quito los zapatos y me meto en la cama con un gruñido, tapándome la cabeza con la manta. Una parte de mí se siente débil, con la sensación de haber traicionado a Kim para sentirme mejor, pero la culpa no me abrumba como en ocasiones anteriores.

Frustrado, me doy la vuelta en la cama. Ya no sé lo que está bien y lo que está mal.

Ya no estoy seguro de nada.

Bajo las mantas, miro fijamente la oscuridad y dejo que me envuelva. No sé cuánto tiempo paso así, pero de pronto me sobresalta el sonido del teléfono. El crepúsculo tenue que veía por la ventana de mi habitación se ha convertido en una oscuridad de medianoche.

Adormilado, busco a tientas en la mesilla de noche hasta que mis dedos encuentran por fin el móvil. Debe de ser Sam.

Lo miro y me sorprendo al ver que la pantalla está en negro. No aparece ninguna llamada entrante, pero el timbre no para de sonar. Si no es mi teléfono, ¿de dónde viene?

Me incorporo para intentar descubrirlo.

No tengo teléfono fijo en mi habitación. El teléfono de arriba está arriba, claro, y el móvil de mi madre debe de estar en su habitación. Aun así, suena un teléfono en algún lugar cercano.

Me invade una oleada de terror cuando mi mirada recae sobre el bolso de Kimberly, que está encima del escritorio. No puede ser. Me acerco, con el corazón martilleándome sonoramente en el pecho. El sonido del timbre viene de ahí dentro. Abro el bolso. El móvil de Kimberly, con su funda protectora azul brillante, está al fondo de todo, y en la pantalla parpadean las palabras NÚMERO OCULTO. Esto es imposible. El teléfono de Kimberly casi nunca estaba cargado. ¿Cómo puede haber permanecido encendido durante meses?

Sigue sonando.

Vacilante, pulso el botón verde y me lo acerco al oído.

—¿Diga?

El teléfono crepita ruidosamente, y se oyen zumbidos y voces lejanas a través de la electricidad estática.

—¿Me... oyes? No... tengo que...

—¿Quién es? —pregunto, apretando el teléfono contra la oreja, esforzándome por oír algo. Pero la línea se corta de pronto. Observo el aparato y veo que la pantalla está oscura. Aprieto el botón de inicio con todas mis fuerzas, pero no responde. Está sin batería.

Cojeo rápidamente hasta la cama, arranco el cable de mi teléfono y lo conecto al de Kimberly.

Acerco la silla del escritorio, me hundo en ella y miró cómo el teléfono

se va cargando hasta que aparece el dibujo de una batería con una línea roja que parpadea. Me inclino sobre la mesilla y lo miro fijamente. ¿Quién diablos debe de haber llamado?

Espero y espero, pero el móvil se niega a reiniciarse. Se me cierran los ojos. Recuerdo cuando solía agobiar a Kim diciéndole que se comprara un móvil nuevo, uno que se cargara de verdad, pero ya no tuvo tiempo. Sigo esperando sentado.

Me despierto sobresaltado y me doy cuenta de que vuelvo a estar en la cama, bajo las mantas.

Ni siquiera recuerdo haberme tumbado.

Frustrado conmigo mismo, me giro y busco a tientas el móvil de Kimberly por la mesilla. No lo encuentro por ninguna parte.

¿Lo habré tirado al suelo en mitad de mi estado catatónico?

Me inclino desde el borde de la cama para mirar al suelo, y al hacerlo la sangre me sube a la cabeza y noto un dolor palpitante en la cicatriz. Nota para mí mismo: mi cerebro todavía no está listo para este tipo de movimientos.

En el suelo no hay nada.

Bueno, hay algunos envoltorios de Pop-Tart, pero no hay ningún teléfono.

Salgo de la cama y me acerco al escritorio a buscar el bolso. Pero... no está. El lugar donde lo dejé está vacío.

Esto no tiene sentido.

Lentamente, me giro hacia el armario. Ahora que lo pienso, lo que no tiene sentido es que el bolso estuviera sobre el escritorio. Nunca ha estado sobre el escritorio. Todavía está...

Abro la puerta del armario y localizo de inmediato la caja, en una esquina, donde siempre ha estado.

Retiro la tapa y veo el zapato, la bola de discoteca y... el bolso, con el teléfono móvil dentro y la pantalla oscura y silenciosa.

## 12

—No ha pasado. Son imaginaciones tuyas —me grita Sam durante la carrera matutina del día siguiente, mientras se esfuerza por seguir el ritmo aterrador que estoy imprimiendo y que se acerca bastante al de un corredor olímpico de maratón, a pesar de que mi pierna dista mucho de funcionar a pleno rendimiento.

Mientras hacíamos el primer kilómetro sobre la pista, le he contado lo del móvil, la llamada misteriosa, la voz embrollada, intentando expresar lo que sea que sucedió anoche.

Él siempre ha sido el más lógico de nosotros. Tal vez pueda ayudarme a dar algún sentido a todo esto.

—Sam, vi cómo sonaba. Oí a alguien al otro lado de la línea. Podría darte todos los detalles. No parecía un sueño.

Se me dobla la pierna y me detengo en seco. Me agarro las rodillas con las manos, luchando por recuperar el aliento, y se forman unos puntos delante de mis ojos.

—No he dicho que fuese un sueño, tío —me dice Sam deteniéndose a mi lado—. Pero es que tienes una lesión cerebral.

—¿Por qué sigue pasando? Estoy haciendo todo lo que me dijo la

doctora. Tomo las píldoras, hago los ejercicios de memoria, me mantengo activo. Pero cada vez que me doy la vuelta, la veo —digo frustrado. Me enderezo y lo miro a los ojos—. Ella ya no quería estar conmigo. ¿Por qué no me deja tranquilo?

No sé quién se queda más conmocionado por esas palabras. ¿De dónde han salido?

Sam me mira con una expresión indescifrable.

Aunque la culpa vuelve a salir burbujeando, una parte de mí no puede evitar sentir que lo que he dicho tiene algo de verdad. Kimberly me dijo que ya no quería seguir conmigo; sin embargo, cada vez que me relajo un poco, ahí está, atenta a cada dolor de cabeza y a cada punzada angustiante. A cada recuerdo del accidente. A cada pensamiento sobre el futuro.

Me estoy esforzando al máximo por valirme por mí mismo y por hacer lo que ella quería que hiciese. Entonces ¿por qué no me deja en paz?

—¿Y si no me curo nunca? —pregunto, indicando la cicatriz—. ¿Voy a seguir viendo y oyendo cosas hasta que me vuelva loco? Me duele mucho verla. Pensar que está aquí.

—¿Te duele a ti? —resopla Sam mirándome—. ¿Se te ha ocurrido pensar que no eres el único que está de duelo, Kyle? —Me fijo en la rigidez de sus hombros—. Mataría por volverla a ver.

—Sam, yo...

—¿Acaso te has molestado en averiguar cómo estoy yo? ¿En saber si estoy bien? —pregunta—. Solo me llamas cuando tú tienes un problema. Nunca quieres hablar, a no ser que sea de ti mismo.

Oír esto me hace sentir como un mierda, pero sigo pensando que para él es diferente. Era yo quien estaba allí aquella noche. Quien conducía el coche en el cual murió mi novia.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro un momento largo, y tantos años de amistad se debaten contra estos últimos meses tan jodidos.

—Ella también era mi amiga —dice en voz baja—. Para mí también era

especial.

—Lo siento, Sam —digo. Respiro con fuerza y miro la pista tras él—. He sido un amigo de mierda. Yo... no sé lo que estoy haciendo.

Se encoge de hombros y suspira.

—Yo tampoco, tío. Por eso no podemos perdernos —dice, dándome un golpecito en el hombro sano—. Lo único que te está volviendo loco eres tú. Tuviste una pesadilla. Olvídalo.

Me gustaría decirle que no es tan sencillo.

—Vale —acabo diciendo, porque estoy de acuerdo con él. Yo tampoco puedo perderle a él—. Vamos. —Me coloco una sonrisa en la cara y hago un gesto hacia la pista—. Las vueltas no se corren solas.

Más tarde, en la ducha, vuelve a suceder. Bajo el agua que fluye, me veo transportado al gran diluvio de la noche del accidente. Veo el rostro de Kimberly delante de mí, como estaba en el aparcamiento del hotel, con el pelo totalmente empapado.

Cierro los ojos, respiro hondo y al abrirlos ya no está. Pero el recuerdo de aquella noche no se disipa.

Al salir de la ducha y limpiar el vapor del espejo del cuarto de baño, me viene un *flash* del coche, de mi mano frotando el parabrisas empañado.

«Tranquilo. No está sucediendo.»

Tal como me aconsejó la doctora Benefield, me lo repito una y otra vez hasta que el dolor de cabeza cede. Me retiro el pelo largo para mirarme la cicatriz en el espejo. La piel se está curando bien, aunque sigue teniendo un tono rosado y frágil. La resigo con el dedo, intentando convencerme de que el cerebro y el corazón no son como la piel, y tardan más en curarse.

Pero no se curarán nunca si sigo pensando que lo que estoy viendo es real. Pienso en mi conversación con Marley. Por primera vez en muchos meses, pude hablar sobre Kim. La Kim real, no la que mi cerebro estropeado no para de conjurar. ¿Cómo puedo conseguir que mi mente se



ciña a la Kim real, en vez de imaginar su fantasma a la vuelta de cada esquina? Mi reflejo no tiene aún la respuesta.

Pero hay algo que sí que puedo arreglar.

Me toco el pelo. Ha llegado el momento de cortármelo. Con esta pinta, parece que vaya a presentarme al *casting* para hacer el papel de primo de George Washington en alguna recreación de la Guerra de la Independencia.

Eso sí que sería una pesadilla.

# 13

Marley se inclina sobre mí para mirarme la cicatriz, tres días después de mi última visión y de mi primer corte de pelo en tres meses. Ahora está supervisible, y mientras ella la observa, intento distraerme mirando fijamente la hierba, los árboles o a las personas que han salido a pasear por el parque. Entonces... alarga la mano para tocarla, y las yemas de sus dedos rozan ligeramente mi piel. Es un gesto muy suave, pero me provoca una sensación eléctrica.

Es raro, como si mi cuerpo se estuviera despertando.

—¿Qué pasó?

Retira la mano, y me doy cuenta de que durante todo este tiempo he estado conteniendo la respiración.

—No cuento historias tristes —digo para chincharla un poco.

Ella arquea las cejas, desafiante.

—Vaya, entonces, ¿así es como funcionan las cosas? ¿Yo te doy, tú me das?

Hago una pausa para reflexionar, y me doy cuenta de que estoy completamente seguro de que no es así como quiero que funcionen las cosas. Quiero contárselo. Hablarle del accidente. De Kim. Es la primera

persona con la que quiero hablar de estos temas.

—Creo... —digo, cambiando de posición para descansar la espalda contra el cerezo, pero me cuesta articular las palabras—. Creo que nunca cuento historias.

—Sí que lo haces. Todos lo hacemos —dice Marley, sentándose sobre sus piernas cruzadas—. Ahora mismo estamos contando una historia. Decidiendo qué queremos ser, qué vamos a decir, qué vamos a hacer. —Se pasa el pelo por detrás de la oreja—. Eso es... contar una historia.

—Eso es vivir.

—Vale, entonces, ¿la historia vital de una persona no es una historia?

Me ha pillado, y lo sabe.

—¿Puedes parar de tener razón? —le pido, porque es evidente que hasta ahora ha tenido razón prácticamente en todo—. ¿Por favor?

Pone los ojos en blanco y me da un codazo, y un ligero sonrojo aparece en sus mejillas.

—¿Sabes qué es lo mejor de contar historias? —pregunta.

Niego con la cabeza, sin apartar la mirada de sus mejillas sonrosadas.

—El público —dice—. Sin público, un cuentacuentos solo hablaría al aire, pero cuando hay alguien que te escucha...

—Ah. Entonces, estás diciendo que sabes escuchar.

Ella ladea la cabeza y se encoge de hombros como si eso fuera algo evidente.

—Lo soy. Y me encantaría escuchar tu historia. Si quieres contármela.

Por primera vez, me siento capaz de hacerlo.

—Dios mío —respiro con fuerza, tratando de encontrar un buen punto de partida—. ¿Por dónde empiezo?

—Empieza por el principio —responde, apoyando la cabeza contra el árbol, con los hombros rozando los míos.

La miro. ¿Por el principio? ¿Acaso quiere estar aquí hasta Navidad? Aunque me parece que no tengo ningún plan hasta entonces.

—Vale —me dice, arqueando una ceja—. ¿Qué tal por en medio? ¿Dos tercios?

Me echo a reír, intentando pensar por dónde sería mejor empezar. Cuál sería el momento más adecuado.

—¿Y si...? —digo, recordando el modo en que Kimberly solía sacar el labio inferior cuando quería algo de mí—. ¿Y si empiezo por Kim?

Y se lo explico todo. Cómo nos peleábamos por el columpio a la hora del patio hasta que Sam tenía que abandonar el suyo para que dejáramos de discutir. Cómo reuní el coraje para escribir «Te quiero» en su diario cuando íbamos a secundaria. Le cuento que Kim y yo hacíamos campana cada año, por nuestro aniversario, para irnos de excursión en coche a un lugar sorpresa elegido previamente por ella. A la playa, al acuario, a un parque nacional. Ella siempre preparaba un pica-pica estupendo y creaba la *playlist* perfecta para el trayecto.

Todas las primeras veces. Todos los planes. Todas las pequeñas peleas y reconciliaciones.

—A ver, éramos la pareja perfecta. Sé que éramos un cliché: la jefa de las animadoras y el *quarterback*. Pero éramos la pareja que todos querían ser. —Miro las flores de cerezo caídas que se esparcen sobre la hierba a nuestro alrededor—. E incluso cuando dejamos de serlo, después de romperme el hombro, todo estaba bien porque seguía teniendo a Kim.

Vuelvo la cabeza hacia Marley, pero ella no dice nada. Espera a que continúe, con una expresión suave y paciente.

De modo que le hablo del final de mi carrera futbolística. De lo destrozado que me sentí al ver la radiografía, de los años de entrenamientos y sueños aniquilados en una fracción de segundo, y de Kimberly dándome la mano en la ambulancia y también en el hospital. Nunca se apartó de mi lado.

—No me malinterpretes. También nos peleábamos —digo. Discutimos cuando ella quiso salir con el equipo tras la lesión, cuando lo único que yo

quería era quedarme en casa. O cuando ella quiso hacer un viaje en coche de proporciones épicas para visitar un montón de universidades, pero yo no quería porque pensaba que en la UCLA ya teníamos todo lo que yo quería. O cuando... Bueno, discutíamos por muchas cosas—. Seguramente más que la mayoría de parejas. Pero siempre pensé que era por lo mucho que nos queríamos.

Raspo la hierba con los talones de los zapatos.

—¿Qué quieres que te diga? Todo esto parece tan estúpido. Era todo tan...

—Trivial —dice Marley, mirándome, y veo que lo comprende. Pero no me presiona más. No me hace las grandes preguntas sobre qué nos sucedió a Kim y a mí. Y tal vez por eso sigo hablando. Y se lo cuento todo. Desde el baile de graduación hasta las visiones.

Marley me escucha, sin interrumpirme, hasta que me quedo callado. Con los ojos pensativos, se muerde el labio inferior como si reprodujera mis palabras en su cabeza.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de controlarlo todo? —pregunta mirándome.

—No —digo con firmeza, pero mis palabras suenan falsas. Sobre todo ahora que miro atrás. El hecho de contar la historia de principio a fin hace que las pequeñas grietas sean más visibles. Había más de las que yo recordaba, suficientes para desembocar en una gran ruptura—. No lo sé —digo por fin—. Creo que, tras perder lo del fútbol, me sentí bastante desamparado. Como si mi futuro hubiera desaparecido. Supongo que pensé que, si ella estaba a mi lado, no tendría que lidiar solo con aquello. Tal vez lo único que quería era controlar algo.

—Muchas veces yo todavía me siento así —dice ella, asintiendo con los ojos perdidos en la lejanía. Tengo ganas de hacerle preguntas, pero prefiero no fisgonear. Sé que el hecho de que ella no me haya preguntado nada me ha ayudado mucho. Tengo que confiar en que me lo contará cuando esté

lista para hacerlo.

—¿Todavía quieres quedar conmigo, aunque mi exnovia me esté persiguiendo? —pregunto para relajar un poco el ambiente.

Marley se echa a reír, se endereza y recoge un puñado de pétalos de flor de cerezo.

—Tal vez no lo esté haciendo —dice, cerrando el puño y dejando caer los pétalos uno por uno—. Tal vez todavía intentas tener el control. Intentas mantener aquí una parte de ella.

Contemplo cómo los pétalos van cayendo lentamente al suelo.

—Teniendo en cuenta que me dejó plantado, es bastante patético —digo, negando con la cabeza.

—Lo siento mucho, pero... —dice Marley, y yo la miro y veo cómo se le forma una sonrisa—. Bueno..., Kim. Por favor. Menuda idiota.

¿Qué? No puedo creer lo que acaba de decir Marley. Siento vergüenza, pero, de un modo completamente inconsciente, se me escapa una carcajada.

—No puedes decir eso. Está muerta.

Estoy bastante convencido de que se trata de una regla no escrita fundamental. No puedes echar pestes de una persona muerta. A no ser que sea un dictador o un asesino en serie.

—A ver, rompió contigo —dice ella, levantándose y limpiándose las pequeñas motas de tierra y hierba que se le han quedado pegadas al vestido amarillo—. No fue muy inteligente.

Sus palabras me pillan desprevenido, pero no parece estar flirteando. Creo que solo está siendo una buena amiga.

Está bien poder hablar con alguien sobre la ruptura. Con alguien capaz de reconocer que me abandonaron, sin que yo tenga que sentirme culpable por ello.

Me levanto y ella inclina la cabeza hacia atrás para mirarme, alarga la mano y me toca el brazo. Siento que en el lugar donde sus dedos me tocan se forma una onda que se extiende vibrante por todo mi cuerpo. Ahora

vuelve a estar seria.

—Lamento que estés sufriendo —dice. Y no parece una frase vacía, una de esas frases hechas que la gente repite por educación.

Suena sincera.

Y eso es exactamente lo que necesitaba oír. No me presiona para ser mejor. No me juzga por lo que siento ni por lo que hago. Se limita a dejar que lo sienta.

—Ya no sufro tanto como antes —respondo, y me sorprende descubrir que lo estoy diciendo en serio.

Ha pasado un rato y estamos paseando por el parque, donde las hojas de los árboles ya se han vuelto naranjas, rojas y amarillas. Algunas se desprenden de las ramas y caen a nuestro paso, y nuestros pies las pisan ruidosamente.

Marley se saca del bolso una caja rojiblanca de palomitas, restos de una excursión anterior al estanque para ver los patos. Me las ofrece. Cojo un puñado y me meto algunas en la boca.

—¿Tienes algún sueño, aparte del fútbol, de la UCLA? —pregunta. Nuestros hombros casi se tocan al caminar, como si la barrera invisible entre nosotros hubiera desaparecido.

Trago saliva y contemplo el estanque que aparece entre los árboles. Es lo mismo que ha intentado preguntarme mi madre. La pregunta para la cual no tengo respuesta.

—No lo sé. El fútbol siempre fue mi primera opción. Pero ahora que está descartado, y que mis planes con Kim están descartados... —digo, encogiendo los hombros—, no sé por dónde empezar.

—¿Tú qué quieres? —pregunta—. No Kim. No Sam. No tu madre. ¿Qué quieres tú?

Respiro hondo y digo la primera cosa que se me ocurre, sin ningún tipo de filtro.

—Creo que ahora mismo solo quiero ser. No quiero ir a la UCLA y hacer

ver que lo tengo todo decidido. Pero tampoco quiero ir a ninguna otra parte.

—Lo entiendo, pero no es necesario que te vayas de aquí para empezar a pensar en lo que quieres. Que ya no puedas seguir jugando no significa que no puedas hacer algo relacionado con el fútbol —dice, haciendo desaparecer en su boca unas cuantas palomitas.

—¿Como qué?

Mastica, pensativa.

—¿Entrenar?

Lo sopeso por un momento, pero la idea de sentarme en el banquillo todavía me resulta demasiado dura.

—No sé si me gustaría entrenar. Pero... Bueno, me pidieron que escribiera un par de artículos sobre fútbol para el periódico de la escuela, ya que igualmente estaba yendo a todos los partidos. Me gustó hacerlo, y creo que eran bastante buenos. Aunque no creo que los leyera nadie.

—Deberías intentarlo —dice Marley con entusiasmo—. Ser escritor. O periodista. Así ambos seremos contadores de historias.

Sonrío, porque su entusiasmo es contagioso. Trato de imaginármelo. Mi nombre en letras de imprenta, en algo que no sea el periódico del instituto Ambrose. Dar a los equipos la cobertura que realmente necesitan, en vez de cuatro titulares atractivos para que la gente visite la página.

—En realidad no se han ido nunca —dice inesperadamente, parándose en seco. Miro atrás y veo que su expresión vuelve a estar seria—. Los llevamos dentro de nosotros, como te ocurre con el fútbol. Siguen formando parte de nuestras vidas.

Parte de nuestras vidas. Es lo que llevo deseando desde el accidente. Encontrar un modo de seguir viviendo sin dejar atrás a Kim.

Mis dedos rozan inesperadamente la mano de Marley, pero la retiro al instante, pues me produce una sensación extraña y familiar al mismo tiempo.

Me meto las manos en los bolsillos y caminamos un rato en silencio, pero



no como cuando te sientes incómodo e intentas desesperadamente decir algo para llenar el silencio. Este es un silencio agradable. Cómodo.

—Gracias, Marley —digo mientras doblamos uno de los recodos del parque, donde los altos robles se encaraman hacia el cielo.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros, sin saber cómo expresar mi gratitud con palabras. ¿Por hacer que hablar contigo sea tan fácil? ¿Por entenderme?

—No me ha resultado fácil hablar con nadie... desde...

Ella asiente, pues ya lo sabe. Por supuesto que sí.

—¿Vas a volver mañana por aquí? —me pregunta.

—Bueno, esto... —se me apaga la voz, pero mi cerebro hace esfuerzos por formar una frase coherente—. Estaba pensando que tal vez podríamos quedar en otro sitio que no sea el parque, para variar. ¿Cenamos en mi casa el viernes? En muestra de agradecimiento. —Sonrío de manera exagerada e intento endulzar la experiencia—. Cocinaré yo.

Marley me mira de soslayo.

—No sabía que cocinaras.

—Por supuesto que cocino —respondo, haciéndome el ofendido—. Soy un gran experto en minipizzas.

# 14

—Muy bien —dice mi madre, cogiendo un carro de la compra con gran determinación—. Divide y vencerás. Tú ve a la carnicería a por entrecots y un poco de fiambre de pavo, yo me ocupo de la verdura. Nos encontramos en la caja dentro de diez minutos. ¿Vale?

Asiento, mirando al carro.

—¿Vas a usar todo un carro para una bolsa pequeña de patatas?

Me mira cabreada.

—Es posible que coja algunas cosas más. Según me lleve el viento.

—Según me lleve el viento —repito, riéndome y negando con la cabeza—. ¡Es posible que a mí el viento me lleve a la sección de los postres! —le grito por encima del hombro, y su risa sarcástica se va alejando a mis espaldas.

Me dirijo al mostrador de la carne y elijo dos entrecots recién cortados. Marley y yo hemos quedado para cenar mañana a las seis. Voy a prepararlos siguiendo la receta familiar secreta de mi madre, cosa que... puede salir, sin duda, bien o mal. Estará bien que nos veamos en un lugar distinto al parque. Por lo menos, eso es lo que me digo a mí mismo. Me niego a pensar que esta invitación improvisada por mi parte sea algo más que un cambio de

escenario.

Me dirijo al mostrador de la charcutería, donde cojo un número y procedo a esperar detrás de una señora que está comprando dos kilos de queso cheddar. Vamos a pasarnos aquí toda la noche.

Me tomo un Tylenol mientras espero, para prevenir el regreso del molesto dolor de cabeza que he tenido durante la mayor parte del día. Cada vez gestiono mejor el hecho de controlar el dolor, pero hay días en que sigo sin poder adelantarme.

—Hola... —Levanto la mirada, y descubro que el dependiente de la charcutería está hablando conmigo. Se limpia las manos con un trapo y repite la pregunta—. ¿Qué te pongo?

—Perdón —digo, acercándome un poco más al expositor—. Doscientos cincuenta gramos de pavo, por favor. Cortado fino.

—Enseguida —dice, colocándose un par de guantes limpios. Observo cómo agarra el pedazo de pavo y lo deja caer con un sonoro golpe sobre el cortafiambres.

—¿Kyle? —dice una voz a mis espaldas.

Me giro, pero solo veo el pasillo vacío del supermercado. Las luces se reflejan en las botellas de refresco de plástico y las latas metálicas. Vaya. Ahora no. Esperando que el Tylenol haga efecto, me giro nervioso hacia el dependiente. Él alarga el brazo para poner las manos sobre la máquina y su sombra se mueve en la pared de detrás.

Pero...

No están en sincronía. Mis ojos pasan del hombre a la sombra, y los movimientos de la silueta van un segundo más deprisa.

Se inclina sobre la máquina justo después de la sombra, pero ahora los hombros de la silueta están cubiertos por una larga cabellera.

Doy un paso adelante, desconcertado. De pronto, la altura y la forma de la sombra me resultan alarmantemente familiares. Demasiado familiares.

Kimberly.

Veó cómo gira la hoja de metal, pero el sonido no se corresponde. En vez del chirrido del metal, oigo un extraño zumbido.

«Tranquilo. Esto no es real. Esto no es real.»

Pienso en lo que me dijo Marley, en que todo es un intento por controlar las cosas. Por tratar de mantener conmigo una parte de Kim.

El brazo de la sombra vuelve a acercarse a la máquina cortafiambres y cierro los ojos, concentrándome en eso. Está todo en mi cabeza. Pego un bote al notar una mano que me toca el cuello.

—Pero ¿qué...? —Me doy la vuelta y me topo cara a cara con mi madre, que tiene la mano a medio levantar.

—Lo siento —dice, examinando mi cara—. Pensaba que me habías oído.

Me vuelvo hacia el dependiente de la charcutería y veo cómo corta con normalidad, con una sombra normal.

Ha pasado casi una semana desde la última visión. Estoy enojado conmigo mismo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta mi madre, tocándome la frente. Ha mejorado bastante en lo de dejarme espacio para pensar bien las cosas, ahora que ya no paso veintitrés o veinticuatro horas al día metido en la cama, pero eso no le impide estar muy encima al menor indicio de dolor de cabeza.

—Sí —respondo, mientras el dependiente coloca el pavo empaquetado sobre el mostrador. Cojo el paquete y lo dejo caer sonoramente dentro del carrito, lleno a rebosar—. Llevo todo el día con un poco de dolor de cabeza. Ninguna novedad, ¿no?

Sigo notando su mirada inquisitiva, e intento tranquilizarla una vez más.

—Nada que algo de Tylenol y de comida no puedan arreglar. —Miro la montaña de comestibles que llenan el carro, con la bolsa de patatas enterrada, espero, en el fondo—. ¿Adónde te ha llevado el viento?

Se encoge de hombros a modo de disculpa y saca del carro un bote de helado para enseñármelo, y ambos nos reímos mientras nos dirigimos a la

caja.

Exactamente veinticuatro horas más tarde, he superado el dolor de cabeza. ¿Los entrecots? Tienen un aspecto estupendo. ¿Las verduras? Están humeando. ¿La receta de mi madre para la salsa bearnesa?

Una catástrofe.

Rodeado por dos hueveras vacías, con las cáscaras y los restos de yema ocupando toda la encimera, la salsa sale grumosa, por millonésima vez.

¿Por qué sale tan grumosa?

Cuando la hace mi madre, todo parece muy fácil.

Consulto el reloj y me entra el pánico al ver que son ya las seis menos cuarto. Apenas me quedan quince minutos para terminar la salsa, recalentarlo todo y seguramente cambiarme la camisa, porque la que llevo está toda sudada de tanto intentar averiguar cómo se prepara esa maldita salsa tan elegante.

Tras mirar a toda velocidad un vídeo de YouTube, por fin me doy cuenta de que todo el rato he usado una temperatura demasiado alta. Repaso la receta escrita a mano por mi madre por decimotercera vez, y veo que no menciona en ningún momento la temperatura. Cuando la tiro de nuevo sobre la encimera, descubro con gran sorpresa que en la parte de atrás hay una pequeña nota garabateada: «bajar la temperatura antes de echar los huevos».

Genial. Simplemente genial.

Esta vez sí que bajo la temperatura, y tras batir las yemas y añadir luego la mantequilla ante las quejas de mi muñeca dolorida, obtengo por fin una salsa fina en vez de un desastre grumoso.

—¡Hostias! ¡Lo conseguí! —exclamo, resoplando de alivio mientras la pruebo. Cremosa. Perfecta. Añado una pizca de sal para asegurarme.

Con gran rapidez, pongo los platos y doblo las servilletas bajo los cubiertos y no me olvido de poner unas flores en el centro de la mesa.

Un ramo de flores de cerezo.

Hace un buen rato que he ido corriendo al parque para no olvidarme, de modo que algunas de las flores están un poco mustias.

Mientras se calientan los entrecots, vierto la salsa en unos pequeños recipientes, pues Marley es bastante especial en el tema de las salsas. El segundo recipiente tarda un siglo en llenarse porque la salsa va cayendo a un ritmo glacial. Impaciente, doy un golpecito al cazo y, cómo no, sale toda de golpe, rebasando el borde del recipiente e inundando la encimera como si fuera una avalancha de lodo.

Estoy hasta el gorro de cocinar.

Suspirando, cojo un trapo y lo limpio todo, luego pongo la carne en los platos y lo coloco todo sobre la mesa con el tiempo justo para bajar corriendo a mi habitación y cambiarme de camisa en el momento justo en que suena el timbre de la puerta.

Marley.

Me aliso el pelo, subo las escaleras de dos en dos y corro al recibidor para abrir la puerta.

Ella lleva un impermeable amarillo, un color que contrasta con el cielo gris y nublado y con la lluvia que le está cayendo encima.

—Hola —digo, y me apoyo despreocupadamente en el umbral de la puerta.

—Hola —responde ella, entrecerrando los ojos a través de la lluvia. Hace un gesto con la cabeza hacia el firme aguacero—. ¿Puedo... quizá... pasar?

—Ah, sí. Claro —contesto al tiempo que abro la puerta del todo. Entra en la casa y se baja la capucha, descubriendo un pelo más ondulado de lo habitual a causa de la lluvia. Mis ojos se fijan en un mechón rebelde que trata de escaparse de la cola de caballo.

Me entran ganas de ponérselo detrás de la oreja como siempre suele hacer ella, pero opto por ayudarla a quitarse el impermeable. Lo cuelgo en el perchero del sótano para que se seque mientras ella observa las fotos del

recibidor.

—¿Qué hay ahí abajo? —pregunta desde lo alto de las escaleras.

—Un par de cadáveres —bromeo, y ella pone los ojos en blanco y me da un golpe en el hombro, nada divertida—. Es mi habitación.

Parece intrigada.

—¿En el sótano?

—Pues sí. Me trasladé en segundo de instituto, cuando mi madre lo terminó —digo, haciendo un gesto hacia las escaleras—. Sam y Kim solían colarse por la puerta que da directamente al patio trasero.

Ahora sí que sonrío. Esto le ha gustado.

—Ah, chico malo —me riño.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Estás lista para la cena?

—¿Lo estoy? —pregunta con cautela, dudando comprensiblemente de mis habilidades culinarias.

Al entrar en la cocina, Marley sonrío al ver las flores de cerezo sobre la mesa. Como mínimo, mi carrera renqueante y enloquecida hasta el parque de esta mañana ha merecido la pena.

Cuando estoy a punto de sentarme, me doy cuenta de que he olvidado poner agua en la mesa. Pero al abrir el armario, oigo la puerta de un coche que se cierra en el exterior de la casa.

—Vaya, mi madre ha vuelto temprano —digo, alargando el cuello para mirar por la ventana. Está recogiendo sus cosas del asiento trasero. Ha dejado de llover. Cuando ayer noche le pedí la libreta de las recetas, ya me fijé en el brillo travieso de sus ojos. Ahora veo que no ha sido capaz de contenerse. Típico de Lydia—. Estará encantada de conocerte.

Dejo la cocina para salir al recibidor. Abro la puerta para recibirla.

—Hola, mamá, esta es... —Me giro, pero el pasillo está vacío. Marley no está. La expresión ansiosa de mi madre se convierte en confusión, y yo la imito con idéntica energía.

—Un segundo —digo, volviendo a la cocina, pero la silla que ocupaba Marley también está vacía. ¿Qué demonios...?

Me detengo y me doy cuenta de que la puerta del sótano está abierta de par en par y de que el impermeable amarillo ha desaparecido.

—¿Marley? —la llamo, bajando a toda prisa las escaleras. Silencio. Las puertas correderas del fondo de la habitación están abiertas. Asomo la cabeza al patio trasero en busca de algún rastro del impermeable amarillo.

—¡Marley!

Nada todavía.

Agarro una sudadera de la silla del escritorio.

—¡Eh, mamá! —la llamo mientras me lo pongo—. Ahora mismo vuelvo.

Salgo corriendo y doy un rodeo a la casa, entrecerrando los ojos para ver si la veo.

¿Adónde habrá...? Al estanque.

Echo a correr, cojeando, salgo del barrio y recorro todo el camino, hasta alcanzar jadeando el lugar donde la superficie brillante del agua aparece ante mi vista. El aire es cálido tras la lluvia, el cielo es una mezcla de rosas, naranjas y púrpuras.

Me detengo en seco al ver su chaqueta amarilla, y me obligo a mirar dos veces al darme cuenta de que tiene a un pato sentado en su regazo.

O sea... un puto pato vivo. Sentado. En su regazo.

Me quito la sudadera y me acerco a ella. La extiendo sobre la tierra ligeramente mojada antes de sentarme a su lado.

—Bueno —digo, soltando el aire—. Es probable que sea la primera vez que veo a alguien haciendo arrumacos a un pato.

—Lo siento —dice ella sin mirarme. Permanece concentrada en el pato, tocando con suavidad sus plumas blancas, con las cejas muy juntas.

—¿Qué ha pasado? Ni siquiera has probado la comida. A ver, no soy un chef, pero no podía estar tan malo. —El ave gira la cabeza para mirarme, estudiándome con unos ojos negros y pequeños. Me aparto un poco, pues lo



último que quiero es una pelea.

Marley se encoge de hombros y mira la superficie del agua, con ese brillo de dolor en la expresión que he visto en otras ocasiones.

—¿Es esta la parte triste de la historia?

Ella emite un ligero suspiro y sus hombros suben y bajan al compás de la respiración.

—Es que... me he puesto nerviosa —dice, apartándose el pelo ondulado de la cara—. Ha llegado tu madre. La gente nueva me pone nerviosa. Soy incapaz de encontrar mi voz. Nunca sé qué decir.

Sonríó y le doy un golpecito en el hombro, bajo la atenta mirada del ave.

—A mí me parece que hablas bastante.

—Solo contigo —dice mientras me mira—. Contigo es...

Está buscando la palabra adecuada.

—No lo sé. Somos... nosotros. Ya me entiendes.

Nosotros. El corazón me late con fuerza dentro del pecho al oír esta palabra. Trago saliva y observo cómo mete los dedos bajo las alas del pato y empieza a rascarlo. El ave agita las alas unos segundos y luego vuelve a aposentarse en su regazo. Frota el pico contra el brazo de Marley y muestra un afecto muy superior al que yo le creía capaz de mostrar, tratándose de un pato.

Cruzo las piernas, la una sobre la otra, y me echo hacia atrás tratando de disimular la sensación que sus palabras me acaban de producir.

—Bueno, tu manera de dejarme plantado para cenar ha sido muy poco guay —digo, intentando hablar en serio—. He pasado una hora entera preparando la salsa y ni siquiera la has probado.

Al mirarla, veo que tiene los ojos muy abiertos y una expresión de confusión.

—Pues bien —continúo, con la palabra «nosotros» resonando todavía en mis oídos—. Creo que merezco una segunda oportunidad.

—¿Una segunda oportunidad? —pregunta, y tanto ella como el pato me

miran con atención.

—Prohibida la entrada a los padres —digo y, mirando al pato a los ojos, añado—: Y a los patos. Solos tú y yo.

El animal me responde con un graznido y sacude las plumas mientras Marley y yo nos reímos.

—Solos tú y yo —dice, pensativa y dubitativa, hasta que se le dibuja una sonrisa tímida—. De acuerdo.

Seguimos ahí media hora más, contemplando la puesta de sol, con las piernas casi tocándose. Luego vuelvo corriendo a casa, intentando descubrir, todavía, lo que siento sobre todo esto.

No esperaba que la noche se desarrollara así.

Esperaba que se burlara de mí por la salsa mal hecha y por mi nula capacidad para doblar servilletas. Que se abriera un poco y me contara algo más sobre su historia triste.

Pero ahora tengo todavía más preguntas.

La cuestión es que... no sé exactamente lo que ha querido decir con eso de «nosotros». Sin duda, hay una conexión. Y aunque sienta que es algo que no debería reconocer, no puedo evitar esperar entusiasmado nuestra segunda oportunidad. Entusiasmo por nosotros.

Me desprendo de estos sentimientos tan embrollados y ralentizo el paso para cruzar la puerta y entrar en la cocina. Los entrecots sin comer siguen sobre la mesa, y mi madre está inclinada como quien no quiere la cosa sobre la encimera, haciendo ver que no ha vuelto a casa tres horas antes para echar un vistazo a Marley.

—¿Va todo bien? —me pregunta.

—Sí —respondo, llenando un vaso de agua y dando un rápido sorbo—. Todo bien. —Noto sus ojos sobre mí, esperando algún detalle. —Tal vez... —empiezo a decir, y ella atiende, ansiosa por recabar más información—. ¿Tal vez podrías prometerme que la próxima vez te quedarás trabajando hasta tarde de verdad? En vez de estropear los planes, quiero decir.

Mi madre me ofrece una sonrisa culpable y acepta el trato.

—¿Tienes hambre? —digo, indicando los platos sin comer.

Ella se echa a reír y coge los platos para recalentarlos.

—Me muero de hambre. No he dejado de mirar estos entrecots desde que te has ido.

Apenas hemos empezado a comer cuando alguien llama a la puerta de atrás. Oímos rechinar las bisagras y luego vemos entrar a Sam con una amplia sonrisa y un paquete de seis cervezas en la mano.

Mierda.

Sam sabe que los viernes mi madre suele quedarse en el trabajo hasta tarde, pero no se había presentado de esta manera desde antes del accidente.

—Hola —dice blandiendo las cervezas—. He pensado que podíamos matar el rato con esto.

Le hago un gesto frenético para que las esconda, pero es demasiado tarde. Sus ojos se le ensanchan al instante al ver a mi madre, e intenta esconder rápidamente las cervezas detrás de la espalda, pero a Lydia Lafferty no se le escapa nada.

Se levanta y le quita el paquete de las manos, arrimándoselo al pecho.

—¡Qué detalle, Sam! ¿Cómo sabías que me encantan las IPA?

—Oh, por favor, señora Lafferty —dice él, sonriendo y pasándole el brazo por los hombros. Sam es capaz de cautivar al más pintado—. Tengo la sensación de haber envejecido tres años en los últimos tres meses. ¿Y tú, Kyle? ¿Te sientes ya como un tío de veintiuno?

—Tal vez incluso de veintidós —respondo, sonriéndole mientras mi madre pone los ojos en blanco.

—Buen intento, chicos —dice, fingiendo que nuestra comedia no le resulta nada divertida, pero me doy cuenta de que se le escapa una sonrisa.

Sam suspira y se sienta pesadamente en una de las sillas de la cocina, haciendo un gesto hacia los restos de la cena.

—Qué comida tan refinada —dice, y se inclina para olfatear el entrecot

—. ¿Qué celebran, señora Lafferty?

—No celebramos nada —responde mi madre. Me echa una mirada dubitativa.

—¿Qué? ¿Qué mirada es esa? —me pregunta Sam, desconcertado, y noto un vacío en el estómago.

Porque, antes incluso de decir nada, sé que no lo va a entender.

# 15

A la mañana siguiente me ajusto la mochila al hombro, pues por fin he aceptado la invitación de Sam para participar en el partido de fútbol amistoso de los sábados en el parque. Hace días le dije que iría, pero hasta ayer por la noche...

Ahora veo cómo tensa la mandíbula mientras me mira desde su posición en el centro de un grupo de chicos. Cuando me acerco al grupo, da media vuelta sobre sus talones y se aleja intencionadamente de ellos. Se aleja de mí.

Ahora desearía haberme rajado.

Localizo a Dave y a Paul, dos tíos de nuestro equipo que se han quedado en la ciudad y han encontrado trabajo. Vacilo, noto unos retortijones en el estómago. Nunca contesté sus mensajes. La verdad es que no necesito que haya más gente sobre el campo que esté cabreada conmigo.

Pero mis temores se disipan enseguida al ver que Paul me mira con franqueza y su cara dibuja una enorme sonrisa.

—No me jodas.

Dave da media vuelta para ver lo que Paul está mirando. Se ha cortado la melena rubia y ahora parece un adulto.

—¡Lafferty! Me alegro de verte, tío.

—Yo también —digo, mientras Paul me pasa el brazo por el hombro.

Por lo menos hay alguien a quien no le molesta verme. Noto la rabia pasiva-agresiva que irradia Sam mientras finge que está ejercitando los músculos isquiotibiales a pocos metros de distancia.

Le conté que he estado quedando con Marley, pero no entiendo por qué se lo ha tomado de esta manera. Tal vez sea porque se fue muy deprisa, sin darme tiempo a que se lo explicara.

La estrategia del silencio siempre fue cosa de Kim, no de Sam.

—Tienes buen aspecto —dice Paul, y Dave también asiente.

—Ha sido duro, pero estoy empezando a salir un poco del pozo —respondo, cosa que, en cierto modo, es al mismo tiempo una subestimación y una exageración. Hacía meses que no estaba con tanta gente.

—Eso está muy bien, tío. Me alegro de que hayas venido —dice Dave, que sonrío y me entrega la pelota que sujeta entre las manos.

Miro el objeto ovalado, lo hago rodar en mis manos, y tengo una sensación como de volver a casa. Nos dividimos en dos equipos. El resto de jugadores proceden del equipo júnior del año pasado, y ahora han ascendido al equipo de preparatoria a raíz de nuestra partida.

Cuando nos ponemos en círculo para preparar la primera jugada, Sam permanece a un lado, para dejar claro que no está de acuerdo con nada de lo que digo.

«Vaya, hombre. Ya empezamos.»

Al ponernos en formación, me pasa rozando de un modo demasiado brusco para que sea accidental.

—Para ti es como cambiar de canal, ¿verdad?

—¿El qué? —pregunto mientras él se pone en fila, de espaldas a mí.

—Ya sabes el qué.

Ignoro la indirecta e inicio la jugada. Mis ojos lo siguen a lo largo del campo y veo que un defensor lo persigue muy de cerca. Opto por tirar un

pase corto a Paul para ganar un par de yardas. Paul recibe el pase, pero casi de inmediato es interceptado por un defensa, y ahí termina la jugada.

Sam se acerca al trote, jadeando.

—¿Nada? —pregunta, arqueando las cejas, expectante—. ¿No tienes nada que decir? Tal vez deberíamos preguntarle a Marley su opinión.

Ahí está. Al descubierto. Por fin, hostia.

—Déjalo correr, Sam —murmuro mientras Paul me devuelve la pelota.

—Un consejo de experto, ¿verdad? Tú sí que sabes dejarlo correr, ¿verdad?

¿En serio acaba de decir esto?

Con el ceño fruncido, inicio la siguiente jugada. Me pasan la bola, y se supone que Sam debería trazar una carrera en zigzag para conseguir el *touchdown*. Pero, en vez de eso, se pasea tranquilamente por el centro del terreno de juego, dando la espalda al pase.

¿Se puede saber qué hostias hace?

Noto un arrebato de furia en el pecho. Le tiro la pelota con tanta fuerza que mi hombro se resiente, y contemplo cómo le rebota contra la nuca y la cabeza se le echa hacia delante. Se da la vuelta enseguida y ya corre hacia mí sin darme tiempo para escapar. Se lanza encima de mí. Caigo al suelo con mucha fuerza. Pero he caído mil veces con la misma fuerza durante un partido de fútbol.

Por un segundo, permanezco aturdido. Nunca había visto a Sam de esta manera.

—¿Cuántas veces rompió Kim contigo? ¿Lo recuerdas? —me pregunta, plantado sobre mí.

Me incorporo con los brazos, sin la menor intención de dejarme intimidar.

—Adivino que tú sí que lo recuerdas. ¿Cuántas?

Me agarra por el cuello, retuerce los puños con una rabia que sin duda lleva mucho tiempo fermentando.

—Siete. Siete veces desde noveno...

De pronto, toda la frustración que he estado tragando durante los últimos meses explota en un solo instante. Contra él. Contra lo que pasó. ¿Quién demonios se ha creído que es? ¿Cómo se atreve a decirme lo que tengo que sentir?

—¡Y estaba a punto de hacerlo otra vez, Sam! Pero murió —digo, apartándolo, y sus dedos liberan la tela de mi cuello—. ¿Qué quieres que haga? ¿Consumirme eternamente? ¿Dejar de respirar?

—Yo lo haría —dice Sam, con toda su rabia, y sus hombros se hunden bajo el peso de una gran carga. Una carga que reconozco. Y entonces... lo confirma—: Yo también la quería. La quería de verdad. Y nunca la habría dejado.

Nos quedamos mirando el uno al otro. Sus palabras me han dejado sin habla. Pero todavía no ha terminado.

—No la mereces, Kyle —dice en voz baja—. Nunca la mereciste.

Se da la vuelta, ofendido, y sale del campo. Sus anchos hombros se van alejando cada vez más en la distancia. Mientras contemplo cómo desaparece totalmente de la vista, la cabeza me da vueltas.

¿Sam quería a Kimberly?

Ahora lo entiendo todo, y las piezas empiezan a encajar. El modo protector en que se colocaba detrás de ella. La deferencia con la que siempre la trataba. Lo destrozado que se quedó después de su muerte.

¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo, en todos estos años, no me di cuenta de que mi mejor amigo estaba enamorado de mi novia?

Los otros chicos fingen que no han visto la pelea. Nadie se acerca a mí, y tampoco espero que lo hagan. Hace mucho tiempo que no tengo relación con ninguno de ellos. Aunque hasta hoy no haya caído en la cuenta: cuando dejé el equipo, los dejé también a ellos.

A todos menos a Kim y a Sam.

¿Cómo pude no ver que la quería?



«Porque fui un egoísta.»

Las palabras resuenan, cristalinas, en mis oídos. Son dolorosamente ciertas.

Lo único que hice fue ver el mundo, a mis amigos, a mi novia, bajo mi propio punto de vista. Ni por un solo instante me molesté en ponerme en su lugar.

Esa noche, más tarde, mi madre me encuentra en mi habitación, con los ojos fijos en un pequeño punto del techo.

—Tú llevas la ropa, tú me ayudas a doblarla —dice, dejando el cesto de la ropa en el suelo, junto a la puerta. Gruño y bajo rodando de la cama para seguirla al piso de arriba. Me arrimo con una mano una bolsa de guisantes congelados a la parte lesionada, y con la otra mano hago malabares con el cesto.

Mi madre no para de mirarme de reojo cuando empezamos a doblar juntos la ropa en su habitación.

—Creía que iba a ser un partido amistoso.

—Para mí lo era. Pero Sam...

No tenía intención de decir nada, pero mi mente no ha parado de repasar lo sucedido. De modo que se lo cuento todo. Lo de la pelea. Y lo de Marley.

—Sam tiene razón —digo, tras un instante de silencio, con una gastada sudadera del instituto Ambrose en la mano—. Seguramente, nunca merecí a Kim. Tal vez era demasiado buena para mí.

—¿Qué va a saber Sam? —dice ella, enrollando y tirándome un par de calcetines—. Tienes derecho a tener otras amigas. Incluso... algo más que amigas.

Mi estómago da una sacudida, pero ahora mismo no puedo preocuparme por eso. No dejo de pensar en lo que ha dicho Sam.

—Estaba enamorado de Kim —digo por fin, esperando que levante la vista. Que se muestre sorprendida. Pero ella se limita a asentir. Lo sabía.

Durante todo este tiempo, ¿era yo el único que no sabía nada?

¿Lo sabía Kim?

Es otra pregunta que nunca podré formularle.

Contemplo cómo mi madre dobla una toalla con una expresión pensativa.

—Entonces... ¿qué vas a hacer? —pregunta.

—¿Respecto a qué?

Pone los ojos en blanco ante mi falta de reacción.

—Eres un romántico empedernido, cariño. Te he visto con Kimberly desde que teníais ocho años. Cuando le entregaste tu corazón, ya no quisiste saber nada de nadie más; ni siquiera cuando os sacabais de quicio —dice por fin—. Pero precisamente por eso, nunca te permitiste pensar en una vida sin ella. Siempre lo enfocabas todo a partir de ella, y... eso es mucha presión sobre una relación. Mucha presión sobre una persona que todavía está intentando discernir quién es.

—Mamá... —intento decir.

—Escúchame. ¿Por qué le compraste a Kim la pulsera?

—Porque la quería —digo terminantemente—. Quería demostrarle cuánto la amaba. —Ella se me queda mirando y arquea una ceja para indicar que está esperando que continúe. Expulso el aire con fuerza y aparto la mirada al tiempo que doblo un par de pantalones de chándal—. Y... porque era consciente de que pasaba algo. Pensaba que la pulsera le recordaría todo lo que habíamos vivido juntos. Que le demostraría que podíamos arreglar lo que iba mal.

Ella asiente.

—Siempre estabas intentando arreglar las cosas, en vez de pensar en por qué se habían estropeado. Es difícil construir algo cuando los cimientos tienen grietas. —Hace una pausa para coger otra camisa—. Y eso no significa que vosotros dos no os quisierais. Solo significa que tal vez operabais en dos longitudes de onda distintas.

«Operar en longitudes de onda distintas.» A veces, cuando discutíamos,

realmente parecía que no estuviéramos hablando de lo mismo. Pienso en aquella noche. En nuestra conversación en el coche. ¿Estábamos en la misma onda entonces?

¿Cuántas veces estuvimos en ondas distintas sin siquiera darnos cuenta?

—Kim siempre formará parte de ti, Kyle, pero tienes que vivir tu propia vida. Ella ya no tiene nada que decir. Te quedan muchos días por delante. Podrían ser todos como este, doblando la ropa con tu querida y dedicada madre... —Dobla una camisa mientras mis manos permanecen inmóviles, agarradas a unos calcetines desparejados—. O podrías intentar vivir tu propia vida sin ella, permitirte vivir de verdad —concluye, alzando la vista hacia mí—. Ver a dónde te lleva el viento.

Sonrío y me quedo un momento en silencio. Recojo del cesto unos vaqueros. Eso es lo que dijo Kim. Exactamente lo que ella dijo. Kim también quería ver quiénes éramos el uno sin el otro.

Se había dado cuenta. Mi madre se había dado cuenta.

Era yo quien no se había dado cuenta.

Esta vez, sin embargo, tiene sentido. Esta vez... Tal vez pueda llegar a comprenderlo.

Y esa comprensión me lleva a darme cuenta de que Sam tiene y no tiene razón al mismo tiempo.

Por supuesto que necesitamos recordar a Kim. Y..., bueno, sería imposible olvidarla, por mucho que lo intentara. La llevo grabada en cada parte de lo que he sido. Sin ella, no estaría aquí.

Pero no podemos quedarnos encallados, inmovilizados sin ella. Inmovilizados pensando en lo que ella quería.

Ahora tenemos que descubrir lo que queremos por nosotros mismos.

—He estado hablando con Marley sobre lo que me gustaría hacer. Ya que el fútbol está descartado —digo lentamente, y los ojos de mi madre se iluminan al instante—. ¿Crees que sería un buen periodista deportivo? He pensado que podría apuntarme a un curso o tal vez enviar una solicitud para

hacer unas prácticas.

—Creo que serías un periodista deportivo genial —sonríe. Y no la había visto tan feliz desde... antes—. Y creo que una persona que sea capaz de ayudarte a encontrar tu camino es una buena persona que hay que conservar.

Recoge una brazada de toallas y grita por encima del hombro mientras se dirige a su cuarto de baño:

—Me temo que tendré que buscarme un nuevo compañero para doblar la ropa.

A la mañana siguiente, recojo la caja donde guardo las cosas de Kimberly y la subo al recibidor. Mi madre me sigue, agarrándome suavemente el brazo cuando llego a la entrada.

—¿Estás seguro, cariño? —pregunta, girándome para mirarme a la cara.

Asiento, y alzo la vista de la caja para enfrentarme a su mirada interrogativa.

—Estoy seguro.

Me abraza, rodeándome con fuerza con los brazos. Me recuesto contra ella. Tengo que hacerlo para poder empezar a mirar al frente. Tanto si se trata de hacer unas prácticas o de arreglar las cosas con Sam o de... cualquier otra cosa.

Los recuerdos de aquella noche no son los que quiero conservar. Tengo que deshacerme de la culpa. Tengo que dejar de intentar conservarla a mi lado, metida en una caja.

Con suavidad, coloco la mano sobre la caja, en un último adiós, antes de dársela a mi madre para que se la devuelva a los padres de Kim. Cuando ella se gira, noto el peso de la pulsera de dijes en mi bolsillo. El recordatorio final de aquella noche fatídica.

El objeto del cual no creía que me pudiera desprender.

—Espera —digo, y al sacarlo, los dijes metálicos repican entre sí. Me

duele separarme de esta pulsera, pero al colocarla suavemente en el interior de la caja, me quito un peso del pecho y consigo respirar hondo por primera vez en cuatro meses.

## 16

Unos días más tarde, tumbado sobre la hierba, contemplo cómo la luz del sol se filtra entre las ramas de los árboles, con la luz centelleante bailando ante mis ojos. Marley y yo solemos quedar a mediodía para dar de comer a los patos, y el clima cálido de finales de septiembre nos ha llevado hasta la zona del cerezo, cuyos pétalos han adoptado ahora un tono blanquecino.

—¿En qué piensas? —pregunta Marley, que está tumbada a mi lado.

—Bueno... —Respiro hondo—. En Sam.

Hablar con mi madre me ayudó a descifrar bastantes cosas, pero no me sirvió para arreglar nada con Sam. Y sigo sin saber cómo abordar el tema con él.

Me vuelvo hacia ella. La luz del sol proyecta un brillo cálido sobre su rostro, le aclara los ojos de color avellana, y el color da paso a un resplandor verde alrededor de la pupila. Alarga la mano hacia mi cara, y me descubro preguntándome qué sentiría si me tocara.

En vez de hacerlo, arranca un diente de león que crece entre nosotros y lo huele. La culpa aumenta, pero sin mucha fuerza, como si estuviera demasiado agotada para seguir luchando. Tal vez yo también lo esté. Pero la cara ofendida de Sam no desaparece de mi mente.

—Este fin de semana nos peleamos. No... No he sido un buen amigo desde que Kim murió. No fui honesto con él... —Hago una pausa y suspiro—. Ni conmigo mismo.

—Es duro ser el que estropea las cosas, ¿verdad? —dice con la cara triste.

Me recuesto sobre el brazo. A Marley le cuesta mucho abrirse. Se da cuenta de mi reacción y me ofrece una débil sonrisa.

—Lo siento. No quería decir eso. Es curioso. Yo siempre he sido muy callada. Supertímida. Hasta el punto que a veces Laura hablaba por mí. —Desvía la mirada, en dirección al cementerio—. Siempre sabía lo que yo quería decir. Tal vez por el hecho de ser gemelas.

Siempre ha evitado hablar de su hermana. Nada de historias tristes. Este es un momento importante para ella.

—Éramos idénticas. Casi en todos los aspectos —continúa Marley, y la nube oscura de detrás de sus ojos cubre toda su persona. Del ceño fruncido a la maltrecha curva de sus hombros, la consume. Es como si delante de mí se sentara una persona completamente distinta—. Cuando la perdí, perdí mi voz. Pero ahora, contigo... —Se detiene para mirarme, y sus ojos se aclaran un poquito—. Tengo ganas de volver a hablar.

—Habla todo lo que quieras —respondo—. Estoy aquí para eso.

Es un momento mágico, en el que ella me está dejando entrar, y como no quiero romper el hechizo, por muchas ganas que tenga de abrazarla y de consolarla, me resisto a hacerlo.

Hace girar el diente de león entre los dedos.

—Una vida sin Laura —dice en voz baja—. Parece cada vez más imposible, a medida que va pasando el tiempo. Me resulta inadecuado.

Espero unos instantes, pero no añade nada más.

—Te entiendo —digo, incorporándome un poco. Y la entiendo. Después del accidente, todo lo referente a la vida me ha parecido inadecuado. Excepto esto—. Pero tal vez podamos intentar encontrar algo que nos ayude

a sentir que es un poco menos inadecuado. Juntos.

—¿Cómo? —pregunta.

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero no sé por dónde empezar. Entonces pienso en el modo en que nos conocimos, aquel día en el cementerio, y se me ocurre una idea.

—Historias. Dijiste que ambos podíamos ser contadores de historias, ¿te acuerdas?

Ella asiente, pensativa.

—Bueno, pues quiero oír una de las tuyas —digo. Ella se incorpora y se cruza de brazos—. Aquel primer día, lo único que dijiste fue «Había una vez».

—Ni hablar —responde ella, tensando los hombros—. No tengo ni idea de si son buenas o malas. ¿Y si te parecen horribles?

—Me encantarán. Lo sé perfectamente —le prometo.

—No puedes prometer una cosa así —dice Marley, riendo.

—Por favor... —le suplico, y veo por su expresión que está dudando. El silencio se alarga entre nosotros hasta que por fin ella lo rompe, soltando un suspiro largo y dramático.

—Vale..., pero solo si me dejas leer a mí algunas cosas tuyas.

Estoy tan contento de que haya dicho que sí que asiento antes de darme cuenta de a lo que he accedido yo.

Maldita sea, qué buena es.

Levanta el meñique. Yo lo rodeo con el mío y lo prometemos. Nuestras manos alargan el momento, los dedos se deslizan hacia las muñecas hasta que su mano queda completamente dentro de la mía.

Es como un nuevo despertar. Cada fibra de mi cuerpo se siente viva, deseosa de cerrar el hueco que nos separa, y el cambio más pequeño es como un terremoto.

—Marley... —empiezo a decir, pero ella retira la mano rápidamente, con los ojos clavados en mis labios.



—¿Lo notas? —susurra.

Lo noto. El aire que nos rodea zumba, el espacio entre nosotros crepita.

Alargo el brazo para cogerle la mano otra vez, pero cuando mis dedos tocan los suyos, ella se separa de mí, rehuyendo el momento. Se levanta con rapidez y se cepilla la ropa, metiéndose bruscamente las manos en los bolsillos de la chaqueta tejana.

—Tengo que irme.

—Marley —digo, recuperándome—. No tienes que irte.

Ella empieza a alejarse, con los zapatos amarillos resaltando sobre el verde de la hierba.

—Esto está destinado a ser una historia triste —murmura, con la voz apenas audible. Al llegar al camino, se gira hacia mí—. Solo amigos, Kyle —me grita—. Ese era el trato.

Asiento y contemplo cómo se aleja y desaparece entre los árboles. Bajo la mirada y veo un diente de león amarillo que descansa junto a mí.

Lo recojo, preguntándome cómo hubiera sido haberla besado ahora mismo, cuando ella me miraba los labios. Tal vez Sam tenía razón en otra cosa. ¿De verdad que solo quiero ser amigo de Marley?

El jueves por la mañana voy andando al cementerio. Todavía me quedan muchas cosas por discernir, pero creo que por fin he encontrado las palabras adecuadas para decirle a Kimberly.

Me paro en seco al ver una figura arrodillada frente a la tumba que extiende su largo brazo para colocar un gran ramo de tulipanes sobre la lápida.

Sam.

Por supuesto.

—Eres tú quien le trae los tulipanes —digo acercándome.

—Eran sus flores favoritas —dice con los ojos fijos en la lápida.

KIMBERLY NICOLE BROOKS.

Me arrodillo sobre la pierna tesa y recorro con la mano la piedra desigual.

—No es justo —dice Sam, observándome—. Tú sigues adelante. Ella no puede. Tal vez decir eso sea una gilipollez, pero...

—Lo entiendo, Sam. Créeme, me siento constantemente como un gilipollas. Cuando voy a tomar un helado. Cuando veo películas en el sofá. Incluso cuando me río. Todo parece inadecuado, por el hecho de hacerlo sin ella. Pero si es así, tanto tú como yo nos pasaremos el resto de nuestra vida aquí encallados —digo, señalando con un gesto el cementerio que nos rodea, la lápida de Kimberly.

Él no dice nada, pero tampoco me pide que pare.

—Por fin he comprendido lo que Kimberly quería decirme. Antes no lo pillaba. Antes no la escuchaba. Pero por fin, después de todo este tiempo, comprendo lo que quería de mí. Para mí. Lo mejor que puedo hacer para respetarla es salir adelante por mí mismo, Sam. Como ella quería. Necesito soltarme. —Hago una pausa, lo miro durante un largo rato, y me doy cuenta de que él lo necesita tanto como yo—. Y tú también.

Se pone de pie de un salto mientras yo me esfuerzo por hacer lo mismo. Con los ojos al mismo nivel, me mira intensamente y luego retira la vista, con aire de culpabilidad.

—Lamento que hayas tenido que enterarte así.

—Sí —respondo, y asiento mientras pienso en lo que dijo en el parque—. Ahora muchas cosas cobran sentido. Que siempre la defendieras. Que te pusieras de su parte.

—También me ponía de tu parte. Nunca le fui detrás. Nunca le dije lo que sentía.

—Tampoco me lo dijiste a mí —replico—. Podrías haberlo hecho.

—¿Habría cambiado las cosas? —me pregunta.

Niego con la cabeza, consciente de la verdad.

—Probablemente, no.

Él sonríe al oírlo, y sé que ambos estamos oyendo la voz de Kimberly en nuestra cabeza. Pero no a la manera de una lesión cerebral. Esta vez no.

—Pero creo que ahora sí que cambia algo —continúo—. Veo que tenías razón en lo que dijiste antes. Tenemos que ser honestos con nosotros mismos.

Nos quedamos mirando, sin saber muy bien qué hacer a partir de aquí. Optamos por un abrazo rápido de colegas, y enseguida Sam me da un codazo y me dirige una sonrisa burlona.

—Me pregunto qué debe de haber hecho tu madre con aquellas cervezas.

Hago un gesto hacia el camino y le devuelvo la sonrisa.

—¿Quieres descubrirlo?

Salimos juntos del cementerio, solo nosotros dos. Aunque haya estado hablando con Sam, estoy seguro de que Kim estaba ahí. He tenido la sensación de que me escuchaba. De que por fin he acertado. Y aunque la estemos dejando atrás, la siento más cerca de lo que la he sentido en mucho mucho tiempo.

# 17

Brinco de un lado al otro de la cocina, coloco los cubiertos sobre las servilletas y la jarra de té de menta helado en una esquina del mantel individual. Estoy casi listo.

Este nuevo intento de preparar la cena está yendo un millón de veces mejor que el anterior. Probablemente sea porque he prescindido de la receta del entrecot y he intentado hacer algo más... Marley.

Perritos calientes y patatas fritas. Pero con un toque sofisticado, a lo Marley.

Coloco cuidadosamente un platito aparte para ella, con ocho pequeños recipientes vacíos que rodean en forma de círculo un bol más grande con palomitas. Luego lleno cada uno de los recipientes: uno con mostaza amarilla, otro con trocitos de beicon, y los otros con ketchup, salsa barbacoa, dos tipos distintos de pepinillos, queso rallado y cebolla picada.

Lo junto todo y añado un gran trozo de apio que nace desde el fondo. Como había previsto, la fuente se ha transformado en una flor de condimentos. La traslado a la mesa y la poso con suavidad. Esta noche quiero que se sienta cómoda. Quiero que sepa que me fijo en ella. Tal como ella se fija siempre en mí.

Que sepa que esta no va a ser una historia triste.

Sirvo en los platos los perritos calientes y las patatas fritas, asegurándome de que no se tocan, justo en el momento en que suena el timbre.

Salgo de la cocina, tratando de calmar los nervios. ¿Por qué estoy tan nervioso? Siempre nos sentimos cómodos cuando estamos juntos.

Abro la puerta y veo a Marley plantada en el felpudo, vestida con unos vaqueros y su cárdigan amarillo, con el pelo recogido en un moño.

—Hola —dice con suavidad. Sostiene un ramo de flores. Las examino rápidamente, intentando adivinar lo que intenta decir con ellas.

Observo el racimo de pétalos pequeños y blancos, pero desafortunadamente no se me ocurre el nombre. Solo sé que son esas flores vaporosas que suelen poner las abuelas en la puerta de sus casas.

—¿Qué significan? —le pregunto.

—Son hortensias —dice, con una mano agarrada a la correa del bolso y tocando con la otra las grandes flores—. Significan... gratitud.

—Bien, pues me llena de gratitud recibir estas flores —digo, avergonzándome en el acto de la ocurrencia. ¿Cómo se puede ser tan cursi?

Por suerte, Marley se echa a reír, entra en casa y se quita los zapatos.

—¿Tienes hambre?

Ella asiente y vuelve el rostro hacia la cocina, husmeando.

—Huele bien.

La expresión de su cara refleja una gran dosis de alivio.

—Espero que también sepa bien —respondo, y ambos avanzamos por el pasillo siguiendo el aroma de la comida.

Al entrar en la cocina, Marley se fija en la mesa cuidadosamente puesta, las servilletas dobladas y las velas que he sacado del estante superior del armario del salón. Con la mano, toca la bandeja de la flor-condimento, y por fin aparece una sonrisa en sus labios.

—Porque cada uno merece su propio espacio —digo, y ella se sonroja al

sentarse.

Se produce una pausa incómoda, una nueva tensión entre los dos. Una cálida electricidad. ¿Acaso ella también la nota? Intento ahuyentar esa sensación y, con una voz desenfadada, sugiero que empecemos a cenar.

Agarro mi perrito caliente y le doy un enorme mordisco. Esto relaja un poco más la tensión, y Marley no tarda en echarse a reír y se dispone a probar los distintos condimentos en pequeños bocados.

Aunque, curiosamente, lo que más le gusta no lleva ningún condimento.

—¿Palomitas solas? —pregunto, incrédulo, mientras ella coloca cuidadosamente otra palomita encima de su perrito y le da un bocado—. ¿De todos estos aderezos, tu favorito son las palomitas?

Ella se encoge de hombros, divertida.

—Debo de ser medio pato.

No puedo evitar una sonrisa al oírla. Me paso el resto de la cena asqueándola con distintas combinaciones de condimentos, pero hay que reconocer que mi mezcla de beicon, salsa de barbacoa y queso rallado es literalmente genial.

A medida que desaparece la comida, la conversación se encalla. Me zampo la última patata frita. Marley aparta los últimos bocados de su perrito caliente. Ambos nos quedamos callados y la energía nerviosa que hemos estado evitando invade la habitación. Sé que Marley no ha compartido sus cuentos con nadie, y yo no he dejado leer a nadie mis artículos; eso seguro.

Bueno, al menos no en persona.

Pero... no creo que se trate de la escritura.

Me aclaro la garganta y me levanto para llevar los platos al fregadero. Por el rabillo del ojo, veo cómo juega con la servilleta, doblándola y desdoblándola.

Me giro para mirar cómo sus dedos retuercen la tela.

—¿Estás nerviosa? —pregunto.

Me mira como diciendo: «Estoy nerviosísima».

—Bien. Porque yo también estoy nervioso —reconozco.

Parece sorprendida.

—¿En serio?

—Estoy supernervioso —digo, estudiando su rostro, de las pecas de la nariz a los gruesos labios. De algún modo, cada uno de sus rasgos parece distinto en este nuevo escenario, y eso hace que mi corazón lata todavía más rápido—. Claro, porque estás aquí.

—¿Te pongo nervioso? —pregunta, sin levantar la vista de la servilleta—. ¿De veras?

Dudo un poco, consciente de estar haciendo equilibrios en una cornisa. A un lado queda el pasado, al otro está el futuro. Debo elegir.

—Tú haces... —empiezo a decir, y cuando me acerco a ella, decido soltarlo—: Haces que quiera más, y eso me pone nervioso.

Levanta la vista y sus ojos brillan a la luz parpadeante de las velas, pero no dice nada. Tal vez habría sido mejor mantener la boca cerrada y dejarla disfrutar de la cena.

—Bueno, esto... —digo, cambiando de tema—. ¿Tomamos el postre?

Saco el helado del congelador, aliviado al comprobar cómo a Marley se le ilumina la cara al ver el helado de fresa. Adivinar los sabores favoritos de las personas es uno de mis talentos, y Marley es sin duda una amante de la fresa.

Nos servimos un bol cada uno, y ella se echa a reír al ver que amontoño en el mío la mayor parte del recipiente de chocolate y luego robo una cucharada de su fresa para adornarlo. Enseguida bajamos al sótano y nos sentamos cada uno a un extremo del gastado sofá.

—¿Estás lista? —le pregunto, cogiendo el montón de artículos arrugados de la mesita llena de rayadas.

Yo tampoco estoy muy seguro de estar listo, pero ella asiente y deja sobre la mesita el bol de helado a medio comer. Nerviosa, saca del bolso su cuaderno amarillo y gastado. Tras un momento de duda antes de

entregármelo, veo cómo atraviesa una especie de línea invisible en el momento de soltarlo.

Abro el cuaderno por la primera página. Su letra cursiva, uniforme y ordenada, me cautiva y me hace olvidar que ella está leyendo mis artículos. Al instante, me siento atraído hacia las zonas escondidas, las piezas secretas de Marley que se van abriendo con cada uno de sus cuentos.

Hay un cuento sobre un par de gemelas idénticas que alimentan a una bandada de patos en el estanque. Van llegando más y más patos, hasta que entre todos se llevan en volandas a las hermanas, que finalmente vuelan a gran altitud por encima del estanque, el parque y el cementerio.

Hay otro que habla de una chica que planta flores de color rosa que no dejan nunca de crecer, hasta que un día se convierten en una persona: un reflejo floral de la chica.

Los cuentos de Marley son tan buenos que me entran ganas de arrebatárselos los artículos de las manos.

—Marley —digo. Ella me mira por encima de una de las páginas, con los ojos abiertos y curiosos. Levanto el cuaderno—. Tienes que compartir esto con más personas, no solo conmigo. Los niños se volverían locos con estos cuentos.

Ella se remueve en el sofá, anhelante, hecha un manojo de nervios y llena de energía.

—¿Lo piensas de veras?

Asiento, y vuelvo a la página que tengo delante, donde ha dibujado un garabato de la chica de las flores, protagonista del cuento.

—Absolutamente.

—Lo tuyo también está muy bien —dice, alzando el artículo que está leyendo—. A mí ni siquiera me gustan los deportes, pero tú haces que me resulten interesantes. Los retratos que has hecho de los jugadores es lo que más me gusta. Tengo la sensación de conocer muy bien a Sam, después de leer esto —añade, y la foto en blanco y negro de mi amigo me mira desde la



parte superior de la pila—. Aquí hay mucho más que simples estadísticas. Deberías presentar estos artículos cuando te apuntes a las prácticas.

Me echo a reír, feliz de que no le hayan parecido horribles. Permanece un rato en silencio, mirando fijamente el cuaderno amarillo que tengo entre las manos.

—¿Le gustarán a la gente? —pregunta con suavidad.

Nos miramos a los ojos.

—Les va a encantar —digo, totalmente en serio.

Mira hacia las puertas correderas, donde la luz de la luna se refleja en el cristal.

—¿Quieres salir? —pregunta, tirándose del cuello del jersey.

Sé cómo se siente. Parece que la habitación se haya comprimido a nuestro alrededor, rebosante de ese sentimiento todavía sin nombre que se arremolina a nuestro alrededor.

—Claro —respondo, y saco una manta gruesa y acolchada de mi habitación.

Salimos al jardín y nos tumbamos sobre la manta a mirar las estrellas. Su mano roza ligeramente la mía, y la noche cobra vida. Todo es más brillante. Todo resuena.

Se aparta para señalar la luna, un círculo perfecto que cuelga del cielo.

—Dicen que la gente no duerme bien cuando hay luna llena.

Examino la superficie brillante del satélite, y sé perfectamente que esta noche no podré dormir, haya o no luna llena.

—¿Hombres lobo? —pregunto, y ella se echa a reír, dándome un codazo.

—He escrito un relato sobre la luna —dice, mientras la electricidad del contacto sigue zumbando a través de mi cuerpo. La miro y veo que su rostro brilla bajo el tenue resplandor de la luna. La pálida luz perfila sus rasgos—. Un relato nuevo.

—Cuéntame.

—Es una... historia de amor —dice, dubitativa—. La primera que

escribo.

—Entonces no lo dudes, cuéntame.

Ella me mira con unos ojos como estanques oscuros, profundos y vulnerables. Me incorporo sobre los codos y espero.

—De acuerdo —dice por fin—. Había una vez...

—¿Por qué todos los cuentos empiezan así? —pregunto. No quiero romper el hechizo, pero la pregunta surge antes de que pueda detenerla.

Ella sonríe.

—No todos. Solo los mejores.

—Es lo primero que me dijiste, ¿recuerdas? Había una vez.

Nos quedamos mirando durante un rato muy largo, y una fuerza invisible me atrae hacia ella. Juraría que he dejado de respirar. Marley se aclara la garganta y desvía la mirada. La atracción se apaga, pero no desaparece.

—El relato —digo, volviendo los ojos hacia la luna—. Muy bien. Continúa.

—Había una vez una chica —dice.

—Ya me está gustando —digo, para animarla, y ella me da un puñetazo en el brazo, con una expresión mitad divertida, mitad exasperada. Como yo esperaba, esto la espolea.

—Cada noche recorría un camino por un bosque muy muy oscuro hasta el pie de una bonita cascada, y allí contemplaba la luna y pedía un deseo —dice—. Cada noche era el mismo deseo.

Envuelto como en un hechizo por sus palabras, imagino a la chica. La veo de verdad, mirando la luna desde el pie de la cascada, con los labios medio abiertos deseando...

—Deseaba amor —prosigue Marley, como si me leyera el pensamiento—. Era una soñadora que no tenía a nadie con quien compartir los sueños.

Siento la soledad de la chica, que me cala los huesos.

—Pero sucedió que una noche de luna llena, en la que la luna brillaba más que nunca —dice con suavidad—, de pronto vio algo en el camino.

Una perla. La recogió y oyó a un hombre que decía: «Disculpa, pero me parece que es mía».

—¿Lo era? —pregunto—. ¿La perla era suya?

Ella asiente.

—Así que la chica se la entregó, y a la luz brillante de la luna, el hombre vio lágrimas en sus ojos —dice Marley, que me mantiene encadenado a cada palabra—. El desconocido le preguntó: «¿Por qué lloras?». Y la chica le respondió en voz baja: «Por un instante pensé que podía ser para mí». El hombre, no obstante, cogió la perla y se alejó por el camino.

—Capullo —digo.

—Espera —dice Marley, con una sonrisa deliberada.

—Más le vale no ser un capullo.

—A la noche siguiente, mientras pedía su deseo, la chica oyó un ruido no lejos de donde se encontraba —continúa Marley, sin hacerme caso—. Era el hombre, que llevaba la perla en la palma de la mano. «He viajado por muchos caminos para encontrar este tesoro perdido, este pedazo de mí, pero fuiste tú quien lo encontró y me lo devolvió. Ahora, quiero dártelo», dijo, colocando la perla en la mano de la chica. Y cada noche, durante el mes siguiente, se encontró con el hombre al pie de la cascada.

—Veo que no es un capullo —digo, aliviado.

Marley sonríe y hace un gesto para que me calle.

—Hablaron de muchas cosas, compartieron secretos y sueños. La chica había conseguido su deseo. Había encontrado el amor —dice, y esa palabra me hace volver la cabeza hacia ella. Noto que algo se remueve en mi interior—. Pero a la trigésima noche, la siguiente noche de luna llena, el hombre no acudió. En su lugar..., había una perla.

Se me rompe el corazón. La tristeza de sus palabras me resulta familiar.

—Durante las veintinueve noches siguientes, nada. No pidió ningún deseo. Siguió acudiendo, siguió buscando, pero él nunca estaba. Pero a la trigésima noche...

—La siguiente luna llena —susurro.

—Otra perla —responde Marley, también con un susurro. Sus ojos se encuentran con los míos, y la energía crepita entre los dos. Tras una pequeña pausa, continúa—: La chica lloró y lloró. Luego se secó las lágrimas, miró a la luna y pidió otro deseo. Un deseo distinto.

Agunto la respiración, con los ojos clavados en los labios de Marley.

—Devuélvemelo.

Siento un escalofrío mientras Marley añade:

—La luna se hizo más brillante, sus rayos se reflejaban en la cascada, como si llovieran un millón de perlas. La chica miró a la luna, y de pronto... recordó lo que el hombre había dicho.

Marley mira con reverencia la luna llena como si estuviera pidiendo un deseo ahora mismo.

—¿Qué había dicho? —pregunto en voz baja cuando ya no puedo aguantar más. Soy consciente de que como público lo estoy haciendo fatal, pero necesito saber lo que está deseando.

—Había dicho: «He viajado por muchos caminos para encontrar este tesoro perdido, este pedazo de mí...».

«Este pedazo de mí...» Hostias. Estoy empezando a volverme un poco loco.

—En cada luna llena, durante el resto de su vida, la chica recibió una perla... —continúa Marley.

—El hombre de la luna —digo, y me incorporo, totalmente conmocionado—. ¡Era el hombre de la luna!

Marley sonríe.

—... y la chica sabía que él la miraba desde lo alto, proyectando su luz sobre ella, iluminando su camino a través del oscuro, oscuro bosque. Y muy de vez en cuando, en el reflejo de la superficie del agua, veía su cara. Allí, en la luna, sonriéndole.

Su voz es apenas un suspiro mientras termina la historia.

—Y así supo que la amaban.

Nuestros ojos se encuentran, y sé que esto es algo más que amistad. Todas mis excusas se derrumban. No pienso en lo que está bien ni en lo que está mal, ni en nada semejante. La amo. La amo tal como el hombre de la luna amaba a aquella chica.

Ella se sonroja, se incorpora, tímida de pronto, malinterpretando completamente mi silencio.

—Es una estupidez, ¿verdad?

Niego con la cabeza y le tomo la mano.

—No es ninguna estupidez —digo, y nunca he hablado tan en serio—. Es precioso.

Espero que se aparte de mí, pero no lo hace. Entrelazamos los dedos y permanecemos así hasta que llega la hora de irse, mirándonos a la luz de las estrellas relucientes. Cuando llega el momento, la acompaño hasta la puerta y me apoyo contra el marco mientras ella levanta la vista desde el felpudo.

—Son buenos —le digo, muy en serio—. Tus cuentos son muy buenos, Marley. Ha sido casi como si... —Se me apaga la voz y le sonrío—. Ha sido mágico. Me has transportado a otro lugar.

Vuelvo a sentir el crepitar entre los dos. Bajo el suave resplandor de la luz del porche, tiene una mirada cálida. Los ojos más abiertos. Da un paso atrás, pero la atracción magnética se estira, en vez de romperse. Llena el espacio que nos separa.

—Espero que siempre pienses eso —dice. Una ligera sombra le atraviesa el rostro. Ojalá supiera por qué.

—Lo haré —respondo, y ella baja los peldaños y cruza el jardín delantero hasta que se da la vuelta para despedirse con un gesto y desaparece del todo al doblar la esquina.

Cuando ya se ha ido, permanezco un rato de pie en el porche, notando todavía esa energía, aunque ya no esté. Tiemblo, la fresca noche de octubre me pone la piel de gallina, pero me niego a moverme. No quiero que

desaparezca esta sensación.

Al cabo de un rato, unos faros aparecen por el camino. El coche de mi madre se detiene y la puerta se abre ruidosamente. Baja y me repasa con la mirada antes de volver a meter medio cuerpo para recoger la bolsa.

—Pareces feliz —dice al llegar a los peldaños.

Y tiene toda la razón. Lo estoy.

# 18

Me despierto a la mañana siguiente con una gran sensación de bienestar.

Hasta el punto de que recojo el iPad de la mesilla de noche y abro Google para iniciar mi búsqueda de sitios donde hacer prácticas, mientras desayuno. Al principio la cosa no promete demasiado, son todo trabajos sin remunerar que no parecen muy emocionantes. Encuentro uno que es perfecto, trabajar para la sección de deportes de una revista, pero sería a más de dos horas en coche.

Oigo a mi madre bajando las escaleras, de modo que pongo otra rebanada en la tostadora y le sirvo una taza de café con leche justo en el momento en que llega a la cocina.

—Buenos días —digo, pasándole la taza.

—Buenos días —responde. Con la taza en las manos, me mira con los ojos muy abiertos y da un sorbo. Devuelvo la atención al iPad y repaso otra página de ofertas con el ceño fruncido—. ¿A qué viene esa cara? ¿Te duele otra vez la cabeza?

—No, de eso estoy mucho mejor —respondo. Y así es. Los flashes han ido aminorando desde que empecé a hablar de mis cosas con Marley, lo que demuestra que la doctora Benefield tenía razón al decir que se trataba de un

problema más emocional que físico. Suspiro y aprieto un botón para oscurecer la pantalla—. Estoy buscando algún sitio para mis prácticas.

—¡Ah! —dice, dándose un golpe en la cabeza. Sale pitando de la cocina y vuelve al cabo de un segundo con el bolso, lleno a rebosar. Veo cómo rebusca en él, sacando recetas, un botiquín de primeros auxilios y un par de barritas de muesli. Estoy seguro de que todo lo que lleva ahí sería suficiente para que un pueblecito sobreviviera al apocalipsis—. Me encontré a Scott Miller ayer por la mañana, en el Starbucks. ¿Sabes a quién me refiero? El tipo de la sección de deportes del *Times* que solía cubrir tus partidos.

—Sí, me acuerdo de él —respondo, incorporándome en la silla. Scott escribió una reseña sobre mí la semana antes de mi lesión. También me dio ánimos al cabo de un mes, cuando lo vi después de que todo se fuera al garete.

No sé cómo no había pensado antes en él.

—Pues bien —dice, blandiendo una tarjeta de visita que ha sacado del fondo del bolso—. Le comenté que estarías interesado en escribir, y me dijo que le llamaras sin falta.

Me pasa la tarjeta, y yo pego un bote para darle un abrazo.

—Eres la mejor —digo, estampándole un beso en la mejilla.

Saco el teléfono y me encamino al pasillo para llamarlo, pero una notificación de texto de Sam aparece en la pantalla mientras estoy marcando el número.

Fútbol hoy a las diez. ¿Vienes? ¿Te paso a buscar?

Dudo un segundo ante la pantalla en vez de teclear una respuesta rápida. Nunca me voy a sentir tan bien como hoy, así que, si tengo que intentarlo, es mejor que sea hoy.

—¡Mamá! —llamo a la cocina—. ¿Me puedes dejar el coche?

El miércoles, cuando me encuentro con Marley en el parque, ya he concertado una entrevista con Scott para este viernes y he conducido el



coche de mi madre un grandioso total de tres veces. Soy prácticamente invencible.

Hoy el parque está lleno de gente, pues el cálido día de otoño ha atraído a un montón de niños, que juegan en el césped.

—De pequeña, me encantaba hacer volar cometas —dice Marley, observando a un niño que pasa por delante, intentando hacer volar una.

Me vuelvo hacia ella, y el resto del parque se desvanece.

Hoy está guapísima. El pelo suelto le cae sobre los hombros, y lleva un jersey amarillo fuerte a juego con la fina cinta del pelo. Cada vez que habla o se gira para sonreírme, siento un impulso abrumador de cogerle la mano. No sabía qué iba a pasar después de lo de la otra noche, pero lo que estamos compartiendo se ha vuelto todavía más fuerte en los pocos días en que hemos estado separados.

Cruzamos la pequeña calle que conduce al estanque, y cuanto más nos acercamos al agua, más me envalentono. Pienso en los cuentos que me explicó. En la chica que deseaba amor. En el hombre de la luna que respondió a su deseo.

«Hazlo», me digo, mientras miro cómo su mano se mueve adelante y atrás junto a la mía, a pocos centímetros de distancia.

Cojo aire y alargo el brazo para darle la mano, y un dolor agudo me atraviesa la cabeza al mismo tiempo. Maldita sea, la cabeza casi no me ha dado problemas durante toda esta semana.

—¿Bien? —le pregunto, y para pasar el mal momento me concentro en sus labios de pétalo de rosa y en el hecho de que mi corazón esté a punto de salirme disparado del pecho.

Al ver que ella duda un segundo, me acerco un poco más.

—Nuestra historia no será triste, Marley —le susurro—. No lo permitiré.

No dice nada, pero entrelaza sus dedos con los míos con mayor firmeza. Yo le paso el pelo por detrás de la oreja y dejo que mi mano se pose sobre su cara, sus labios apenas a unos centímetros de los míos. Me inclino

ligeramente hacia delante, respirando apenas, sin saber si ella hará lo mismo o echará a correr.

No echa a correr.

Se acerca y nos besamos, y de pronto me invaden los recuerdos: su rostro enmarcado por una ráfaga de pétalos de cerezo, sus ojos el día en que nos conocimos, una cascada de perlas.

Me separo, con una sonrisa, y veo su cara brillando bajo el sol del atardecer.

—Mi idea de ser solo amigos era terrible...

Ella me interrumpe echándose a reír e inclinándose para darme otro beso. Justo cuando me dispongo a abrazarla, sus ojos se ensanchan al ver algo a mis espaldas y de pronto se separa de mí y me deja abrazando el vacío.

Se precipita por el césped, muy agitada, y aparta a un grupo de chicos que están jugando al fútbol. Corre hasta la calle, agarra a una niña pequeña que se encuentra en medio de la calzada y la arrastra hasta la acera.

¿Qué demonios ha pasado? ¿Me he perdido algo?

Me acerco corriendo mientras Marley lleva a la niña hacia un grupo de chicos y chicas más mayores y se detiene al lado de una preadolescente que comparte con la pequeña el mismo tono de pelo.

—¿Es tu hermana? —pregunta Marley, muy enfadada.

La chica asiente, claramente asustada. No debe de tener más de doce años.

—¿Sabes qué le podría haber pasado, ahí en medio de la calle? —Ahora Marley está gritando, con las manos en los hombros de la chica. Tiene los ojos fuera de sí, pero no distingo si es por enfado o más bien por miedo. Es un aspecto de ella que todavía no había visto—. ¿Qué estaba...? ¿Y si...?

Me acerco y le toco el hombro.

—Marley —digo con firmeza, pero ella me ignora.

—Tienes que vigilar a tu hermana. Podría haber muerto atropellada.

Permanezco ahí, en pleno desconcierto, y observo a los chicos y chicas

asustados que intentan esconderse los unos detrás de los otros mientras, al mismo tiempo, tratan de seguir presenciando la escena desde más cerca.

—¡Quita las manos de encima a mi hija! —grita una voz de golpe y porrazo, y una mujer que solo puede ser la madre de las niñas se acerca corriendo por la hierba, sedienta de sangre. Tenemos que largarnos de aquí.

—Marley —digo, tirando de ella—. Ya basta. La niña está bien. Vámonos.

Ella mira a su alrededor, al grupo de preadolescentes, a la chica asustada, a la madre indignada, y por fin sus ojos aterrizan en mí. La agarro de las muñecas con fuerza. Con lágrimas en los ojos, se deshace de mí y echa a correr por el césped, en dirección al cementerio.

—¿Se puede saber qué problema tienes? —le grita la madre.

Veo cómo se aleja y tardo un segundo en procesar lo que quiera que haya pasado.

Me disculpo rápidamente ante la señora y los chicos asustados y echo a correr tras Marley, tomando un atajo a través del parque, perfectamente consciente de dónde va a estar. Entro en el cementerio y ahí la encuentro, desplomada junto a la tumba de Laura, con la cabeza gacha y el pelo largo tapándole la cara.

—Esa mujer tiene razón, ¿sabes? —dice Marley, jadeando, cuando me acerco—. Es verdad que tengo un problema.

Me inclino para pasarle suavemente el pelo por detrás de la oreja, para poder verle la cara.

—¿Qué pasa?

—Nada de historias tristes —dice, negando con la cabeza.

—Vale. —Me siento a su lado. Lo único que quiero es comprender lo que acaba de pasar. Pero sé mejor que nadie que contar este tipo de historias requiere estar preparado—. No hace falta que me lo digas. Pero si quieres hacerlo, aquí estoy.

Está hecha un ovillo. Entonces alza la vista y me doy cuenta de que está

tocando lo que ahora veo que es un zafiro rosado que lleva colgado al cuello. Normalmente, solo se ve la cadena; hasta ahora no había visto nunca la piedra.

—Yo siempre voy de amarillo —dice, y pienso en todos los complementos y piezas amarillas que le he visto llevar. La cinta del pelo, los zapatos, el cárdigan, el impermeable—. Al principio fue algo que mi madre empezó a hacer cuando éramos muy pequeñas, para que cada una tuviera un aspecto distintivo, ya que todo lo demás era exactamente igual, pero... más tarde se convirtió en algo más. El amarillo me hacía sentir feliz, ligera. Incluso cuando estaba inquieta.

Con la yema de los dedos, toca las azucenas rosadas que crecen alrededor de la tumba.

—A Laura, en cambio..., le gustaba el rosa. Cuanto más fuerte, mejor. Siempre.

Intento no moverme, temeroso de que el más leve aliento la haga detenerse. Cuando se trata de Laura, es raro conseguir que diga más de una frase.

—Yo nunca fui como ella. Era muy divertida, ¿sabes? Extrovertida. Era capaz de hablar con cualquiera, durante horas. —Arranca una flor y sonrío con tristeza—. No me importaba que la gente la quisiera más, porque yo también la quería más.

Le tomo la mano, animándola en silencio a continuar.

—Siempre nos cuidábamos la una a la otra. Bueno, sobre todo Laura me cuidaba a mí. Aquel día... Laura iba...

Se le rompe la voz, y yo le aprieto con fuerza los dedos, para darle fuerzas.

—Iba a darle una lección a Jenny Pope —dice, respondiendo al apretón, y luego continúa—: No pensaba hacerle daño, solo quería avergonzarla, tal como Jenny me avergonzaba a mí. —Hace una pausa y sacude la cabeza—. Dios mío, yo estaba aterrorizada. Sabía que alguien se iba a dar cuenta de

que no era yo, de que era Laura, fingiendo ser yo. Y eso sería todavía más embarazoso. —Mira a la tumba, con el nombre escrito—. Pero Laura... estaba muy segura. Muy tranquila. Dispuesta a arreglar las cosas. Yo no podía decirle que no.

Me fijo en el montón de pétalos que se acumulan a sus pies, la azucena que ha desmenuzado con la mano libre. Trago saliva, alarmado por la dirección que está tomando la historia.

—Así que cada una llevaba la ropa de la otra. Ella llevaba mi amarillo; yo llevaba su rosa. Ella iba con el pelo suelto, y yo me lo había recogido. Éramos... Éramos la otra.

Se detiene, se le corta la respiración. Intenta continuar un par de veces, pero no lo consigue. Hay algo que se lo impide, una barrera que no puede atravesar.

—Si... —consigue decir—, si hubiera mirado, si hubiera prestado atención, yo... yo...

—¿Qué? Marley, ¿qué pasó? —la urjo a continuar, a luchar contra la parálisis.

Ella niega con la cabeza, pero sigue hablando.

—Nosotras... llevábamos estos collares tan estúpidos. Un zafiro rosa y un zafiro amarillo. Laura sabía que, para poder salirnos con la nuestra, teníamos que hacerlo muy bien. Estábamos esperando junto a la calzada, en la parada del autobús, cuando se dio cuenta. —Se lleva la mano al cuello—. Yo todavía llevaba el zafiro amarillo, y ella, el rosa.

Observo cómo empieza a temblar, cómo los recuerdos la consumen.

—Se quitó su zafiro y me pidió el mío. Pero... mientras se lo estaba poniendo... se le enredó en el pelo. Estaba acostumbrada a llevar el pelo recogido, pero yo... yo siempre lo llevo suelto. Su pelo... Mierda. —Cada vez tiembla más—. Yo... Mierda...

—Tranquila. Marley... —Intento contenerla, pero está muy enfadada. Frustrada.

—¡No estoy tranquila! —grita, furiosa—. Aquel puto colgante amarillo (mi colgante amarillo) se le quedó enredado en el pelo. El pelo que llevaba suelto por mi culpa. Laura tiraba del collar y se reía, y de pronto se partió y el colgante echó a rodar hacia la calzada.

Se detiene, el recuerdo cobra vida ante sus ojos.

—Yo vi el coche antes que ella. Ella... ni siquiera llegó a verlo. Pero yo sí. Lo vi y me quedé helada. Ni siquiera intenté advertirla. Mi voz también se había quedado helada.

Me echo hacia atrás, conmocionado. Joder. Ella está tensa, como si estuviera oyendo las ruedas chirriando, el golpe seco y espantoso.

—Marley. No fue culpa...

—Fue entonces cuando oí unos gritos —dice, interrumpiéndome—. Creí que era yo misma, pero era nuestra madre. Ni siquiera recuerdo cómo llegó hasta allí. Ahí estaba, en el suelo, abrazando a Laura. Gritando... —Su voz se ha vuelto aguda y estridente, el dolor de las palabras, del recuerdo, se personifica en ella—. «¡Se suponía que teníais que ir con cuidado! ¿Cómo ha pasado? Marley, ¿cómo ha podido pasar?»

Permanece en silencio un buen rato, mientras intenta recuperar el aliento.

—Eso es lo que gritaba, una y otra vez.

Se rodea las rodillas con los brazos, esconde la cabeza, trata de contener las lágrimas que amenazan con caer. Su voz se convierte en un susurro.

—Yo me he gritado la misma pregunta cada día, desde entonces. Cada minuto. Pero grito hacia dentro, y así nadie puede oírme.

Ahora lo veo. Escondido tras cada uno de sus movimientos. Cada aliento. Todavía se culpa por lo que sucedió, aunque no sea cierto que ella tuviera la culpa.

Pero Marley está convencida de que sí.

—Nunca he llorado. Nunca he hablado de ello con nadie. No cuento ninguna historia triste. Solo quiero desaparecer —dice por fin—. Porque si Laura no puede estar aquí, yo tampoco debería estar.

—Marley —digo tocándole la mano—, no fue culpa tuya.

Nunca había deseado tanto que alguien me creyera.

—Sí que lo fue —dice mirando el punto en el que mis dedos se encuentran con los suyos—. Mi madre tenía razón.

—A veces... —digo—. A veces, cuando estamos dolidos, decimos cosas que no pensamos. Decimos cosas sin pensar en las consecuencias. Estoy seguro de que no quiso decir eso.

Pero ella no está tan convencida.

—Laura siempre me cuidaba. Quería ayudarme, y yo ni siquiera traté de ayudarla a ella. —Está enojada consigo misma—. Me quedé allí plantada.

Le aprieto la mano, pensando.

—Marley, ¿crees que el accidente en el que murió Kim fue culpa mía?

Ella levanta la vista, desconcertada.

—No. Eso fue un accidente. Sabes que fue un accidente. Quiero decir..., tú también resultaste herido.

—Entonces ¿cuál es la diferencia?

—Es solo... —Su voz se apaga, desvía la mirada—. Fue así y ya está. Tú resultaste herido. Yo no. Laura solo intentaba ayudarme, y yo no pude hacer nada... —Tiene los ojos en alguna otra parte—. Ella era mejor que yo. En todos los aspectos —añade—. No es justo que yo esté aquí y ella no. Quiero ser como ella, pero no lo soy. Nunca lo seré.

Le toco la mejilla con suavidad, y su cara se vuelve hacia mí.

—No hace falta que seas como ella, Marley. Ya lo eres todo.

Ella sacude la cabeza y contempla los fragmentos arrancados de la azucena que cubren el suelo.

—Lo eres —repito, pensando en todo lo que hemos compartido desde que nos conocimos—. Marley, tú me has hecho sentir comprendido como nadie lo había logrado. Eres amable, sabes escuchar, y eres jodidamente fuerte. Creo que, si tus cuentos son tan buenos, es porque sabes lo que es la pérdida. Sabes lo que es el amor. Sabes lo que significa sentir.

Ella mantiene la cabeza gacha, en silencio.

—Para mí, eres la mejor parte de todo. Cuando nos conocimos, yo estaba hecho un desastre, y me has hecho sentir vivo otra vez. ¿Acaso no ves lo especial que eres? —Intento inclinarme hacia delante para verle la cara, pero ella no cede, de modo que lo dejo correr—. A ver, ¿quién regala flores a otra persona basándose en su significado? ¿Quién más tiene un pequeño ejército de patos a su entera disposición?

Sé que en este momento no voy a convencerla, pero tenemos mucho más que hoy. Más que este momento. Tenemos tiempo.

—Estoy hablando muy en serio, Marley —digo, atrayéndola hacia mí, aliviado al ver que se recuesta contra mi cuerpo, oliendo a jazmín y a flores de naranjo, cálida y familiar.

La abrazo con fuerza por primera vez.

—Basta de historias tristes, te lo prometo —murmuro.

Y así empezamos una nueva historia.



## 19

—Pruébate esta —dice mi madre, enseñándome una americana de raya diplomática demasiado grande. Cierro los ojos al verla, sin saber cómo decirle que ha conseguido encontrar el artículo más feo de toda la tienda.

Algunas veces, mi madre tiene el don de acertar cuando se trata de elegir ropa. Y otras veces me enseña una americana azul de raya diplomática y pretende que me la pruebe.

Por suerte, no tarda en darse cuenta de mi expresión y me muestra otra chaqueta: una cazadora deportiva e informal de color gris oscuro.

—Debes dar una impresión informal y profesional a la vez.

Se la quito de las manos, me la pongo y noto que la tela se ajusta bien a mis hombros. Me miro en el espejo de los grandes almacenes.

Me pregunto qué pensaría Marley. ¿Me vería guapo?

Trato de alisarme el pelo y mis ojos encuentran la fina cicatriz de la frente, recordatorio siempre presente de todo lo que ha sucedido en los meses recientes.

Cuanto más me miro en el espejo con la cazadora, más nervioso se siento por la entrevista de mañana.

Mi madre me ajusta el cuello y me echa un vistazo.

—Conozco esa cara —dice, dándome unos golpecitos en la mejilla—. Es la que ponías cuando estabas preocupado antes de un partido importante.

La miro.

—¿Tan evidente es?

—¿El qué? ¿La expresión de angustia vital? —Sacude la cabeza, sonriendo—. En absoluto.

Me miro en el espejo, me giro a derecha y a izquierda para ver mejor la cazadora. Suelto una gran bocanada de aire.

—¿Y si no me dan las prácticas? —pregunto—. ¿Y si le parece que escribo fatal?

Cambia la expresión y se pone muy seria. Con una mano, me aparta del espejo para que la mire.

—Kyle, este año has tenido que pulsar el botón de reiniciar no una, sino dos veces. La lesión en el hombro fue dura —dice, respirando hondo—. Pero no tiene comparación con lo que pasaste al perder a Kimberly.

Trago saliva, y el hombro y la cicatriz me duelen solo de pensarlo.

—Si fuiste capaz de superar algo así, te aseguro que superarás la entrevista —dice muy en serio—. Siempre encontrarás el modo de reiniciar si te ves forzado a hacerlo.

Me aclaro la garganta y aparto la mirada mientras ella saca un pañuelo y se seca rápidamente los ojos castaños, una copia exacta de los míos.

—Muy bien —dice al tiempo que me da un empujón—. Vamos a buscar una camisa.

Le paso el brazo por encima del hombro y atravesamos la tienda hasta la sección de camisas.

—Siempre hacia delante —dice, dándome un golpecito en el pecho.

—Nunca hacia atrás —respondo con una sonrisa.

A la mañana siguiente, estoy sentado en el vestíbulo del *Times*, con mi nueva cazadora deportiva gris, esperando a que Scott Miller salga de su

despacho para hacerme una entrevista.

Con el objeto de no intercambiar miradas incómodas con el recepcionista, estudio las paredes, fijándome en las ediciones y los artículos enmarcados que ocupan cada centímetro cuadrado.

Me llaman la atención algunos de los titulares: AMBROSE HIGH GANA EL CAMPEONATO ESTATAL, GORDON RAMSAY NO ODIABA EL RESTAURANTE DEL BARRIO, LA REUNIÓN POR LA SEGURIDAD MUNICIPAL TERMINA CON CONFRONTACIONES.

Se abre una puerta al fondo del pasillo y me seco rápidamente las manos en las perneras del pantalón, porque, aunque normalmente no suelen sudarme, al parecer mi cuerpo ha decidido probar justo en este momento qué tal es eso de que te suden las palmas de las manos.

Scott asoma la cabeza por el vestíbulo y me dirige una sonrisa rápida y dentada.

—¡Kyle! ¿Cómo estás?

Me levanto para darle la mano, remetiéndome bajo el brazo la carpeta con mis artículos y mi currículum. Es un poco más alto que yo. Debe de ser como Sam de alto. Lleva el pelo plateado cortado muy corto y un par de estilosas gafas negras.

—Bien, señor. Muchas gracias por recibirme hoy —digo mientras avanzamos por un pasillo largo y estrecho. Cruzamos una puerta que conduce a una bulliciosa sala de redacción, con sus correspondientes cubículos, llena de gente que habla y teclea. Scott saluda con la cabeza a unas cuantas personas y me conduce hasta su puesto, en una esquina, un espacio repleto de parafernalia deportiva, con un banderín de Ambrose High lealmente pegado a la pared.

Se sienta en una silla giratoria y acerca otra de un escritorio vacío.

Le entrego la carpeta de papel manila al tiempo que tomo asiento.

—Bueno..., este es mi currículum. He traído un par de artículos que escribí...

Hace un gesto hacia el ordenador y se sube un poco las gafas.

—Los he leído. Soy suscriptor *online*. Las semblanzas que hiciste de los jugadores están muy bien.

Si las palmas no me sudaban antes, ahora seguro que lo hacen. ¿Qué le habrán parecido?

—¿Has vuelto a Ambrose para ver algún partido este año?

Dudo un instante, recordando el partido al que asistí, aquel en el que Kimberly apareció de pronto a mi lado, muerta pero no muerta.

—Pude ver parte de uno.

—Bueno —dice, reclinándose contra el respaldo de la silla, haciendo que los goznes rechinen ruidosamente—. Me encantaría que escribieras unas reseñas de ese tipo para los jugadores sénior de este año.

—Pero... ¿para el *Times*?

Scott se echa a reír y asiente.

—Sí. Para el *Times*.

—¡Sí! —grito, sin disimulo. «Calma, Kyle. Calma.» Me aclaro la garganta, bajando el tono unos dieciocho grados—. Sí, señor. Me encantaría hacerlo.

—Genial —dice Scott, y gira la silla hacia el ordenador. Mueve el ratón y se enciende la pantalla. Minimiza el documento de Word en el que está trabajando, y se visualiza un calendario—. Podrías hacer entre quince y veinte horas a la semana, a doce dólares la hora. Evidentemente, cuando escribas las reseñas o vayas a ver un partido, se te pagará aparte. ¿Te parece bien?

—Un momento —digo bajo su atenta mirada—. Entonces... ¿estoy contratado para las prácticas?

Él sonríe.

—Estabas contratado en cuanto leí esas semblanzas de los jugadores. Lograste que cada jugador cobrara vida en esas páginas. Me impresionaron mucho —dice, y tengo la sensación de que vuelvo a entrar en la

universidad, con la diferencia de que esta vez me van a pagar.

Juntos acordamos los horarios, rellinando con mi nombre algunas casillas vacías, y me las arreglo para reservar tiempo para poder seguir viendo a Marley a las horas de comer o bien por las tardes, al salir del trabajo. Al terminar, imprime el documento y me lo entrega. Todavía está caliente. Es agradable volver a tener un horario en las manos, esa sensación de que alguien cuenta conmigo.

La sensación de haber dado un paso adelante. Un paso hacia la persona en la que me estoy convirtiendo.

Llamo a Marley en cuanto salgo del edificio, y hacemos planes para quedar en el parque dentro de media hora. Es difícil mantener la tranquilidad cuando tengo la sensación de que voy a explotar, literalmente, de emoción.

Como tengo un poco de tiempo, doy una vuelta por Main Street para mirar los escaparates. Me detengo al ver una gran cometa amarilla en uno de ellos. Al cabo de pocos minutos ya estoy yendo con ella hacia el coche de mi madre.

Tardo muy poco en conducir hasta el parque, y mientras espero a Marley, envío mensajes a mi madre y a Sam dándoles las buenas noticias sobre la entrevista.

Tras meterme otra vez el móvil en el bolsillo, suspiro aliviado. Mi aliento se convierte en vaho a causa del aire frío. Al aclararse, veo a Marley acercarse por el camino, con una flor rosa y rojiza en la mano. Los árboles que la rodean están prácticamente desnudos bajo aire del otoño, y las hojas caídas, marrones y naranjas, crepitan ruidosamente bajo sus pies. Le enseño la cometa a modo de saludo y ella sonríe. Recorre el resto del camino corriendo, subiéndose un poco el gorro de color amarillo mostaza e ignorando la cometa por completo.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido?

Apoyado contra el coche, intento no parecer excesivamente emocionado.

—Bueno, al parecer, le han gustado mis artículos —digo, como quien no quiere la cosa.

—¿Y bien? —me urge, impaciente.

—Pues... Estás hablando con el nuevo periodista deportivo en prácticas del *Times* —respondo, y mi comportamiento impasible hace aguas—. Me han contratado en el acto.

Marley pega un grito y me abraza.

—Te lo dije. Sabía que te contratarían.

Me echo a reír.

—Tenías razón con lo de las semblanzas de los jugadores. Es lo que más le ha gustado.

—Claro que tenía razón —dice ella, ofreciéndome la flor que lleva en la mano, bonita y redonda, con docenas de pétalos de un rosa pálido que se hacen cada vez más pequeños al acercarse al centro—. Es una peonía. Significa buena suerte y fortuna, pero me parece que ahora ya no la necesitas.

—Nunca se tiene demasiada buena suerte.

Ella sonríe y se echa atrás para mirarme mejor.

—Estás muy guapo, por cierto.

Me aliso la cazadora deportiva y le devuelvo la sonrisa. Nunca me había dicho nada parecido.

—Vaya, gracias. Aunque tal vez no sea la ropa más adecuada para hacer volar una cometa.

—Hace años que no hago volar una cometa —dice Marley, alisándome la solapa con la mano.

—He pensado que podría ser divertido —respondo, levantándola—. Dijiste que te encantaba hacerlo cuando eras pequeña, y... hoy hace muchísimo viento.

Como si hubiera estado esperando una señal, el viento le hace ondear el pelo en todas direcciones. Ella toca con suavidad la fina madera del

esqueleto de la cometa y asiente.

Nos cuesta mucho trabajo conseguir que la cometa eche a volar. Desenrollamos parte del cordel y nos turnamos para correr por el césped. La brisa tira del cordel, pero después lo suelta igual de rápido, con lo que la cometa cae en picado contra el suelo.

Por fin, en mi quinta carrera, se eleva suavemente en el aire.

Grito de alegría mientras el cordel se desliza por mis dedos. La cometa tira a derecha e izquierda, y el viento la hace danzar en el nuboso cielo de otoño.

Cuando consigo estabilizarla, paso la fina barra de madera a Marley y observo cómo alza la vista hacia la cometa, con una expresión bellamente abierta.

—¿Tienes planes para Halloween el sábado que viene? —pregunto.

—La verdad es que no —responde mientras la cometa desciende. Ella tira del cordel, estabilizándola—. Mezclarme con la gente... no es algo que me guste demasiado.

—Bueno —continúo, nada sorprendido—. Mi madre estará fuera de la ciudad, y me iría bien un poco de ayuda para repartir los caramelos.

Me mira con escepticismo.

—Será divertido —digo—. Podemos disfrazarnos y todo —añado, intentando que suene atractivo—. No puede ser malo. Puedes ser quien tú quieras, lo que tú quieras.

Veo cómo lo sopesa mentalmente.

—Vale —dice por fin. Se arrima a mí y me da un beso en la frente—. Pero solo porque parece que te encanta ese rollo de los disfraces. No querría aguarle las fantasías.

Su sonrisa traviesa y provocativa es demasiado para mí. Le doy un abrazo enorme, y ambos nos echamos a reír mientras el resto del cordel se desenrolla de la pequeña barra de madera y la cometa se eleva, desatada, en dirección a las nubes, en pleno beso. Marley tiene los labios fríos, pero el

resto del cuerpo está caliente, y me rodea el cuello con ambos brazos.

—Hemos perdido la cometa —suspira cuando nos damos un respiro.

Me echo a reír.

—De todos modos, prefiero agarrarme a ti.

Una gota de lluvia me impacta en la frente, y nos separamos enseguida y echamos a correr, riendo, por el camino que lleva hasta el coche, con la lluvia arreciando a nuestro alrededor. Casi hemos llegado, cuando Marley suelta mi mano con una sacudida.

—¡Espera!

Se agacha para coger algo del suelo. Me acerco y veo una serie de puntitos en el camino: caracoles pequeños, que Marley va recogiendo uno a uno y echándolos a un lado.

—¿Qué haces? —pregunto entrecerrando los ojos bajo el aguacero.

—No quiero que nadie los pise —dice mientras avanzamos lentamente hacia el coche. Yo redirijo a los corredores y paseantes que nos rodean mientras Marley retira del camino todos los caracoles.

Cada vida, incluso la vida de un caracol, le importa. Tengo el corazón rebosante de felicidad mientras la observo. Nos estamos quedando empapados. Cuando por fin llegamos sanos y salvos al coche, ella me mira, y sin decir nada, me inclino para besarla. Nunca había conocido a nadie como Marley, y no necesito peonías para saber lo afortunado que soy.



## 20

Estoy sentado en el porche delantero de mi casa, con un cesto lleno de caramelos entre las manos. La máquina de humo que tengo a mi lado exhala otra nube y me empaña la visión. Agito la mano para disipar el humo mientras una nueva horda de niños se me acerca gritando ante la atenta mirada de sus padres, que esperan en la acera iluminada por las farolas.

—¡Truco o trato! —grita un pequeño fantasma.

—Esto... ¿trato? —respondo al tiempo que dos Elsas hunden ávidamente las manos en el montón de caramelos y salen corriendo.

Deposito el cesto sobre mi regazo y, para ver si todo sigue en su lugar, me quito el casco de fútbol para echar una ojeada rápida en la cámara del móvil a mi maquillaje de zombi, que me he hecho con la ayuda de mi madre. Hemos transformado la cicatriz en un tajo purulento que me atraviesa toda la frente.

Al ver el resultado, he estado a punto de pedirle que me lo quitara, y, sinceramente, sigo sin poder mirarlo sin que me den escalofríos. No puedo evitar ver mi reflejo en las gafas de la doctora Benefield la noche del accidente, cuando tenía la cabeza abierta y rota de verdad.

Pero ya no intento escapar de esa imagen.

Se me empaña la visión y me pongo en tensión, y por un instante oigo una voz que me susurra, que me invita a...

—¡Bu! —dice una voz, despertándome sano y salvo antes de que me sumerja totalmente en mis recuerdos.

Aparto el móvil y miro...

Pero ¿se puede saber qué es esto?

La voz que he oído es la de Marley, pero su cuerpo está prácticamente engullido por un tosco disfraz de caracol de color marrón al que no le falta nada. Tiene unas largas antenas, un caparazón grande en espiral, y el resto de características propias de los caracoles que recogimos en el camino hace unos días.

Suelto una carcajada y alargo el brazo para tocarla. Ella me esquivo y contonea el caparazón para golpearme en el costado.

—Eh, que no me estoy riendo de ti...

Me lanza una mirada asesina, con los brazos cruzados sobre el pecho y las antenas cerniéndose sobre mí.

—Muy bien. De acuerdo. No diré nada.

Sonrío y cierro la boca con una cremallera invisible mientras ella pone los ojos en blanco con una expresión adorable.

Nunca pensé que me sentiría atraído por un caracol gigante, pero aquí estamos.

Abro la cremallera imaginaria y me aclaro la garganta.

—Un momento, me gustaría decir... que eres el caracol más mono que he visto en mi vida.

—Sí, seguro —responde, pero se ablanda un poco y hace una pequeña pirueta. Intento abrazarla, pero el caparazón gigante se interpone entre nosotros e impide que mis brazos la rodeen del todo.

—A ver, ¿por qué te has disfrazado de caracol?

—Bueno, ya sabes —dice Marley Caracol, tocando distraídamente mi andrajosa y zombificada camiseta de fútbol—. Somos silenciosos, somos

tímidos y nos escondemos.

Me arrimo un poco más a ella, y una de sus largas antenas está a punto de quitarme un ojo.

—Conmigo no tienes que esconderte, Marley —le susurro.

Observo cómo un millón de expresiones se suceden en su rostro demasiado rápido para que pueda identificarlas todas. Por fin, sus rasgos se estabilizan.

Levanta una mano y se toca de manera vacilante las dos hebillas que el disfraz lleva en los hombros.

—Supongo que me he disfrazado de mi antiguo yo —razona, a la vez que observa con curiosidad mi harapienta camiseta de fútbol, el casco que sujeto bajo el brazo, la falsa y sangrienta herida de mi frente. Da un paso adelante y la toca suavemente mientras yo le miro los labios, ansioso por besarla.

—Y tú te has disfrazado de tu antiguo tú —dice en voz baja.

Cierro los ojos al notar su contacto, con ganas de más.

La magia del momento se ve interrumpida por unas risitas.

Al levantar la vista, veo que tenemos un público numeroso de niños pequeños disfrazados que nos miran como si fuéramos un plato de brócoli.

—¡Qué asco! —dice un pequeño Drácula, y resuena un coro de risitas.

Primero los miro a ellos y después a Marley, con una sonrisa burlona. Tiro todo el cesto lleno de caramelos a los pies de los niños, y se produce una verdadera avalancha en mi jardín ante la mirada aterrorizada de los padres.

Tomo la mano de Marley, la conduzco al interior de la casa y apago la luz del porche a nuestras espaldas.

La casa está a oscuras, a excepción del resplandor de las farolas, cuya luz amarillenta se filtra por las ventanas. Doy un paso hacia ella. Noto la electricidad cuando me mira con los labios ligeramente separados.

—Parece que nos hemos quedado sin caramelos.

—¿Cómo ha podido pasar? —pregunta ella sin aliento.

Levanta el brazo lentamente, y mi corazón se acelera al ver que se desabrocha las hebillas y deja que el caparazón se deslice hasta el suelo.

—Ya no soy así —dice acercándose a mí.

Yo me quito la camiseta y me arranco el tajo sangriento de la frente, la herida que ya no me representa.

—Y yo tampoco soy así.

Se arranca las antenas. Yo me quito los zapatos.

Se me queda mirando durante un buen rato; después me quedo sin aliento al ver cómo se baja lentamente los leotardos, dejando al descubierto la piel suave de debajo. No deja de mirarme a los ojos, y la electricidad entre los dos va en aumento hasta que ya no puedo soportar el espacio que nos separa.

No tardamos en quedarnos en ropa interior, despojados de todos nuestros antiguos complementos. La ropa interior de color mantequilla se adhiere a sus caderas, a sus pechos. Me muero por tocarla, pero no me atrevo. Nunca hemos estado solos así, ni siquiera hemos hablado de esto. Lo que vaya a suceder ahora depende de ella.

De modo que espero. Pero no puedo dejar de empaparme de ella con la mirada. Es preciosa.

—Yo... no lo he hecho nunca —dice con suavidad.

La miro a los ojos.

—No tenemos que hacerlo. Marley...

—Yo quiero hacerlo —me interrumpe.

Se sonroja en cuanto le salen las palabras. Pero su mirada es firme. Segura.

—Contigo —continúa, acercándose todavía más, y sus ojos repasan mi cuerpo con timidez, explorando mis brazos, mi cuello, mi pecho. Estoy seguro de oír mi propio corazón palpar bajo sus dedos, estallando a cada contacto.

—Me estoy muriendo —digo cuando sus manos bajan en dirección a mi abdomen.

—Yo... no sé lo que estoy haciendo —murmura, levantando la vista, insegura por primera vez.

—Me estás matando, eso es lo que estás haciendo —respondo, respirando con fuerza.

Los dos nos echamos a reír, y parte de la tensión nerviosa se desvanece. La atraigo hacia mí, y ella me rodea el cuello con los brazos y entrelaza los dedos en mi pelo.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —pregunto. Quiero estar seguro. Quiero que ella esté segura.

—Sí, yo... —Me estira del pelo, sus pupilas se agrandan a la luz pálida y amarillenta de la calle—. Me... —empieza a decir, pero su voz se pierde. Me besa con suavidad, apenas un susurro sobre mis labios—. Me... encanta —dice, reposando por fin su cabeza contra la mía.

Me quedo mirando sus labios, los alientos que se mezclan. El mundo entero desaparece, solo está ella. Sostengo su cara entre mis manos, le acaricio las mejillas con los pulgares, lo entiendo todo.

—A mí también me encanta —susurro, consciente de lo que quiere decir. Consciente de que yo siento lo mismo.

Me tira de la barbilla para besarme, yo la levanto y ella enrosca las piernas en mi cintura. La llevo en volandas por el pasillo y abro la puerta del sótano, y pronto las últimas cosas que nos separaban se derrumban también.

Horas más tarde, la oscuridad da paso al sonido chirriante del metal, de una lluvia que aporrea ruidosamente el techo de un coche. Abro los ojos y veo que hay un enorme agujero en mi parabrisas, y la lluvia entra por él como un torrente, empapando mi ropa, empapando el asiento en el que estoy sentado.

Veó la bola de discoteca enrollada alrededor del retrovisor, las luces rojas que rebotan en ella, haciendo que la lluvia parezca roja.

Como la sangre.

Intento moverme, intento salir, pero estoy clavado, atrapado.

«¡Socorro!», trato de gritar, pero no me sale nada.

Clavo las uñas en el cinturón de seguridad y el timbre de un teléfono desvía mi atención a la consola central, donde vibra un móvil que avanza hacia mí, milímetro a milímetro. Se me para el corazón al ver el nombre en la pantalla.

LLAMADA DE KIM.

Abro los ojos. Miro a mi alrededor, presa del pánico. Estoy en mi habitación, en mi cama.

Pero el hecho de saber que solo es una pesadilla no evita que mi respiración salga a borbotones. Ya más tranquilo, oigo el viento que bate al otro lado de la ventana. Penetra con un silbido por el cristal, grave y terrorífico, la banda sonora perfecta para una pesadilla. Ha sido mi cabeza estropeada, otra vez. Pero en esta ocasión sé que solo ha sido un sueño.

Marley está abrazada a mi espalda, caliente y reconfortante. Dejo que el último rastro de miedo y pánico se desvanezca con un largo suspiro de alivio.

Detrás de mí, Marley se acurruca todavía más, y su calor me tranquiliza. Me doy la vuelta para atraerla hacia mí y de pronto siento una opresión helada que me atenaza los pulmones.

Es Kimberly. Estamos nariz contra nariz. Su aliento me hace cosquillas en la cara. Caliente. Me doy la vuelta, pero sus manos me agarran los brazos, reteniéndome.

—No lo hagas. No me sueltes —me dice ella con urgencia.

—¡No! —grito, y me incorporo de un salto. Intento recuperar el aliento, jadeando. Noto que se mueve detrás de mí. La aparto.

—Kyle. ¿Qué te pasa? —la oigo. La huelo.

No es Kimberly.

—Tranquilo —susurra.

No es Kim.

Flor de naranjo y jazmín. Marley. Abro los ojos y contemplo su rostro, las pecas, la suave curva de su mandíbula y sus labios delicados.

—Solo era un sueño —dice colocando la mano sobre mi corazón palpitante—. Estoy aquí. Estoy contigo.

La atraigo hacia mí mientras la pesadilla se desvanece, las imágenes del accidente de coche y de la lluvia rojiza se disipan por fin, se alejan a la deriva, remplazadas por lo que es real.

## 21

Los días pasan volando. Entre trabajar en el periódico y estar con Marley, diciembre transcurre en un respiro. De pronto, Main Street se ha transformado en el país de las maravillas invernales.

Y cada día Marley sale un poco más de su caparazón.

Alzo la vista y veo la nieve que cae suavemente, amontonándose sobre la calle llena de gente, pues la Feria de Invierno está en pleno apogeo. Guirnaldas envueltas en lazos rojos cuelgan de cada farola, un coro canta villancicos en una esquina y el olor a pino y a canela es tan fuerte que permea todo el lugar con una fuerza comparable al momento en que Sam descubrió el desodorante Axe en noveno curso.

Un grupo de niños se arremolina frente a la tienda de juguetes, empañando con el aliento el cristal mientras contemplan el tren eléctrico montado en el escaparate, que avanza resoplando por la vía en miniatura.

—¿Los niños todavía juegan con trenes? —pregunto a Marley. Tiene las mejillas y la nariz de un rojo suave, y lleva una gruesa bufanda amarilla anudada al cuello—. ¿Está de moda?

—Supongo que sí. —Me toma del brazo, aspira el aroma del pino y la canela, y una sonrisa tira de sus labios—. No me esperaba que me gustara



tanto. Cada año, mi madre intenta convencerme para que la acompañe, pero desde que Laura...

Le doy un beso en la frente.

—Gracias por venir conmigo.

Me costó un poco convencerla, pero ayer por fin cedió. Creo que nuestras salidas al cine y a la cafetería contigua al *Times* han facilitado que haya dado este paso.

Echa un vistazo a un grupo de preadolescentes que compran castañas asadas en un puesto callejero, y se lleva la mano al cuello para tocar el colgante de zafiro rosa que lleva escondido bajo la bufanda. Tiene los ojos distantes.

Laura.

De vez en cuando, una nube oscura e ineludible envuelve a Marley. Es el peso de la culpa, que todavía sigue atenazándola.

La abrazo con fuerza, y en ese momento poso la vista en una caseta de color blanco y turquesa. Cada año, por la Feria de Invierno, la montan para recoger fondos para el equipo de fútbol de mi instituto. Un chico con el pelo castaño y que lleva una cazadora del Ambrose High coge una de las pelotas colocadas sobre el mostrador y hace un lanzamiento en espiral perfecto a través de un aro colgante. Luego regala a su novia de pelo rubio el animal de peluche del premio.

«Kim», piensa instantáneamente mi cerebro. A Kim le encantaba la feria, por mucho que se burlara de ella.

Supongo que Marley y yo todavía estamos sanando. Pero creo que hemos avanzado mucho en este último mes, y el peso del dolor se aligera con cada día que pasa.

La prueba es que ella está aquí, en la concurridísima Feria de Invierno. Y eso es... una pasada.

—Eh —digo, dándole la mano y estirándola hacia la caseta, para liberarnos de la nube oscura que se cierne sobre nosotros—. ¿Ves algo que

te guste?

Estudiamos los premios. Un oso que sujeta un bastón de caramelo. Un reno con la nariz roja. Marley me tira del brazo y señala un pato amarillo que lleva una chaqueta roja y un gorro de Santa Claus. Esto no lo podemos dejar perder. Saco un dólar de la cartera a cambio de una pelota de fútbol.

Respiro hondo, mirando fijamente al aro. En segundo año, Sam y yo fuimos los responsables de esta caseta durante una enorme tormenta de nieve. En la primera hora, estábamos tan aburridos y teníamos tanto frío que pasamos la mayor parte de nuestro turno jugando nosotros, encestando la pelota centenares de veces.

Lo tengo controlado.

Lanzo la bola hacia el aro, pero el espiral se acelera y el lanzamiento se ladea demasiado.

Pongo otro dólar y lo vuelvo a intentar, pero este tiro es aún peor que el primero. El balón pasa por encima del aro y desaparece de la vista.

Parece que... no lo tengo tan controlado.

Me encojo de hombros y sonrío a Marley, un poco avergonzado.

—Lo siento. Si quieres te lo compro...

Pero ella ya está concentrada, con los ojos fijos en el pato de Santa Claus. Rebusca en el bolsillo de la chaqueta y saca un dólar. Lo deja sobre el mostrador, recoge el balón y... joder.

Trazando una espiral perfecta, entra limpiamente en el aro.

Yo aúllo de alegría mientras el responsable de la caseta le entrega el pato.

La levanto al vuelo y la giro en el aire, desatándole la bufanda amarilla.

—Marley, ha sido asombroso —digo al dejarla en el suelo. Estoy realmente impresionado—. ¿Puedes volverlo a hacer?

Saco otro dólar del bolsillo, y ella sujeta la pelota de fútbol, con la misma expresión de concentración total en el rostro. Sin pensarlo ni un segundo, la lanza otra vez de manera perfecta por el aro, esta vez con un poco más de fuerza. ¿Quién es esta chica?

Me dirige una mirada traviesa que todavía no le conocía, y el verde de sus ojos brilla en medio de la nieve blanca que cae a nuestro alrededor.

Cinco minutos más tarde, con un pato de Santa Claus y un reno de nariz roja bajo el brazo, nos alejamos orgullosos de la caseta, mientras la sujeto por los hombros. El año pasado me habría deprimido muchísimo por no haber sido capaz de encestar el tiro con el brazo izquierdo.

Ahora, en cambio, estoy celebrando que mi novia me haya destrozado totalmente. ¡Dos veces!

Beso a Marley rápidamente en la frente, y ella me abraza más fuerte. Es una sensación perfecta. Solo necesitamos una cosa.

—¿Chocolate caliente? —pregunto a Marley, y nos encaminamos a una caseta de dulces y pasteles, donde hay una cantidad de caramelos que podría mantener ocupado al dentista de la ciudad hasta las próximas Navidades.

Ella asiente, ansiosa, con los dientes castañeando por el frío.

—Dos chocolates calientes, por favor —digo al abrigadísimo dependiente, que espera tras el mostrador—. Con extra de crema batida. Y extra de nubes.

Marley observa cómo el hombre prepara los chocolates, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Eso es mucho azúcar —dice.

—¿Lo dices por el chocolate fundido en la leche? ¿O solo por la crema batida y las nubes?

Se gira hacia mí, y ambos nos echamos a reír.

—Dicho de esta manera...

—Nunca hay demasiado azúcar —digo, tirando ligeramente de su bufanda mientras el dependiente nos entrega las dos tazas de chocolate, con su fino rastro de vapor emergiendo de la espumosa parte superior—. Y menos durante la Feria de Invierno.

El chocolate está increíble, rico, cremoso y dulce, exactamente como yo

lo recordaba.

Marley le da un sorbito, y una sonrisa de placer aparece en su cara. La cojo por la mano libre y siento los dedos fríos en la palma mientras nos abrimos paso entre la gente en dirección al espectáculo de luminotecnia.

Es increíble, hay toda clase de luces de colores que proyectan formas de árboles, renos y muñecos de nieve sobre la lona blanca de debajo. Los colores titilantes nos guían hacia el núcleo de la exhibición, un túnel largo y brillante de luces parpadeantes que caen a nuestro alrededor como estrellas fugaces.

Nos detenemos en el centro, y Marley da un sorbo largo de su chocolate caliente y deja escapar un suspiro.

—Tienes razón. Nunca hay demasiado azúcar.

Retira la taza, y un rastro de crema le mancha el labio superior. Me dispongo a limpiárselo, pero su voz me detiene.

—Vaya.

—¿Qué? —pregunto, y ella señala hacia arriba, inclinando la cabeza hacia atrás, con las mejillas rosadas brillando bajo la cascada de luces.

Alzo la vista y veo el muérdago que cuelga justo encima de nosotros en el centro mismo del túnel.

—Ya sabes lo que significa —dice Marley, con una mirada más cálida que el chocolate caliente que sostengo en la mano.

Arqueo las cejas, sorprendido, y miro a toda la gente que nos rodea. Marley, que ha estado a punto de quedarse en su casa, ¿ahora quiere que nos besemos en público?

—¿Sí?

Ella asiente, con el rastro de crema batida todavía en el labio.

—Sí.

Me inclino para quitársela de un beso, y su mano se introduce en la pechera de mi chaqueta, me atrae hacia ella, con lo que el beso se hace más intenso. Me pierdo entre sus labios, fríos pero dulces. Al separarme, me

falta el aire, estoy mareado, pero de un modo muy agradable.

Le coloco bien la bufanda alrededor del cuello y al mirar hacia un lado veo, al final del túnel, un par de ojos castaños que me resultan familiares.

Sam.

—Mierda —digo, mientras él niega con la cabeza, como si estuviera decepcionado.

—¿Qué pasa? —pregunta Marley, sorprendida.

—Es Sam.

Gira rápidamente la cabeza, pero Sam ya se está alejando. Sus anchos hombros se pierden en la distancia entre el parpadeo de luces navideñas.

Después de esto nos hemos desinflado un poco, de modo que escapamos del bullicio y caminamos lentamente hacia casa con las manos entrelazadas.

—Siento lo de Sam —dice ella, estirando suavemente mis dedos.

—No, no pasa nada. Llevo tiempo intentando decírselo —le explico, mirando a la nieve. Unos cuantos copos me caen sobre la frente—. Es que...

—Nunca te había visto con nadie más —dice Marley, terminando mi frase.

Yo asiento, agachando la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me detengo, la atraigo hacia mis brazos y le aparto el pelo de los ojos.

—Estoy bien. Sam tendrá que acostumbrarse.

Lo digo con una convicción total, pero no estoy tan seguro de que sea verdad.

## 22

—Feliz año nuevo —dice Sam, que acaba de colarse por la puerta trasera de mi casa. Las fiestas navideñas han sido tan ajetreadas que no he tenido ocasión de verlo desde la Feria de Invierno, hace una semana.

Mira alrededor. Lleva un bulto enorme escondido bajo la chaqueta.

—¿Dónde está Lydia? —pregunta, y pasa de largo hacia el pasillo, mirando a derecha e izquierda.

—Ha salido. Ya te lo he dicho —respondo, pero él sigue con la comedia, mirando incluso debajo de la mesa de la cocina. Es un alivio que no se comporte de un modo raro.

—Muy bien —dice, y al desabrocharse la chaqueta deja al descubierto un paquete de seis cervezas—. Vamos a ver el partido. La UCLA en busca de la gloria. Ha empezado hace diez minutos.

Oímos pasar un coche, y Sam se sube rápidamente la cremallera de la chaqueta, alargando el cuello para espiar por la ventana de la cocina.

—No volverá hasta la noche —señalo mientras él vuelve a desabrocharse la chaqueta. Sonríe con suficiencia y él sujeta las cervezas contra el pecho y las lleva a la sala, mirando con suspicacia a su alrededor.

—¿Qué pasa, tío, que mi madre te da miedo? —pregunto dándole un

codazo.

—¿Quién? ¿La señora Lafferty? —dice al tiempo que se despatarra en el sofá—. Muchísimo.

Nos reímos y yo repaso la guía de canales hasta encontrar en el que están emitiendo el partido. UCLA ya está seis arriba y va en busca del punto adicional.

—¿Cómo está Marley? —pregunta Sam, como quien no quiere la cosa, con los ojos fijos en la pantalla del televisor. Estudio su cara, a la espera del comentario mordaz. El puñetazo-en-la-cara.

Pero no llega.

—Está muy bien —digo. Es la primera vez que me pregunta por ella, pero no le doy demasiados detalles.

Sam asiente, abre una cerveza y se la bebe de un trago.

Es decir..., toda entera.

—¡Tío! —exclamo.

Él coge otra cerveza y la abre. Me inclino hacia delante y se la quito de las manos.

—Escucha, Sam, si estás cabreado porque me viste la semana pasada con Marley, entonces...

—No lo estoy —dice él, interrumpiéndome—. A ver, quería estarlo. Lo he intentado, pero... —Su voz se apaga.

Sus ojos me evitan, otean la habitación, miran el televisor, la ventana, la estantería del rincón. A todo menos a mí.

—¿Es nueva esa lámpara? —pregunta por fin, señalando una lámpara que lleva en esta sala desde que creíamos que las niñas tenían piojos.

—Por favor, Sam —digo. Pensaba que no íbamos a seguir estando así. Me vuelvo hacia él, y la luz del televisor se refleja en la botella de vidrio que tengo en la mano, rebota contra mis ojos y me provoca un pálpito en la cabeza.

Hacía semanas que no me dolía, pero el dolor ahora es tan fuerte como

siempre. ¿Acaso no debía mejorar a medida que fuera pasando el tiempo? Aprieto los dientes y contengo el dolor para poder seguir hablando.

—Sea lo que sea, dilo de una vez.

Por fin, se me queda mirando, con los ojos serios.

—Me voy.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, y él empieza a moverse nerviosamente, dando golpes erráticos con la pierna, arriba y abajo. Le doy una patada en la pierna como he hecho desde que éramos niños y le digo que pare.

Él suelta una risita incómoda y obliga a la pierna a estarse quieta.

—¿Es por... lo que viste el otro día?

Me inmoviliza con la mirada.

—¿Sabes?, no todo gira a tu alrededor.

Parpadeo y rebobino lo que acabo de decir. Mierda. Si no es por eso, entonces ¿por qué?

—Kim lo consiguió —dice con una ligera sonrisa—. Gracias a su ayuda, he sido aceptado en la UCLA. Me voy la semana que viene.

¿La semana que viene?

—Eso es... es genial.

Pero la sensación no es genial en absoluto.

Freno, consciente de que lo he vuelto a hacer. Lo estoy convirtiendo en algo sobre mí, cuando en realidad se trata de Sam. Y si Sam está preparado para seguir adelante, entonces tendré que dejar que siga adelante de una puñetera vez.

Tal como él me ha dejado hacerlo a mí. Es lo que deseaba para él. Pero, de algún modo, no me lo había imaginado así.

—Necesito hacerlo, tío —me dice, notando mi estado de confusión, una habilidad adquirida tras más de una década de amistad—. El último año y medio ha sido... —Se detiene y traga saliva.

¿Año y medio? ¿De qué está hablando?



—Maldita sea. —Levanta el brazo y se pasa los dedos por el pelo negro y espeso—. Sabes que no lo hice aposta, ¿verdad?

—¿Hacer el qué? —pregunto, confundido—. ¿Qué no hiciste aposta?

—El bloqueo —responde con frustración—. Perdí la concentración durante un maldito segundo y el tío me adelantó. Cuando oí el chasquido... —Pierde el hilo, tiene los ojos muy abiertos. Parece hipnotizado—. Creí que nunca iba a quitarme ese sonido de la cabeza. —Se frota la cara con las manos, sacude la cabeza—. Todo lo que has perdido, todo lo que hemos perdido, se remonta a ese momento. El momento en que la cagué.

—Sam, todo esto no es culpa tuya —digo, intentando hacérselo comprender—. Ya sé que no quisiste fallar el bloqueo... —Me detengo. ¿Por qué se siente así? Pienso en Kim aquella noche, en el coche. En lo que dijo—. Pero aun así te lo hice pagar, ¿verdad? A ti y a Kimberly, a los dos. Pasé a depender de vosotros para todo.

Sam suelta una cruda carcajada de arrepentimiento.

—Y, otra vez, vuelve a tratarse de ti.

Pero ¿acaso no está hablando de esto?

—Sí —continúa, asintiendo con la cabeza—. Lamento aquel bloqueo. Odio lo que significó para tu carrera. Borraría todo lo que pasó si pudiera, pero... —Hace una pausa, tiene la voz insegura—. Tal vez no sea solo por la razón que tú crees.

Me recuesto en el sofá, desconcertado.

—Si no hubiera fallado aquel bloqueo, no me hubiera sentido obligado a compensarte. Pero, desde aquel momento, ese ha sido mi único objetivo, compensarte...

Las piezas empiezan a encajar.

—Y por esa razón te elegí a ti y no a Kimberly. Te elegí a ti por encima de mí mismo. —Se lleva la mano al pecho—. Tus sentimientos debían ir primero porque yo la había cagado —dice tragando saliva—. Cada vez que ella se echaba a llorar, quería decirle que la quería. Cada vez que os

peleabais, quería intervenir y protegerla.

Ahora lo veo. El ramo de tulipanes descansando sobre la tumba. El modo en que la miraba la noche de la graduación. Todas las cosas que durante tanto tiempo fueron invisibles, simplemente porque no me dignaba a mirarlas.

—Sigo queriéndola. No puedo evitarlo. Y si quieres que te sea sincero, tampoco tengo ninguna intención de evitarlo —dice con los puños cerrados sobre el regazo—. Prefiero amarla eternamente y pasar todo el tiempo sufriendo por ello antes que abandonarla durante un solo segundo. Tal vez, algún día... Tal vez algún día sea capaz de hacerlo, pero por ahora no puedo...

Permanece callado un instante y luego me mira.

—En cuanto pronunciaste el nombre de Marley, supe que era algo más que una amiga. Lo supe porque eso es lo que siento por Kim.

Agacho la cabeza, me froto la cara con las manos. Mierda. Son muchas cosas por procesar.

—Dios mío. Lo siento, Sam. Yo...

Sam posa la mano sobre mi hombro lesionado, cortándome.

—Esto sí que fue culpa mía, y también las decisiones que tomé después. Pero... voy a superarlo. Tengo que hacerlo.

Sacudo la cabeza y la levanto para mirarlo.

—Los dos deberíais haberme dejado en la cuneta hace mucho tiempo.

Sam resopla y pone los ojos en blanco.

—Cállate. Como si alguno de los dos pudiera haberse deshecho de ti. Tú no abandonas a la gente, de modo que nosotros tampoco te abandonamos —dice, y añade sonriendo—: Aunque, bueno, Kim lo intentó... siete veces.

Ambos nos echamos a reír. Y siento bien. Es una risa sanadora y triste al mismo tiempo.

—Entonces... vas a hacerlo —digo cuando cesan las risas—. Te vas.

Asiente. Con solemnidad, pero con optimismo.

—Sí. Me largo de aquí.

—¿Sabes que iré a visitarte?

—Eso espero. —Sonríe, y nos quedamos mirando un buen rato. Sam, la cola que mantenía pegado el trío, la que me mantenía pegado a mí, está ocupando por fin su lugar en el mundo.

—Supongo que esto es lo que se siente al llegar a la edad adulta —digo, odiando cada palabra.

—Pues es una mierda, para serte sincero —dice él, haciéndose eco de mis pensamientos. Instintivamente, hacemos nuestro saludo, deteniéndonos durante el último choque de puños para sonreírnos.

—Siempre adelante —digo, y alargo el brazo para darle un golpecito en el hombro, consciente de que nuestra amistad se extenderá y cambiará en los años venideros, pero, si no se ha roto después de esto, nunca lo hará.

## 23

Es raro no tener a Sam por aquí.

Durante todo el invierno nos hemos conjurado para hablar cada sábado por la mañana, haciendo una llamada de FaceTime cada vez que llevo los tulipanes azules a la tumba de Kim. El clima poco a poco va siendo más cálido, y las trabajosas caminatas bajo la nieve van dejando paso a la lluvias de abril.

Entre el tiempo que paso con Marley, las prácticas en el periódico y las clases de periodismo que he empezado en el colegio universitario de nuestra ciudad, parece que haya parpadeado y las estaciones hayan cambiado de golpe.

Antes de que nos demos cuenta ya hemos llegado a los veinticinco grados en el exterior, y el parque está lleno de gente corriendo con tops y gafas de sol, fingiendo que el verano ya está aquí.

Coloco la última de las sillas plegables y me levanto para estirar los brazos y las piernas. Me duele un poco el hombro de tanto cargar. Echo un último vistazo a la clase al aire libre que he estado instalando durante toda esta mañana de mayo, y asiento satisfecho al comprobar que las filas están perfectamente alineadas. Al cabo de unos minutos, los alumnos de

secundaria empiezan a llegar, pero la profesora...

Está desaparecida en combate.

Oteo el perímetro, en busca del familiar rastro amarillo. Mis ojos localizan una falda amarilla, y luego a su propietaria, que camina nerviosa arriba y abajo junto al estanque, seguida por una pequeña bandada de patos.

Extraigo de la bolsa una única rosa amarilla de Doris Day y me dirijo hacia ella, deteniéndome para enderezar el cartel pintado a mano con las palabras CÓMO CONTAR UN CUENTO escritas en una perfecta letra cursiva que yo jamás podré imitar. Los patos se giran para mirarme a medida que me voy acercando. Murmuro un «lo siento, lo siento», con la esperanza de que se aparten, y consigo abrirme camino hasta Marley.

—Hola —digo al tiempo que alargo la mano. Ella me mira con pánico, con la cara helada de preocupación—. Ya verás como todo irá bien.

Suelta un largo suspiro, en absoluto convencida.

—¿Cómo es posible que me haya dejado liar?

—Eres la mejor cuentacuentos que conozco —digo, hablando muy en serio—. Eres perfectamente capaz de hacerlo.

Parece dudosa, pero yo sé que lo hará genial. Sé mejor que nadie lo especial que es. Cada día se está abriendo un poco más, cada día es más ella misma.

Y hoy, por fin, compartirá una pequeña parte de sí misma con otras personas. Es algo de lo que hemos estado hablando desde que me dejó leer sus cuentos el otoño pasado.

Saco la rosa de detrás de la espalda y por fin me gano una amago de sonrisa.

—Mis favoritas —dice, arrebatándomela de la mano—. Me... encanta —añade, y me transporta hasta la noche de Halloween, a nuestro lema personal.

—¿Te refieres a mí o a la rosa?

La sonrisa va en aumento, y me aprieta la mano.

—A las dos cosas.

Cogidos de la mano, nos dirigimos a la tienda, donde casi todos los asientos han sido ocupados por estudiantes ansiosos y armados con cuadernos y bolígrafos. De la vieja escuela. Ni portátiles ni tabletas. Tendrán que escribir como lo hace Marley.

Lo dejé bien claro en el anuncio gratuito que Scott tuvo la amabilidad de incluir en el *Times* dos semanas atrás, porque está haciendo un gran esfuerzo para conseguir que me quede otro semestre en el periódico.

Le doy un beso en la mejilla y me siento en una silla libre mientras ella se encamina a la parte frontal del aula improvisada, con un mar de ojos clavados en su espalda. Tras ocupar su lugar, se queda inmóvil y yo aguanto la respiración, deseando en silencio que empiece a hablar, mientras grito interiormente: «¡Tú puedes, Marley!».

—¿Qué es lo primero que necesitamos para contar una historia? —comienza por fin, mirándome a los ojos.

—¿Un personaje? —grita una chica de primera fila, y Marley dirige su atención hacia ella con una sonrisa.

—Los personajes son importantes, por descontado —asiente—. Pero antes incluso que eso. ¿Qué necesitamos?

—¿Darles alguna cosa que hacer? —grita alguien.

Una voz se eleva desde el fondo.

—¡Una idea! ¡Una idea! Necesitas una idea.

—Sí —dice Marley, entusiasmada—. Necesitas una idea. —Hace una pausa, aguantándome la mirada—. Necesitas un sueño.

Echo un rápido vistazo a la gente y veo que todos los colegiales están sentados en el borde de los asientos. Los tiene hipnotizados. Estaba convencido de que sería así.

Asisto asombrado al resto de la lección.

A cada minuto que pasa, va ganando confianza, y la Marley que conozco y amo sale por fin de su caparazón y se muestra a los demás. Su entusiasmo

inspira a todos los presentes a contar la historia que ansían explicar.

Al terminar la clase, un pequeño grupo de estudiantes se abalanza sobre ella, le hacen preguntas, le piden más clases. Me tomo un Tylenol y empiezo a recoger las sillas, sonriendo para mí mismo.

Pese al dolor en el hombro, ha merecido la pena.

Dos brazos me rodean justo cuando termino. Los últimos estudiantes han salido ya del parque, con los cuadernos de notas bajo el brazo.

—Ha sido increíble —murmura Marley contra mi hombro.

—Tú has sido increíble —respondo, y me giro para besarla mientras mi mano encuentra la hendidura familiar en la cintura—. Tenemos que celebrarlo. Hacer algo divertido.

—¿Cómo qué? —pregunta Marley, tocándome la cara con sus dedos delicados.

—¡Cualquier cosa! —digo.

Ella se lo piensa, y de pronto sus ojos se iluminan y una sonrisa aparece en sus labios.

—¿Cualquier cosa?

Aparcamos frente a la perrera, y Marley mira por la ventana, emocionada.

Sin duda, esto no es lo que yo tenía en mente en términos de celebración, pero... para ella es muy importante. Lleva desde invierno hablando de tener un perro, pero siempre hay algo que la detiene.

Sonrío al ver su mirada de determinación. Hoy, nada puede detenerla.

Además, yo también estoy bastante emocionado. Si bien nunca se lo he dicho a la cara, prefiero mil veces un perro que un pato adulto obsesionado con picotear palomitas.

Se vuelve hacia mí, agarrando todavía la manija de la puerta del coche.

—¿Qué pasa? —pregunto, pasándole un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Me ayudarás, ¿verdad? A cuidar del perro.

Asiento para tranquilizarla.

—Por supuesto.

—Es que... ¿Y si yo no puedo cuidarlo y luego le pasa algo?

—Acabas de ver lo que eres capaz de hacer, Marley, por mucho que pienses que no puedes. Eres increíble. —Ella sigue dudando, pero yo añado —: Claro que te ayudaré. Siempre.

Sonríe, recuperando el entusiasmo.

Entramos en el recinto y Marley se detiene a cada paso para examinar las flores incipientes. La cálida tarde de primavera hace que todo parezca nuevo, bonito y adecuado, de la mejor de las maneras. Le doy un ligero codazo cuando se agacha para oler una flor, y la cazo antes de que caiga al suelo. Nos echamos a reír.

Nos dirigimos al mostrador principal, y yo curioseó mientras Marley pide que le enseñen los perros. Un corpulento gato atigrado que lleva un distintivo con el nombre de OLIVER se me acerca y se refriega contra mis pantalones, ronroneando hasta que le rasco un poco por detrás de las orejas.

Un empleado nos acompaña a la parte de atrás, y Oliver nos sigue al trote, claramente al mando de toda la operación.

Según vamos recorriendo las jaulas, la expresión de Marley se vuelve más y más sombría.

—Ojalá pudiéramos llevárnoslos a todos —dice, tocando con el dedo índice el hocico de un perro, mezcla de labrador, cuyos grandes ojos marrones la miran con tristeza.

De pronto se oye un pequeño ladrido desde la jaula que tenemos detrás, y nos volvemos para ver a un pequeño cachorro de yorkshire de color plateado, con el cuerpo del tamaño de una de mis manos. El perrito vuelve a ladrar, esforzándose por alcanzar a Marley a través de los barrotes.

Marley suelta un grito ahogado, y presencio lo que solo puedo definir como un viaje astral, una sobrecarga de puro amor.

Corre hacia el perrito, y el empleado acude a abrir la puerta para sacar al



cachorro de su jaula.

—Nos llegó anoche. La encontramos abandonada junto al estanque de Hickory Street.

La perra se lanza hacia las manos de Marley, y ella la acaricia dulcemente, de un modo casi reverencial. Coge una pelotita de la parte frontal de la jaula, y las dos se ponen a jugar con ella. Las pequeñas garras del cachorro atacan los dedos de Marley mientras ella hace rodar la pelota adelante y atrás.

—Es exactamente el tipo de cachorro que siempre había querido tener —me dice, mirándome con los ojos brillantes.

—Creo que este se va a llevar el premio —digo mientras contemplo cómo Marley alza el cachorro y lo observa con adoración.

Tras rellenar Marley la aplicación y pagar la tasa de adopción, nos echamos a correr por el césped adyacente al aparcamiento, y la cabecita plateada del cachorro asoma entre los parterres de flores al atravesarlos, con los pétalos colgando de las orejas y de la nariz.

No tarda en derrumbarse delante de Marley, jadeando de tanto ejercicio.

—Creo que tiene sueño —murmura, recogiendo a la perrita del suelo y dándome un beso en la mejilla—. Se llama Georgia —decide, pasándomela.

Georgia imita el beso de Marley y me lame la mejilla con su pequeña lengua, haciéndome cosquillas con el pelo esponjoso.

—Encantado de conocerte, Georgia —digo, y le doy unos golpecitos en la cabeza, a lo que ella responde con un ladrido.

Lo sabía. Es mucho mejor que un pato.

—Hagamos una foto —dice Marley, emocionada.

Se saca el móvil del bolsillo y nos colocamos para la foto.

Sonrío y veo el rápido flash, después otro, y un sorprendente pinchazo de dolor me parte la cabeza en dos. Por un instante veo a mi madre ante mis ojos, con el vestido de flores que llevaba la noche del accidente y el móvil en la mano.

Mierda.

Es la primera visión que tengo en bastante más de un mes. Cada vez que pienso que no volverán..., sucede algo así.

Me recompongo, atraigo a Marley hacia mí mientras ella hace otra foto, y ambos nos acercamos al móvil para ver el resultado.

Es una foto muy bonita. Marley está preciosa. Feliz. Tiene la nariz y las mejillas rosadas de tanto correr, y el verde de sus ojos resalta en medio de la hierba que nos rodea. Tenemos un aspecto muy distinto al que teníamos cuando nos conocimos meses atrás en el cementerio. El peso de nuestra pena se está aligerando poco a poco, y el dolor ya no ensombrece nuestros rasgos. Entre sus brazos está la pequeña Georgia, que mira milagrosamente en dirección a la cámara.

—Mándamela —le digo al volver al coche, y el tacto de su mano dentro de la mía pesa más que el dolor de cabeza y la molesta sensación en el pecho.

## 24

Ha pasado un mes, y Marley y yo caminamos por Main Street cogidos de la mano bajo un cielo oscuro y amenazador. El aire húmedo de verano se me pega a los brazos y a las piernas mientras Georgia se detiene a husmear una zona de hierba junto a la acera, lo que me da tiempo para girarme y mirar a las nubes, con el pelo al viento.

—Creo que va a...

Se oye el restallido de un trueno, y el sonido ahoga el resto de mi frase. Una fuerte lluvia empieza a caer a nuestro alrededor.

Marley pega un grito y recoge a Georgia del suelo, arrimándose a mí bajo un saliente para no mojarnos.

Apoyo la barbilla contra su cabeza, pero me pongo tenso al ver un coche que pasa por delante a toda pastilla. Es un Toyota plateado. Idéntico al que yo conducía la noche del accidente.

El coche en el que murió Kim.

A veces tengo la sensación de que han pasado siglos. Otras veces me parece que apenas ha pasado un minuto.

Marley me da la mano y examina mi rostro.

—¿Qué te pasa?

—Ese coche —digo, y siento un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo —. Es igual que el que conducía cuando...

Me separo de ella para ver la curva por donde el vehículo acaba de desaparecer. Se me nubla la visión. De pronto veo unos limpiaparabrisas que tratan de contener la lluvia desesperadamente, y a Kim en el asiento del pasajero.

—Creo que... pasé por aquí. Era una noche lluviosa como esta.

Suena otro trueno, me encojo ante el ruido, y un relámpago parte el cielo en dos.

—Idéntica a esta.

Un momento.

Sacó el móvil y la pantalla se ilumina. La fecha aparece en letras blancas: 7 de junio.

—Hoy se cumple un año —susurro.

Un año. Ha pasado un año entero desde aquella noche.

—Vámonos a casa —digo, concentrando la mirada en Marley, que sujeta a Georgia contra el pecho y tiene unas gotas de lluvia colgando de sus mejillas.

En cuanto nuestros ojos se encuentran, me siento más tranquilo. Más seguro.

Con los dedos entrelazados, salimos corriendo, protegiéndonos bajo los toldos y los salientes hasta alcanzar el camino que lleva a mi casa. Al llegar, bajamos directos al sótano, y lo primero que hago es encender la chimenea. La llama prende casi inmediatamente, el blanco, el amarillo y el naranja devoran la leña, y el calor nos reconforta.

Me inclino hacia delante para avivar el fuego que va prendiendo por el tronco, tragándoselo entero. Fuera, suena el estallido de un trueno, y al mismo tiempo, un dolor rápido y agudo me atraviesa la frente. El atizador se desprende de mi mano y repiquetea ruidosamente contra la chimenea.

Vaya. Joder.

Lo recojo y vuelvo a colocarlo en su soporte, concentrando los ojos en la hoguera. Esto ha sido...

Estalla una brasa, un destello en rojo. Durante una fracción de segundo, veo el fulgor de unas luces de emergencia rojas sobre el asfalto mojado y noto un dolor mareante.

No. No voy a volver a pasar por esto. Me levanto, tratando de librarme de esa sensación, y la habitación vuelve a tomar forma.

Me paso los dedos por el pelo y suelto un largo suspiro. Después de tantos meses, siguen sin gustarme las tormentas. No sé por qué razón esta me está provocando tanto dolor de cabeza. Tal vez sea porque hoy hace un año.

—Tú también lo notas, ¿verdad?

Me giro y veo a Marley sentada en el sofá, con el pelo todavía mojado tras nuestra carrera bajo la lluvia. Su cara resplandece a la luz de la hoguera, pero está mirando al exterior, contemplando la tormenta a través de las puertas correderas. Tiene a Georgia en brazos, envuelta en una toalla.

Me siento a su lado y estudio su cara. Sus ojos tienen una expresión distante, turbada. Una expresión que no veía desde hacía meses.

Pensaba que nos habíamos desecho de ella.

—¿Si noto el qué?

—Es como si no estuviéramos destinados a ser tan felices. Como si todo fuera a desaparecer en el día menos pensado. Como si... —Su voz se pierde mientras mira primero a Georgia y luego la chimenea, absorbiendo cada rincón de la sala antes de posar sus ojos en mí—. Como si algo tan bueno no pudiera durar.

Le tomo la cara entre las manos y ella trata de sonreír, pero la tristeza no desaparece de sus ojos, de la comisura de los labios. Entonces la beso en todos los lugares donde veo esa tristeza. Un párpado y luego el otro, los labios, y después, suavemente, la frente. Ella me mira, y sé que este es el momento. Más que en ningún otro momento anterior, noto que las palabras

que llevo meses deseando decir amenazan con salir de golpe, y mi corazón palpita ante la idea de pronunciarlas.

Lo repito mentalmente una y otra vez, me cuesta respirar al prepararme para decir unas palabras que jamás pensé que volvería a dirigir a nadie más. Unas palabras que nunca supe que significaban tanto. Lo que he sentido desde aquella noche de luna llena.

Pero los nervios desaparecen en cuanto abro la boca, y la frase fluye de manera más natural que ninguna otra cosa que haya dicho nunca.

—Te quiero, Marley.

Sobresaltada, se echa atrás para mirarme.

—Desconocía que el amor pudiera llegar a ser así. Que pudiera penetrar tan profundamente hasta el extremo de tener dos corazones palpitando dentro de mi pecho... —Le tomo la mano para ponerla sobre mi corazón—. El tuyo y el mío. Mientras nos amemos, Marley, esto durará. Nada va a detenerlo ni a cambiarlo. Te querré siempre. Te lo prometo.

Antes de continuar, le doy un beso suave, tan suave que parece un suspiro.

—Así que ahora todo depende... de si tú me quieres a mí también.

Sus ojos se llenan de lágrimas y levanta la mano para apartarme de la cara el mechón de pelo rebelde. Una sonrisa se ha formado en sus labios.

—Sí que te quiero —dice, besándome entre cada palabra—. Te quiero, te quiero, te quiero...

Se lanza a mis brazos, noto la suavidad del vestido amarillo en las yemas de los dedos al atraerla hacia mí, al colocarla encima de mí. La beso, y la electricidad que desprendemos crepita con más potencia y más fuerza que el estallido de los relámpagos al otro lado del cristal.

Todo lo que hemos pasado juntos se sucede ante mis ojos durante este abrazo. Han cambiado muchas cosas desde aquel día en el cementerio, desde el accidente de hace un año. Esta persona ha cambiado completamente todo lo que yo creía posible en mi vida.

Nos sentamos junto al fuego, acurrucados con Georgia bajo una manta, sin hacer caso de los truenos ni de la lluvia, concentrados solo el uno en el otro, hasta que las llamas cálidas y crepitantes nos provocan sueño. Notando el peso de los párpados, miro a Marley y la veo segura entre mis brazos, con las mejillas rosadas a causa del fuego.

—Te quiero —dice con suavidad. Oír esas palabras de sus labios me provoca una gran sonrisa.

—Yo también te quiero —vuelvo a suspirar, antes de que el sueño me venza. Yo también la quiero. Siempre la querré.

No sé cuánto tiempo hemos dormido, pero un fuerte trueno me despierta con un sobresalto. Mis brazos están vacíos, el sótano está oscuro, la chimenea se ha apagado. Me incorporo, me froto los ojos, los entorno y veo a Georgia sentada junto a las puertas correderas, gimiendo. Golpea con las patas los pequeños paneles de cristal.

Me levanto y me acerco a las puertas para mirar la tormenta. Sigue rugiendo.

—¿Marley? —llamo hacia el sótano vacío.

Solo me responde el silencio. Georgia vuelve a golpear con las patas y mi estómago se tensa. ¿Marley está ahí fuera? ¿Con este temporal?

Abro la puerta. El viento frío azota los árboles desnudos y casi me lleva consigo. La lluvia desciende como un torrente desde el tejado mientras yo doy un rodeo a la casa, con el diluvio calándome la ropa al instante. Noto un escalofrío en la nuca. Un escalofrío que me resulta familiar, aunque no quiero ni pensarlo.

—¡Marley! —grito, sin parar de correr, y un sonido eléctrico chisporrotea en el aire, los relámpagos atraviesan el cielo con ferocidad. Un dolor abrasador recorre toda la longitud de mi cicatriz, e intento ahuyentarlo, ignorar los recuerdos que ya empiezan a inmiscuirse mientras me tambaleo hacia delante, gritando su nombre una y otra vez.

—Marley, ¿dónde estás?

Salgo a la calle a trompicones, miro a un lado y a otro, las farolas brillan a través de la lluvia, luchando contra la oscuridad tormentosa que amenaza con devorarlas. Se produce otra explosión de luz, un resplandor ante mis ojos, cuando un rayo impacta en un transformador al otro extremo de la calle y lanza sobre el barrio una lluvia de chispas. Me esfuerzo por ver algo, a pesar de la lluvia y el viento, que me impactan contra los ojos y la cara, y noto un pinchazo en la cabeza cuando las farolas se apagan una a una y la oscuridad me alcanza a toda velocidad. La calle se ha vuelto completamente negra.

¡Guau, guau!

Georgia.

Me giro hacia la casa y todas las luces se encienden de golpe, iluminando el césped de delante, el porche, el camino al sótano. ¿Ha vuelto a entrar Marley?

Otro relámpago atraviesa el cielo, por un instante veo una silueta frente a mí, y entonces noto el golpe de dolor, que me rebota por el cerebro y por todo el cuerpo. Es un dolor tan cegador que no puedo hacer más que gritar y derrumbarme, de cara contra el suelo. Nada detiene la caída. La cabeza impacta con fuerza contra el pavimento. Y entonces todo se vuelve negro.



## 25

Una luz brillante, una enfermera que acude a darme la mano mientras yo lucho por levantarla.

Cristales rotos.

La cara de Kim.

Gritos.

El cinturón de seguridad que se tensa alrededor de su pecho.

—¡Llamen a la doctora Benefield inmediatamente!

Pelo largo y castaño rodeado de un halo de luz. Ojos de color avellana.

«¿Marley?

»Marley. ¿Dónde está Marley?»

## 26

Vuelvo a abrir los ojos y veo a la doctora Benefield, que examina mi cara con atención. Sonríe y se sube las gafas.

—Bienvenido de nuevo, señor —dice en voz alta, con un sonido nítido y claro. Desprevenido, hago una mueca de dolor—. Nos has dado un buen susto. ¿Me oyes?

Abro la boca, pero tengo la garganta como el papel de lija, áspera, seca y rasposa.

—Mar... —grazno, pero es como si unos pequeños trozos de vidrio rozaran mis cuerdas vocales.

—No hables —me ordena la doctora.

Pero necesito hablar. Necesito preguntar dónde está Marley. Solo recuerdo unos relámpagos cegadores, la tormenta en pleno apogeo, y ella, sin aparecer por ninguna parte.

—Mar... —carraspeo, muerto de dolor. La doctora Benefield me toca el brazo y niega con la cabeza, con una expresión muy seria.

—Tranquilo —insiste ella—. Voy a avisar a tu familia. Se van a emocionar mucho.

La veo marcharse, intento mantener los ojos abiertos, pero las luces

todavía son demasiado brillantes, mi visión es borrosa. Difusa.

Me concentro en las voces de fuera de la habitación, pero mi cuerpo está débil, totalmente agotado. A mi lado, una máquina hace bip ruidosamente, controlando mi ritmo cardíaco.

—Hay una persona que está muy contenta de que te hayas despertado — dice la doctora Benefield desde la puerta.

Marley.

Mis ojos regresan a la doctora, su silueta todavía es borrosa, pero distingo a una chica a su lado, con el brazo en cabestrillo.

Abre la puerta un poco más y...

La habitación entera comienza a girar. Me agarro a la barandilla de la cama, aguantando la respiración. Cierro los ojos y espero a que pare, que todo regrese a la realidad, como siempre. Me debo de haber dado un golpe muy fuerte en la cabeza, porque este flash es grave. Más real que cualquiera de los anteriores.

Pero, al abrir los ojos, me vuelvo a quedar sin aire.

Porque no es Marley quien entra por la puerta.

Es Kimberly.

Y esta vez no se desvanece.

Me desvanezco yo.

## 27

Al despertarme, mantengo los ojos totalmente cerrados, hasta que la pesadilla de Kim va menguando poco a poco. Oigo las máquinas que pitan junto a la cama. El olor esterilizado de las sábanas de hospital me inunda la nariz y una mano me acaricia el brazo suavemente.

Debí de darme un golpe tremendo durante la tormenta. Lo bastante fuerte como para que me llevaran otra vez al hospital. Lo bastante fuerte como para tener un flash como el que acabo de sufrir.

—Estas tormentas de verano me están ahogando las rosas. No sé por qué no...

—¡Mamá! —exclamo al abrir los ojos, aliviado de comprobar que la imagen de Kim ha sido remplazada por el perfil, nítido y claro, de mi madre. Miro a mi alrededor, demasiado débil para incorporarme, demasiado desorientado para asimilar todo lo que veo, con la mente funcionando a cámara lenta.

Vuelve los ojos para mirarme, está a punto de ahogarse por la emoción y empieza a darme besos en la frente. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Creí que nunca volvería a escuchar esa palabra.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, notando las lágrimas que caen sobre mi

frente. Gruño y me llevo la mano a la cabeza—. Me caí. Creo que me di un golpe en la cabeza.

Ella duda, frunce ligeramente el ceño, su mano se detiene en mi brazo.

—¿Te acuerdas de algo?

Me la quedo mirando. ¿Que si me acuerdo de algo? Se lo acabo de decir.

—Claro, me caí y me di un golpe en la cabeza mientras buscaba a Marley bajo la tormenta. ¿Verdad?

Parece demudada. ¿Qué otra cosa tengo que recordar? Se me detiene el corazón. Por favor, espero que no le haya pasado nada a Marley.

—¿Marley? Yo... Has tenido un accidente de coche, Kyle —continúa, perforándome con la mirada—. Con Kimberly.

Parpadeo y sacudo la cabeza. ¿Acaso piensa que lo he olvidado? ¿Por qué saca ahora el tema?

—Sí, mamá —respondo, levantando débilmente el brazo para cogerle la mano. La vía intravenosa tira de mi piel—. Eso fue hace un año. Anoche me estampé la cara contra el suelo del jardín.

Se me queda mirando.

—Estás confundido, cariño. Has estado... dormido —dice, juntando mucho las cejas—. En coma.

—¿En... qué? —Hago una pausa para asimilar la expresión de su cara. ¿Tan fuerte fue el golpe de anoche?—. ¿En coma? ¿Cuánto tiempo?

—Ocho semanas —responde.

¿Qué? Si lo mío ha sido tan grave, Marley debe de estar todavía peor. ¿Le pasó algo a ella durante la tormenta?

—¿Dónde está Marley? —pregunto, más angustiado a cada segundo que pasa sin que pueda verla.

Mi madre me mira con los ojos llenos de preocupación. Por fin pregunta:

—¿Quién es Marley?

Me quedo helado. Una sensación de vacío me atenaza el estómago.

El chirrido del metal. El rostro horrorizado de Kimberly. Luces

fluorescentes que centellean sobre mi cabeza mientras me llevan en camilla por el pasillo.

Pero... esto no tiene ningún sentido.

«¿Dónde está Marley?»

—Tengo que salir de aquí —digo, con una sensación de pánico en el pecho.

Trato de alzar me con los codos, pero la pierna derecha se niega a obedecer. Desesperado, miro hacia abajo y veo un yeso que rodea todo el largo de mi pierna, y al moverla, el dolor se propaga por mis huesos. Me invade una sensación de *déjà vu*. *Déjà vu* y terror.

—Ahora ya ha pasado —dice mi madre, cogiéndome del brazo—. Las cosas volverán enseguida a la normalidad.

Aparto bruscamente el brazo y me arranco la vía de la mano. Al intentar ponerme en pie, la pierna izquierda cede bajo el peso de mi cuerpo. Me desmorono hacia delante, sobre mi madre. Ella evita la caída e intenta mantenernos a los dos en pie.

—¡Enfermera! —grita—. Necesito una enfermera. ¡Que alguien me ayude, por favor!

Trato de seguir moviéndome, pero unas manos fuertes me sujetan y algo punzante se clava en la parte superior de mi brazo. Una enfermera... con una aguja. Caigo de espaldas sobre la cama, siento los brazos y las piernas como si fueran pesos de plomo. De pronto, todo me parece lento y pesado. Mi boca trata de formar unas palabras.

—Yo... no... —intento decir, con los ojos fijos en mi madre—. ¿Kimberly... está viva?

—Por supuesto que sí, cariño —dice mi madre, confundida—. Ha venido a verte todos los días.

Espero a que el flash se termine. A que el mundo se rebobine. Cierro los ojos y la cara de Marley se imprime bajo mis párpados. Los ojos de color avellana, las pecas de la nariz, el pelo largo y castaño. La sonrisa que suele

lucir cuando cuenta uno de sus cuentos. El modo en que se muerde el labio cuando piensa en las cosas importantes. Sin embargo, al abrir los ojos, sigo viendo el hospital. Y Marley no está.

El sedante hace efecto, y el mundo se funde a negro.

Oigo voces a mi alrededor. Mi madre. Enfermeras que entran y salen.

Con los ojos cerrados, sigo esperando a que haya silencio, a tener ocasión de salir de aquí y encontrar a Marley.

Pronto llega la noche y oigo cómo se cierra la puerta. El aire ha quedado en silencio, a excepción del pitido de la máquina que controla mi ritmo cardíaco.

Al cabo de un instante, me incorporo y vuelvo a arrancarme la vía, sin hacer caso del delgado rastro de sangre que gotea sobre mi muñeca.

Respiro para darme fuerzas y saco las piernas de la cama. Al colocar el peso sobre la pierna derecha, veo borroso. El dolor es tan intenso que me invaden las náuseas. Pero las resisto. Tengo que hacerlo.

Salgo tambaleándome de la habitación y recorro el largo pasillo, apoyándome en las paredes para no caerme, con un sudor frío enganchándose a la espalda la bata del hospital. Cada paso es una agonía, el mundo entero se inclina al alcanzar el ascensor, pero pensar en Marley me da fuerzas para seguir adelante. El estanque. Es lo único en lo que pienso. Tengo que llegar al estanque.

Las grandes puertas de metal se abren y entro dando tumbos en el ascensor. Me trago otro ataque de náuseas, aliviado por haber llegado tan lejos. Pero no puedo pararme aquí.

Los botones parpadean, exigiéndome que elija un número, una planta. Intento pensar, pero el insostenible dolor de la pierna derecha lo hace imposible, y mi pierna izquierda empieza a temblar también por la tensión de soportar todo mi peso.

Los botones parpadean, parpadean, parpadean. ¿Vestíbulo? ¿Tal vez sea

ese...? ¿El de... la estrella?

De pronto, la rodilla sana me falla. Me derrumbo contra la pared y unos pequeños puntos negros me llenan la visión al tiempo que la pierna cede de todo.

Desplomado en el suelo, un solo pensamiento permanece en mi mente.

Tengo...

... que encontrar...

... a Marley.

—Kyle —dice una voz. Una mano me agarra del hombro con firmeza y me sacude para despertarme—. Kyle.

Abro los ojos, y el rostro de la doctora Benefield va tomando forma poco a poco. Suelta una larga bocanada de aire y sacude la cabeza con incredulidad.

—¿En serio? —dice, mientras yo miro a mi alrededor desde el suelo del ascensor.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —gruño, tratando de incorporarme.

—Dímelo tú —dice ella, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿En qué demonios estabas pensando?

Marley.

Intento levantarme, pero el dolor que me atenaza la pierna es tan abrumador que vuelvo a derrumbarme. La doctora Benefield permanece tanto tiempo plantada mirándome que empiezo a pensar que no tiene ninguna intención de ayudarme. Por fin, suspira.

—Espérate aquí —dice.

Me desplomo e intento combatir la bilis que noto en el fondo de la garganta, impulsada por el dolor que vibra recorriendo todo mi cuerpo.

Una sombra se cierne sobre mí. La doctora Benefield con una silla de ruedas.

Tras devolverme a la cama, ordena a una enfermera que me ponga de



nuevo la vía e incrementa la dosis de calmante en un intento de aliviarme un poco.

Refunfuña para sí mientras me examina los ojos con una linterna. Yo mantengo la vista al frente cuando ella apaga la luz y me mira con el cejo fruncido. Es una mirada de enojo y de compasión al mismo tiempo.

—No pensaba que fueras a causar tantos problemas —dice, después de que salga la enfermera. Ante mi falta de respuesta, acerca la mano para palpar la herida de mi frente—. ¿Visión borrosa? ¿Dolor de cabeza? ¿Mareos?

—No —respondo. Y es la verdad. Después de tantos meses de desear que todo esto desaparezca, de despertarme de tantas pesadillas con unos dolores de cabeza insoportables, de pronto se han desvanecido.

Ella suspira y se sienta al borde de la cama.

—Bueno, ¿quieres explicarme a qué se ha debido esto?

No. No quiero. Pero lo intento de todos modos.

—Este no es el lugar donde debería estar —contesto. Intento no sonar demasiado ansioso, pero no puedo evitarlo. Nunca, en toda mi vida, me había sentido tan desplazado.

—Un hospital no es lugar para nadie —dice ella con una sonrisa astuta—. Excepto para personas como yo, claro.

—No me refería a esto.

—¿Dónde deberías estar entonces?

Debería estar en mi casa, comiendo tortitas con Marley o caminando por la calle para ir a la cafetería a desayunar, con el suelo todavía mojado por la tormenta de ayer noche. Debería estar mirando los distintos cuadernos amarillos que se venden en las librerías, decidiendo cuál de ellos es el más adecuado como regalo de cumpleaños. Debería estar paseando a Georgia, preparándome para cubrir los entrenos de pretemporada de Ambrose High y jugando un partido amistoso en el parque, el sábado próximo, con mis amigos.

Debería estar con Marley.

En vez de estar otra vez en el punto de partida.

Un nuevo pinchazo de dolor me recorre todo el cuerpo. Cierro los ojos, deseando que los calmantes hagan efecto cuanto antes.

En coma. He estado en coma.

—Doctora Benefield —digo, tras abrir los ojos para mirarla—, las personas que entran en coma... ¿sueñan?

—Cuéntame por qué lo preguntas —dice ella—, y te diré lo que sé sobre el tema.

—A ver. Yo tengo... —Hago una pausa, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No entiendo por qué estoy aquí. Por lo que yo sé, ha pasado un año entero desde el accidente. Tengo otra vida. Kim murió. Tengo novia. Marley. Pero ahora, en cambio, estoy aquí, y todo el mundo me dice que he estado en coma. Que la realidad es... —Señalo con un gesto la habitación del hospital, pero también al mundo entero—: esta.

Me dirige una mirada evaluadora que no sé cómo interpretar.

—Sé que parece que estoy loco —añado.

Ella asiente.

—De atar. Continúa.

—Necesito volver a mi vida real —digo, pensando en Marley, en Georgia y en nuestro lugar en el estanque, echándolos de menos como quien echa de menos un miembro amputado. Me da igual si la pierna no se cura nunca, si el cerebro permanece dañado. No los necesito. A quien necesito es a Marley.

La doctora frunce el ceño.

—No lo entiendo. ¿Cuándo pasó todo esto?

—Ayer.

Me estudia la cara.

—Ayer estabas aquí. Y antes de ayer. Y el otro.

Sacudo la cabeza, pensando en la cantidad de visitas médicas a las que

acudí, en todas las veces en que vine aquí para que me hicieran controles de la cabeza, porque querían asegurarse de que no la estaba perdiendo.

—Usted también estaba —le digo—. Era mi doctora.

—Abrías mucho los ojos —dice la doctora Benefield—. Me mirabas fijamente. Esos sueños... Es probable que me incorporases a mí o a otras personas, y también los sonidos. —Señala el monitor del ritmo cardíaco—. Cosas que oías o veías pueden haberse incorporado a tu subconsciente. No es algo inusual en los comas. Tus sinapsis se estaban curando, reconectando, cobrando vida. Me cuesta imaginar cómo lo percibías en tu cabeza.

—¿Y lo de Marley? —contrataco.

Se queda un rato pensando, y al volver a hablar lo hace con una voz más queda.

—¿Tu vida con Marley parecía la versión perfecta de tu vida?

Noto cómo me invade una oleada de terror.

«Sí.»

Tenía un trabajo que se me daba bien. Una vida. Estaba con la persona con la que quería estar. Me estaba convirtiendo en la mejor versión de mí mismo, y cada día iba a mejor.

Interpreta mi silencio como la respuesta que estaba esperando.

—Kyle, tu vida está aquí —dice la doctora Benefield, dándome un apretón en el hombro—. Tus amigos y tu madre han visitado esta habitación todos los días, esperando y rezando para que te curaras. Sean perfectos o no, ellos te quieren.

Intento asimilar estas palabras, pero es todo demasiado desconcertante, el dolor es excesivo y los sentimientos son abrumadores.

«¿Dónde está?»

El medicamento empieza a hacer efecto, el mundo se ralentiza y mis párpados cada vez pesan más.

—Ahora duerme un poco, ¿de acuerdo? —dice. Apaga la luz antes de

salir, y mi visión se va volviendo borrosa hasta que me quedo dormido.

## 28

Al despertarme de nuevo, vuelve a ser de noche. He pasado el día entero en un estado de confusión atroz, y el medicamento apenas ha reducido la intensidad del dolor.

Oigo que llaman a la puerta y al girarme veo a la doctora Benefield, con el pelo recogido en una cola de caballo de la que salen varios mechones rojos. La jornada ha sido larga.

—¿Cómo te encuentras? Has dormido mucho. —Acerca una silla a la cama, se sienta y coloca los brazos sobre las piernas.

—Me ha drogado a base de bien.

Se encoge de hombros y asiente.

—Estabas sufriendo.

«Sigo sufriendo.» Pero no es el mismo sufrimiento del que habla ella.

Echo un vistazo al reloj de la pared. Es bastante tarde.

—¿Vive aquí o qué?

Ella resopla.

—En los primeros meses de un empleo nuevo, pasas mucho rato en el despacho.

Abro la boca, incrédulo. ¿Y esta es la persona que me operó el cerebro?

¿Por eso estoy tan jodido?

—Me refiero a los primeros meses en este hospital —sonríe, y yo respiro aliviado—. Llevo ya mucho tiempo escarbando en el cerebro de la gente. Estás en buenas manos.

Hace una seña hacia la pierna rota, la sábana blanca que resigue el enorme yeso.

—¿Tienes idea de la suerte que tienes de no habértela lastimado de nuevo?

Desvío la mirada hacia la ventana, porque no quiero pensar en lo que pasó anoche.

Además, yo ya me recuperé de esta lesión. Con Marley. Esto es una locura. ¿Cómo es posible que nadie sepa dónde está? ¿Ni quién es?

—Dice la historia médica que mañana te quitarán el yeso, a pesar del desbarajuste que montaste ayer. Buenas noticias, ¿eh?

«¿Buenas noticias?»

Abro la boca para intervenir, pero mis palabras se ven interrumpidas por el estruendo de unos pasos en el pasillo que se acercan a toda prisa a mi habitación. Los dos giramos la cabeza en el momento en que la puerta se abre con estrépito y Sam irrumpe en el interior.

—¡Colega, por fin te has despertado! Así me gusta. —Se pone a hacer el bailecito de celebración de un *touchdown*, meneándose por toda la habitación, agitando brazos y piernas al compás de un ritmo imaginario.

Por un instante recuerdo a Sam llorando, colocando los tulipanes sobre la tumba de Kimberly. Es un contraste muy crudo. Y además... ni siquiera debería estar aquí. Debería estar en la UCLA.

Al ver a la doctora Benefield, se detiene a medio movimiento de cadera y se recompone rápidamente, aclarándose la garganta.

—Oh. Esto... Ya volveré después.

—Tú quédate aquí, colega —dice la doctora, que se levanta y me mira para despedirse—. Hablaremos más tarde. Si notas algún síntoma, dile a la

enfermera que me avise, ¿de acuerdo? Y no te muevas.

Hago un gesto afirmativo y ella sale de la habitación, cerrando silenciosamente la puerta a sus espaldas.

Sam se gira para mirarme; está eufórico.

—Tío, esto es tan...

—¿Cuánto tiempo llevas enamorado de Kim? —pregunto bruscamente, pues me temo que la única manera de sacarle la verdad será pillarlo por sorpresa. Él se queda boquiabierto, con lo que confirma que tengo razón. Era imposible que me lo hubiera inventado todo. Lo sabía.

Se recupera rápidamente y me lanza una mirada escéptica, señalando el gotero que tengo al lado.

—¿Qué clase de drogas te están metiendo?

Me lo quedo mirando un buen rato, pero él sigue empeñado en no reconocerlo.

Lo dejo correr por el momento e intento sonreír, tocándome la frente.

—Coma cerebral. Lo siento.

Se le relajan los hombros y se desploma en la silla donde hace un instante estaba sentada la doctora Benefield.

—Tío, llevas semanas fuera de combate. ¿Se puede saber a qué demonios ha venido eso? —pregunta, sin dejar de mirarme.

Hago una pausa. Seguramente pensará que estoy loco, pero... es todo una locura, de modo que me da igual. De todos modos, debo de estar soñando. No tardaré en despertarme y en volver con Marley.

—Me lo dijiste un sábado, durante un partido. Después de la muerte de Kim en el accidente. —A Sam se le ensanchan los ojos. En estado de shock, intenta hablar, pero yo continúo—: Me desperté, Sam. Me desperté hace un año en esta habitación, y tú estabas aquí, pero no dijiste nada. Estabas llorando y...

—Esto es de locos. Kim está perfectamente...

—Escúchame —le digo, interrumpiéndole.

Y entonces me tiro a la piscina y se lo cuento todo. Lo de la muerte de Kim. Lo de los meses que pasé sin salir de la cama, deseando haber muerto también. Nuestra pelea en el parque. Los tulipanes. Cómo caí en la cuenta de lo que teníamos que hacer, de lo que debíamos ser. De lo que teníamos que dejar atrás.

Pero, sobre todo, le hablo de la chica del jersey amarillo en el cementerio. La chica que me salvó. La chica de la que me enamoré. Le hablo de Marley.

Me escucha hasta que termino de hablar, con una expresión llena de asombro.

Al cabo de un largo silencio, dice:

—¿Una alucinación? ¿Un sueño tal vez?

Intento protestar, pero él me detiene.

—Nada de lo que has dicho sucedió en realidad —dice—. Estabas en coma. Yo estaba aquí. Te he visto todo el tiempo, tío, y te prometo que no has salido de esta cama.

No puedo creerlo. El corazón me late con fuerza dentro del pecho. Sam se equivoca.

—Sigue pareciendo real —digo, pensando en Marley—. Ella parece real. Resopla y saca el teléfono móvil.

—Eso es fácil de descubrir —dice.

Claro. Por supuesto. Me incorporo y observo cómo abre un buscador y teclea las letras del nombre de Marley. Luego me mira expectante.

—Marley...

Me quedo helado. ¿Marley...? ¿Cuál es su apellido? Sé que lo sé. Me estrujo los sesos, intentando recordar un momento en que lo dijera.

Pero no puedo. No se me ocurre ese momento. ¿Cómo es posible?

Trago saliva, titubeante.

—Bueno..., no lo sé —reconozco en voz baja.

Sam deja el móvil y me mira con las cejas arqueadas.



—¿Estabas enamorado de una tía que no tiene apellido? ¿Y no te parecía raro?

—Sí que tiene apellido —le aclaro, cada vez más cabreado—. Pero no lo recuerdo porque no tenía importancia...

—El único sitio donde esa mierda no tiene importancia es en los sueños, tío —dice Sam, metiéndose el móvil otra vez en el bolsillo. Me mira muy serio—. Te diré lo que es real. Kimberly es real. Kim está viva. No como esa chica de tus sueños. ¿No te alegras de saberlo?

Todavía siento la aspereza de la lápida de Kim bajo las yemas de los dedos, el peso insoportable de la pena que me atenaza brazos y piernas.

—Claro que me alegro, pero...

—¡Eh, familia! —dice una voz, devolviéndome al presente—. ¿Es aquí la fiesta?

Kimberly está plantada en el umbral, con una bolsa de tela colgada del brazo sano. Sam se pone rápidamente de pie, haciendo que la silla rechine contra el suelo de baldosas blancas.

—¡Sí! Ya lo sabes.

Cierro los ojos con fuerza, como he hecho tantas veces, pero al abrirlos, Kim continúa ahí, con el pelo rubio y reluciente. Hasta ahora no me había dado cuenta, porque parecían absolutamente reales, pero los flashes solían ser un poco borrosos. Tenían como una neblina en los contornos.

Ahora, en cambio..., la veo clara como el agua. Veo cada pelo de su cabeza. Los círculos oscuros de las ojeras.

Y eso me indica que es de verdad. Que está viva.

Todas las cosas que quise decirle cuando creía que estaba muerta se amontonan en mi cabeza. Mi garganta se cierra alrededor de un millón de palabras.

Pero sigo sin entenderlo.

Sus ojos se encuentran con los míos y la sonrisa da paso a las lágrimas, que brotan de sus ojos y le caen por las mejillas.

—Por Dios, Kyle, tenía tanto miedo —dice.

—Kimberly... —empiezo a decir.

—Ya lo sé, ya lo sé —me interrumpe ella. Deja caer al suelo la bolsa de tela y corre hacia la cama, rodeándome con los brazos. Pero en realidad no sabe nada.

Sam me hace un gesto para que la abrace, pero no puedo, porque estoy totalmente descolocado. No puedo explicar que esto es como si ella hubiera regresado de entre los muertos, cuando para ellos soy yo quien lo ha hecho. Que los suyos no son los brazos que noto al cerrar los ojos. Son los de Marley.

Kimberly levanta la cabeza, secándose las lágrimas.

—Miradme, estoy hecha un desastre. —Se echa a reír, me mira y luego mira a Sam—. ¿Estabais discutiendo?

—¿Qué? —dice Sam, negando rápidamente con la cabeza—. Claro que no.

—Solo estábamos... —intento decir, pero Sam me interrumpe.

—Kyle ha tenido una pesadilla. O algo parecido.

Kimberly me frota el pecho, sonriendo.

—Tranquilo. Ahora estoy aquí contigo —dice.

Con el cuerpo totalmente rígido, hago una mueca de dolor, porque no entiendo nada. Sigo viendo a Marley, con su cabeza apoyada en mi pecho, tumbados junto al fuego.

Miro a Sam por encima del hombro de Kim.

—Ha sido eso —dice, perforándome con la mirada—. Solo un sueño.

Y de todas las cosas que me ha dicho desde que nos conocemos, esta es la que más me duele.

## 29

Al irse Sam, un silencio incómodo se instala entre Kimberly y yo. Me gustaría coger el teléfono y mirar cualquier cosa, pero no puedo apartar la mirada de ella.

Es como ver un fantasma. Otra vez.

Mis ojos la siguen cuando ella se sienta en el catre que hay junto a la ventana y saca de la bolsa de tela una manta blanca y afelpada con un estampado de mariposas azules.

De pronto recuerdo haberla visto sentada en el sofá, envuelta en esa misma manta, cuando creía que era un fantasma.

Las palabras de la doctora Benefield vuelven a mí. «Abrías mucho los ojos. Me mirabas fijamente.»

—Déjame ver eso —digo. Kim se endereza y se gira, mirándome con desconcierto. Luego me pasa la manta.

La cojo y frunzo el ceño al notar la tela, real y tangible al tacto.

—¿Dormiste alguna vez aquí mientras yo...?

—A veces —responde ella, apartándose el pelo rubio de la cara para examinar la mía.

—¿Me dijiste algo?

Ella respira hondo y observa la manta, asintiendo.

—Te pedía que te despertaras. Te decía: «No...».

—«... te rindas» —completo la frase—. Me decías: «No te rindas».

—Eso es —dice ella, sorprendida.

Entonces es cierto que la oí. Incluso la vi.

Y eso significa que todas las visiones que tuve, todo lo que para mí eran pesadillas, los momentos extraños que yo creía producto de mi imaginación... ¿eran todos reales?

Pero, entonces ¿qué relación guarda esto respecto al resto de mi vida? ¿Respecto a Marley?

—Siento mucho todo lo que pasó —dice de pronto, alargando la mano para tocar la mía—. Lo que dije en el coche...

—No —digo—. Tenías razón.

No se lo esperaba. Sacude la cabeza y abre la boca para discutirlo.

—No. Por favor —digo, absorto en las mariposas de la manta. Los recuerdos se acumulan. La mariposa que luchaba por su vida en el estanque. Debería estar contento, pero una tristeza abrumadora me oprime el pecho, casi me impide respirar. Le devuelvo la manta, incapaz de mirarla a los ojos—. Yo... lo siento. ¿Me puedes dejar solo?

Me mira durante un segundo. Esta chica a la que tanto quería, mi amiga más íntima, ha regresado a la vida como por arte de magia. Es un verdadero milagro, y yo debo de ser un capullo porque tengo la sensación de haber perdido, una vez más, a alguien.

—Muy bien —dice por fin, cogiendo la manta.

Sé que está enfadada, porque tiene la mandíbula cerrada y los ojos entrecerrados. Es una expresión que he visto cientos de veces a lo largo de nuestra relación, una tormenta silenciosa que va fermentando. Mete la manta dentro de la bolsa y cierra la cremallera. Después de ponerse en pie, me dirige una mirada larga y calculadora.

—Supongo que nos veremos mañana, entonces.

Justo después de verla marchar, una avalancha de dolor me invade todo el cuerpo. Aprieto el botón de llamada, y la enfermera acude a suministrarme otra dosis de calmante.

No quiero pensar en lo que es real y en lo que no lo es. No quiero pensar en por qué Kim está aquí y Marley no. Solo quiero perder la consciencia.

Por fin, los medicamentos empiezan a surtir efecto y, por un instante, siento algo de alivio.

—Y el cuento de «fueron felices» se acabó...

Antes incluso de abrir los ojos, sé que vuelvo a estar donde quiero estar.

Noto unos dedos en el pelo, que luego resiguen con suavidad el contorno de mi mejilla. Coloco la mano sobre la suya, la sujeto firmemente contra mi cara. Conozco esta piel, este tacto. Es real.

Marley.

Bajo mis dedos, los suyos parecen pequeños. Delicados. Los aprieto y me armo de valor, rezando con todas mis fuerzas para que, cuando abra los ojos, ella siga estando aquí. Abro ligeramente los párpados, echo un vistazo rápido, esperando.

La cara de Marley está apenas a unos centímetros de la mía, tan cerca que podría contar sus pestañas. Sonrío y la atraigo todavía más hacia mí, encantado de sentirla, de notar que es de verdad.

—Dios mío, cómo te he echado de menos —susurro contra su pelo—. ¿Dónde estabas? Todo el mundo me decía que...

De pronto, se echa a llorar y se separa de mí.

—Me lo prometiste —murmura, con la voz tensa, y me mira con unos ojos traicionados, llenos de dolor—. Dijiste que no habría más historias tristes. Me lo prometiste.

Me da en el estómago.

Es cierto que le hice esa promesa.

Cierra los ojos mientras pienso en cómo explicarle lo que está pasando,

cómo decirle que me desperté en una habitación de hospital y encontré que mi mundo estaba patas arriba. Le agarro los dedos y devuelvo su mano a mi mejilla, deseoso de decirle que no volveré a fallar. Que he vuelto y que ahora todo va a ir bien.

—Marley, yo...

Pero, cuando vuelvo a abrir los ojos, ella ya no está. «Oh, no. ¡No!»

Entonces veo una sombra que abandona la habitación.

—¡Marley, espera! —Salto de la cama para perseguirla.

Pero en cuanto me muevo, me despierto de golpe. Vuelvo a estar en el hospital. Solo. Mi pierna sana cuelga del lateral de la cama.

Intento tomar aire mientras observo todas las máquinas que me rodean. Noto la tirantez de la vía en la mano. El estúpido yeso que me aprisiona la pierna.

—Marley —murmuro.

La he oído, he notado su tacto sobre mi mejilla. Noto el lugar exacto en el que han estado sus dedos, y la piel todavía está erizada.

Era de verdad. Ahora estoy despierto. No es posible que mi cerebro lo haya inventado, ¿verdad?

Veo su cara, veo las lágrimas, veo las nubes que consumen su expresión.

«Dijiste que no habría más historias tristes. Lo prometiste.»

Oigo el vacío de sus palabras, que encaja con el vacío que siento a cada segundo que paso sin ella. Y la culpa es mía, porque no puedo volver.

Enciendo la luz y busco a tientes dentro de la bolsa entre las cosas que antes me ha traído mi madre. Saco el iPad y abro el Facebook. Clico sobre la barra de búsqueda y escribo su nombre. Miles de resultados inundan la pantalla.

Voy pasando las caras, los rostros borrosos se suceden ante mis ojos, pelo rubio, pelo castaño, pelo azul; ninguna de ellas es la Marley adecuada.

Pero sigo buscando. Porque es real.

Sé que lo es.

## 30

A la tarde siguiente tengo la mirada clavada en un anuncio en el que unos rollos de papel higiénico bailan por la pantalla del televisor, intentando ignorar la tensión que va en aumento entre Kim y yo desde que ella llegó hace quince minutos.

Mi madre nos ha dejado para que «podamos estar solos», y... de verdad que desearía que no lo hubiera hecho.

Por el rabillo del ojo, la veo sentada con los brazos cruzados, sacudiendo la pierna, con la mandíbula cerrada de un modo que delata que se está mordiendo la lengua para no decir nada. Por fin, coge el mando a distancia de encima de la cama y la pantalla se apaga.

—Kyle. ¿Qué te pasa? —dice, dejando el mando sobre la mesilla de noche.

Echa la silla atrás para levantarse. Las patas chirrían ruidosamente contra el suelo mientras ella recoge la bolsa de tela y se gira para mirarme.

—Si me contaras lo que te pasa, tal vez podría ayudarte —dice, con la bolsa contra el pecho.

—No puedes —insisto. Sería imposible que lo entendiera. ¿Cómo voy a decirle que estoy enamorado de otra persona, cuando ella piensa que

acabamos de romper?

—Eso no lo sabes —contrataca, y sus ojos azules centellean de un modo que casi había olvidado. Tiene las mejillas encendidas de rabia.

Pienso en Marley, en todos los días, todas las horas que pasamos juntos, en cómo nunca nos peleamos de este modo. Una oleada de añoranza me invade al ver a Kim echando chispas.

Recuerdo nuestra relación anterior. Antes del accidente. Antes de Marley. La pulsera de dijes. Siempre tratando de tapar agujeros, en vez de examinar el motivo de los mismos.

Esta vez no. Esta vez tenemos que afrontar la situación.

—Míranos. Peleándonos otra vez. Como de costumbre —digo, intentando controlar el tono de voz—. Ya no tenemos por qué hacerlo, Kim. A ver, hemos estado a punto de romper hasta siete veces. Ocho, si contamos la noche del accidente. No sabíamos comunicarnos. No sabíamos afrontar los problemas. Y seguramente por eso, no me dijiste nada de lo de Berkeley. Porque hubiera provocado una pelea, como de costumbre, ¿verdad que sí? Es ridículo.

—Vaya. Entonces ¿ahora soy ridícula? —me desafía.

—¡Sí! —respondo, levantando las manos—. Ambos lo somos. Pero finjamos por un segundo que no lo somos. Finjamos que podemos decir cualquier cosa, mientras sea sincera, y que la otra persona escuchará y comprenderá. Sin juzgar.

Su expresión es imperturbable, pero guarda silencio.

—¿Por qué no me contaste lo de Berkeley? Por alguna razón, fuiste capaz de decírselo a Sam, pero no a mí. ¿Por qué?

—No entiendo lo que quieres decir.

—Creo que sí que lo entiendes —continúo—. Sabré encajarlo. Dime por qué. «Quiero saber qué se siente al darme la vuelta y no verte ahí.» Tenías razón. ¿Por qué haces ver que no lo dijiste?

—Si lo que pretendes es vengarte de mí —dice, dolida—, lo estás



consiguiendo.

Sale echando humo de la habitación, dando un portazo. Me quedo mirando el lugar donde se encontraba y suelto un largo suspiro de frustración.

—Fantástico.

En las horas siguientes me siento inquieto, las cuatro paredes de la habitación del hospital se cierran más y más a mi alrededor a medida que paso más tiempo aquí sentado.

¿Debería haber dicho algo distinto? Después de tanto tiempo pensando en lo que le diría a Kim si pudiera volverla a ver, ahora la he cagado porque estoy obsesionado por no encontrar a Marley por ninguna parte.

Es como si en mi cerebro no hubiera espacio para nada más. Tengo la mente ocupada por mil posibilidades. Sitios donde podría estar. Explicaciones. Recuerdos.

Meto la mano en la bolsa que mi madre me trajo de casa y saco la pequeña caja rescatada del accidente. La abro y me quedo mirando la pulsera de dijes que hay en el interior. Ahora la veo muy diferente. Recuerdo haberme pasado horas mirándola, con la esperanza de que sirviera para que Kim valorara lo que teníamos entre los dos.

Ni siquiera sé cómo explicarle lo que veo ahora. Sobre todo porque he tenido todo un año entero para descubrirlo, y ella solo ha tenido un minuto.

Todo un año. He tenido un año entero para liberarme, para curarme. He vivido lo que parecía una vida completamente nueva, y ahora no sé cómo regresar a ella. Cómo recuperar a Marley. Cómo reencontrar nuestra vida común.

Todos me dicen que esto es real, pero ¿cómo puede serlo sin ella?

Me siento aliviado cuando una enfermera entra en la habitación con una silla de ruedas para llevarme a mi primera sesión de fisioterapia, segundos después de que mi madre me haya escrito para decirme que mañana por la

mañana volverá a repetir el desayuno de cinco estrellas de la cafetería del hospital. Miro el teléfono mientras la enfermera me ayuda a sentarme en la silla, y su pelo castaño ondea en la periferia de mi campo visual y me recuerda tanto a Marley que me veo obligado a cerrar los ojos.

Frustrado, dejo a mi madre en espera y meto el móvil en el bolsillo. Ahora no puedo hablar con nadie.

Aunque tal vez lo de sentir alivio por ir a rehabilitación no sea lo más acertado, pues acaba siendo una media hora extenuante en la que descubro hasta qué punto pueden debilitarte una fractura de fémur y ocho semanas en coma. Hasta los ejercicios que hacemos sentados en una silla me resultan duros. Extensiones básicas de la pierna. Estiramientos.

No me sentiría fuera de lugar en una clase de aerobio de una residencia de ancianos.

Si la primera vez pensé que la recuperación había sido dura, esto va a ser muchísimo peor.

—Lo estás haciendo muy bien —me dice Henry, el fisioterapeuta, con las manos quietas a pocos centímetros de mi cuerpo, a la espera.

Alzo la vista y admiro su sonrisa cegadora y esperanzada, que vierte sobre mí toda la energía positiva posible. Respiro y me agarro con fuerza a la barra de soporte, luchando por situar el peso de mi cuerpo sobre ambas piernas, pero hasta la sana cede varias veces, y caigo encima de Henry una y otra vez.

Con el fémur fracturado, podría haberme levantado hace semanas para intentar recuperar la fuerza y la gama de movimientos, pero estaba demasiado comatoso para hacerlo.

Se me desploma la pierna justo en el momento en que la doctora Benefield entra con una silla de ruedas vacía.

—Justo a tiempo para el espectáculo, doctora —la llamo, retirándome el pelo de los ojos.

—Ya es suficiente por hoy —dice ella, y Henry la ayuda a transportarme

sano y salvo de las barras a la silla de ruedas. Estoy empapado de sudor.

Me saca de la sala de fisioterapia y avanzamos por el pasillo. Tengo el cuerpo absolutamente exhausto. Estoy deseando volver a meterme en la cama, y eso me aterroriza. No quiero volver a ser ese tipo, el tipo que era incapaz de salir de su caparazón y enfrentarse al mundo. Tengo la sensación de estar empezando de nuevo.

Necesito distraerme.

—¿Cuándo fue la última vez que empujó una silla de ruedas? —me burlo, alargando el cuello para mirarla—. ¿Acaso no tienen personas que se dedican a esto?

—Ja, ja —dice ella, sacudiendo la cabeza—. Quería hablar contigo.

Me lleva hasta mi habitación y aparca la silla de ruedas junto a la ventana. Veo cómo echa un vistazo a mi iPad, que todavía tiene la pantalla encendida, iluminada con una foto donde salimos Kimberly, Sam y yo durante un partido que jugamos como locales. Los tres sonreímos a la cámara y estamos abrazados.

—¿Puedo ser un poco indiscreta? —pregunta ella, alargando el brazo para coger el iPad.

Me encojo de hombros y le hago un gesto para que siga adelante.

Se dedica a pasar las fotos que yo estuve mirando anoche y esta mañana.

—¿Buscas viejos recuerdos? —pregunta la doctora.

Niego con la cabeza.

—Busco a Marley.

He hecho zum en la gente que pasaba. En cada persona de las gradas. Cada transeúnte. Pero todavía no la he encontrado.

—Usted dijo que mi cerebro estaba intentando encontrar sentido a las cosas que había visto, y he pensado que tal vez la haya visto por alguna parte.

La doctora Benefield pulsa un botón y apaga la pantalla. La coloca sobre la mesilla de noche.

—¿Has encontrado algo?

—No es ningún invento. —Sorteo su pregunta, intentando encontrar el modo de hacérselo comprender. Para que así pueda ayudarme—. Se lo juro.

—De eso quería hablar contigo —dice dando un paso hacia mí—. He pedido a alguien...

Le interrumpe una llamada a la puerta, y un médico al que no he visto nunca asoma la cabeza. Ella le indica que pase, continuando lo que estaba diciendo.

—Kyle, este es el doctor Ronson. Es psiquiatra.

Mis esperanzas se desploman.

—Entonces realmente creen que estoy loco.

La doctora se agacha un poco y me mira a los ojos.

—Creo que estás triste —dice—. Lo has pasado muy mal.

Bueno, sí. Claro que estoy triste. He perdido un año entero. Un año entero y toda la nueva vida que estaba empezando a vivir, y más allá de todo eso, he perdido a la chica a la que quiero más de lo que he querido nunca a nadie.

Y nadie se lo cree.

—Cuéntale lo que me contaste a mí. ¿De acuerdo? Él te ayudará a dilucidar lo que has experimentado.

Me da un golpecito compasivo en el brazo y se va mientras el doctor Ronson acerca una silla para sentarse a mi lado, junto a la ventana.

—Kyle —dice con una vitalidad excesiva y molesta.

Me ofrece la mano y yo se la doy. O tiene una fuerza sobrehumana o yo estoy muy débil.

—Bien —dice, subiéndose las gafas y entrecerrando los ojos para estudiarme—. ¿Cómo estás?

Siento el impulso de poner los ojos en blanco y de mirar por la ventana, pero sé que tengo que hablar con él. Sigo molesto, pero estoy tan desesperado por obtener respuestas que las compuertas no tardan mucho en

abrirse.

Tal como hice con Sam y la doctora Benefield, le cuento la historia. Nuestra historia. Cada uno de los momentos que conducen al presente.

E igual que ellos dos, lentamente empieza a intentar sabotearla.

—¿Te dijo alguna vez algo que no tuviera sentido? ¿Alguien lo hizo?

—No lo sé —digo, lleno de frustración. Intento contratacar—. Todo tenía sentido, creo que...

—¿O eras tú quien hacía que tuviera sentido? —pregunta, interrumpiéndome—. Este es el tema que nos ocupa, Kyle. ¿Podría ser que tu mente tomara lo que estabas oyendo aquí y lo metiera en el sueño que tenías ahí?

Me señala la cabeza, como si lo supiera todo.

—Yo podía verla. Sentirla —protesto. Nunca hubiera sido capaz de inventarme ese sentimiento—. Incluso podía olerla. Tenía un aroma dulce, como a flor de naranjo, o de jazmín, o...

El médico abre la ventana, y un aroma dulce penetra desde el exterior, haciendo que mi estómago se desplome todavía más.

—Madreselva —dice, terminando mi frase. Hace un gesto hacia el otro lado—. Son flores silvestres que crecen por todo el jardín. El olor es muy similar al del jazmín. O al de la flor de naranjo.

—Pero...

Trato de disimular mi decepción, desviando la mirada hacia un roble gigante, entre las ramas del cual se filtra la luz del sol. Pienso en Marley en el parque, en la luz del sol moteando su rostro, en sus ojos de color avellana brillando en los míos.

—Lo siento —dice sin dejar de mirarme—. La realidad es que algunas personas se despiertan con recuerdos que no llegaron a suceder. Nuestro inconsciente procesa estímulos externos de maneras que algunas veces se traducen en...

—Sueños —le interrumpo—. Sí, ya lo entiendo.

# 31

Después de desayunar, mi madre empuja mi silla de ruedas por el jardín mientras yo sigo repasando todos los perfiles de Facebook que llevan el nombre de «Marley» en un radio de doscientos cincuenta kilómetros a la redonda. Por muchos filtros de búsqueda que haya intentado hasta ahora, no he llegado a ninguna parte.

Trato de pensar en nuevos filtros que pueda añadir a la búsqueda. Rebusco en mis recuerdos para descubrir si llegó a mencionar alguna vez su apellido, pero sigo con las manos vacías.

¿Su instituto? Muevo los dedos con ansiedad sobre el teclado táctil, pero mi cerebro no tiene adónde dirigirlos. ¿Un año entero y nunca se lo pregunté? ¿Ni una sola vez?

Ya oigo la frase del doctor Ronson: «¿Te parece que esto tiene sentido, Kyle?»

Capullo.

Cuanto más pienso en ello, más natural me parece no saber todas estas cosas. Pienso en todas la veces en que Sam me acusó de hacer que todo girara a mi alrededor. De mi estúpido y puñetero egoísmo. Cuando estaba con Marley, pasamos tanto tiempo hablando de mí que seguro que debió de

haber cien cosas que olvidé preguntarle.

O sea que solo me estaba prestando atención a mí mismo.

Lo habitual en el mundo de Kyle.

Mis ojos se emborronan al volver a los perfiles, en busca de los rasgos, de la sonrisa de Marley, y la frustración se va apoderando paulatinamente de mí.

Cierro el iPad con un suspiro. Además, ¿quién usa Facebook hoy en día, aparte de mi madre y sus amigas? No es ninguna sorpresa que no la haya encontrado aquí. Sam desactivó el suyo el año pasado.

Instagram. Tengo que probar en Instagram.

Miro a mi alrededor, a los árboles y a los arbustos, a los jardines que ocupan la parte central del recinto del hospital. Flores de todos los colores crecen por todas partes, enmarcando las plantas pequeñas y rodeando las bases de los árboles.

Me quedo helado al localizar un parterre de azucenas rosas, idénticas a las que crecían junto a la tumba de Laura. La cálida brisa trae consigo el aroma dulce de las madreselvas que rodean el roble, y siento un vacío en el estómago al tiempo que la imagen del rostro del doctor Ronson aparece en mi cabeza.

La silla de ruedas ralentiza el paso al acercarnos a una enorme fuente, en el centro del jardín. Alargo el brazo para tocar la piedra y el agua espumosa me salpica.

Una flor cae lentamente sobre mi regazo, la recojo y me la quedo mirando. Al levantar la vista, veo los cerezos alineados a lo largo del camino, ondeando suavemente al viento. Por un instante, recuerdo los pétalos rosados, idénticos a estos, que revoloteaban alrededor de Marley, con sus ojos fijos en mí, en el parque.

Haría cualquier cosa por regresar a ese momento. Un momento que todo y todos se empeñan en que cuestione.

Estrujo la flor dentro del puño; me llevo las manos a la cabeza. Una sola

flor ha conseguido dibujar la sombra de una duda. Y eso me da mucho miedo.

—¿Qué te pasa? —pregunta mi madre.

—¿Crees que es cierto? —pregunto, tirando la flor al suelo—. ¿Crees que Marley se ha ido para siempre?

Mi madre deja de empujar la silla de ruedas y se arrodilla frente a mí, con la expresión seria. Como cada vez que menciono a Marley.

—No se ha ido, cariño. Nunca estuvo aquí.

Me la quedo mirando. Tengo que hacérselo entender.

—¿Y si te despertaras mañana y yo no estuviera, y todo el mundo te dijera que ni siquiera he existido? —pregunto en voz baja—. ¿Dejarías de quererme, mamá?

La veo flaquear. Busca con la mano el reposabrazos de la silla. La sola idea la abruma. Las lágrimas llenan sus ojos, me toca el brazo y me lo aprieta, como si quisiera comprobar que estoy aquí.

—Pues yo tampoco —susurro.

Más tarde, cuando mi madre ya se ha ido, recojo el iPad de la mesilla de noche, pero por alguna razón me veo incapaz de repasar en Instagram las imágenes de todas las Marleys. Tengo el presentimiento de que ella no debe de usarlo. Ni siquiera le gustaba escribir en un ordenador, prefería hacerlo a mano, en un cuaderno. Es imposible que tenga Instagram.

Entonces ¿qué puedo hacer? ¿Cómo voy a encontrarla?

—¿Puedo pasar?

Alzo la mirada y veo a Kimberly de pie junto a la puerta, con el brazo ya sin el cabestrillo y una pequeña muñequera azul alrededor de la muñeca. Sus ojos azules se posan sobre mí. El enfado ha desaparecido y ha sido sustituido por cierta comprensión. Me mira como si me entendiera mejor de lo que yo soy capaz de hacerlo.

—Sam me lo ha contado todo —empieza—. Lo de tu otra vida.



«Tu otra vida.» Las palabras me cortan como dagas. Intento contenerme, tranquilizarme. Pero se me saltan las lágrimas, por mucho que intente retenerlas.

Ella se apresura a ponerse a mi lado y me rodea con los brazos.

—Tranquilo —dice, abrazándome mientras lloro—. Todo irá bien.

No me fuerza a hablar. Se queda ahí sentada, acompañándome, dejando que me calme hasta que me quedo dormido. Ya solo encuentro alivio en la oscuridad de mis párpados cerrados. Por un ligero instante, nada duele. Nada está patas arriba. Nada está.

Al cabo de unas horas, al despertarme, noto un cuerpo cálido estirado a mi lado.

Sé que es Kim. Pero cierro los ojos con fuerza e imagino que es Marley.

—Sé que estás despierto —dice Kim, tocándome el costado, y su dedo aterrizo sobre una costilla protuberante, efecto secundario de la dieta líquida del estado de coma.

Suspiro.

—Eso es lo que me dice todo el mundo.

Llaman a la puerta, y los dos giramos rápidamente la cabeza para ver el corpachón de Sam, que llena todo el umbral.

—Hola —lo saluda Kim, sin dejar de abrazarme, y en cierta medida me siento culpable. Pero, por desgracia, la cama de un hospital no es demasiado grande, y si me muevo, caeré al suelo de baldosas.

—Bueno —dice Sam, mirándonos a los dos y aclarándose la garganta—. Vale. Bien. Voy a...

Deja la frase a medias y se gira para salir de nuevo al pasillo. Vemos cómo se aleja y oímos los pasos que se desvanecen en la distancia.

Pienso en los tulipanes.

—¿Qué le pasa? —pregunta Kimberly, confundida.

—Bueno... Deberías ir a buscarlo —digo, examinando su rostro.

Me mira extrañada.

—¿Por qué?

—Creo que ya sabes por qué.

He experimentado muchas cosas raras desde que me desperté, pero esta cuestión en concreto sigue siendo idéntica en el mundo de los sueños y en el mundo real.

Me incorporo un poco y me paso la mano por la cara. La dinámica entre los tres está mucho más clara desde que me desperté del mundo anterior, en el que he tenido que pasar todo un año forzándome a vivir sin Kim. Y no quiero volver a perderla. No de esa manera. Pero, al mismo tiempo, tampoco quiero retenerla.

Ya no.

Sam es su Marley, y es real y está aquí. Él la comprende cuando está enfadada y triste. Es la persona con la que puede ser completamente ella misma.

—¿Crees que las personas tienen que conformarse? —le pregunto—. ¿Aunque no sea eso lo que quieren?

Suspira largamente, baja las piernas de la cama y empieza a pasearse por la habitación. Observo cómo se recoge el pelo en un moño desordenado, dispuesta a reanudar la discusión.

—Nunca dije que me estuviera conformando. Siento lo de la noche del accidente...

—Yo no —la interrumpo.

Se detiene y me mira.

—Cuando creía que estabas muerta, lo único que me quedaba eran las últimas palabras que me dijiste. Me repetía esas palabras una y otra vez.

—Kyle, escúchame. Yo...

—Déjame terminar. Necesito decírtelo, ¿vale?

Ella asiente y busca una silla para sentarse, muy lentamente.

—Aquella noche, yo no estaba preparado para escucharte porque... tenía miedo de que tuvieras razón. —Levanto la mirada y veo que tiene los ojos

como platos. Es evidente que no era esto lo que esperaba. Pero ya no soy el Kyle de antes—. Darme la vuelta y no verte ahí... para mí era la peor pesadilla imaginable. Pero ¿darme la vuelta y saber que tú ya no estarías más en ningún lugar? —Suelto un bufido, recordando el dolor. Todo el año que pasé pensando que había muerto—. Joder, Kim, eso me dejó hecho polvo.

Ella no dice nada. Se agarra con fuerza a los brazos de madera de la silla.

—Pero aún me quedaban tus palabras. Por fin las escuché. Y aprendí a salir adelante por mi cuenta. Aprendí quién era y con quién quería estar —digo, pensando en Marley. En las prácticas. En las clases de periodismo—. Descubrí quién soy yo... sin ti.

Aturdida, Kimberly permanece en silencio. Es algo raro en ella. Continúo, y por fin pronuncio las palabras que necesitaba decir, pero que nunca pude encontrar.

—Nos conformamos, Kim. Tú y yo. Y no éramos felices.

Abre la boca. Una vez. Dos veces. Parece que no encuentre las palabras adecuadas. Hasta que por fin las dice.

—¿Quién eres tú, y qué has hecho con Kyle Lafferty?

—Ah, ¿aquel tipo? —Sonrío levemente—. Era un niño egoísta, de modo que lo dejé tirado. Luego me hice mayor. O más bien... me estoy haciendo mayor —añado, mientras ella se seca las lágrimas de las mejillas—. Bueno, por lo menos lo estoy intentando —reconozco.

Se levanta y me mira desconcertada, sin saber adónde nos llevará todo esto.

Le alargo la mano.

—Ven aquí. —Corre hacia mí y la abrazo con fuerza, notando cómo sus lágrimas caen sobre mi camisa—. Eres mi mejor amiga, Kim. Quiero que seas muy feliz —le digo—. En Berkeley. Ve en busca de lo que más te guste. Encuentra a alguien a quien quieras de verdad. Encuentra a la persona sin la cual te sea imposible vivir. Está ahí fuera.

«La persona sin la cual me es imposible vivir.» Pienso en Marley. En lo que sentía al tener el mundo entero entre mis brazos. En lo que siento ahora que me lo han arrebatado.

—Sí, claro —dice Kim, riendo y llorando al mismo tiempo. Se separa de mí, coge rápidamente un pañuelo y se suena la nariz.

—Demonios, sal una noche con Sam...

Las palabras no han terminado de salir de mi boca cuando ella me azota con el brazo sin cabestrillo.

—No seas tonto —dice, haciendo ver que he dicho la mayor absurdidad del mundo.

Me agarro a la barandilla de la cama y sonrío. Pese a todo, lo percibo. En sus ojos. La idea. El atisbo de esa posibilidad.

—No vuelvas a conformarte, ¿de acuerdo? —digo después de enderezarme—. Nunca. Yo tampoco lo haré.

Ella asiente y nos damos la mano para confirmarlo.

—Trato hecho.

Respiro hondo, con decisión, mientras su mano se separa de la mía.

Por primera vez desde que me desperté, me encuentro un poco más cerca de tener algo de paz. Pero no me conformaré.

No cejaré hasta volver a tener a Marley entre mis brazos.

## 32

Vuelvo a estar en mi casa.

Es mi casa, pero no lo es. El mundo en el que vivo ahora se va filtrando cada vez más en cuanto cierro los ojos. Es una sensación rara, diría que incluso escalofriante, ver hasta qué punto mis sueños están cambiando.

—Kyle.

Sigo el sonido de una voz que se aleja por un pasillo, las paredes se derrumban a mi alrededor mientras trato de alcanzarla, la pintura desconchada va dando paso a las paredes pálidas del hospital, al televisor estándar, a la gran ventana de la esquina.

Por fin, la encuentro en la mesa de la cocina. La veo, pero... a duras penas.

Entorno los ojos para distinguir algo, los colores son opacos.

—Ahora todo va a cambiar, ¿verdad? —pregunta ella con la voz idéntica a como yo la recordaba. Pero ahora parece más triste.

Intento con todas mis fuerzas acercarme a ella, abrazarla de nuevo, pero mis pies no se mueven. Las piernas se esfuerzan, luchan por dar un solo paso en su dirección. Miro hacia abajo y veo mis pies hundidos en la hierba y el barro, con las flores de cerezo del estanque esparcidas alrededor de mis

tobillos.

En cuanto levanto la vista para mirarla, me despierto de golpe en mi habitación de hospital, con las sábanas fuertemente enrolladas en el cuerpo y la frente bañada en sudor. La sensación de pérdida me vuelve a consumir.

Su voz sigue resonando en mi cabeza cuando me agarro a las barras de soporte en la sala de fisioterapia, unas horas más tarde. Coloco una cantidad prudente de peso sobre mi pierna, doy un paso y luego otro, con cuidado. En estos últimos dos días, el único descanso de mi incesante búsqueda por Google ha sido bajar a ver a Henry cada tarde, y los extenuantes ejercicios a los que me somete me sirven para intentar distraerme de todo lo demás.

Pero por mucho que hoy intente concentrarme en mis piernas, en fortalecerlas, no consigo escapar del sueño que tuve anoche.

Cada día, el mundo que me rodea es algo menos brumoso, pero eso significa que cada día la noto más y más lejos, y el sueño en el que viví durante un año se va derrumbando, agrietando, mostrando sus agujeros, cada vez que me voy a dormir.

—Ojalá pudiera hacerlo yo en tu lugar —dice una voz.

Me detengo en seco, tembloroso, y al alzar la vista veo a Sam. Aunque hasta mi pierna sana parece tan débil como un palillo, su aspecto es todavía peor.

—Lo harías, ¿verdad? —le pregunto—. Soportarías todo esto por mí si pudieras.

Pone los ojos en blanco como si fuera una pregunta idiota, pero asiente de todos modos.

—Por supuesto, tío. Y tú harías lo mismo por mí.

Trago saliva, tambaleándome, y Henry se da cuenta. Me agarra por los antebrazos para sujetarme.

—Hagamos un pequeño descanso, ¿de acuerdo? —dice, y me ayuda a sentarme en la silla de ruedas, y nos deja solos un rato.

Aunque estoy intentando no vivir en mis sueños, ahora pienso en el día del cementerio. En aquella conversación nos dijimos muchas verdades, aunque no llegáramos a mantenerla. Así pues, lo más sensato es que hablemos ahora.

—He sido un amigo de mierda —digo.

Sam niega rápidamente con la cabeza.

—No...

—Tú mismo lo dijiste. Kim ha intentado romper conmigo siete veces desde noveno —continúo, mirándolo—. Prestabas mucha atención. ¿Por qué?

—Esto... —titubea, frunciendo el ceño y estrechando los ojos—. No recuerdo haber dicho eso.

Genial. Una gran manera de empezar.

—Bueno, en cualquier caso, es la pura verdad. Me ayudaste a ver su perspectiva, y la ayudaste a ella a ver la mía. —Me cubro las espaldas—. Y todas las veces, Sam, me ayudaste a recuperarla.

Pienso en ayer, cuando se fue al ver que estábamos juntos.

—Y ahora intentas hacerlo otra vez. ¿Por qué?

Desvía la mirada y se encoge de hombros.

—Porque eres un buen amigo. Demasiado bueno —continúo, flexionando mi pierna delgada—. Me he dado cuenta de muchas cosas. Y aunque estuviera dormido, mucho de lo que procesaba mi cerebro era real. Si Kimberly y yo nunca hemos podido estar bien del todo, es por alguna razón.

Sam parece molesto conmigo, pero yo sigo insistiendo.

—No se trata de Marley. Ni de mí. Se trata de ti, Sam. Hace mucho tiempo que se trata de ti. Si la quieres tal como creo que la quieres, dile lo que sientes.

Da un golpecito a mi botella de agua en el momento en que voy a beber de ella.

—Por favor, tío. Esto es muy chungo. Ella se va a ir a Berkeley y necesita tener algo de espacio —dice—. Además, tú acabas de salir de un coma y acabáis de romper.

«Le ha dicho que hemos roto.» Esto tiene que significar algo.

Echo otro trago, y esta vez intento mantenerme a distancia de sus golpes.

—Necesitaba que yo le diera espacio. Ya ha hablado contigo. Y todavía no se ha ido a ninguna parte. ¿Acaso no quieres que lo sepa?

—Que tengas o no tengas razón no tiene importancia. No puedes controlarlo todo —me dice con una expresión seria—. Tienes que dejar que la gente sea ella misma, ¿sabes? Del mismo modo que tú tienes que ser tú mismo. Tanto si estás con Kim, con Marley o solo. No puedes obligar a nadie a que te elija.

Pasa un largo momento, y por fin le tiro la botella de agua, comprobando que mi brazo de lanzador sigue intacto después del coma.

—Qué palabras tan sabias —le digo mientras él caza la botella de agua y sonrío con satisfacción.

—Ya sabes que yo soy el cerebro del equipo, tío.

Se echa a reír mientras, en broma, imita el gesto de ponerse la botella bajo el brazo y echar a correr, esquivando mi silla.

Las bromas, las conversaciones francas y directas. Por fin, las cosas vuelven a encajar entre los dos. Como lo hacían en mi mundo soñado.

—¿Quieres ir a por pizza? —pregunta, señalando con la cabeza las puertas correderas que conducen a la salida—. He oído que en la cafetería hacen una pizza de pepperoni riquísima.

—¿Es una pregunta? —resoplo.

Tardo un instante en desbloquear las ruedas de mi silla, plenamente consciente de que, aunque la pizza de pepperoni de la cafetería es horrible, ahora mismo necesito huir de esta prisión.

En menos de dos segundos, Sam agarra los mangos y salimos al pasillo empujando las puertas para escapar de la sala de fisioterapia antes de que



Henry llege.

## 33

Está aquí.

Me doy cuenta en el acto, aunque no pueda verla. Persigo su sombra por el pasillo de casa, en el cual la pintura está aún más desconchada que la última vez, pero no consigo alcanzarla, siempre escapa por muy poco, su pelo desaparece por las esquinas, su mano rehúye la mía.

—Te dije que no estaba destinada a ser tan feliz —dice su voz desde muy cerca, pero en cuanto me giro raudo y veloz para mirarla, me despierto de golpe.

Me incorporo rápidamente, con la respiración agitada, y escaneo de inmediato la habitación de arriba abajo en busca de un rastro que todo y todos pronostican que nunca encontraré.

Reposo la cabeza contra la almohada, me froto la cara con las manos, respiro larga y profundamente.

Al inhalar, siento... su olor. Flores de naranjo. O más bien... Vaya. Madreselva.

Desvío la cabeza hacia la ventana y vuelvo a aspirar, pero no me llega ningún aroma. Se desvanece tan deprisa como apareció.

Suelto un gruñido, me doy la vuelta y me tapo la cabeza con la manta.

Es entonces cuando el olor a flor de naranjo y a madreselva me inunda, como si estuviera cosido a la manta. Respiro con mayor profundidad y sé que no viene del jardín. Nunca ha venido de ahí.

Es el olor de Marley.

De algún modo, ha estado aquí. Ha estado aquí de verdad.

Enciendo la luz, recojo las muletas y bajo trabajosamente de la cama. Tras conseguir equilibrarme, cojeo hacia la ventana abierta y miro hacia fuera. La luz de primera hora de la mañana proyecta un cálido resplandor sobre todas las plantas del jardín.

En el exterior, veo las rosas amarillas de Doris Day, cuyo colorido se me echa encima. Con una sonrisa, pienso en Marley, con el vestido amarillo que llevaba puesto la última noche que pasamos juntos.

—Eres amarilla —le digo, todavía capaz de sentir la tela bajo mis dedos—. Y a Laura le encantaban... —Veo las azucenas, que están plantadas al otro lado del camino, justo enfrente de las rosas, rosa y amarillo el uno junto al otro.

Si estuviera aquí el doctor Ronson, diría que esta es una prueba tangible de que también me he inventado esto.

Pero siento un escalofrío.

Porque ahora me doy cuenta de lo idiota que he sido. Renqueando, me dirijo a toda prisa hacia la cama, cojo el iPad y abro el Google. Tecleo «Marley + Laura + accidente», y los resultados se materializan ante mis ojos.

Sam me encuentra rodeado de notas adhesivas, cada una de ellas perteneciente a una Marley distinta, con su ubicación geográfica escrita en kilómetros junto a los nombres.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con cautela, cogiendo dos de las notas y leyéndolas en voz alta—. ¿«Marla y Laurie, accidente, ciento cuarenta y un kilómetros»? ¿«Marley, Laura, accidente, tres mil setenta y

cinco kilómetros»? Tío, creía que...

Sostengo otra, para enseñársela.

—Marley, Lara, once kilómetros.

Parpadea y se me queda mirando, sin entender lo que estoy diciendo.

—Esta tiene que ser ella —afirmo, y le cuento lo del olor de la manta de esta mañana, lo de las flores y la epifanía que he experimentado. Le hablo de mis investigaciones, le explico cómo he pasado el día haciendo combinaciones en Google de las palabras «Marley», «Laura» y «accidente de coche», y cómo de pronto artículos de todo el país han aparecido bajo la yema de mis dedos.

Después de eso, ya solo era cuestión de ser eficiente. De buscar en el GPS la ciudad en la que tuvo lugar el accidente, escanear el primer párrafo en busca de los nombres, y pasar al siguiente.

Al terminar el proceso, me he visto rodeado por un mar de papелitos de colores. Y los he ido reduciendo hasta quedarme con este.

Un único pósit amarillo. La clave que había estado buscando.

—Once kilómetros, tío. Además, la historia coincide. —Deslizo el dedo por el iPad para abrir el artículo y lo leo en voz alta—. «Lara, de catorce años, fue atropellada por un vehículo que circulaba a gran velocidad en Glendale Street, ayer por la tarde.»

Miro a Sam y ambos hacemos muecas, pues estas palabras tan terribles suenan raras acompañadas de tanta excitación.

—Sam, esto es casi exactamente lo que le sucedió a la hermana de Marley. A once kilómetros de aquí. Todo encaja —le aseguro, y vuelvo a enseñarle, ansioso, el pósit—. Ya te dije que era real. Ahora solo me queda ir a buscarla.

Él tarda un minuto entero en decir algo. Finalmente, niega con la cabeza.

—No.

—¿Cómo que no? —le pregunto, sacudiendo la nota en sus narices—. La he encontrado.

—No, no lo has hecho —dice, arrebatándome el póliz de la mano—. Suponiendo que fuera la Marley «correcta», ella no te conoce. Estabas dormido. Olvídalo, tío. No voy ayudarte a aterrorizar a una pobre chica.

Le quito la nota para recuperarla.

—Tú no tienes que hacer nada. Solo te pido que me lleves en coche hasta allí.

No me darán el alta hasta dentro de unas semanas porque la doctora Benefield todavía está monitorizando mi actividad cerebral, y esto no puede esperar en ningún caso. Le dije a Marley que nunca la abandonaría y ahora debe de estar pensando que no he cumplido mi palabra. No puedo hacerle pasar por esto. Ni un día más.

—¿Cómo vas a saber dónde vive? —pregunta él, incrédulo.

Le muestro el iPad, con las instrucciones del GPS para ir de aquí a la dirección que he descubierto con ayuda del artículo. Había una declaración del padre de Lara, Greg Ellis, sobre el accidente.

Si bien no he podido encontrar nada en internet sobre Marley Ellis, he encontrado muchas cosas sobre Greg. Incluida su dirección.

Podemos estar allí en menos de veinte minutos.

—Lo de Google es espeluznante —dice, sacudiendo la cabeza.

—Sam, necesito verla para saber si se acuerda de mí —le digo muy serio.

—¿Acordarse de ti? ¿De cuándo? ¿De todas las noches en que se empapó de perfume de jazmín, se coló en la habitación del hospital y frotó su cuerpo contra la manta?

Tiro una de las muletas al suelo y le arrebató el iPad de las manos.

—Que te den, pues. No me ayudes.

Avanza sigilosamente hacia la puerta, y yo sé que solo me queda una última carta. Hay que ser mala persona para utilizarla, pero estoy desesperado.

—Me debes una.

Sam se da media vuelta, confundido.

—¿Qué?

—Cuando dije que te había oído hablar conmigo... Oí todo lo que dijiste, Sam. Todo.

Empalidece y sus ojos se agrandan, porque ha caído en la cuenta y sabe de qué estoy hablando.

—Me debes una. Por aquella recepción fallida. Por mi hombro. Por mi carrera...

Levanta las manos y sacude la cabeza. He dado en el blanco.

—Espera... Lo siento...

—Entonces ¡ demuéstalo! —grito, alzando la nota del pósito—. Ayúdame. Lo único que te pido es que creas en mí, Sam. Es ella. Sé que es ella.

Sus cejas oscuras se juntan cuando piensa, y sus ojos se centran en el iPad, que reluce desde la cama.

—Sé que te debo una, y te aseguro que he intentado ser el mejor amigo del mundo —dice en voz baja—. No siempre he sido capaz de hacerlo. No debería haberte ocultado que habían aceptado a Kimberly en Berkeley. Debería haberte dicho lo que sentía por Kim, aunque no pensara hacer nada al respecto. Debería haberte ayudado a encontrar algo fuera del fútbol en lo que concentrarnos. —Se pasa los dedos por el pelo, traga saliva—. Y tienes razón, debería haber bloqueado a aquel defensa. Debería haberte protegido, y he estado flagelándome desde entonces.

Alza la vista y nuestros ojos se encuentran.

—Pero no lo hice. Y he aprendido la lección. Ahora sé cómo ser un amigo de verdad. No solo un buen amigo.

«Me va a ayudar.» El alivio se traga la culpa que siento por haber jugado esa carta con Sam. Recojo el iPad y luego pesco la muleta del suelo.

—Muy bien. Coge mi cartera —digo, señalando con un gesto la mesa que tiene enfrente—. Vámonos...

—No —dice Sam con voz firme, y esa palabra me detiene en seco—. Estoy aquí para protegerte. De la manera adecuada. —Respira hondo y

señala el iPad, con la dirección todavía en la pantalla—. Esa chica no te conoce, Kyle. No es Marley. No hay ninguna Marley. Así que olvídate de tu vida soñada y empieza a vivir tu vida real. Esta.

Se gira y sale por la puerta, cerrándola ruidosamente a sus espaldas. Miro la dirección, el montón de papelitos que forman una delgada capa sobre mi cama.

Parece una locura absoluta.

Pero renunciar a Marley sería una locura todavía mayor.

## 34

Mantengo los ojos cerrados, fingiendo que estoy dormido mientras espero a que la enfermera de noche salga de la habitación. Contengo la respiración, abro un ojo y veo cómo la mujer apaga las luces y su silueta desaparece en la oscuridad. En cuanto la puerta se cierra a sus espaldas, entro en acción.

Llamo a un Uber e indico como ubicación un punto a una distancia segura de la entrada del hospital. Cuando bajo las piernas de la cama y me pongo de pie, la pierna mala está a punto de ceder por el peso de mi cuerpo.

Respiro hondo, me estabilizo, me apoyo en las muletas y voy cojeando hasta el armario. La bolsa de tela negra que trajo mi madre descansa en la parte inferior. Saco de ella un par de pantalones cortos Nike y una camiseta. Me visto lo más rápido posible, aunque no voy rápido en absoluto, pues a mi pierna le cuesta comprender la urgencia de la operación.

Abro la puerta y echo un vistazo al pasillo, mirando a ambos lados.

Son las nueve en punto, justo después de la comprobación de mis constantes vitales, el momento perfecto. La hora en punto significa que la sala de enfermeras está vacía, cosa que aprovecho para salir tambaleándome de la habitación y dirigirme a la salida sin que nadie me pille.

Respiro aliviado al comprobar que las puertas de vidrio del hospital se



cierran a mis espaldas. Estoy a punto de consumir la huida.

¿Dónde estará mi Uber?

Plantado en la entrada del hospital, mis ojos se pasean ansiosos de la carretera principal a la puerta y viceversa, rezando para que John no tarde en llegar con su Prius rojo antes de que alguien me lleve a rastras de vuelta a mi habitación. Trato de conservar la calma mientras espero, pero la idea de ver a Marley en apenas unos minutos hace que el corazón me golpee con fuerza contra el pecho. ¿Estará enfadada? ¿Volverá a confiar en mí? ¿Cómo habrá pasado todo este tiempo? De algún modo, estoy seguro de que será comprensiva con la situación.

Veo unos faros que me avisan, y el Prius se detiene en silencio frente a mí. Abro la puerta y me deslizo rápidamente en el interior. Tengo la mente confusa y me palpita la pierna, pero he pasado por momentos mucho peores.

Mientras circulamos, observo cómo va bajando el contador del tiempo en el GPS y el espacio que me separa de Marley se acorta segundo a segundo. La carretera vuela bajo los neumáticos del coche, las líneas amarillas divisorias me acercan más y más a ella.

No tardamos en girar por Glendale Street, y el coche ralentiza la marcha hasta detenerse frente a una modesta casa blanca que hace esquina, con un gran árbol plantado en el jardín frontal. Una sensación de incomodidad me pellizca el estómago al ver los arbustos de flores marchitas que crecen en el porche y la hierba sin cortar.

Esto no es... lo que había imaginado.

Consulto el teléfono y veo que son casi las nueve y media.

¿Es demasiado tarde? ¿Abrirá la puerta?

—¿Quieres que espere? —pregunta el conductor, y yo dudo apenas un segundo y enseguida hago un gesto de negación con la cabeza. Marley está ahí dentro. No tengo ninguna razón para irme de aquí. Salgo trabajosamente a la acera y hago una pausa mientras el coche desaparece en la distancia.

A cada paso que doy, me siento más nervioso. El dolor de la pierna va en aumento y el corazón me retumba contra el pecho.

Ahora ya solo la puerta se interpone entre nosotros. Me apoyo en las muletas y me la quedo mirando.

La estatua de un pato, de cerámica, se cierne sobre el letrero de bienvenida. Una nueva señal. Esto me da ánimos.

Acerco lentamente la mano, y al cabo de un largo momento mi dedo pulsa el timbre. Suena un agudo repiqueteo, y retiro rápidamente la mano.

Aguanto la respiración, escuchando en medio del silencio, hasta que oigo el sonido de unos pasos que se acercan. Noto un mareo, pero aguanto la oleada. Al otro lado, alguien gira la llave lentamente; luego baja el picaporte y la puerta se abre.

Estaba tan confiado en verla a ella abrirme la puerta que me cuesta bastante procesar la presencia del hombre bajo y fornido, barbudo y de mediana edad, que tengo delante.

Primero me mira con curiosidad, pero enseguida frunce el ceño.

—¿Sí?

—Hola —digo, aclarándome la garganta—. Esto... ¿Está Marley en casa?

Me da un repaso.

—¿De qué conoces a mi hija?

En un instante, mis dudas se evaporan y siento una oleada de alivio. Lo sabía.

—Señor, yo... —empiezo a decir, pero me paro en seco cuando una niña a la que no he visto nunca asoma la cabeza por detrás de su padre, mirándome con los ojos muy abiertos.

No puede tener más de diez años.

—Marley —le dice su padre, señalándome con un gesto—. ¿Conoces a este chico?

Sus ojos pequeños y redondos se encuentran con los míos, y el terror que

expresan me golpea en los dientes. Es una niña. Pero ¿cómo puede ser posible? Pensaba que todos los indicios apuntaban a esta Marley. A esta casa.

La pequeña niega con la cabeza, pero yo ya estoy retrocediendo, ansioso por largarme de aquí, consciente de todas las grietas que había en el artículo y que, con la emoción, había ignorado.

Lara, no Laura. Era su hermana, pero en ningún lugar se mencionaba que fueran gemelas. Atropellada por la noche, y no por la mañana. Yo creía que tal vez mi cerebro en coma había interpretado equivocadamente los detalles.

—Lo siento —consigo decir—. Me he equivocado de casa.

Me giro a toda prisa y me apresuro a bajar como puedo los peldaños, con la visión convertida en un túnel. Por si la situación no fuera ya bastante mala, una de las muletas se me escapa. Pierdo pie y caigo con fuerza contra el suelo. Sin aliento, yazco con el cuerpo despatarrado en medio del jardín.

Intento recuperar la respiración mientras el hombre baja trotando los peldaños.

—¿Se puede saber a qué has venido? —grita con la voz llena de ira.

Recojo las muletas. Necesito levantarme, pero el cuerpo me duele horrores.

—Me he equivocado de casa, lo siento —gruño, y me levanto como puedo.

Oigo que llama a su hija con un firme:

—Entra en casa, Marley.

El simple hecho de oír su nombre es casi suficiente para hacerme caer otra vez, pero me alejo renqueante.

Consigo llegar a la farola de la carretera y me derrumbo contra ella. Miro atrás y veo al padre de la niña observándome desde el porche, fulminándome con la mirada, de modo que sigo luchando y llego al bordillo de la calzada, en la punta más alejada de la manzana.

Me dejo caer bajo el resplandor de la farola. Lo veo todo borroso.

No era ella. Esta era la única opción lógica de dar con Marley. Ninguna de las otras tenía sentido.

Esto significa que Marley no existe.

Y que nunca ha existido.

Me retiro las manos de la cara al oír que llega el coche de Kim. Se detiene justo delante de mí. Sam va en el asiento del copiloto y lleva la preocupación grabada en la cara.

Han venido en cuanto los llamé, como siempre.

Ambos bajan del coche de un salto y me ayudan a ir del bordillo al asiento delantero. Mi cuerpo está demasiado exhausto para hacerlo solo.

Los tres permanecemos sentados en silencio. Sam reposa los brazos sobre la consola central, con los ojos abatidos.

Me siento como un idiota integral.

—Tenías razón. Debería haberte hecho caso.

Él sacude la cabeza con tristeza y suelta el aire con fuerza.

—Debería haberte acompañado.

—No —digo, derrotado—. Tú sabías que no iba a ser ella.

—Y, precisamente por eso, debería haber estado aquí —insiste, frustrado consigo mismo, aunque sea yo quien tiene la culpa de todo.

—Estás aquí ahora —respondo con voz temblorosa. Alargo la mano hacia Kimberly, pero ella la aparta y me da un abrazo que casi me rompe los huesos.

Hasta con el brazo lesionado, es más fuerte que la mayoría de chicos del equipo de fútbol.

—No sé qué haría sin vosotros, chicos —digo, y mis ojos encuentran los de Sam por encima del hombro de Kimberly.

Sam se inclina por encima del asiento y nos abraza a los dos. Los tres estamos llorando.

Cuando nos separamos, me froto los ojos, intentando recuperar la

compostura.

—Lo siento mucho.

Kim me sonríe con tristeza, y noto que toda la incomodidad que ha habido entre nosotros desde que me desperté ha desaparecido. Alarga la mano para apretar la mía.

—Siento que hayas perdido a tu Marley —dice sinceramente—. Sé cómo eres capaz de amar, Kyle, y si la amabas así...

—Estoy como una cabra —la interrumpo, y los tres nos echamos a reír entre lágrimas.

Luego mi risa se va desvaneciendo, y solo quedan los sollozos.

Porque Marley no existe.

## 35

A la mañana siguiente, la doctora Benefield comprueba mi vía intravenosa mientras mi madre permanece en un rincón, plantada con los brazos cruzados. Ninguna de las dos parece muy entusiasmada con mi escapada nocturna. Después de revisarme la pierna y enfocarme los ojos con una linterna, la doctora suelta un largo suspiro.

—Lo que hiciste anoche fue una gran, gran estupidez. Podrías haberte dañado gravemente la pierna otra vez —me sermonea mientras cuelga una pequeña bolsa de morfina y la conecta a la vía, claramente decepcionada por tener que volver a suministrármela.

—No necesito eso —protesto, y su mano se queda helada en el aire.

—Kyle, sí lo necesitas —dice mi madre—. Anoche tenías tanto dolor que casi no podías ni hablar.

Sin hacerle caso, mantengo los ojos fijos en la doctora Benefield.

—¿Estás seguro? —pregunta, arqueando una ceja—. Aquí no vas a impresionar a nadie haciéndote el duro... Aunque tal vez el dolor consiga que no te metas en más líos.

Intento devolverle la sonrisa, pero apenas lo consigo.

—Se ha acabado lo de ir persiguiendo sueños.

Me da un pequeño apretón en la mano.

—Entonces, ¿no hay dolor?

—No de esa clase —respondo, negando con la cabeza.

Un destello de compasión le cruza la cara, y retira la bolsa.

—Bueno, si cambias de opinión, solo tienes que apretar... —dice señalando el botón de llamada.

—No pienso cambiar de opinión —la corto. Después de un año viviendo en un sueño, ya es hora de que me enfrente a la realidad.

Ella asiente y me estudia por un momento antes de marcharse. Me acurruco en la cama, dando la espalda a mi madre. El sentimiento de pérdida ya me resulta abrumadoramente familiar. Porque lo que me viene a la memoria no son los días señalados, cuando Marley y yo fuimos a la Feria de Invierno o cuando celebramos la noche de Halloween. Son aquellos momentos pequeños e intrascendentes que di por sentados. Dar de comer palomitas a los patos juntos, contemplar cómo Marley preparaba uno de sus ramos, salir a pasear con ella y con Georgia... Cosas que pensaba que haríamos cien veces más.

Todas han desaparecido.

Al día siguiente, por la tarde, por fin me veo con fuerzas para salir de la cama. Para enfrentarme al mundo. Mi madre empuja la silla de ruedas por el pasillo hasta el jardín, donde la luz del sol centellea sobre la fuente.

—Voy corriendo a por algo de comer —dice señalando la cafetería al aire libre, situada al otro lado del jardín—. ¿Quieres algo?

Sacudo la cabeza y le dirijo una leve sonrisa.

—No me escaparé. No te preocupes.

Me aprieta el hombro y desaparece por el camino.

Observo los cerezos que me rodean. La madreSelva. Las flores amarillas y rosas, los pétalos que se entremezclan por el sendero.

Aunque Marley no haya existido nunca, todo lo que veo me recuerda a

ella.

Es desesperante.

Veo a Sam, que camina hacia mí con las manos metidas en los bolsillos, aplastando sin darse cuenta un montón de pétalos bajo sus pies.

—¿Estás bien? —pregunta al llegar a mi lado.

Asiento y aparto los ojos de los pétalos aplastados.

—Sí. ¿Y tú?

Él asiente y se sienta a mi lado, en un banco, y ambos nos quedamos callados. Por fin, Sam rompe el silencio.

—Kim quiere venir más tarde, si te apetece tener compañía.

—¿Vendrás tú también? —le pregunto, chinchándole—. Quiero decir, ¿con ella?

Sam se revuelve, incómodo, y se rasca la nuca.

—Mira, tío, aquí fuera no ha pasado tanto tiempo como en tu mundo comatoso —dice con una leve sonrisa—. Hay que esperar a ver cómo van las cosas. Ya veremos cómo nos sentimos cuando ella vuelva a casa para las vacaciones de otoño. Así que, por ahora, dejémoslo correr.

—Eso no es un no —digo sonriendo.

Sam suelta una carcajada.

—Tienes razón. Eso no es un no. —Hace una pausa y se me queda mirando—. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

Respiro hondo, alzo la vista hacia los cerezos, a la luz del sol que se filtra entre las ramas.

—No tengo ni idea —digo, observando cómo los pétalos caen lentamente, hasta que mis ojos se encuentran con los de mi madre, que regresa de la cafetería con el café en una mano y una galleta en la otra.

Me dejo inundar por una oleada de pena, con la esperanza de que no me lleve hasta el fondo.

En una ocasión ya conseguí salir adelante, y fue la cosa más dura que hice nunca. Pero esto es un millón de veces peor. Ahora comprendo lo que



Sam quiso decir aquel día en el campo.

«Yo nunca la abandonaría.»

Todavía la amo. Nunca dejaré de hacerlo. Entonces ¿se puede saber lo que voy a hacer al respecto?

Esa misma noche, cuando se me abren los ojos, sé que vuelvo a estar soñando. Georgia me frota la cara con el hocico, cubriéndome las mejillas de besos.

Sonrío con tristeza y la acaricio con la mano. Aunque sea un sueño, no siento que sea menos real. Y me da igual, porque este es exactamente el lugar donde quiero estar.

Preferiría vivir para siempre en este sueño que vivir ahí fuera sin Marley.

Más allá de Georgia, mis ojos examinan el resto de la habitación.

Amarillo.

Por todas partes.

La ropa de cama, las mamparas de las lámparas, incluso las luces del techo. Las paredes están cubiertas con las mismas rosas amarillas de Doris Day que crecen en el patio.

Entonces la veo.

Marley.

Está de pie, junto al borde de la cama. Lleva un vestido amarillo largo, el pelo castaño por encima del hombro. Me la quedo mirando, veo su cara claramente por primera vez desde el primer sueño, como si ahora que he dejado de buscarla por todas partes, mi cerebro pudiera por fin dejarla entrar. Veo sus pecas, el tono verde de sus ojos, el rosa intenso de sus labios. Y es como si hubiera olvidado lo bonita que es. ¿Cómo he podido olvidarlo?

Abro los brazos y ella se acurruca entre ellos.

Sé que esto no puede estar sucediendo, pero noto su cuerpo contra el mío, tan auténtico como en los viejos tiempos.

—No puedo dejarte —le susurro, y olfateo el cálido aroma a jazmín de su pelo. No, no es jazmín. Es madreselva. Del jardín.

Ella me mira con la cara triste. Durante los otros sueños había muchas cosas que quería preguntarle, pero ahora ya nada tiene importancia. Lo único que quiero es abrazarla durante el máximo tiempo posible.

Aunque no veo que se le muevan los labios, sí que oigo su voz, como un susurro que resuena por la habitación amarilla donde nos encontramos.

—Ahora está despierto. Vive dos vidas diferentes. Una con ella...

La puerta de la habitación amarilla se abre con un crujido, y al otro lado veo mi habitación de hospital, donde se desarrolla una escena que ha sucedido hoy mismo ante mis ojos. Kimberly, Sam y yo, partiéndonos de risa mientras comemos los M&M's y las golosinas Swedish Fish que Kim ha comprado en la tienda de regalos del vestíbulo del hospital.

—... y otra con ellos —continúa su voz.

Me miro a mí mismo a través de la puerta, pero mi figura se congela de pronto y se gira para mirarme directamente. Mis labios se mueven, pero es la voz de Marley la que se oye.

—No me dejes.

Nunca.

La atraigo hacia mí, la abrazo con más fuerza mientras la lluvia empieza a caer a nuestro alrededor, empapando las mamparas, y la pintura de Doris Day empieza a desconcharse de la pared. Lo único que permanece seco somos nosotros y la cama donde estamos tumbados. Marley está a salvo entre mis brazos.

Las cortinas de agua se acercan cada vez más, se ciernen sobre nosotros. Hago un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, por permanecer aquí unos minutos más. Pero por fin mi cerebro me vence y, en contra de mi voluntad, me despierto una vez más en la habitación del verdadero hospital, donde sigue siendo plena noche. Me despierto con los brazos vacíos. Solo.

El agua que salpica ruidosamente la ventana me sobresalta.

Entonces se detiene de manera abrupta, pero vuelve a empezar un par de segundos más tarde. De forma discontinua, una y otra vez, el sonido llena la habitación.

Aspersores. En el jardín.

Me giro hacia el otro lado, de espaldas a la ventana, y noto un dolor intenso en la pierna. Frustrado, me pongo de espaldas, pero es imposible estar cómodo en esta durísima cama de hospital.

Vuelvo la cabeza para mirar afuera, observo el agua del aspersor que vuelve a golpear ruidosamente contra el cristal. Mis ojos encuentran un pequeño caracol que reptaba lentamente por la ventana. Contemplo cómo lucha por seguir avanzando.

Me gustaría decirle que se quede quieto y que espere a que todo termine. Todos sus esfuerzos son inútiles. Pero de pronto, sin previo aviso, un par de dedos lo arrancan del cristal y desaparecen de la vista tan rápido como llegaron.

¿Qué?

Me fijo con más atención y me doy cuenta de que hay alguien en el patio. Me levanto de la cama, cojo las muletas y arrastro los pies hasta la ventana. Al otro lado del cristal, una chica con ropa oscura se mueve por el patio, retirando caracoles del alcance del aspersor y poniéndolos a salvo.

Sonrío con tristeza y observo cómo sigue buscando, encuentra otro caracol y lo traslada a uno de los bancos, posándolo suavemente sobre la madera.

Cuando se da la vuelta y la farola le ilumina la cara, me quedo helado.

Marley.

El corazón me empieza a latir a triple velocidad, el estómago se me derrite y da una vuelta de campana. Cierro los ojos, intentando despertarme. Quiero escapar de este segundo sueño tan cruel. Pero al abrirlos, ella todavía sigue ahí.

Esto está sucediendo de verdad.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, ya estoy saliendo de la habitación y volando por el pasillo. Casi he llegado a la puerta cuando una enfermera se interpone en mi camino, cortándome el paso.

—¿Adónde crees que vas esta vez? —me pregunta con los brazos cruzados—. ¿Estás empeñado en volverte a romper la pierna? Se te han acabado las excursiones nocturnas.

Trato de pasar de largo, pero ella es demasiado rápida para un tipo con muletas y una sola pierna en funcionamiento.

—Maldita sea... —exclamo, frustrado. Necesito llegar al jardín. Tengo que salir antes de que vuelva a desaparecer. Está ahí. La he visto claramente. Esta vez no estoy soñando.

—¿Será posible? —exclama la enfermera, quitándome una muleta de debajo del brazo.

Me tambaleo, me apoyo contra la pared y me preparo para contratacar, pero es evidente que no voy a llegar a ninguna parte.

—Nos vemos dentro de unos días —dice una enfermera vestida con ropa desechable azul a las mujeres de la sala, ajenas a nuestra disputa. Pasa por delante de nosotros—. Me han destinado a Cardiología el resto de la semana.

Me la quedo mirando, y mis ojos se ensanchan al ver los suyos, el pelo largo y castaño, la arruga en la frente, y todo ello desencadena un recuerdo. Su rostro mirándome desde arriba mientras yo me despierto. Su voz llamando con urgencia a la doctora Benefield.

Los rasgos se parecen mucho a los de Marley, aunque esta mujer es más mayor. El pelo largo y castaño, los labios de pétalo de rosa, los cálidos ojos de color avellana, que en su caso se arrugan en las comisuras.

La veo atravesar las puertas correderas.

Y entonces... lo recuerdo.

Es la enfermera que comprobó mis constantes vitales la noche en que hui del hospital. La enfermera que me llevó en silla de ruedas a mi primera

sesión de fisioterapia.

He estado tan distraído buscando a Marley que no he prestado atención a las cosas que me rodeaban.

—Joder —digo en voz alta, y la enfermera que me corta el paso me fulmina con la mirada.

Le pido disculpas con una sonrisa, y ella tiene el detalle de devolverme la muleta antes de encaminarme a mi habitación. Corro hacia la ventana. Llego justo a tiempo para ver cómo la mujer vestida con ropa desechable llama a Marley y juntas salen del jardín. Es su madre. Tiene que serlo.

Mi mente está a punto de explotar.

Me tambaleo hasta la cama, y me desplomo.

—Joder. Joder.

Es real. Marley es real.

Cojo el teléfono de la mesilla de noche y me dispongo a escribir un mensaje a Sam, pero no me salen las palabras, no consigo expresarme bien. De modo que opto por buscar entre mis llamadas recientes y pulso el número de Kimberly.

Me arranco el teléfono de la oreja y lo desconecto rápidamente al primer timbre.

No. Todavía no. Esta vez tengo que estar completamente seguro.

Cardiología. La enfermera ha dicho que esta semana estaría en Cardiología. Y si está en Cardiología esta semana, tal vez eso signifique que Marley también estará ahí.

Me dejo caer sobre la cama y me quedo mirando al techo con una sonrisa en los labios.

## 36

A la noche siguiente, me miro el pelo rápidamente en el lavabo del cuarto de baño mientras me lavo las manos. Veo ese mechón tozudo y rebelde, pero ni siquiera me molesto en alisármelo. A Marley nunca le importó.

En cualquier caso, mi cara sigue demacrada a causa del accidente y de las semanas que he pasado en coma. ¿Me reconocerá? El tono blancuzco de mi piel es la última de mis preocupaciones en ese aspecto.

Recojo las muletas, me armo de valor, apago la luz y salgo al pasillo. Echo un vistazo al mostrador vacío de las enfermeras antes de recorrer sigilosamente el camino, escondiéndome tras las puertas y las esquinas mientras avanzo hacia el letrero donde pone *CARDIOLOGÍA* en grandes letras negras.

Empujo la puerta y la busco en silencio.

Médicos, enfermeras, camilleros; todos están distraídos con los portapapeles que llevan en las manos y la monitorización de sus pacientes. Pero Marley no está. Lo intento en una sala de espera y luego en otra, cruzando una segunda puerta para descubrir que todos los asientos están vacíos. No la veo por ninguna parte.

Lo único que hay es un libro abierto, con las páginas hacia abajo, sobre

una de las sillas verdes. Me acerco y lo cojo, estudiando la portada adornada con un intrincado y florido dibujo, antes de hojear las páginas.

Es una historia de amor de dos personas empeñadas en terminar juntas. Y comienza con un «Había una vez...».

Me dispongo a dejarlo donde estaba, pero hay algo en la portada que me resulta familiar. Me vienen a la cabeza imágenes de la noche del accidente. Las luces fluorescentes que centellean mientras me llevan en camilla por el pasillo, miro sin prestar atención a un médico con un niño en brazos, el pobre crío con la cara cubierta de lágrimas. Una mujer mayor que arrastra un tanque de oxígeno. Una chica con el pelo largo y castaño que lee un libro. Este libro.

Miro hacia la puerta, y es entonces cuando me encuentro cara a cara con los mismos ojos de color avellana de aquella noche. Los ojos con los que llevo soñando todas estas semanas.

Pero esta vez son de verdad.

Es ella.

Marley.

—Eres tú —digo, admirándola y avanzando hacia ella tan deprisa como me lo permiten las muletas—. No te he inventado.

Está distinta. Es más pálida. Más delgada. Tiene unas ojeras oscuras que apagan el vibrante color de sus ojos y lo convierten casi en marrón. Tiene los hombros encorvados, echados hacia delante, como si protegiera algo que no quiera que nadie vea.

Y, para colmo, va vestida de pies a cabeza con colores oscuros: desde el gris carbón de la sudadera con capucha hasta los zapatos negros desgastados.

No hay rastro alguno del amarillo. ¿Qué ha pasado?

—Marley —digo tendiéndole la mano—. Soy yo. Kyle.

Pero, al acercarme a ella, sale apresuradamente de la sala y desaparece a la vuelta de la esquina. Me ajusto las muletas bajo los brazos para seguirla,

pero al salir al pasillo, no sé qué dirección ha tomado. Ha desaparecido.

Me quedo helado al ver a mi madre al final del pasillo, y sé que debo dejarlo correr y volver a mi habitación, de modo que salgo a golpe de muleta de Cardiología de vuelta a mi ala del hospital. Al llegar, me derrumbo en la cama y exhalo con fuerza.

La he visto. Ella me ha visto a mí. Es real..., pero ha salido corriendo. Se me hunde el estómago por milésima vez. Eso de hacer que una chica huya literalmente de uno no puede ser bueno.

Ahora que soy capaz de ubicarla en un momento anterior a mi coma, ¿quiere eso decir que mi cerebro creó para ella todo un personaje?

¿Acaso la conozco?

¿Acaso me conoce ella a mí?

Veinticuatro horas exactas más tarde, me dirijo renqueante a la misma sala de espera de Cardiología, con la esperanza de que vuelva a estar aquí. Doblo la esquina y la veo sentada en una de las sillas verdes de cuero.

Sigue siendo tan chocante como hace dos días verla después de haber pensado que la había perdido. Verla con un aspecto tan diferente.

El pelo largo le enmarca la cara, y está concentrada en un libro abierto en su regazo. En la silla de al lado descansa una bolsa de libros, con la cremallera abierta.

Debe de notar mi presencia, porque levanta la cabeza de pronto, y al verme hace una mueca. Doy un pasito hacia ella, pero ella sacude la cabeza, se levanta de un salto, corre al cuarto de baño y cierra la puerta de un portazo a sus espaldas.

—¡Marley! —grito—. Ya me conoces.

Pero entonces dudo.

—¿No me conoces?

Lentamente, me acerco a la puerta del lavabo, llamo con suavidad y apoyo la frente contra la madera.



—No quiero asustarte. Siento haberlo hecho. Solo necesito saber si eres la Marley que creo que eres, o si simplemente vi tu cara e inventé todo el resto.

Oírme a mí mismo diciendo esto suena todavía más demencial de lo que esperaba.

Dejo de hablar y aguanto la respiración, esperando no haber sonado demasiado a acosador. Como no dice nada, continúo.

—Por favor, ¿puedes, simplemente, decirme si me conoces? Dime si eres... tú.

Espero una respuesta, pero pasan los minutos, y no llega.

Pienso en la chica de la casa. En la Marley equivocada, en lo asustada que estaba. Lo estoy volviendo a hacer. Soy un idiota por pensar que realmente me conoce y que yo la conozco a ella. Lo cierto es que estuve todo este tiempo dormido.

¿Cómo pude no haber tenido en cuenta que, si existía, no me querría?

—Lo siento. Yo... Mierda. —Doy un paso para alejarme de la puerta, negando con la cabeza—. Lo siento. Ya te dejo en paz.

Me maldigo a mí mismo. ¿Cuándo diablos voy a aprender? Con las prisas por salir de allí, la parte inferior de la muleta izquierda se enreda en algo, y mientras intento equilibrarme, suena un golpe fuerte y seco a mis espaldas. Miro al suelo y veo la correa de su bolsa de libros enredada a la muleta, y la bolsa abierta y tirada en el suelo.

Genial. Ahora pensará que he estado registrando sus cosas.

Me agacho y recojo unos lápices sueltos que se han desparramado por el suelo.

Pero al volver a meterlos en la bolsa, veo la esquina de un cuaderno de color amarillo intenso.

Me giro para mirar la puerta cerrada, antes de recogerlo con mucho cuidado. En la tapa, escrito con una caligrafía clara que me resulta familiar, figura su nombre: MARLEY PHELPS.

—Así que tienes apellido —murmuro. «Chúpate esa, Sam.»

Antes de poder pensarlo dos veces, abro una página al azar, y me quedo atónito al leer lo que hay escrito.

Es la historia que vivimos en Halloween, todo del modo exacto en que sucedió. O como lo soñé, supongo. El disfraz de jugador de fútbol zombi, el momento en que tiré el cubo de caramelos entero a los niños, sus manos desabrochándose el caparazón.

Sigo buscando, vislumbro pequeñas cosas a medida que voy leyendo por encima, recuerdos que tuve. La Feria de Invierno, ir a buscar a Georgia, comer perritos calientes junto al estanque.

Todo eso está ahí escrito.

Estoy temblando. Si todo esto estaba solo en mi cabeza, ¿cómo puede ella saberlo?

Mis ojos aterrizan en una sola palabra. «Cuentacuentos.» Pienso en la conversación que mantuvimos aquel día en el parque. Cuando me dijo qué era lo mejor de contar historias.

«El público. Sin público, un cuentacuentos solo habla al aire, pero cuando alguien le escucha...»

Alguien le escuchaba. Yo la escuchaba.

Lo más rápido que puedo cierro el cuaderno para guardarlo, pero al hacerlo, una pluma salta de la parte trasera y planea lentamente hasta el suelo.

Una pluma de pato.

La sostengo a la luz, sonriendo. Es ella. Sí que la conozco.

Y ella me conoce a mí. Por lo menos, una parte de ella me conoce, aunque no nos hayamos presentado nunca.

Suavemente, coloco la pluma sobre el cuaderno y meto la mano en mi bolsillo para sacar el pétalo de flor de cerezo que hoy arranqué del jardín. Lo dejo encima de la pluma, esperando que lo vea.

Esperando que, para ella, también signifique algo.

Espero impaciente junto a las puertas correderas del hospital, vigilando el aparcamiento para ver si llega Kimberly. Consulto el reloj por millonésima vez y suelto un gruñido, esperando que no llegue tarde. Esta no es la hora de estar operativa de Kim.

Son casi las siete y diez. Se lo va a perder.

Por fin, a la luz del aparcamiento, veo una cabeza rubia que aparece y desaparece entre los coches aparcados.

Agito los brazos frenéticamente para avisarla. Debo de parecer un loco.

Ella recorre el resto del camino corriendo, con una expresión que denota en parte confusión y en parte diversión.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es el gran secreto?

La cojo de la mano y la estiro hasta llegar a uno de los enormes pilares de piedra que están situados a la entrada del hospital.

—Kyle...

Me pongo un dedo sobre la boca para hacerla callar y hago un gesto hacia la puerta. Ella espía por detrás del pilar. Yo miro por encima de su hombro, conteniendo la respiración. Menos de un minuto más tarde, Marley y su madre, la enfermera Catherine, salen del vestíbulo y se encaminan al

aparcamiento.

—¿Qué...?

—Chitón.

Catherine da media vuelta y hace un gesto hacia Marley, que se ha quedado algo rezagada.

—¿Marley? Date prisa, cariño.

Kim abre los ojos como platos y me agarra del brazo, dándome un pellizco de tornillo.

—Dios mío —susurra, excitada. Ahora es ella la que prácticamente está temblando.

Yo sonrío como si me acabara de tocar la lotería.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —me pregunta Kimberly, cuando ya estamos de nuevo en mi habitación.

—Tres días. Quería estar seguro. Y espera... —Cojo el iPad y le doy la vuelta para enseñárselo—. Todas las cosas que os conté sobre ella eran verdad. Mira.

—Más arriba..., más despacio... Espera. ¡Para aquí! —dice ella, incapaz de contener los nervios.

—¿Te acuerdas del accidente del que te hablé? Sucedió en realidad. A este en concreto no le presté atención porque ocurrió en la otra punta del país, pero aquí lo tienes. —Le muestro el pòsit donde pone «3.075 kilómetros» y le paso el iPad, donde aparece el artículo de periódico sobre la muerte de Laura. Cuando me enteré del apellido de Marley, todas las piezas fueron encajando. Busqué más cosas en Google y encontré incluso una foto donde salían Laura y Marley sonriendo, la primera vestida de rosa y la segunda, de amarillo.

Kim repasa el artículo con una gran sonrisa de satisfacción, y lo lee hasta el final. Pero luego se pone muy seria. Sin hablar, cierra el iPad y lo deja sobre la cama. Sé que hay algo que le preocupa. Por fin, dice:

—¿Por qué me lo estás diciendo a mí? ¿Por qué no a Sam?

—Porque tú tenías razón —respondo, dirigiéndole una leve sonrisa—. En todo.

Me levanto y me acerco cojeando al armario. Rebusco en la bolsa de mi madre hasta que mis dedos encuentran la cajita azul y abollada.

Me siento junto a ella sobre la cama y se la entrego. Kim la abre, y se queda atónita al ver la pulsera de dijes que hay en el interior. Un pequeño dije con el logotipo de Berkeley, que encargué la semana pasada por Etsy, ocupa ahora el lugar de la UCLA.

—Kyle, yo...

—Kim, sigues siendo mi mejor amiga —digo—. Y ahora necesito tu ayuda, porque... me conoces mejor que nadie. Incluso mejor que Sam.

Le tiemblan los labios al ponerse la pulsera, y cuando al cabo de un momento me rodea con los brazos, los dijes tintinean ruidosamente. Me echo a reír, la abrazo a mi vez, y añado:

—Y porque ya sabes lo loco que me pongo en las cuestiones amorosas. Necesito que me ayudes a tener los pies en el suelo.

Ella resopla y asiente.

—Y que lo digas, lo sé perfectamente.

Al separarnos, ella se seca unas cuantas lágrimas y asiente con determinación.

—Muy bien. Entonces ¿cuál es el plan?

A la noche siguiente, aprovechando que mi madre ha bajado a tomar algo, voy a la tienda de regalos y me paro en seco al ver a Marley de espaldas a mí, mirando el exhibidor de caramelos. Con las manos en los bolsillos de la sudadera negra con capucha, parece que le cueste decidirse, pero yo sé que ha bajado a comprar simplemente un Kit Kat.

Dudo un momento, y me fijo en los ramos preparados que hay en el escaparate. Se me ha ocurrido una idea.

Extraigo una serie de flores de cada ramo, y me detengo al ver un pato

amarillo de peluche sobre un estante, al lado de las tarjetas de felicitación. Es idéntico al que ganó Marley en la Feria de Invierno, si bien este no lleva el traje de Santa Claus. El pato de su cuento.

Lo cojo y sigo a Marley hasta la caja. Lleva un Kit Kat en la mano. Sonrío. Vaya si la conozco.

Con suavidad, dejo una margarita sobre el mostrador, delante de ella. Al verla, la espalda se le pone rígida.

—Una margarita. Espero que recuerdes lo que significa —señalo.

Pero ella no se gira para mirarme. No dice nada. Aunque mantiene la mirada fija en los pétalos blancos.

—Tus palabras, Marley, me dieron una nueva vida —continúo mientras poso una delgada rama de cerezo sobre el mostrador. Luego dejo una hortensia, como la que ella me regaló—. Las palabras que me escribiste. Las palabras que me dijiste. Son palabras que te agradezco.

Como sigue sin girarse, continúo intentándolo y coloco una peonía solitaria en lo alto de la pequeña pila que se está formando.

—Me sentiría muy afortunado si me las volvieras a decir, Marley. Ahora que estoy despierto. ¿Lo harás, por favor?

Entonces añado la rosa amarilla, la flor definitiva. Su flor favorita.

—Por favor, habla conmigo. Como lo hacías antes.

Desvía la mirada y el pelo castaño le tapa el rostro, como una barrera que se interpone entre nosotros. Y como a estas alturas ya no tengo nada que perder, pruebo una cosa más.

Coloco suavemente el pato de peluche en lo alto de la pila. Es mi última oportunidad, un lanzamiento a canasta sobre la bocina.

—Apuesto a que le gustan las palomitas.

Contengo la respiración mientras ella coge el pato, claramente tocada. Se lo queda mirando mientras yo espero, con la esperanza de que diga algo.

Pero deja el pato, coge su chocolatina y se aleja sin decir palabra. La veo salir, veo las puertas correderas que se cierran tras ella. Maldita sea.

—Deberías haber elegido uno de los arreglos ya preparados. No mezclar todas las flores —me riñe el dependiente, que no parece nada contento, desde detrás del mostrador.

Cojo una bolsa de patatas fritas y pongo dos dólares sobre el mostrador. Me gustaría explicarle que lo he hecho porque cada flor significa una cosa diferente, pero opto por mascullar una disculpa, consciente de que la única persona a quien le importaría eso una mierda acaba de salir por la puerta.

—No puedes controlarlo todo —me dice Kim por FaceTime a la mañana siguiente. Está recogiendo la habitación, preparándose para ir a Berkeley, y lleva puesta la pulsera de dijes. Me mira intencionadamente a través de la pantalla—. Para ella es distinto que para ti, Kyle. Muy distinto.

Suspiro. Sé que tiene razón. Para Marley era distinto. Ella estaba contando una historia a un tipo en estado de coma. Una historia que nunca esperó que yo escuchara.

Pero ¿acaso se la hubiera inventado, acaso hubiera creado una vida entera para los dos si, en cierto modo, no deseara que fuese real?

—No puedes convencerla de que ha vivido algo que en realidad no vivió. Es evidente que tiene problemas gordos. Tú ya sabes de qué va eso.

—Entonces ¿qué voy a hacer?

Ya no sé cuál es el siguiente paso. Kim se encoge de hombros.

—Tienes que aprender a hablar con esta Marley.

Me desplomo contra los cojines.

Pero ¿cómo voy a hacerlo si esta Marley ni siquiera me dirige la palabra?

Unos días más tarde, avanzando con las muletas por el jardín poco después de mediodía, encuentro a Marley en la terraza de la cafetería. Kim se ha pasado la mayor parte de la mañana husmeando por el hospital, tratando de conseguir más información. En una pausa para ir a buscar un café con hielo, ha localizado a Marley y me ha chivado su ubicación.

Pero ahora que estoy aquí, no tengo ni idea de lo que voy a hacer.

Echo un vistazo disimulado y veo que está enfrascada en un libro, con el pelo tapándole la cara. La observo un segundo, y el modo en que está sentada me recuerda a esos pequeños momentos en los que hablaba de Laura. Cuando las historias tristes que se negaba a contar cernían una sombra sobre ella.

Repaso el menú y veo que sirven té helado. Se me ha ocurrido otra idea. Como si este momento estuviera predestinado a suceder.

«Un modo de hablar con esta Marley.» Puedo hacerlo escribiéndole.

Hago mi pedido, tan específico que suena extraño, y tomo prestado un bolígrafo del cajero para escribir en la parte posterior del tíquet: «Marley, tú pensabas que no te podía escuchar, pero sí pude hacerlo. Escuché tus historias, tus cuentos. Viví uno de ellos... contigo. Sé que no sueles



compartir estos recuerdos, pero fuiste todo mi mundo mientras yo dormía. Echo de menos oírte hablar. Por favor, vuelve a hablar conmigo. Cuando estés lista, estaré aquí».

Me acerco y coloco el vaso de té frente a ella y la nota a su lado. Levanta los ojos como un rayo.

—Té verde helado, sin azúcar y con menta fresca. Tu bebida de verano favorita.

Veo que tiene una silla vacía al lado, pero no me siento. Recuerdo lo dubitativa que se mostraba en el mundo soñado. No quiero imponerme.

Me tambaleo hasta una mesa un poco más alejada y me deslizo en una de las sillas. Saco el teléfono y finjo que lo estoy mirando.

Al principio, no lee la nota.

Ni siquiera levanta la cabeza del libro, sino que traza círculos con los dedos sobre la página que tiene delante.

Pero entonces, por el rabillo del ojo, veo cómo su mano se detiene abruptamente, congelada en un solo punto, y ahora sus ojos están fijos en mi mala letra.

Cierra el libro y se levanta, y yo trato desesperadamente de redirigir la atención a mi Instagram, pero no lo consigo. Esto es superior a mí.

Alzo la vista y veo que me está mirando. Sus ojos aguantan mi mirada por primera vez desde que salí del coma, y comprendo el debate que se libra en su interior. Aguanto la respiración, pero en vez de acercarse, da media vuelta y abandona la terraza de la cafetería en dirección al hospital, con el libro bajo el brazo.

Me quedo mirando fijamente el té helado intacto, la humedad del vaso que se filtra en la nota, la tinta que emborrona las palabras amontonadas.

Suspiro y envío un mensaje a Kim para decirle que puede reunirse ahora conmigo en la cafetería, y al cabo de pocos minutos aparece y se sienta en la silla de enfrente, con las gafas de sol puestas y un café con hielo todavía en la mano.

—Muy bien —dice con expresión de querer ir al grano. Se está tomando muy en serio su papel en todo esto, se desliza disimuladamente por el hospital como una agente secreta—. He tardado un poco en encontrar a alguien que supiera de qué diablos le estaba hablando, pero por fin he conseguido que una enfermera me hiciera caso al terminar su turno. Parece ser que la chica se queda aquí todo el tiempo mientras su madre trabaja —dice, y de repente saca un horario con códigos de colores mientras se sube las gafas de sol hasta la frente.

—¿Cómo lo has conseguido...?

Kim mira a izquierda y derecha, observando con suspicacia la mesa contigua a la nuestra, todavía en pleno modo de reconocimiento.

—No hagas preguntas —contesta, y enseguida examina la hoja y me indica una casilla azul con el nombre CATHERINE PHELPS—. La cuestión es que su madre hace turnos de doce horas los lunes y los martes, y de viernes a domingo. Dejan que Marley se quede aquí porque es muy callada. Lee mucho. Cada día da un paseo por el recinto del hospital antes de almorzar, sola, junto a la fuente.

Se encoge de hombros y me pasa el horario por encima de la mesa.

Lo doblo y me lo meto en el bolsillo, bastante impresionado por todo lo que ha descubierto Kim, pero todavía no ha terminado.

—Pero ¿sabes lo más raro de todo? Que tú no eres el único con quien no quiere hablar. No habla nunca con nadie. Así que no estoy segura de que vayas a conseguir comunicarte con ella.

Pero yo sé que lo conseguiré. Porque ya lo hice en una ocasión. Es posible que no hable con nadie más, pero en algún momento habló conmigo. Solo tengo que encontrar la manera, aunque ahora mismo no se lo puedo explicar a Kim.

Se recuesta contra el respaldo de la silla y da un largo sorbo al vaso de café con hielo, pensativa.

—No entiendo por qué lo hace. ¿Quién es capaz de negarse a hablar

pudiendo hacerlo?

Pienso en el pelo de Marley tapándole la cara, en los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho en el momento en que se alejaba, escondiendo cada parte de sí misma, como un caracol.

—Alguien que se está escondiendo de la vida.

## 39

No viene a verme.

Pasan dos días, y luego tres. La doctora Benefield me ha dicho que pronto podremos empezar a hablar sobre darme de alta. Los escáneres más recientes del cerebro han dado un resultado normal, y los huesos de la pierna se están curando mucho mejor ahora que no estoy tumbado en estado de inconsciencia las veinticuatro horas, siete días a la semana. Mi madre está bastante emocionada, pero yo no puedo evitar estar nervioso.

Tengo miedo de que no llegue a tiempo.

Al cuarto día, me dirijo yo solo a la sala de fisioterapia para distraerme, y me dispongo a ejecutar lentamente la lista de ejercicios de fuerza que Henry me dio para cuando estuviera de humor.

Me detengo en el momento álgido del séptimo alzamiento de pierna. Pienso en Marley en la terraza de la cafetería. Sigo viendo cómo se debatían sus ojos después de leer mi nota.

Tal vez podría intentar algo parecido de nuevo...

No. Sacudo la cabeza y me incorporo. Le dije que viniera a verme cuando estuviera lista para hablar conmigo. Si todavía no lo ha hecho, es que no está preparada. O... tal vez significa que todos tenían razón.

Intento contener la sensación de hundimiento que me agarrota el pecho, estiro los brazos para sujetarme a una barra y me ayudo a ponerme en pie.

Tal vez, en efecto, ella no sea mi Marley.

Me dispongo a hacer unos estiramientos de pantorrilla en posición vertical, pero me detengo en seco al mirar hacia la puerta de cristal que da al pasillo y ver a...

Marley. Me está mirando.

Abre mucho los ojos al darse cuenta de que la he visto, y luego da media vuelta y desaparece de mi campo de visión.

O tal vez sí que lo sea.

Intento correr tras ella, pero mi pierna va tan lenta que seguro que ya hace mucho que ha desaparecido cuando consigo salir al pasillo.

La doctora Benefield dice que ya no necesito las muletas, pero lo más probable es que hasta una tortuga me dejara en ridículo.

Vuelvo a la sala de Cardiología, pero el ascensor sube con una lentitud exasperante. Al abrirse las puertas, cojeo hacia la sala de espera donde la encontré una vez, con el corazón martilleándome con fuerza contra el pecho.

Pero esta vez está vacía. No hay rastro de su mochila ni de su cuaderno de notas amarillo ni del libro que estaba leyendo hace unos días. Nada.

Suelto un fuerte suspiro y me derrumbo sobre una de las sillas.

Me quedo sentado un momento, escuchando el rumor del televisor que llega desde la otra punta de la sala y el sonido chirriante de los zapatos de una enfermera que camina por el pasillo.

Me estaba mirando.

Aunque no dijera nada, allí estaba. Plantada tras la puerta de la sala de fisioterapia. Si hubiera pensado que estoy loco, no me habría venido a buscar, ¿verdad?

Suspirando, vuelvo a mi habitación y me derrumbo sobre la cama. Me duele la pierna de tanto ajetreo. Observo cómo el agua golpea con fuerza la

ventana y luego se interrumpe del todo al segundo siguiente. Reaparece al cabo de un momento.

«Los aspersores del jardín.» Donde la vi por primera vez. Me levanto y ya estoy en marcha antes incluso de que impacte el siguiente chorro.

Cojeo tan rápido como puedo por el pasillo y cruzo sigilosamente la puerta de salida aprovechando que la enfermera de guardia está enfrascada en una conversación con otra persona, un poco más allá. El aire de finales de verano es cálido y pegajoso. Húmedo. El dulce aroma de las flores que se alinean en el camino llena el ambiente.

La luz del sol se está atenuando y ya se han encendido las farolas, que proyectan un cálido resplandor amarillo, mucho más suave que el de las luces fluorescentes del hospital.

Localizo una figura con el pelo largo que recoge caracoles de debajo de la vegetación empapada y los traslada a una repisa de piedra. Vacilo antes de dirigirme con la máxima cautela hacia ella, y sonrío al ver la expresión concentrada de su rostro. Es como un *déjà vu*. Un recuerdo que cobra vida.

—Recuerdo la primera vez que te vi haciendo eso —digo. Ella no alza la vista—. Estaba lloviendo en nuestro lugar preferido del estanque, y de vuelta al coche te detuviste a recoger todos los caracoles del camino. Tenías miedo de que alguien los pisara.

Ella continúa recogiénolos y trasladándolos como si no me estuviera oyendo.

—Fue uno de los primeros momentos en que me di cuenta de que me había metido en un lío —continúo, recordando la paciencia con la que recogía todos y cada uno de los caracoles—. Nunca había conocido a nadie como tú, Marley. Y todavía no lo he hecho.

Lo sigo intentando.

—Una vez me dijiste que te gustaba hablar conmigo. Pues bien..., habla conmigo. De lo que tú quieras. Pero habla conmigo.

Con mucho cuidado, pone a salvo el siguiente caracol, y al hacerlo me

fijo en el collar de zafiro rosa que lleva colgado al cuello, la joya que reluce en la luz tenue. Casi me olvido de dónde estoy cuando de repente lo entiendo todo.

Laura.

¿Es esa la razón por la que no quiere hablar conmigo? Tal vez..., tal vez esta Marley también esté sufriendo.

Abro la boca para decir algo, pero no quiero ir demasiado lejos. Aquella Marley necesitó su tiempo para estar preparada. Y esta Marley también lo debe de necesitar.

Y así, sin saber qué otra cosa hacer, me agacho y recojo un caracol para ponerlo a salvo y permanezco en silencio junto a ella. Y espero. Con la esperanza de que quiera hablar conmigo cuando esté preparada para hacerlo.

## 40

La madre de Marley libra los miércoles y los jueves, de modo que intento ocupar el tiempo que falta hasta el viernes con tantas distracciones como me es posible.

Desayuno cada mañana con mi madre antes de que se vaya a trabajar, hago fisioterapia por las tardes para reforzar la pierna y luego paso la tarde-noche con Kim y con Sam hasta que vuelve a llegar la hora de cerrar los ojos e irse a dormir.

La parte buena de que su madre no trabaje los miércoles ni los jueves es que tengo dos días para planificar mi siguiente intento para derribar el muro que nos separa a Marley y a mí.

El jueves por la noche, Kim y Sam vienen a verme con unas pizzas, y los tres miramos en la tele una reposición de *Construyendo un parque*. Pero en realidad yo estoy mirando mi portátil, Sam está mirando a Kim, y Kim está... Alzo la vista cuando ella me da un codazo en la rodilla, y cierro el portátil de golpe, sobresaltado.

¿Quién dice que estoy nervioso?

Me echo a reír ante mi exagerada reacción y le regalo una rápida sonrisa antes de devolver la atención al televisor, fingiendo que no he visto ya ocho



veces el episodio de «El pequeño Sebastián». Por el rabillo del ojo, veo que Kim me mira con los ojos entrecerrados.

Sé que sabe que estoy tramando algo, pero no quiere preguntármelo estando Sam presente.

Se me hace raro no habérselo contado todavía a Sam, pero después del incidente de hace dos semanas, prefiero no hacer una salida en falso y decirle algo demasiado pronto, por si acaso todo termina en una nueva decepción.

Sonrío para mí mismo, observando cómo ambos hacen esfuerzos por no mirarse.

Recuerdo las primeras veces que estuve con Marley en el parque. El modo en que nos mirábamos sin parar, con aquella fuerza imparable que actuaba entre nosotros como un imán. Todavía soy capaz de ver aquella mirada tímida que me dirigía cuando nuestros ojos se encontraban, aunque fuera solo por un segundo.

Mis dedos repiquetean con impaciencia sobre la tapa del portátil.

—Bueno —dice Kim al terminar el episodio, sacudiéndose de los *leggings* algunas migas de pizza—. Será mejor que nos vayamos.

Dirige a Sam una sonrisa cariñosa.

—¿Me acompañas hasta el coche?

Nunca había visto a ese tío moverse tan deprisa. Ni en la final del campeonato. Ha conseguido ponerse de pie, listo para salir, en menos de un cuarto de segundo.

—Nos vemos —me despido, y abro rápidamente el portátil en cuanto la puerta se cierra a sus espaldas.

Afortunadamente, el carrito de la compra *online* todavía no ha expirado. Clico en mis entradas y hago el pedido. Una marca de verificación verde aparece en la pantalla.

Ya está. Es mi última esperanza.

Tres días más tarde, sentado en un banco del jardín, un poco antes de la hora del almuerzo, contemplo cómo los pétalos del cerezo caen lentamente al suelo. El viento traslada un ligero soplo de agua de la fuente hasta mi cara, y cuando levanto la vista, mis ojos aterrizan en una silueta familiar, sentada en una repisa, con el pelo largo y castaño caído sobre el rostro mientras mira su reflejo en el agua.

Es Marley. Ha venido a almorzar junto a la fuente, justo a tiempo.

Me levanto y me acerco cautelosamente, y veo cómo mi rostro se refleja en el agua junto al suyo, como aquel día en el estanque.

Ella cierra los ojos y ladea la cabeza. Me pregunto si lo que tanto le está afectando es vernos tan juntos. A mí también me resulta bastante surrealista.

—Solo tengo una cosa más que decir, y luego, si quieres, me iré —digo, observando cómo unas gotitas forman ondas sobre la superficie del agua—. Me estoy esforzando por no ser tan controlador como lo era antes. Por lo tanto, si eso es lo que quieres, te dejaré en paz. Te lo prometo.

Tomo aire, me recompongo y empiezo a pronunciar las palabras que por fin he encontrado. No sé si son las más adecuadas, pero son las mías.

—De todas las personas dormidas con las que podrías haber hablado en este hospital, me elegiste a mí —afirmo—. Tengo que creer que fue por alguna razón. La misma razón por la que no pude evitar escucharte, Marley.

Me giro para mirarla, admirando su perfil. Las pecas de la nariz. Las ojeras. Los ojos de color avellana que tanto recordaba, todavía cansados, opacos. Quiero quitarle este peso de encima, pero para eso ella tiene que ceder. Ahora lo comprendo.

—Tú y yo estábamos destinados a encontrarnos. Y ahora, aquí estamos. Juntos, pero... no.

Pienso en nosotros dos cayendo sobre la hierba, en el parque, el día en que se nos escapó la cometa. Pienso en el beso bajo el muérdago en la Feria de Invierno. En las mejillas de Marley rosadas a causa del frío. En la simple

sensación de darle la mano, de sentir sus dedos protegidos entre los míos.

—Hubo un lugar donde yo te amaba, un lugar construido con tus palabras, y la felicidad que compartimos era tan real como cualquier otra cosa del mundo real —continúo, con el corazón latiéndome de manera irregular en el pecho—. Allí, llegamos a conocernos porque hablábamos entre nosotros. Nos lo contábamos todo. Y yo me enamoré de ti..., de tu corazón. De ti tal como apareces en tus historias. No puedes haberte inventado a esa Marley... Estoy listo para iniciar de nuevo nuestra historia, desde el principio mismo, si me das una oportunidad para hacerte feliz.

Veo las lágrimas que se acumulan en sus ojos, veo cómo intenta combairlas.

Me gustaría saber lo que pasa por su cabeza, querría saber por qué lucha con tanta fuerza. Por qué se esconde.

Respira hondo, su pecho sube y baja.

Por fin, susurra una única palabra.

—No.

Estoy tan eufórico de oír su voz que casi no capto el significado. Y entonces siento una presión en los pulmones, pues esa única palabra me ha dejado sin aliento.

—No puedo —añade con una voz ronca y apenas audible—. No puedo ser feliz.

Las palabras de aquella última noche se abalanzan de golpe sobre mí.

«No estábamos destinados a ser tan felices.»

—¿Por qué no? —pregunto, intentando mantener la voz firme, como si todo mi mundo no pendiera de un hilo.

—Si de veras me conoces tanto —dice sin dejar de mirar a su reflejo—, ya sabes por qué.

—Laura.

Lo que siempre me separa de ella cada vez que se acerca un poco.

—Comprendo lo dura que su pérdida debe de ser para ti, pero créeme,

Marley...

—¡Murió por mi culpa! —dice con la voz rota—. Vi venir el coche. Lo vi y me quedé petrificada. No la salvé. Ni siquiera lo intenté. —Respira largamente y luego continúa—. Laura me habría salvado. Lo habría hecho...

Se detiene y vuelve a aguantarse las lágrimas.

—Entonces ¿Laura no te salvaría ahora? —pregunto, acercándome un poco más, desesperado por hacérselo comprender—. ¿No te pediría que fueras feliz...?

—No puedo ser feliz. No puedo llorar y sentirme mal por lo de Laura, porque yo soy la culpable de que ella no pueda sentir nada —dice, frustrada, desconsolada—. De modo que no puedo quererte, Kyle. No lo haré.

Las palabras rebotan en el interior de mi cabeza. «No puedo quererte, Kyle. No lo haré.» Ha pronunciado mi nombre como si lo hubiera dicho mil veces antes, como si me conociera. Como... si ya me quisiera. Porque... ¿cómo puede decir que no va a quererme si ese no es ya su deseo?

Es entonces cuando me doy cuenta de que sus dedos están entrelazados con fuerza entre los míos. La sensación me resulta tan familiar que ni siquiera soy consciente de cuándo nos hemos cogido. Solo sé que su mano está dentro de la mía.

Giro la palma de la mano, enrosco mis dedos con los suyos y rezo en silencio para que el universo haga que esto funcione. «Por favor, por favor, por favor, haz que esto funcione.»

—He viajado por muchos caminos para encontrar este tesoro, este pedazo de mí —digo con suavidad.

Ella levanta la vista, alarmada, mientras yo meto la mano en el bolsillo.

—Pero fuiste tú quien lo encontró y me lo devolvió —continúo, levantando la mano, con la palma boca arriba, entre los dos. Tengo los dedos cerrados y escondo algo—. Ahora quiero dártelo.

Marley mira mi mano y luego mi cara, con una expresión de perplejidad. Vuelve a mirar hacia abajo mientras yo abro lentamente los dedos.

En el centro de la mano descansa una perla perfecta, blanca como la nieve.

Marley respira entrecortadamente mientras yo le levanto la mano y le coloco suavemente la perla en la palma. Es demasiado. Le tiembla el labio, la presa se rompe. Las lágrimas que lleva años conteniendo se desbordan por fin. La rodeo con los brazos y ella entierra su cara contra mi pecho.

Permanezco sentado, abrazándola, dejando que lllore. La protejo mientras ella siente el dolor que nunca se había permitido sentir.

Después nos sentamos bajo el cerezo. Todavía tiene los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

Va arrancando florecillas de entre las hebras de hierba, y docenas de ellas se acumulan en el suelo, a nuestro alrededor.

—No sé qué hacer ahora —dice. El pelo le cae sobre la cara, protegiéndola todavía ligeramente de mí y de todos los demás.

Acaricio su mano con suavidad, y aquella atracción magnética que nos conectaba vuelve a revivir. De algún modo, es más fuerte que nunca.

—Lo iremos viendo sobre la marcha —propongo, y sus ojos de color avellana se alzan para encontrarse con los míos—. Te he esperado todo este tiempo. Cuanto más despacio vamos, más tiempo dura.

Levanto la mano para colocarle una Doris Day amarilla tras la oreja.

—Y a mí ya me parece bien.

Un pequeño indicio de sonrisa tímida me hace saber que a ella también le parece bien.

# 41

A la noche siguiente nos encontramos en la sala de espera de Cardiología, y Marley me pasa el cuaderno amarillo de los cuentos.

Es genial ver la historia que escribió sobre nosotros, el mundo en el que yo viví durante un año entero, escrita aquí sobre el papel. Descubro los puntos en los que mi cerebro llenó los huecos, construyendo, fabricando recuerdos reales a partir de cada una de sus frases.

Le hablo de esos momentos. Le cuento que estaba convencido de que Kim había muerto en el accidente. Que casi me volví loco intentando preparar la salsa bearnesa de mi madre. Que me peleé con Sam durante uno de los partidos de fútbol que jugamos en el parque.

Me echo a reír al leer algunos párrafos sobre la vez en que dimos de comer a los patos en el estanque, y uno de ellos, grande, marrón y blanco, estuvo a punto de arrancarme un dedo mientras Marley se mondaba de risa. La miro con afecto, sentada en el extremo opuesto del sofá, y me empapo de la leve sonrisa que se dibuja en su cara. La misma chica de la que me enamoré.

Es real.

Estudio las ojeras que rodean sus ojos, la cortina de pelo que la esconde

del resto del mundo. Su tristeza es mayor ahora que en mi sueño, porque aquí me lo deja ver todo. No se esconde detrás de sus palabras, escribiendo sobre la persona que desearía ser tan desesperadamente. A veces, esa nube negra la cubre del todo, pero aun así también soy capaz de ver a la Marley que conozco, escondida entre las sombras, luchando por salir a la superficie.

Yo crecí en ese mundo soñado. Pero creo que ella también lo hizo.

—Ese pato que casi me arranca el dedo... era el mismo que me persiguió aquella otra vez, ¿verdad?

Los labios de Marley se levantan por las comisuras.

—No paró hasta que le diste el resto de las palomitas. —Su pierna roza levemente la mía al cambiar de posición, y mi corazón se salta un latido—. Aquel pato siempre fue mi favorito.

—Por supuesto que sí —me río, chinchándola—. ¿Escribías todo lo que me contabas? —pregunto, señalando la página que tengo delante.

Ella asiente, repasando ligeramente con el dedo la tapa del cuaderno.

—Lo intenté. A veces me ponía a hablar y la historia salía sola. Ni siquiera tenía tiempo para escribirla.

—¿Qué escribiste sobre la primera vez que nos conocimos? —pregunto, retrocediendo al principio, pensando en ese momento. Me he emocionado tanto buscando ciertos recuerdos que ni siquiera he empezado por la primera página—. ¿Qué parecía una ruina total? ¿Una basura andante?

Marley se echa a reír y sacude la cabeza, y la expresión de sus ojos avellana hace que me funda.

—Seguro que no dije eso.

Sonrío para mí mismo y dirijo la atención otra vez al cuaderno. Las palabras saltan de la página.

«Ella le vio y lo supo. Supo que él la entendería.»

Al día siguiente, sigo repasando meticulosamente todas las páginas de

internet sobre perros en adopción, haciendo un esfuerzo por concentrarme en el sedoso malamute de Alaska o en el corpulento bulldog, pero no puedo parar de pensar en el brazo de Marley que reposa sobre el mío.

En esto, y en el hecho de estar codo con codo en la pequeña cama del hospital, con su cara literalmente a pocos centímetros de la mía. Me fuerzo por apartar la idea de la cabeza.

«Nos lo estamos tomando con calma. Contrólate, Lafferty.»

Detengo la búsqueda y le señalo un yorkie plateado.

Marley se incorpora y me arrebató el iPad, abriendo los ojos como platos mientras repasa todas las fotos del perrito.

—Dios mío. Es ella. ¡Es Georgia!

Y vaya si lo es. Hasta en las marcas de las patas.

—¿Te gusta? —pregunto mirando la página por encima de su hombro.

—Oh. —Se detiene y se echa hacia atrás, desinflándose como un globo. Hay una casilla de color rojo en una esquina de la foto: ADOPTADA—. Alguien se nos ha adelantado.

—Bueno —digo, fingiendo una gran decepción—. Tal vez irá a parar a un buen hogar.

Marley pone los ojos en blanco, como lo hubiera hecho en el sueño, y... tengo la sensación de que no nos hemos separado nunca. De pronto, la electricidad crepita entre los dos, tal como yo lo recordaba. Noto cómo ambos nos echamos un poco hacia delante.

Ella duda, levanta tentativamente la mano para alisarme el pelo, me toca la cicatriz, las suaves yemas de sus dedos se detienen en mi mejilla, en mi boca, repasan mis labios, y el tacto me resulta familiar y nuevo al mismo tiempo.

Aganto la respiración al notar que ella se inclina un poco más, y nuestros labios ya casi se tocan cuando de pronto la puerta se abre de par en par.

—Oh, mierda. Lo siento —dice Kim desde el umbral.



Marley y yo nos separamos, sobresaltados.

—Pronto —digo, soltando un gruñido—. Llegas demasiado pronto.

Miro primero a Kim y luego a Marley. La expresión de alarma de esta se convierte en sorpresa al ver lo que Kim acuna entre los brazos. Es el yorkie plateado de la página web de adopción de perros. El cachorro, al ver a Marley, se pone como un loco y suelta unos pequeños ladridos agudos.

La perrita es tal cual aparece en la foto, pero más bonita todavía, y lleva un lacito amarillo anudado al cuello.

Me he pasado toda la tarde intentando atárselo bien, hasta que Kim me ha quitado de en medio, con el razonamiento de que no ha sido animadora durante los últimos diez años para tener que presenciar cómo alguien destroza un lazo.

—Vaya. He metido la pata a base de bien, ¿verdad? Mierda. Lo siento mucho —dice Kim al tiempo que cierra rápidamente la puerta para que no nos metamos en un lío, pues la perra sigue ladrando—. Hola, Marley, yo soy...

—Georgia —susurra Marley.

—Bueno, vale. Sí... —dice Kim, que se ha quedado de piedra. Hace una pausa y entrecierra los ojos mientras va procesando que Marley no la está llamando a ella—. Quiero decir... no...

Pongo los ojos en blanco y le hago un ademán con la cabeza. En todos estos años, nunca la había visto tan nerviosa.

Es bastante adorable, para ser sincero.

Sonrío y hago un gesto hacia la perrita, y ella cae en la cuenta y recupera la compostura.

Se vuelve hacia Marley y la contempla de arriba abajo.

—Soy Kimberly —dice, dejando claro que su nombre no es, en realidad, Georgia.

Marley sonríe con timidez y se pasa el pelo por detrás de la oreja.

—Ya lo sé.

Mira nerviosa un punto intermedio entre nosotros dos.

Y Kim, que sigue sin saber qué hacer, vuelve a mirarme. Y yo señalo al cachorrito y susurro audiblemente:

—Dáselo.

—¡Ah, sí! Claro. —Levanta el perro—. Esto es para ti.

Marley me mira con los ojos de color avellana llenos de asombro.

Kim deja a Georgia sobre la cama, y el cachorrito salta sobre las piernas de Marley, que suspira al tiempo que se seca una lágrima.

—Oh, tío —dice Kim, superdesconsolada—. Menuda sorpresa tan terrible. Lo he hecho fatal. Lo siento mucho...

De pronto, Marley pasa la mano por encima de mí y coge la de Kim.

—Es perfecta —dice, mientras Georgia se lanza sobre su regazo, sin parar de serpentear y darle lametazos—. Gracias.

Kim suelta un largo suspiro, relajándose por fin. Sonríe y mira la mano de Marley, dentro de la suya.

—Me alegro de conocerte por fin.

—Y yo me alegro... de que estés viva —dice Marley, torpemente.

Hay un largo silencio, y entonces Kim y yo perdemos por completo el control hasta que lloramos de tanto reír. Marley se une tímidamente a nosotros después de una pausa, y la pequeña Georgia, para no ser menos, suelta un agudo ladrido.

Abrazo a Marley, totalmente enamorado. Nunca más la dejaré marchar.

De pronto llaman a la puerta, y los tres levantamos la mirada y vemos a mi madre y a Sam, petrificados en el umbral, ambos ignorantes del lío en el que se han metido.

Noto que Marley se remueve inquieta, se separa de mí con los ojos llenos de cautela. Esto es mucha gente de golpe. Se dispone a levantarse, pero yo le pongo la mano encima del brazo para calmarla.

—Tranquila —murmuro. Sus ojos encuentran los míos, la tensión disminuye poco a poco. Vuelve a sentarse y se queda mirando a mi madre y

a Sam, pero permanece en silencio.

—Mamá, Sam —digo con una sonrisa de mil vatios en la cara—, os presento a Marley.

Es como si hubieran visto a un extraterrestre. Se quedan ahí plantados, mirando con ojos incrédulos durante diez segundos enteros. Entonces mi madre pega un grito y corre hacia la cama.

Yo tiendo los brazos, intentando detenerla, pero no sirve de nada. Se lanza a abrazar a Marley, que me mira impotente, y luego a Kim, que se encoge de hombros como diciendo: «Encájalo, chica».

Y entonces, de improviso, Marley la abraza también.

Miro a Sam, que sigue en el umbral, intentando recuperar la compostura. Sacude la cabeza con arrepentimiento y me ofrece una de sus sonrisas de soslayo.

—Qué suerte tienes, cabronazo...

—¡Sam! —dice mi madre, separándose de Marley para reñirle.

Él hace una mueca.

—Disculpe, señora Lafferty.

Mi madre se lo queda mirando un instante, y entonces... Marley se echa a reír. Es una risa contagiosa, que se propaga por la habitación y hace que, al final, todos acabemos tronchándonos de risa, y un nuevo recuerdo va tomando forma, real y maravilloso.

## 42

A la mañana siguiente, temprano, miro en el móvil las fotos que hice ayer. Hay una de Georgia donde está monísima, correteando con todos nosotros en el jardín. Otra de Sam y Kim riéndose sentados al borde de la fuente. Y finalmente una foto de Marley, la única que tengo de ella. Lleva una rosa amarilla detrás de la oreja y la pequeña Georgia descansa en su regazo.

No puede decirse que esté sonriendo, pero está muy guapa.

Alguien llama con suavidad a la puerta, y ante mi sorpresa, al abrirse, veo a la madre de Marley plantada en el umbral, sin su ropa desechable de enfermera habitual. Me mira largamente antes de aclararse la garganta y empezar a hablar.

—Me ha contado lo que has hecho.

Echo un rápido vistazo al calendario que enganché en la pared, por debajo del televisor, y compruebo que hoy es miércoles. Suele ser uno de sus días libres.

Vaya.

Camina hasta la cama, y sus cejas se cierran igual que las de Marley cuando está enojada.

—Lo siento —digo incorporándome—. Yo...

—Me lo ha dicho —repite con la voz quebrada—. Hacía años... Volver a oír su voz... Gracias.

Me da un abrazo, y yo siento una oleada de alivio al darme cuenta de que no ha venido a decirme que es alérgica mortal a los perros o que me mantenga alejado de Marley con mis tonterías de soñador. Pero, por encima de todo, me alegro muchísimo de que Marley le haya hablado.

—Bueno —digo mientras ella se separa de mí, secándose las lágrimas—. ¿Quiere eso decir que no está furiosa por lo del perro?

Ella se echa a reír, y niega con la cabeza.

—Sería bastante difícil ponerse furiosa por algo tan adorable.

Una hora más tarde, el equipo entero viene a verme: mi madre, Kimberly y Sam irrumpen en la habitación, cargados con *bagels* de la tienda de al lado del instituto. Se desparraman por cada centímetro de espacio disponible, y aun así no tienen bastante. Sam sale de la habitación y vuelve unos segundos más tarde rodando en una silla de oficina sobrante que ha sacado de la enfermería.

Justo en el momento en que estoy empezando a disfrutar de mi *bagel* con crema de queso, llaman a la puerta y entra la doctora Benefield.

—Perfecto. Está aquí toda la tropa —dice mientras se coloca las gafas en la cabeza—. ¿Qué te parece si nos devuelves la cama de una vez? Podemos darte de alta dentro de un par de días.

Casi me rompo el cuello de tanto asentir.

Miro a un lado y veo que Kim prácticamente da botes de alegría. Tengo miedo de que se ponga a hacer uno de sus numeritos de animadora, aquí y ahora.

—¡Maravilloso! Lo primero es lo primero, tenemos que organizar una cena. Con Marley —dice mi madre, que ya está haciendo planes—. Y yo intentaré calmarme. Ya me entiendes, intentaré no ser yo misma. No quiero ir demasiado deprisa...

La interrumpo, negando con la cabeza.

—Sé tú misma, mamá. Eres genial.

Me da un gran abrazo y me besa la frente, justo por debajo de la cicatriz. Entonces se le ensombrece la expresión.

—Siento no haberte creído.

Sonrío de nuevo, encogiéndome de hombros.

—Probablemente, yo tampoco me habría creído a mí mismo.

Mi madre se vuelve hacia Kimberly, radiante.

—Y tú, pillina...

—Meter a escondidas un cachorro en un hospital es bastante alucinante —dice Sam, orgulloso, pero enseguida se queda helado al ver que la doctora Benefield arquea las cejas, sorprendida.

—No voy a preguntar nada —dice, y luego vuelve a dirigirse a mí con una sonrisa cómplice—. Esta mañana nadie habla de otra cosa —continúa, señalando la puerta—. Parece que se ha demostrado que los sueños se hacen realidad.

Le devuelvo la sonrisa. Vaya si se hacen realidad.

## 43

Al día siguiente, Sam pasa a verme por la tarde, y los dos salimos a pasear por el jardín. Sus zancadas, normalmente largas, se ven algo recortadas por mi cojera, y ambos nos acercamos poco a poco al roble.

Hago una pausa, tomo una instantánea de las Doris Day amarillas, y añado un «HOLA» antes de enviársela a Marley.

—Dios mío, sí que te ha dado fuerte.

Le sonrío, encogiéndome de hombros.

—Pues sí. ¿A ti no?

Pero Sam no muerde el anzuelo. En su lugar, hace ver que levanta un móvil e imita mi cara de selfi.

Lo empujo en broma justo en el momento en que mi móvil zumba ruidosamente en el bolsillo trasero del pantalón. Lo cojo, acepto la llamada y me protejo de Sam mientras él intenta quitarme el teléfono.

—Hola... Eo... ¿Qué tal? —le digo al tiempo que trato de sacarme a Sam de encima—. ¿Qué haces?

—Estoy en el parque jugando con Georgia —dice Marley, y su voz llega con suavidad por el altavoz.

—¿Puedo ver? —pregunto, dándole otro codazo a Sam antes de que

pueda decir alguna estupidez al teléfono.

—Eh... —dice ella, dudando.

—No pasa nada. No es necesario...

—No, está bien —contesta, y cambia la llamada a FaceTime.

Su cara aparece frente a los árboles altos y la hierba del parque. Esta mañana ha ido al cementerio a hablar con Laura y parece que lo está llevando bastante bien. Examino su rostro mientras ella se pasa el pelo por detrás de la oreja.

Parece que ha ido bien. Me gustaría preguntárselo, pero...

Sam.

Su cabeza aparece en el encuadre y sonrío y saluda a Marley con la mano. Lo aparto de un empujón, sonriendo.

—No hagas caso a Sam —digo, y Sam hace pucheros y mira la pantalla, cómodamente invisible—. ¿Qué está haciendo Georgia? Déjame ver.

Marley gira la cámara para enseñar a unos niños que juegan con Georgia en la hierba, junto al camino del parque. El cachorrito persigue una pelota de tenis que es demasiado grande para su boca.

—Son muy cariñosos —dice Marley fuera de pantalla, mientras uno de los niños recoge la bola y empiezan a pasársela entre ellos. A Georgia le cuelga la lengua mientras corre arriba y abajo entre ellos.

—Mira cómo corre —digo, y ahora me doy cuenta de cuánto he echado de menos a esa bolita de energía—. ¿Estás sola?

La cámara gira y su cara reaparece, con los ojos de color avellana reluciendo al sol de la tarde.

—Mi madre está aquí conmigo. Está dando de comer a los patos... —contesta, y compartimos una pequeña mirada cómplice.

—Palomitas —decimos al mismo tiempo.

—Hablando de madres —digo, introduciendo el tema como quien no quiere la cosa—. Te lo digo para que te lo pienses. No hay ninguna prisa, claro —le adelanto rápidamente. Sigo sin tener claro qué es ir demasiado



rápido—. Mi madre tiene muchas ganas de cenar contigo y...

Me detengo, contemplando cómo ella aparta la mirada de la cámara, con los ojos horrorizados, pero no ante la perspectiva de la cena.

—¡Georgia! —dice, y el teléfono se aparta de su cara. Durante una fracción de segundo, veo la pelota que bota hacia la carretera, al otro lado del camino, y a Georgia saltar tras ella. Marley echa a correr.

—¡Marley! ¿Qué haces? —chillo, y la pantalla muestra una imagen borrosa de sus piernas, sigue llevando el teléfono en la mano mientras corre.

Un pánico que me resulta familiar me hiela las venas.

Entonces, de repente, el movimiento se detiene y la cámara se columpia hasta que muestra a Marley al borde del camino, con la calle detrás, y Georgia sana y salva entre sus brazos.

—La tengo. Casi perdemos a nuestra chica...

Pero detrás de ella, veo la pelota en medio de la calzada y a un niño pequeño que corre hacia ella.

—¡Cuidado, Joey! —grita una voz desde algún lugar, fuera del campo de visión.

Marley gira la cabeza hacia el niño pequeño. Sus ojos se vuelven hacia mí por una fracción de segundo, y su expresión me llena de terror.

Sé perfectamente lo que está a punto de hacer antes de que lo haga.

—¡No! —grito, intentando detenerla—. ¡Mar...!

El teléfono cae de sus manos, y la pantalla se llena totalmente de verde al aterrizar entre la hierba. Oigo el chirrido de unos neumáticos, y luego los gritos de los niños.

—¡Marley! —grito, impotente—. ¡Marley!

Me tambaleo hacia el interior del hospital tan rápido como puedo, enojado con esta maldita pierna lenta. Sam ya ha corrido por delante de mí. En cuanto entro, me obligan a sentarme en una silla de ruedas. Sam se inclina sobre mí, tiene el rostro sobre mi cara.

—Deja de gritar, Kyle.

¿Estoy gritando? Tengo la garganta ronca. Seca. Sí, seguro que estoy gritando. Pero no puedo parar. Marley necesita ayuda. Tengo que pedir ayuda. Lucho contra las manos que me retienen en la silla, pero antes de poder levantarme otra vez, noto el pinchazo de una aguja y todo se vuelve oscuro.

## 44

Me despierto de golpe en mi cama de hospital, gritando todavía su nombre.

—¡No! Marley...

Unas manos me agarran por los brazos, y al levantar la mirada veo a Kimberly, a mi madre, a Sam, y todos ellos me intentan detener.

—Kyle —dice Kimberly, tratando de impedir que me levante de la cama, pero yo me libero de ella e intento ponerme en pie y caminar, por mucho que me duela la pierna—. Un momento. Espera. Kyle.

Tengo que alcanzarla. Tengo que llegar a Marley. Ya basta de esperar. Otra vez no.

Paso por delante de Kim mientras mi madre corre hacia la puerta para pedir ayuda. Sam aparta una silla de mi camino un segundo antes de que me estampe contra ella. Cuando ya estoy a punto de llegar al pasillo, aparece una enfermera que me corta el paso, con una jeringuilla en la mano.

—¿Acaso tengo que volverte a sedar? —pregunta.

—¿Dónde está? —digo, y giro frenéticamente sobre mí mismo para mirarlos uno a uno—. ¿Dónde está? ¿Dónde...?

Esto no puede estar sucediendo otra vez.

Me sientan en una silla y Kimberly se arrodilla frente a mí, cogiéndome

la mano.

—Ya basta.

Enojado, observo su expresión seria. ¿Por qué todos me piden que espere? ¿Por qué están aquí conmigo, en vez de estar ayudándola a ella?

—Tienes que escucharme.

Reprimo el impulso de echar a correr, me concentro en sus ojos azules, intento recuperar la compostura. Asiento impaciente para que continúe.

—Ha salvado al niño. Lo ha salvado y está viva, pero...

—No sabemos por cuánto tiempo —dice una voz desde la puerta. Vuelvo la cabeza y veo a la doctora Benefield, con la expresión seria y un gorro desechable en la mano. Nuestros ojos se encuentran, y ella hace un gesto hacia el pasillo—. Ven conmigo.

Aunque lo veo todo borroso, la sigo. Las luces brillantes, las baldosas blancas y las paredes pálidas se entremezclan. Oigo también los pasos de Kim, de Sam y de mi madre, que nos siguen a poca distancia.

La doctora se detiene frente a una puerta y me mira antes de empujarla con el brazo y abrirla lentamente.

Entro en la habitación, temeroso de mirar. Temeroso de ver a Marley herida. Muriéndose.

Su madre está sentada junto a la cama, con los ojos fijos en el monitor que indica el ritmo cardíaco, como si lo mantuviera en funcionamiento a base de pura fuerza de voluntad. El pitido uniforme de la máquina es lo único que se oye en toda la habitación.

Trago saliva, me fuerzo a mirar a Catherine y luego la cama donde yace Marley, y tengo la sensación de que mis piernas van a ceder. Parece tan pequeña. Tan maltrecha. Cierro la mandíbula y mis ojos repasan cada herida y cada rasguño de su cuerpo, hasta llegar a la venda que le envuelve la cabeza, a los ojos totalmente cerrados.

—Lo siento —consigo pronunciar, y su madre vuelve la cabeza hacia mí. Georgia—. Ha sido culpa mía...

Catherine niega con la cabeza y me da la mano.

—No. No sigas por ese camino. Eso es lo que nos ha llevado hasta aquí —dice, apretando con fuerza mis dedos—. No te hagas esto a ti mismo.

Me mira a la cara y luego al monitor, y vuelve a concentrarse en los firmes latidos del pecho de Marley.

—Despertará, ¿verdad? —pregunto, dando un paso hacia la cama, temeroso de oír la respuesta.

—Depende de ella —dice la doctora Benefield a mis espaldas—. Ya debería haberse despertado.

«¿Cómo? Entonces ¿por qué no lo ha hecho?»

La miro con una expresión de desconcierto.

—Ha sufrido una contusión en la cabeza, pero la hemorragia ha sido leve y los escáneres no muestran ninguna señal de traumatismo grave —me explica la doctora Benefield, subiéndose las gafas a la cabeza, con una mirada triste—. Lo normal sería que se despertara, pero da la sensación de que no quiere hacerlo.

A mi lado, Catherine se pone a sollozar y retira la mano de la mía para taparse la cara.

—A veces, la elección entre vivir o morir depende solo de nosotros —continúa la doctora, sin separar la vista de la cama—. Marley no está luchando.

«La elección entre vivir o morir.» Me fijo en las sombras oscuras que tiene bajo los ojos, y algunas de sus palabras resuenan con fuerza en mis oídos.

«Murió por mi culpa.»

«Nunca podré ser feliz.»

Laura.

Pero también oigo las otras voces. Las cosas que oí cuando estaba en coma y que me ayudaron a seguir luchando, a salir adelante.

«No te rindas.»

«Siempre hacia delante. Nunca hacia atrás.»

Me acerco a ella un poco más, decidido a no permitir que se vaya tan fácilmente. La historia no va a terminar así. No puede ser.

Le tomo la mano. Tiene los dedos fríos, inertes, como si ya se hubiera ido.

—No voy a permitir que me dejes —susurro—. Te dije que no habría más historias tristes. Y eso iba por los dos, ya lo sabes.

Intento bromear, pero mi risa suena vacía, como un estertor ahogado. Le aprieto la mano con más fuerza todavía, intentando transmitir algo de calor a esos dedos tan fríos.

«¿Cómo lo hizo? ¿Qué fue lo que...?» Ah, sí. Ahora oigo sus palabras, las de aquel primer día en el cementerio.

Me inclino sobre ella y pego mis labios a su oreja.

—Había una vez una chica triste y sola.

Me atraviesa una sacudida eléctrica. Comprendo que hay una posibilidad, tal vez solo una, de que lo consiga. Tal vez pueda lograr que me escuche. Que crea en mí.

—Una chica que contaba cuentos. Cuentos alegres —continúo, y pienso en el cuaderno amarillo y gastado, repleto de escritos suyos, y sigo sin saber dónde terminaban los cuentos de hadas y dónde empezaban nuestros recuerdos. Pero no me importa. Para mí todo era real, y cada página era una parte de nuestra vida conjunta.

No descansaré hasta recuperar lo que teníamos, hasta recuperarla a ella, y sé que tengo que empezar por aquí.

—Pero la historia que se contaba a sí misma, una y otra vez, era una historia triste.

Marley no se ha movido. No parpadea, los dedos no reaccionan; nada. Pero el pitido continuado del monitor me da esperanzas, me urge a continuar.

—Hasta que conoció a un chico. Se encontraron justo cuando ambos

creían que sus historias tocaban a su fin. Juntos empezaron a escribir una nueva, y por primera vez en mucho tiempo, la chica permitió que la suya fuera una historia feliz. Su historia con él. Y él le prometió que nunca la abandonaría.

El hormigueo eléctrico vuelve a recorrerme la frente, toda la cicatriz. Noto que mueve los dedos muy levemente dentro de los míos. ¿O acaso es una ilusión?

Pienso en el hombre de la luna, en los deseos que pidió la chica para obtener su amor. Así, cierro los ojos y dejo que la historia me conduzca a ella, a la chica que sé que me está esperando, perdida en algún punto de una historia que es nuestra nada más.

De pronto, tras mis párpados cerrados, distingo los patos que graznan ruidosamente a mis pies, recorriendo con sus andares el camino hasta colocarse bajo el cerezo, y los pétalos que van cayendo. Miro a mi alrededor. Este es nuestro mundo, el de Marley y mío, pero ahora tiene una tonalidad distinta, como si estuviera cubierto por una gasa de color azul oscuro. Se respira un aire amenazador, pesado. El corazón me palpita con fuerza dentro del pecho. No tengo buenas vibraciones. Esta no es nuestra historia, no es la historia que estábamos construyendo juntos.

¿Dónde está Marley? Tengo que encontrarla. Ahora mismo.

Echo a correr por el camino que me llevará al cementerio. Es ahí donde la encontraré, junto a la tumba de Laura, donde nos conocimos.

Veo un campo de azucenas rosas en la distancia, y esta visión me impulsa a continuar adelante. Me apresuro, pero una parte mí es consciente de que en realidad es imposible que corra tan deprisa, tal como tengo la pierna, pero aquí, en este otro mundo, estoy entero. Las piernas corren cada vez más deprisa, me transportan hacia ese mar de un rosa inabarcable que se extiende más allá de los límites de la parcela de Laura.

—¡Marley!

Avanzo a toda velocidad hacia la salvaje oleada de azucenas.

Separo las flores, busco por todas partes. No está aquí. Pero... tiene que estar aquí. Es el único lugar adonde podría ir.

Sigo pisando las azucenas rosas, sin dejar de llamar frenéticamente a Marley, hasta que de pronto salgo al otro extremo del campo de flores. «¿Dónde estoy?» Esta zona está más oscura, más gris, hay una neblina espesa y turbia que se adhiere a la tierra. Es el cementerio, pero... distinto.

Y entonces veo la lápida desnuda, solitaria y desolada, con una única y doliente palabra escrita: ADIÓS.

Dios mío, cómo recuerdo esta tumba. Recuerdo que verla me rompió el corazón hasta tal punto que dejé una flor sobre la lápida. Parpadeo, para asegurarme de que mi mente no me está jugando una mala pasada.

La flor continúa allí, exactamente donde la dejé.

Me acerco un poco más para cogerla. El dolor se apodera de mí como una nube oscura. Casi al instante me inunda el crudo vacío de la pérdida mientras miro fijamente la flor.

Y entonces lo oigo. Un sollozo. Un leve y quebrado gemido. Marley.

Tiene los hombros caídos. Su espalda descansa contra la única palabra inscrita en la piedra.

ADIÓS.

Ahora lo entiendo todo. Se trata de algo más que una triste tumba. Es la tumba de Marley. Todas las veces que pasamos por delante, riendo y sonriendo, estaba ahí, esperándola. Burlándose de ella. Y yo no tenía ni idea.

¡No! Caigo de rodillas delante de ella, empeñado en conseguir que me escuche.

—Así no, Marley —le digo—. Este no es tu destino. Este no es el final de tu historia.

Le tiendo los brazos, pero ella se aleja de mí.

—Déjame sola.

—No. No lo haré. Me invitaste a entrar en tus lugares más secretos y te



aseguro que este no es el final. Este lugar, este yo, es mentira. Conozco a tu verdadero yo. Y no tiene este aspecto.

Mientras hablo, el mundo que nos rodea parece que nos escuche, que absorba la historia que estoy contando. El cielo hace retroceder la oscuridad, es cada vez más claro sobre nuestras cabezas. El verde explota desde el suelo, a nuestros pies, es una hierba de un verde intenso que nos arrolla hasta cubrir el cementerio entero. Las flores brotan y florecen. Volvemos a estar en nuestro mundo.

—Esta es nuestra historia, Marley. Este es el lugar al que perteneces. Nuestro lugar, el lugar que construimos juntos —afirmo, convencido de estar comunicándome con ella.

La atraigo hacia mí, y por un instante reposa su dulce cabeza contra mi cuerpo y su aroma a jazmín me hace cosquillas en la nariz. Sí.

Entonces dice con una voz suave y quebrada:

—Yo no estaba destinada a ese mundo.

¿Qué? Coloco la mano bajo su mejilla, atraigo su cara hacia la mía, y pronuncio las palabras que, estoy seguro, son más ciertas que ningunas otras:

—Estabas destinada a estar conmigo. Vuelve junto a mí. Deja que te muestre adónde nos lleva nuestra historia...

A nuestro alrededor, aparecen imágenes en forma de instantáneas:

En una ceremonia de graduación universitaria, Marley lanza el birrete y sonrío, radiante de felicidad.

Marley y yo corriendo por el pasillo, arrastrando por el suelo la cola de su vestido de bodas.

Marley en una firma de libros, con una cola de niños entusiasmados esperando para conocerla.

Los dos en una habitación de bebé. Marley meciendo a nuestra hija recién nacida hasta que se queda dormida.

Van apareciendo otras imágenes. Niños que se hacen mayores. Fiestas de

cumpleaños. Barbacoas en el jardín. Obras de teatro de la escuela. Partidos de fútbol.

Los ojos de Marley lo absorben todo, tienen la mirada llena de esperanza. Esperanza. Es un buen comienzo.

—Todo esto son recuerdos que están esperando a realizarse —le prometo—. Creaste ese lugar oscuro porque piensas que es lo que mereces. Pero no es así, Marley. Mereces una buena vida. Una vida feliz. Te prometo que cada día intentaré dártela, construirla contigo, juntos.

Me acerco, dejando apenas un soplo de espacio entre los dos. ¿Cerrará ella el hueco? Depende de ella. Cierro los ojos y espero, espero y rezo para que me haya oído. Entonces siento sus labios sobre los míos. La sensación de alivio es tan fuerte que me debilita.

Le devuelvo el beso y enseguida abro los ojos, sorprendido al ver que está llorando, que las lágrimas caen por sus mejillas.

—¿Marley? ¿Qué pasa?

A mis espaldas, aparece una luz. Noto su calor a través de la camisa, veo cómo inunda el rostro de Marley. Ella mira fijamente a la luz y se le escapa un gemido de los labios.

Al girarme y ver lo que Marley está viendo, siento un escalofrío en la nuca.

Ahí, de pie junto al enorme campo de azucenas, está Laura.

Iluminada desde atrás por un luz sobrenatural, permanece en el interior de un círculo radiante, como el sol en un eclipse. Levanta la mano como si quisiera tocar algo. Lleno de pesar, sé perfectamente lo que intenta tocar.

Intenta tocar a su hermana.

Marley se separa de mis brazos.

—No, Marley, no. No lo hagas —le pido, y el aliento que sale de mis pulmones es apenas una súplica—. Por favor, quédate conmigo.

Levanta la mirada hacia mí, el verde de sus ojos ilumina el color avellana como en unos fuegos artificiales. Me la quedo mirando, intento memorizar

su rostro, sus ojos, porque temo que esta sea la última vez que la vea.

Ella sabe lo que estoy pensando. Con los dedos, repasa mi cicatriz, mi ceja, mi mejilla, y luego los posa sobre mis labios.

—Te amo, Kyle Lafferty —susurra con fervor—. Siempre te amaré. Nuestra historia vivirá eternamente.

Aprieta los labios contra los míos, y luego añade:

—Pero esto es algo que tengo que hacer.

Vuelve a separarse de mí.

—¡No!

Intento correr tras ella, pero mis pies no me obedecen. Contemplo con impotencia cómo se encamina hacia Laura.

—Marley, detente. No tienes por qué hacerlo. ¡Quédate conmigo! ¡Marley!

Mis palabras salen a borbotones, entre sollozos entrecortados. Se va acercando a Laura hasta tomar la mano que su hermana le tiende. Querría cerrar los ojos para no tener que verla marchar, pero me resulta imposible. Si este va a ser el último momento que pasaré con ella, quiero tener los ojos abiertos. Quiero verlo.

Marley me mira con lágrimas en los ojos, como si pudiera ver mi corazón que se rompe. Pero entonces se vuelve hacia Laura, que la abraza por la cintura.

Marley, mi Marley, me ofrece una última sonrisa... y sigue a su hermana en dirección a las azucenas.

—¡No!

El alarido que emerge de mi garganta no parece humano.

Mi grito va resonando hasta que se funde con el pitido del monitor de un hospital. Vuelvo a estar aquí, junto al lecho de Marley, dándole la mano. Miro a los demás. Todos esperan buenas noticias, pero no tengo buenas noticias para darles.

—No va... No va a volver.

—No puede ser. —Catherine se acerca a la cama, pasa las manos sobre la cara de su hija—. Marley, cariño. Despierta ahora mismo.

Pero la chica de la cama no se mueve.

Kimberly se tapa la boca y apoya la cabeza en el hombro de Sam. Ambos me miran con tanta compasión y tanto amor que me veo obligado a desviar la mirada.

Siento el contacto de la mano de mi madre sobre el hombro, ofreciéndome toda la fuerza posible.

Y el monitor hace bip... bip... biiiiiiip...

Una línea plana.

El grito angustiado de Catherine nos atraviesa a todos, y ese sonido acaba alojándose en los restos destrozados de mi corazón.

Marley. Ya no está.

La doctora Benefield nos aparta a todos de la cama y se dispone a pulsar el código azul. Pero antes... duda un momento.

—¡Haga algo! —grita Catherine—. Tiene que...

La doctora Benefield levanta la mano con un gesto tan seguro y autoritario que todos nos quedamos helados. Hace un gesto hacia la cama, hacia la mano de Marley...

... donde el monitor digital descansa ahora en la palma, y sus dedos se cierran a su alrededor ante la mirada incrédula de todos nosotros. Mis ojos vuelan hacia su rostro, temerosos de hacerse ilusiones.

Entonces parpadea y abre los ojos, esos preciosos ojos de color avellana que buscan y encuentran a los míos.

—Tenía que decir adiós a Laura.

Se me doblan las rodillas y me derrumbo sobre la cama.

Catherine le cubre la cara de besos. Marley se la queda mirando largamente.

—He vuelto, mamá. He vuelto.

Todos estallan de alegría. Hasta la doctora Benefield, la endurecida

doctora que tiene que volverse para secarse las lágrimas. Me echaría a reír si en mi interior hubiera espacio para sentir algo más que alivio y gratitud.

Marley se vuelve hacia mí, y yo memorizo todos esos rasgos que tenía miedo de no volver a ver nunca más. Me da la mano.

—Tenía que decir adiós a mi vida con Laura... antes de empezar mi vida contigo.

«Su vida conmigo.» No existen palabras más dulces. Le beso las mejillas, la nariz, absorbiendo cada una de sus pecas. El suave aroma a jazmín de su piel me marea. Está aquí. Está realmente aquí. Mis labios planean sobre los suyos, y justo antes de que se encuentren, doy gracias a todos los seres superiores que alguna vez han iluminado el cielo por concederme esta segunda oportunidad.

Marley salva la distancia entre los dos y me besa. Es el beso más perfecto del mundo.

—Gracias —murmuro—. Gracias por no rendirte.

Sus dedos palpitan entre mi pelo, en mi nuca, al tiempo que responde:

—Gracias por nuestra historia.

—Nuestra historia. Entonces ¿qué pasará ahora? —la provoco, incapaz todavía de procesar mi propia alegría.

Se me queda mirando como si hubiera hecho la pregunta más tonta de la historia.

—Seremos felices para siempre —responde—. Evidentemente.

Me echo a reír.

—¿Cómo en uno de tus cuentos de hadas? —pregunto.

Ella sonríe con esa dulzura que tanto adoro, y me acaricia la oreja con sus labios al susurrar:

—Sí. Como en uno de mis cuentos.

Sus labios me atraen de nuevo hacia ella, y me siento abrumado por todo lo que ha ocurrido, desde el chirrido del metal retorcido hasta la expresión de los ojos avellana de Marley la primera vez que le dije que la amaba. Casi

no puedo ni respirar de la emoción, consciente de que esa no será la última vez que vea esa mirada. Habrá un millón de momentos como ese, una historia completa que vivir juntos.

Una historia que empieza ahora.

## UNA NOTA DE MIKKI

Una vez me dijeron que dejara de creer en los cuentos de hadas. Me dijeron que solo los soñadores tienen la cabeza en las nubes y los ojos en las estrellas. Me dijeron que el amor verdadero solo existía en los libros y en las películas, que la vida me enseñaría que ninguna de esas cosas existe en el mundo real.

No podían estar más equivocados.

Mi fe en los cuentos de hadas y en el amor verdadero me sostiene; me mantiene viva en un mundo que no suele acoger bien a los soñadores, y si bien nunca dejo de tener los pies en el suelo, mi mirada siempre está puesta en el cielo sobre mí y en el universo de más allá.

Como la mayoría de mis historias, *Todo este tiempo* procede de lo más profundo de mi ser, un lugar que habito cuando vivo en mi corazón, en vez de en mi cabeza. Es un lugar lleno de magia, de sueños y de ilusiones descabelladas, donde mis historias cobran vida y mis personajes me hablan con voz alta y clara.

Este lugar, este mundo interior, es mi realidad. Es el lugar donde me siento cómoda y donde me desarrollo. Aquí he conocido a mi Marley; he amado a mi Marley. He amado a Kyle. He conocido a Will y a Stella, a Poe y a Barb. Y los he amado también. Mucho. He conocido el amor verdadero y el dolor verdadero. Esas son las cosas que hacen que merezca la pena vivir la vida, las cosas que hacen que merezca la pena contar historias.

La decisión de contar *Todo este tiempo* a modo de cuento de hadas fue fácil de tomar. Tal como Marley le dice a Kyle, vivimos nuestra vida contando historias, creándolas a medida que vamos avanzando. Algunas veces, esas historias tratan de momentos insignificantes, cotidianos: doblar la ropa limpia con tus padres, dar de comer palomitas a los patos junto a un estanque tranquilo...

Otras veces, las historias son tan trascendentales que consumen nuestra imaginación y nuestro corazón: el hombre de la luna que sonríe a la chica cuyo deseo es poder amar; un chico que conoce a su verdadero amor estando en coma y se despierta con la misión de encontrar a esa chica y vivir feliz con ella para siempre...

Yo creo en todas esas cosas. ¿El hombre de la luna? Está ahí arriba. Lo sé. ¿Es posible que dos personas puedan conectar en un mundo hecho de cuentos y sueños y posteriormente encontrarse? Puede suceder. Estoy segura. Estas ideas, estas nociones son tan ciertas para mí como el verde de la hierba, el azul del cielo y el aire que respiramos.

Llamadme loca. Llamadme alucinada. Llamadme soñadora. Lo acepto. Pero os agradezco que hayáis decidido conocerme aquí, en mi mundo, y que me hayáis permitido que comparta con vosotros mis historias, porque yo siempre creeré en los cuentos de hadas. Siempre creeré en el amor verdadero. Intentad impedírmelo y ya veréis.



## AGRADECIMIENTOS

Los escritores empezamos con una idea, una semilla. Plantamos esa semilla en la fértil tierra de nuestra imaginación. La calentamos con el sol del compromiso y la regamos con amor y paciencia. Luego la dejamos germinar y crecer, y nos alegramos cuando florece y se convierte en un ser único.

Los que no siempre suelen tener reconocimiento son el ejército de jardineros y guardas que se aprestan a quitar los hierbajos y ahuyentar las plagas hasta que la planta está en plena floración y lista para ser compartida.

Liz Parker, mi genial agente y principal asidero, gracias por batallar por mi bien contra todos los elementos. El viento y la lluvia podrían haberse convertido fácilmente en un terrible tornado y haber arrancado de raíz todo nuestro duro trabajo. Gracias por llevarte la peor parte de todo este frenesí.

Alexa Pastor, nuestra leal editora, gracias por podar, cortar y dar forma al follaje. Sin tu guía, este jardín nunca se habría convertido en el precioso paisaje del que disfrutamos ahora. ¡Gracias!

¡Rachael! Rachael, Rachael, Rachael, gracias una vez más por excavar en la tierra, a mi lado. Acarrear agua y palear mierda es un trabajo duro. Me alegro mucho de no haber tenido que hacerlo sola. Gracias por haber adaptado magníficamente otro de mis guiones y haberle dado forma de libro. Te quiero, señora. De verdad.

Scott Whitehead, mi experto abogado, que mantuvo a raya los zarzales del negocio para que yo pudiera concentrarme solamente en el arte, gracias por cubrirme siempre las espaldas.

David Boxerbaum, Adam Kolbrenner, Sara Nestor y toda la gente de Verve, Lit y MWF sois mi equipo «de película». Vosotros echasteis a rodar la pelota hace años cuando fichasteis a esta escritora inexperta y desconocida. Gracias, gracias y gracias por vuestra fe en mí y por vuestra convicción. Os quiero a todos.

Y por último, pero nunca, nunca menos importante... quiero dar las gracias a Tobias Iaconis. Eres el Gran Roble que protege cada jardín que construimos. Bajo tus ramas protectoras, sé que siempre estaré a salvo para plantar, jugar y soñar a voluntad de mi corazón, porque tú estás a mi lado. & para siempre. &&&.

MIKKI

Gracias, en primer y principal lugar, a mi editora Alexa Pastor, que llevó a cabo este proyecto de principio a fin, contra viento, marea, hielo y fuego del infierno. ¡Nunca dejas de asombrarme! Espero que lo celebres con una bandeja de minipizzas.

Mikki, gracias por confiarme *Todo este tiempo*, una historia que hace tanto que llevas en el corazón. Esta historia es tuya. Gracias por dejarme vivir en ella durante un tiempo.

Estoy eternamente agradecida a Justin Chanda, Julia McCarthy y al resto del increíble equipo de Simon & Schuster. Me siento extremadamente afortunada de poder trabajar con un grupo de gente tan asombroso.

Gracias enormes a Rachel Ekstrom Courage y a Emily van Beek, mi agente de Folio Literary, por todo el tiempo y cuidado que dedicáis a mi persona y a mi escritura.

También quiero darle las gracias a Siobhan Vivian, por los consejos, las

sugerencias y la clase de Escritura Juvenil 1 (¡y 2!) en la Universidad de Pittsburgh.

A mi «todo o nada» Lianna Rana, y a Ed, Judy, Mike, Luke y Aimee, por las cenas familiares, las partidas de Dominion y las vacaciones que siempre coinciden con una fecha de entrega.

Estoy especialmente agradecida a mi madre, que siempre me ha apoyado en todo lo que hago. Te quiero.

Y, finalmente, quiero darle las gracias a Alyson Derrick por hacer feliz para siempre todo lo que una chica podría soñar.

RACHAEL

# ¿Es posible encontrar el amor después de perderlo todo?



Una intensa y reveladora historia de amor que te hará creer en el destino.

Kyle y Kimberly eran la pareja perfecta desde el instituto. Pero la noche de su graduación tienen un accidente de coche y Kimberly muere. La vida de Kyle cambia para siempre y no parece que nadie pueda entender cómo se siente. Hasta que llega Marley.

Kella también está pasando por una situación similar y, cuando conoce a Kyle, todas sus emociones secretas y nunca dichas conectan inmediatamente. Ambos han encontrado en el otro la respuesta a su dolor, pero algo está a punto de ocurrir que hará que sus vidas estallen de la forma más insospechada.

**Rachael Lippincott** nació en Filadelfia y se crio en el condado de Bucks, Pennsylvania. Tiene una licenciatura en escritura inglesa de la Universidad de Pittsburgh. Actualmente reside en Pittsburgh, Pennsylvania, y divide su tiempo entre escribir y dirigir un food truck con su compañero.

**Mikki Daughtry** es guionista y escritora de novelas juveniles estadounidense. Junto con Tobbias Iaconis, es coautora de los guiones de *La maldición de la Llorona* (2019) y *A dos metros de ti* (2019).

En 2018 desarrolló, junto con Racel Lippincott, una novelización de *A dos metros de ti* que estuvo en la lista de más vendidos del New York Times durante varias semanas. *Todo este tiempo*, su última novela juvenil, también coescrita con Lippincott, se publicó en Estados Unidos en 2020.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Título original: *All This Time*

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2020, Mikki Daughtry y Rachael Lippincott

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster Books for Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division – Todos los derechos reservados

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2021, Ricard Gil Giner, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación a partir del diseño original de Lizzy Bromley para Simon & Schuster  
New York

Ilustración de portada: © Lisa Perrin

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17605-81-0

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

Facebook: @somosinfinitos

Twitter: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



Penguinlibros

# Índice

Todo este tiempo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29



Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Una nota de Mikki

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mikki Daughtry y Rachael Lippincott

Créditos